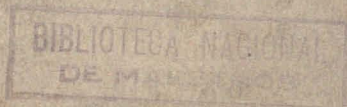


Mons. FRANCISCO OLGIATI
Profesor de la Universidad Católica de Milán

EL SILABARIO DE LA MORAL CRISTIANA

Traducción del
Pbro. D. JUAN B. FOURCADE

IIª EDICION



1937

0.90

MONS. FRANCISCO OLGIATI

Profesor de la Universidad Católica de Milán

EL SILABARIO DE LA MORAL CRISTIANA

Traducción del

Pbro. D. Juan B. Fourcade

II.^a EDICION

PUBLICACION DE LA
JUNTA CENTRAL DE LA ACCION CATOLICA ARGENTINA

Rio Bamba 981
Buenos Aires

1937

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

APROBACION ECLESIASTICA

Buenos Aires, 27 de Agosto de 1937.

Puede imprimirse

† ANTONIO ROCCA
Obispo de Augusta y Auxiliar
del Arzobispado de Bs. Aires.

PROLOGO

A ESTA TRADUCCION

Este libro de Monseñor Olgiati, que la A. C. A. ha tenido la feliz iniciativa de traducir al castellano, no es un compendio, ni una vulgarización de teología moral. No es tampoco la exposición abstracta de los principios de la moral católica, ni la refutación sistemática de las doctrinas que se apartan de ella. No es teología, ni filosofía, ni casuística. Es algo muy simple que implica todo eso y en un cierto sentido lo excede sin requerir, sin embargo, otro esfuerzo dialéctico para su comprensión que el ejercicio natural del sentido común y la práctica de la vida interior.

*Todo lo esencial está en este libro. Precisamente, lo que lo caracteriza es la afirmación cien veces repetida de la jerarquía de los principios esenciales. Sus diversos capítulos son comentarios de una sola idea: la del amor de Dios. Comentario de sus fundamentos, comentario de las contradicciones de que ha sido objeto, comentario de todas las exigencias que de ella derivan, comentario de sus falsificaciones, comentario de sus caminos, comentario de sus frutos. Pero el mayor mérito de este libro está en la energía con que el amor de Dios es afirmado desde la primera página no sólo como causa primera y último fin de la vida moral, sino también objeto **primero** de consideración, cuando se trata de ordenar la conducta del hombre.*

Monseñor Olgiati ha visto con meridiana claridad el error de conducir la formación moral desde abajo hacia arriba; el error de comenzar deteniéndose en las exigencias del orden natural, en la perfección de las virtudes que se refieren a ese orden, en los nueve últimos mandamientos, para elevarse sólo después a la consideración del primero. La consecuencia está a la vista: no se practican con entereza e integridad ni siquiera las virtudes del orden natural, y, a su vez, la vida cristiana se ha desentendido de la vida moral reduciéndose a un conjunto de devociones que sirven para poco más que para justificar la existencia de otras tantas cofradías. En cuanto a la Iglesia no se repara en lo que es ni en lo que somos nosotros en ella.

Si la moral cristiana no es otra cosa que la moral natural más la creencia en la existencia de Dios, tienen razón quienes no hallan diferencia substancial entre un hombre de bien y un santo. En cuyo caso la vida espiritual que la Iglesia predica, no tendría razón de ser. Hay muchos incrédulos que viven más decentemente que muchos católicos. Aquellos no necesitan creer en Dios para mantener la rectitud de su conducta. A éstos parece que de nada les sirve creer en Dios en lo que se refiere a su conducta.

Si vamos de lo menos a lo más, de los nueve últimos mandamientos al primero, éste quedará en nuestra vida como un agregado. No nos vivificará. En cambio, si comenzamos por entender lo que es el amor de Dios a nosotros, no habrá virtud que pueda conformarnos. Nos sentiremos obligados a practicarlas todas rigurosamente; y tendremos conciencia clara y aguijoneante

de que con la práctica de ninguna de ellas, ni de todas, pagamos realmente nuestra deuda con Dios. ¡Cómo se empequeñece entonces la idea de perfección moral! No estamos llamados a ser estoicamente perfectos, sino perfectos como el Padre que está en los Cielos (Mat. V, 48). De la perfección del amor del Padre es una prueba la Redención mediante la muerte del Hijo. Dió al Hijo por amor a los hombres. ¿La perfección de las virtudes del orden natural puede compararse a la perfección de un amor semejante?

No se trata de negar su valor propio, a veces eminente, a la moralidad del orden natural. Cuando se ignora lo que es el pecado y lo que es la Redención, no puede llegar más lejos la perfección humana. Pero después de la muerte de Cristo y la predicación de la Iglesia que enseña lo que esa muerte significa sobrenaturalmente como rescate del hombre caído, la moralidad del orden natural sigue siendo tan obligatoria como antes y sus frutos son tan loables como antes, pero eso ya no puede ser llamado **perfección**, porque ahora sabemos que no es plenitud del hombre. Puesto que la naturaleza humana está llamada a un destino sobrenatural, su perfección total requiere que sean satisfechas las exigencias de ese orden. ¿Cuáles son? Además de la Gracia, don gratuito por el cual, sin merecerlo, somos hechos hijos de Dios, en el ejercicio de nuestra voluntad el orden sobrenatural exige el quebrantamiento del pecado por la penitencia para que sea posible el perfecto abandono de la propia voluntad en la de Dios mediante la Caridad.

También la moralidad del orden natural habla de

la mortificación, y cuando no niega la existencia de Dios, habla asimismo de hacer Su voluntad mediante el cumplimiento de Su ley. Pero aconseja lo primero para lograr el propio dominio mediante el propio vencimiento; y considera lo segundo como una forma del deber. En la vida cristiana la penitencia es satisfacción estrictamente debida, y la unión con Dios es infinitamente más que el cumplimiento de los mandamientos, porque no es sólo la conformidad de la conducta con las normas generales que los mismos expresan, sino una conformidad de cada instante con lo que Dios puede querer de nosotros, nunca contra, pero muchas veces más allá del deber estricto que los mandamientos definen.

No; la MORAL cristiana, — que es una misma cosa con la VIDA cristiana —, no es un elevado equilibrio, como suelen definirla quienes ignoran el orden de la santidad. **Convierte** al hombre, lo pone cabeza abajo (1), lo arranca a todas las aficiones de su naturaleza **actual**, porque son aficiones desordenadas, porque su naturaleza actual es naturaleza caída; y levantarse, redimirse, significa para el hombre sacrificar en él todo lo que la rebeldía del pecado ha levantado contra Dios. Es un ordenamiento que requiere violencia; el hombre tiene que volver a nacer. Todo lo cual no se logra, por cierto, con el cumplimiento plácido y prudente de los deberes del orden natural, atenuados todavía por las complacencias del ambiente, por la laxitud del criterio vigente que todos ampliamos cada vez más como defendiéndonos de una posible aplicación de su rigor a nosotros mismos.

(1) "Número", 1930, Pág. 31.

Pero Monseñor Olgiati no ha prescindido de las soluciones naturalistas. Y como tiene de ellas un conocimiento directo, adquirido en la disciplina de sus estudios filosóficos (1), discierne con lucidez sus aciertos y sus errores. No se propone otra refutación que la proveniente de la presentación de la verdad. Pero esa presentación le ofrece a cada paso motivos de referencias críticas. Quienes por razones del oficio hemos tenido que estudiar particularmente las soluciones aludidas en esas referencias, podemos dar testimonio de la seriedad con que son consideradas, y de la inteligencia con que, sin alardes de crítica técnica, pero sin empujarse a desnaturalizarlas, son expresadas y juzgadas sus ideas esenciales. Es que la cultura de Mons. Olgiati no se ha improvisado para menesteres de apologética. La apologética de Mons. Olgiati ha venido al término de un largo esfuerzo de auténtica cultura. Por eso, y porque no procura concordancias imposibles de lo católico con lo que no lo es, ni minimiza la doctrina católica, sino que por el contrario siempre pone por delante lo más esencial de ella misma que es su fondo dogmático y su sentido sobrenatural, este libro de Mons. Olgiati es verdaderamente un libro formativo.

Tomás N. Barares

(1) Sus libros sobre el humanismo y el Renacimiento, sobre Bergson, sobre Berkeley y sobre Leibnitz, y sus lecciones de metafísica en la Universidad del Sagrado Corazón de Milán le han conquistado una autoridad singular en la filosofía contemporánea.

PREFACIO

Pocos años hace, puse yo en manos del pueblo italiano un primer Silabario.

El título era infantil. Algún amigo tuvo un sobresalto de temor y me aconsejó su cambio. No lo hice, porque estaba demasiado convencido de que en nuestra patria ni la carátula de los libros, ni menos aun una estúpida y mentirosa propaganda son una invitación a leerlos, sino la substancia y el pensamiento que contienen.

El Silabario del Cristianismo tuvo éxito. Dios lo bendijo. Hombres pequeños y hombres grandes lo aprobaron. En poco tiempo se sucedieron ocho copiosísimas ediciones. Ninguna novelucha moderna o contemporánea ha alcanzado la tirada del minúsculo volumen que trata de lo sobrenatural. Esto también es un signo de los tiempos. Hoy las estrellas interesan a las conciencias más que el fango.

Estoy satisfecho de comprobar semejante hecho, pues no se trata de un trabajo mío. Mío, en aquel pequeño volumen, era sólo el nombre y la estructura material. Pero el contenido no me pertenecía. Aquellas páginas ofrecían la exposición sencilla, escueta, elemental de la antigua y eterna idea cristiana. Y millares y millares de excelentes personas contemplaron, quizás algunas comprendieron por primera vez qué era el cris-

tianismo; y todas se convencieron de la necesidad moderna de los Silabarios en la enseñanza de la religión en nuestra tierra que sin embargo fué madre de Tomás y de Buenaventura y la inspiradora de las Sumas medievales.

A aquel Silabario del dogma sucede ahora lógicamente éste otro de la moral, que supone al primero y lo desarrolla. Esto es lo mismo que afirmar la imposibilidad de comprender el significado exacto de la ética de Cristo, si no se ha aprendido antes qué son la gracia, el orden sobrenatural y las diversas verdades dogmáticas de la revelación. Sólo Bertoldo podía forjarse la ilusión de levantar el segundo piso de una casa sin haber construido el primero; y debemos augurar que, por lo menos cuando se trata de afrontar el problema de la vida, Bertoldo no tenga imitadores.

El nuevo Silabario no ha sido tampoco de fácil compilación. Nacido — no en el escritorio, entre doctos volúmenes — sino en la vida y en la escuela, entre palpitaciones de corazones y las serenas batallas de la Acción Católica; crecido en medio de las experiencias cotidianas del esfuerzo educativo; elaborado finalmente — después de cuatro años de tentativas repetidas con obstinación — en una Semana Social promovida por la Juventud Católica Femenina, para iniciar una serie de Cursos de moral en las diversas regiones de Italia (1) — este pequeño li-

(1) La semana se efectuó en Castelnuovo Fogliani, a fines de julio de 1929. Estaban presentes S. E. Mons. Hugo Giubbi, Obispo de S. Miniato, Mons. Alfredo Cavagna, Asistente General de la J. C. F. I., 14 Sacerdotes y 200 dirigentes de la florentísima Asociación, guiadas por su Presidenta, la Srta. Armida Barelli.

bro ha conocido el obscuro, lento y paciente trabajo de las raíces.

Por desgracia me resulta difícil exponer con sencillez las verdades profundas del Cristianismo para presentarlas a los ojos de todos, de tal manera que la mirada perciba su íntima naturaleza y no se detenga en la superficie exterior.

Por lo tanto la presente edición pretende ser un llamamiento a los Sacerdotes y a los estudiosos, a quienes yo mismo he enviado o enviaré un ejemplar, para que me dirijan críticas fraternas e indicaciones para otra elaboración mejor. Es necesario llegar a una exposición limpidísima, que no degenera en la simpleza; a una enunciación, substancialmente completa, de los primeros principios de nuestra moral que evite el lenguaje técnico de la filosofía y de la teología —pan de primer orden, pero demasiado duro para los dientes de leche de nuestra generación—; a un tratado, el cual no insista tanto en la moral humana, cuanto en la moral cristiana. Humilde y fervorosamente pido ayuda para esta obra, que nada tiene de personal y únicamente aspira a hacer participar a todos de los tesoros de los misterios de Cristo.

Esta vez —como ya lo hiciera en la primera edición del Silabario del Cristianismo— un docto jesuita de la “Civiltà Cattolica”, el P. Juan Busnelli, ha querido también tomarse el fatigoso empeño de revisión y corrección. No me es posible insistir sobre la preciosidad de tan alta y valiosa asistencia, no sé si más digna de gratitud o de admiración. Al ilustre escritor, que honra con su saber

PREFACIO

al clero italiano, llegue mi agradecimiento mayúsculo, como dice Victor Hugo (1).

De cuantos recorran las páginas siguientes imploro una oración para que la nueva cruzada de mayor difusión del conocimiento de la doctrina moral cristiana sea pródiga de prácticos resultados.

DON OLGATI.

(1) Un agradecimiento cordial por su colaboración al amigo queridísimo, Mons. Carlos Figini, profesor del Seminario teológico de Milán y al Sac. José Borghino, de Saluzzo.

INTRODUCCION

Un célebre novelista inglés contemporáneo, Chesterton, en una de las escenas sugestivas de su obra *"El Mundo y la Cruz"*, se detiene en un diálogo curioso, desarrollado entre el profesor Lucifer y el monje Miguel.

Los dos conocidos personajes se encontraban en una nave voladora que surcaba el cielo de Londres y pasaba sobre la catedral de San Pablo. La cruz, irguiéndose programa para los pequeños mortales, provocó la blasfemia y la palabra de desprecio de Lucifer, respondiéndole Miguel rápidamente:

—He conocido en otro tiempo un hombre como tú, Lucifer... Aquel hombre había adoptado también la opinión de que la señal del Cristianismo era un símbolo de barbarie y de irracionalidad. Comenzó, naturalmente, arrojando el Crucifijo de su casa, del cuello de su mujer, hasta de los cuadros. Decía, como tú dices, que era una forma arbitraria y fantástica, un monstruosidad, y que se la amaba sólo porque era paradójica. Luego se enfureció todavía más, se hizo todavía más excéntrico; y habría querido derribar las cruces que se alzaban a lo largo del camino en su país, que era un país católico romano. Por fin se encaramó sobre el campanario de una iglesia, arrancó la cruz y la arrojó por los aires en un trágico

soliloquio bajo las estrellas. Una noche de verano, mientras volvía a su casa, el demonio de su locura le asaltó repentinamente abismándole en el delirio que transfigura el mundo a los ojos del insensato. Habíase detenido un momento, fumando su pipa, frente a una larguísima empalizada y de improviso sus ojos se desencajaron. No brillaba una luz, no se movía una hoja; pero él creyó ver, como en un fulmíneo cambio de escena, la larga empalizada trocada en un ejército de cruces, unidas unas a otras, arriba en la colina, abajo en el valle. Entonces, remolineando en el aire su pesado bastón, arremetió contra la empalizada, como contra un ejército de enemigos. Y a todo lo largo del camino destruyó, arrancó, desarraigó cuanto encontró a su paso. Odiaba la cruz: y en cada palo veía una cruz. Al llegar a su casa estaba loco de atar. Dejóse caer sobre una silla, pero púsose inmediatamente de pie, porque en el suelo aparecía la intolerable imagen. Arrojóse sobre una cama; pero cuanto le rodeaba, tenía ahora el aspecto del maldito símbolo. Destruyó sus muebles todos, dió fuego a la casa, porque también ésta se le aparecía ahora hecha de cruces, y al otro día le encontraron en el río.

Lucifer miró al viejo monje, mordiéndose los labios:

—¿Es verdadera esta historia?

—No — dijo Miguel. Es una parábola: la parábola de todos los racionalistas y de ti mismo. *Comenzáis despedazando la cruz, y concluís destruyendo el mundo habitable.*

Esta última frase de Chesterton sintetiza la historia de varios siglos. La moral cristiana, simbolizada por la

cruz, fué burlada, odiada, combatida, despedazada, destruída. Una lucha sistemática, un asalto ilimitado, un sucederse de batallas dirigidas por los jefes más diversos, un multiplicarse de tentativas concebidas desde los más variados puntos de vista y de tácticas, a menudo en contradicción entre sí, pero encaminadas al mismo fin, han pretendido abolir en el mundo la moral de Cristo, para declarar concluído su reino para siempre.

Las consecuencias de este conato estúpido son conocidas por todos. No es exageración de literato, o jere-miada de predicador, el señalar el cúmulo de ruinas que afligen a la época moderna en el mundo de los espíritus. Los individuos, las familias, las naciones, la humanidad sufren y podrían confesar con Juan Papini, que "los hombres, al alejarse del Evangelio, han encontrado la desolación y la muerte".

Me dirijo a los que recorran estas primeras líneas y les ruego se detengan un instante para responderse a sí mismos en el silencio de sus conciencias: —¿Estáis verdaderamente satisfechos de vuestra vida, de los años transcurridos, de los días que ahora pasáis? ¿No tenéis quizá la *sensación* clara, neta, precisa de haber malgastado gran parte de la juventud, de haberos alimentado de ilusiones y de haber perseguido inútilmente la verdadera alegría, la íntima tranquilidad, la paz? Hoy no encontramos con mucha facilidad al deficiente que en toda época ha estado siempre satisfecho de sí. Muchísimos, en cambio, *sienten* la inquietud de un ánimo nauseado, los espasmos atroces del desengaño, la necesidad de una vida nueva. Y por esto muchos retornan a Cristo. La moral

cristiana suscita en los corazones nuevas agitaciones, aspiraciones y anhelos ardientes. La ética del Amor constituye una esperanza aun para quien no la conoce perfectamente y quien, entre las mordeduras de una existencia inquieta e insatisfecha, la busca sólo con el gesto del náufrago que se aferra a la tabla de salvación. Los creyentes experimentan también la necesidad de profundizarla mayormente y de practicarla con coherencia, con intensidad, con fervor. Después de una época de criminales ligerezas, de superficialidad insulsa y de desastres, el problema moral se impone a la despierta conciencia de todos, y especialmente de las nuevas generaciones, que se presentan a la vida, dispuestas a crear un porvenir hermoso y radiante.

Mi *Silabario* pretende ser sencillamente el pequeño libro para una y otra falange, para aquellos que aun no han llegado, pero se dirigen al Corazón de un Dios que los espera y les hace sentir cada día más su dulce llamamiento imperioso, y para aquellos que ya respiran, quizá con pulmones muy débiles, la atmósfera saludable en la casa del Padre.

Para que su lectura sea proficua, es oportuno señalar los motivos que hoy dificultan la exposición de nuestra ética, y al mismo tiempo es necesario subrayar los criterios que me han inspirado. *Dificultades actuales* en el estudio de la moral cristiana y *método que se ha de seguir* para poder comprenderla en su realidad plena, en su vitalidad profunda y en su divina eficacia: he ahí lo que se proponen demostrar estas páginas de introducción.

1. — Dificultades actuales en el estudio de la moral cristiana

Enunciar y hacer comprender los principios esenciales de la ética cristiana es ardua tarea en nuestros días, por tres motivos.

Ante todo, una moral es intuída mejor al ser enseñada por el libro de la vida cotidiana, que al ser meditada en un frío volumen. Y por desgracia, muy raramente la moral cristiana hoy se encuentra vivida en las calles, en las plazas, en las casas, en la economía, en la literatura y en las distintas manifestaciones de la actividad humana.

Si prescindimos de las definiciones filosóficas abstractas (las que nada tienen que hacer con este *Silabario*, no ya por superfluas, sino por no poder ser apreciadas hasta el fin de este trabajo), podemos decir inmediatamente que la moral del Cristianismo exige que nosotros, superando nuestros defectos y nuestras malas inclinaciones, vivamos como viviría Jesucristo. Somos verdaderos secuaces de la moral cristiana, cuando en toda circunstancia determinada pensamos, como quiere Jesucristo, cuando tenemos en nosotros los sentimientos de Jesucristo, cuando obramos según el espíritu de Jesucristo. Un maestro es cristiano, si en su escuela procura tratar a los niños y a los jóvenes a él confiados como los trataría Cristo. Un padre y una madre son cristianos, si educan a sus hijos, como los educaría Cristo. Un obrero o un campesino son cristianos, cuando trabajan como trabajaría Jesús, con

el mismo ánimo, con la misma actitud espiritual, preguntándose a imitación de San Vicente de Paúl: “¿Qué haría Jesús. si El estuviera en mi lugar?”

Y como consecuencia de esta primera reflexión tan natural y tan sencilla que parece perogrullada, alguien, muy consciente del mal a que se deja arrastrar por sus pasiones, tendrá un sobresalto de temor y deberá exclamar: “¡Entonces; yo no soy cristiano! Las palabras que pronuncio sobre todo en los momentos de ira, las conversaciones que tengo con mis amigos, los métodos que empleo en mis negocios, la conducta habitual en mi jornada son palabras que Jesús *jamás* habría pronunciado, son conversaciones que El *jamás* habría tenido, es método de obrar que El *jamás* habría practicado...”

Pero no nos asustemos tan pronto. El catecismo del Cardenal Belarmino comenzaba con una pregunta y una respuesta terrible, aunque por tantos siglos fueran repetidas por los niños como papagallos.

—¿Sois cristiano?

—Sí, soy cristiano por la gracia de Dios.

¡Ay! Si libramos nuestro oído del tono monótono de la cantilena infantil y nos repetimos a nosotros mismos la pregunta de Belarmino, descubrimos en ella un significado insospechado e insospechable.

Sois comerciante, por ejemplo. Para conseguir una ganancia considerable, embrolláis al prójimo. Y la conciencia os pregunta: “¿Sois cristiano?” La cantilena muere en vuestros labios. El hermoso “Sí, soy cristiano” de vuestros años inocentes se ha trocado en una condenación.

Sois un joven, un hombre. No un animal inmundo. Pero la pasión ruge, insiste, ordena. Vilmente cedéis. “¿Sois cristiano?” La formulita catequística está allí. Y os acompaña siempre en todo instante, en todo gesto. Ella os absuelve y os condena, os da una sensación de alegría o el *estímulo* de un fecundo remordimiento.

Pero, ¡en nombre del cielo!, en el año de gracia que estamos recorriendo, ¿cuántos hay en el mundo que en todo instante puedan gritar con su frente levantada: “¡¡Sí, soy cristiano!!”?

Un escritor inglés, que en el título de su novela se preguntaba: “¿Qué haría Cristo?” e imaginaba a Jesús que, descendido de nuevo a la tierra, entraba en las oficinas de administración de un diario de Londres y después en las salas de redacción, y en nombre de su moral rescindía contratos de publicidad, destinaba al canasto artículos, ocasionando la quiebra del diario, hacía poco más o menos lo mismo en otras administraciones e iniciativas de la actividad humana revolucionándolo todo, planteaba un problema que quizás sería interesante examinar.

En la vida de los pueblos, de las familias y de los individuos, podemos distinguir tres casos a propósito de nuestra ética.

1º Con frecuencia la moral de Cristo es semejante a las antiguas naves hundidas en el lago de Nemí. Son necesarios buzos expertos, milagros de energía y gastos ingentes para poner a flote las viejas trirremes. Y si debierais revolver y sondear el fondo, quizás no seríais tan afortunados, como son hoy los exploradores

del célebre lago. No encontraríais nada o casi nada de moral cristiana, con excepción de un pálido y lejano recuerdo, colocado allá, como un reproche, cuya voz se procuraba ahogar bajo el peso de las culpas cotidianas, bajo las alas de las cotidianas vicisitudes.

2.º Otras veces, frecuentísimamente, veis en práctica una moral, que os recuerda la novela rusa, —y no laudable por cierto en su inspiración,— de Demetrio Merejkowsky: *La Resurrección de los Dioses*.

El humanista paganizante, Jorge Mérula, pasaba cuidadosamente una esponja húmeda sobre los folios de un viejo pergamino sutilísimo y delicado; de cuando en cuando raspaba con la piedra pómez, bruñía con la hoja de un cuchillo y con el bruñidor, y luego, levantando el folio contra la luz, lo miraba. Algún monje medioeval, queriendo utilizar el precioso pergamino, había borrado los antiguos renglones paganos, y sobre ellos había puesto su escritura, las palabras del salterio, las notas del canto que acompañan los salmos penitenciales.

Arriba, leíase: “Escucha, Señor, mis preces: escucha y atiende mi súplica, Señor, sumido en mi dolor, gimo y suspiro. Mi corazón tiembla; y los terrores de la muerte invaden mi alma”.

Debajo, a medida que los caracteres eclesiásticos eran raspados, aparecían otros caracteres, sombras de antiguas letras, pálidos vestigios delicados y descoloridos que habían permanecido impresos en el pergamino: era un himno a los Dioses del Olimpo y a Venus: “Gloria al gentil Dionisio, ricamente coronado de pámpanos... Gloria a tí, madre Afrodita, del dorado pie, alegría de los hombres y de los Dioses...”

¿Ves? — observa maliciosamente el humanista paganzante a un amigo cristiano. — Tú también eres como este pergamino: *En la superficie los salmos penitenciales, en el interior el himno a Afrodita.*

¡Oh! ¿no es ésta acaso la historia de muchos? En el exterior una pátina de moral cristiana: pero, debajo de ella, un diablejo en el corazón. Y no es preciso siquiera raspar demasiado: los caracteres de la superficie desaparecen de cuando en cuando; la moral pagana aparece con toda su fisonomía precisa, hasta que un nuevo velo la recubre otra vez... La vida moral de muchísimos es hoy una mezcla tal de paganismo y de Cristianismo, que os recuerda la figura del Moro, en la novela citada, cuando para invocar los auxilios del *Gran Turco*, oró largamente y con fervor ante una imagen de una *Virgen*, aquella imagen en la que la mano de Leonardo de Vinci ha retratado las facciones de la Condesa Cecilia Bergamini. O, si queréis otra comparación, también ésta de Merejkowsky, podéis pensar en Leonardo que ideó una colosal estatua ecuestre, el *Caballo*, en honor de Francisco Sforza y sobre el pedestal escribió: "Ecce Deus", y luego en el silencioso refectorio de Santa María de las Gracias pintó la *Cena*.

—Maestro, — balbuceó temblando un discípulo — maestro, perdonad... No alcanzo a comprender cómo habéis podido crear el *Caballo* y la *Cena* al mismo tiempo.

—Y bien, ¿qué no alcanzas a comprender?

—¡Oh, maestro Leonardo! Pero, ¿no veis, pues, que es imposible concebir al mismo tiempo... ¡al mis-

mo tiempo! a Cristo y a semejante hombre, ¡al mismo tiempo!...? No, no... — y no encontraba palabras para expresar su pensamiento: sentía turbado el ánimo ante la idea de la reunión de dos cosas inconciliables, y no sabía cual de las dos Leonardo había dicho con sinceridad: “He aquí el Dios”.

Nosotros tampoco sabemos a quien tantas personas dirigen su “Ecce Deus”. Alguna vez parece que lo dicen a Cristo, otras veces al oro, al placer, o a algún otro idolito, que no alcanza en verdad a conciliar con Dios.

3º Por último, aun los buenos, aun aquéllos que se proclaman cristianos, a menudo presentan una impresionante incoherencia entre la moral que predicán y la moral que practican. Para no molestar la sombra del viejo Padre Zapata, añadiremos que con demasiada frecuencia los buenos se asemejan a los cándidos cisnes domésticos gratos al Moro, que los soldados de Luis XII, de paso por Milán, hacían blanco de sus flechas. Algunos cisnes, asustados y heridos, nadaban aún, meciéndose sobre la obscura agua ensagrentada; otros emitían tristes lamentos, alargaban el cuello en un temblor convulso e intentaban una vez más, antes de morir, levantarse sobre sus pobres alas heridas. Es éste con frecuencia el símbolo de aquéllos que deberían enseñar con hechos qué es la moral cristiana y que, en cambio, se dejan herir por la flecha de la culpa.

Se podrá observar, no como justificación, sino como explicación de este hecho, que todos nacemos con el pecado original, que mil tendencias malignas tratan de arrastrarnos al mal, que la vida moral es una perpetua

lucha sin un instante de tregua. Todo esto debe admitirse como verdad innegable. Pero es necesario añadir en seguida que las infracciones continuas de la ley moral crean un ambiente social donde las insidias y los peligros se encuentran a cada paso, forman una atmósfera donde se trata de acallar las protestas silenciosas de las conciencias con el pretexto de que todos caen fatalmente y de que es necesario seguir el paso común y llenan el mundo de las almas con desafinaciones desastrosas.

La ética cristiana se asemeja a una música espléndida y armoniosa; para que todos la aprendan, la aprecien, queden extasiados por ella y se decidan a unir sus voces, es necesario que un coro numeroso, educado y potente la cante: en tal caso, aun quien no conozca las notas y no sepa leer una página de música, entiende y aprende. No por nada los mejores maestros de moral son los Santos, que obligan a los mismos adversarios del Cristianismo a admirarla y aplaudirla. En presencia de un Vicente de Paúl o de un Juan Bosco es imposible rechazar el consentimiento entusiasta, aunque se viva en la orilla opuesta. Sin embargo, ¿por qué hoy no siempre se alcanza a atraer los espíritus contemporáneos a la moral del Evangelio? Porque los hábiles maestros de música, capaces de cantar con su vida nuestra ética, son más bien escasos. y son innumerables los maestros y los cantores desafinados. Aun más, por una extraña perversión de ideas la mayoría sostiene que los Santos deben dejarse para la devoción de la minúscula falange de los piadosos y de los ascetas, o, para seguir

la comparación, sean sólo maestros de música sagrada adaptada para las iglesias: ¡fuera del templo se busca otra música, otro tono, otra moral!

Es verdad.

Ante las deficiencias descritas, los filósofos han intervenido con sus sistemas para realzar el nivel moral que sigue descendiendo siempre más.

La filosofía aspira a ser el *sustituto* de la religión en el terreno de la ética y, como todos los *sustitutos*, ha llegado a fascinar por algún tiempo la ingenuidad y la imbecilidad humanas.

Pero hoy ¿existe acaso alguien que sostenga todavía, con verdadera seriedad, poder sustituir la moral de Cristo con el sistema de un pensador? ¿Estáis realmente convencidos de formar a un joven en la virtud y en el heroísmo con las teorías pululantes en el mundo filosófico?... ¡Os invito a pensar en la multitud de doctrinas morales contradictorias entre sí, nacidas en el siglo XIX y en los primeros decenios del siglo XX! Los utilitaristas han sostenido que la moral se fundamenta en lo útil; Kant ha insistido en el pensamiento de que, donde hay la preocupación de lo útil, no hay moral, y de que ésta debe basarse en el deber; Nietzsche ha despreciado la ética común y ha soñado la moral del superhombre; Marx ha procurado la reducción de la moral a la economía, haciendo también del deber una cuestión de estómago; Ruskin ha exaltado la moral de la belleza; Comte y el positivismo quieren la moral de los hechos, la moral científica; algunos niegan el libre albedrío y con Taine declaran que la virtud es un producto necesario como el vi-

triolo y el azúcar; otros, en cambio, opinan que sin libertad no hay responsabilidad, ni posibilidad alguna de moral. Algunos quisieron refugiarse en los brazos de los antiguos estoicos e invocaron a Epicteto, Marco Aurelio y Séneca; otros se echaron en brazos del pesimismo y del escepticismo moral; otros trajeron la doctrina de Buda; James y el pragmatismo anglo-americano quisieron fundar el pensamiento sobre la moral, mientras el idealismo erigió a la ética sobre el pensamiento y llegó a afirmar que, para salvar a la moral, es necesario comenzar por admitir que todo es Espíritu, aun más, que todo es acto del pensamiento, desde el Monte Blanco hasta la América... En una palabra, estos filósofos moralistas se asemejan a un grupo de médicos en ruidosa oposición entre sí, que discuten alrededor del lecho del agonizante. Y hoy, en todo el mundo, no hay *siquiera un sistema* que resista: es el derrumbe de las ideologías filosóficas, es la confusión babélica de las inteligencias y de las lenguas, y si alguien afirmara seriamente que la salvación del mundo se conseguirá con la moral de un pensador, todos estallaríamos en una sonora carcajada.

Lo peor es que estos edificios filosóficos, impotentes por una parte para formar una conciencia, por otra, al caer, levantan una nube de polvo tan densa que arruina la vista, de tal manera que, ante la moral cristiana, son muchísimos los ciegos, los présbitas, los míopes y los bizcos, todo por culpa de los sistemas. Los filósofos han inoculado en todos un número tan inmenso de prejuicios, de ideas tontas, de afirmaciones infundadas con relación a la ética cristiana, que no es leve

la tarea de hacer brillar esta última en la mente y en el corazón de nuestros contemporáneos.

Sin temor de equivocarme, estoy convencido de que el presente *Silabario* revelará a algunos estudiosos modernos un mundo nuevo. Estos conocen tan poco la moral cristiana que la creen fundada únicamente en el premio y en el castigo, en el paraíso y en el infierno ¡y por esto la posponen a las formas mucho más nobles de la moral desinteresada! Hasta los grandes pensadores, desde Manuel Kant a los recientes idealistas italianos, no os ofrecen pruebas muy satisfactorias de conocimiento de nuestra moral.

Quiero limitarme a un ejemplo.

Tomo la *Filosofía de la Práctica*, de Benito Croce y leo: “la afirmación de que el acto moral es amor y volición del Espíritu en universal, se encuentra en la Etica religiosa y cristiana, en la Etica del amor y de la búsqueda ansiosa de la presencia divina. Es éste el carácter fundamental de la Etica religiosa, la cual permanece ignorada a los vulgares racionalistas e intelectualistas, a los así llamados librepensadores y a los frequentadores de las logias masónicas, por estrecha pasión partidaria o por falta de agudeza mental. Casi no hay verdad de la Etica... que no pueda expresarse con las palabras de la religión tradicional que hemos aprendido de niños y que espontáneamente suben a nuestros labios como las más elevadas, las más apropiadas, las más hermosas; palabras, en verdad, impregnadas aun de mitología, pero, al mismo tiempo henchidas de contenido filosófico”. Ante estas expresiones, casi sospecháis que Croce sea un pro-

pugnador de los principios de la moral cristiana. Pero no; tened paciencia; pasad algunas páginas y leeréis: "El divorcio (puede ser) altamente moral o profundamente inmoral, según los tiempos y los lugares: y sólo la estrechez mental o la ignorancia pueden expulsar de la humanidad, o creer que viven o persisten en la inmoralidad, pueblos que practican el divorcio o el matrimonio indisoluble. . . Inmoral, irracional e innatural no es ni siquiera la poligamia o el libre concubinato, puesto que ha sido institución considerada legítima en ciertos lugares y épocas; y estaríamos por afirmar (aunque repugne **a nuestro corazón y a nuestro estómago** de europeos civilizados) que ni siquiera la antropofagia, porque aun entre los antropófagos había (esperamos se quiera admitir) hombres, que se sentían honestísimos, en la más límpida conciencia de sí mismos, y, esto no obstante, comían a su semejante con la misma tranquilidad, con que nosotros comemos un pollo asado, sin odio por el pollo, pero con la convicción de no poder, al menos por ahora, obrar de otro modo". Y obsérvese: Benito Croce en el mismo libro no vacila en reconocer que "¡después del Cristianismo, a nadie que no sea charlatán o extravagante, le es permitido no ser cristiano!" ¡Ay! El Cristianismo verdadero con relación a este Cristianismo de Croce que admite en ciertos casos la moralidad del divorcio, del libre concubinato y de la antropofagia, es con poca diferencia lo que el Amor cristiano con relación al amor libre del licencioso. Y una vez más nos preguntamos: ¿es posible que de tales teorías modernas, que justifican toda obscenidad y todo delito, pueda derivarse la solución del problema moral?

Para hacer todavía más dificultosa la tarea de exponer la moral cristiana, se añade finalmente el escaso conocimiento de la moral de Cristo, entre los mismos creyentes.

Muchos ignoran hasta algunos preceptos de la moral, muchísimos ignoran el motivo de los preceptos. Mandamientos y prohibiciones de la ley ética parecen extravagantes a algunos y no sé cuántos sabrán justificar los mismos actos buenos que realizan.

De aquí, por ejemplo, las señoras de nuestros días, que se maravillan de la campaña del Papa y de los Obispos contra la moda torpe y los bailes inmorales; de aquí las preguntas de los que desearían saber el *por qué* de la pureza en los años juveniles y el *por qué* la familia no debe ser profanada con vicios oprobiosos; de aquí algunos cristianos que no comen carne el viernes (1), pero que no conocen absolutamente la razón por la cual la Iglesia impone la abstinencia y los ayunos; de aquí las deliciosas pretensiones del que cree que la moral cristiana tiene derecho de existir sólo entre los muros del templo, mientras fuera, en la vida social, en la economía, en la política, en la escuela y en el arte, debe reinar otra moral completamente diferente y, si se quiere, opuesta a la primera.

Aunque es inmensa la ignorancia de los dogmas, por desgracia más vasta y más profunda aun es la ignorancia de la moral y lo peor es ¡que todos se consideran suficientemente instruídos en la materia! A lo menos en lo

(1) La abstinencia de los viernes obligatoria para el mundo católico está dispensada en la República Argentina. (Nota del Traductor).

relativo al contenido dogmático de la revelación, el creyente ignorante en teología rehusa disertar acerca del misterio de la Trinidad, o de la procesión del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo; pero en moral todos se juzgan competentes y truecan el amor *sobrenatural* a Dios y al prójimo por el amor que a Dios y al prójimo habríamos tenido en un mero orden natural.

La vida pagana que nos rodea, las nubes causadas por los sistemas filosóficos, la ignorancia de muchos cristianos en asuntos de moral crean mil obstáculos a quien quiere exponer e inculcar la moral cristiana, tanto más si no quiere encerrarla en cuatro tesis, exactamente formuladas, pero necesariamente frías, o si no quiere detenerse en el comentario de cada Mandamiento de Dios y Precepto de la Iglesia, dado por nuestros grandes tratadistas de Teología Moral bajo la guía de un Santo genial, San Alfonso de Ligorio; comentario indispensable, pero que presupone el conocimiento del alma de la moral de Cristo.

Ante estas dificultades, ¿qué método he preferido?

2. — Normas metódicas

Pocas palabras resumen mi criterio directivo: este *Silabario sólo* pretende ser una *sencilla exposición sistemática* de los principios informativos de la moral cristiana.

Hay óptimos manuales nuestros y obras excelentes (basta con indicar la mejor, la de Víctor Cathrein: *Die Moralphilosophie*, traducida a varios idiomas y también al italiano), donde puede encontrarse la descripción de

cada sistema de ética, su refutación y la comparación entre aquéllos y la ética cristiana. Tales obras son utilísimas, pero no responden a la finalidad que me he fijado.

La realidad es que muchos en nuestros días conocen a fondo la *Crítica de la razón práctica* de Kant; los *Recuerdos* de Marco Aurelio; el *Manual* de Epicteto; las *Cartas a Lucilio* de Séneca; conocen a Epicuro y Hegel, Júpiter y Mahoma, pero no han tenido jamás la preocupación de examinar de cerca la moral de Cristo. Para éstos puede ser providencial una exposición sencilla y exacta, sin preocupaciones de índole filosófica y que con relación a los diversos sistemas de ética se limite a indicaciones indispensables para ilustrar mejor el pensamiento cristiano con alguna comparación.

Sin embargo me dirijo especialmente a los creyentes, a aquellos que frecuentan la iglesia, escuchan sermones, se acercan a los Sacramentos; y les digo: este *Silabario* es para vosotros, meditadlo; quizá os revele por primera vez no los preceptos y las leyes de la moral cristiana, sino su espíritu vivificador. Quizá conozcáis la moral de Cristo, como a un amigo con quien habláis, tratáis, discutís, pero a quien sólo habéis podido conocer superficialmente sin haberlo sorprendido jamás en la intimidad profunda de su yo y de su carácter, la que os explicaría cada gesto suyo, cada actitud, cada sonrisa y cada frase. Creedme; os hablo en nombre de la experiencia: aun en nuestro campo se ignora con frecuencia lo que es obligatorio saber para vivir cristianamente. Y cuando se desea curar semejante llaga, no pocas veces se recurre a un remedio curiosísimo (que responde al

método de la *apologética* para quien nada sabe de dogma): ¡se hace la exposición y la crítica de todos los demás sistemas de moral! ¡Qué imbecilidad y qué peligro! Sería como si teniendo yo necesidad de alimentarme y desfalleciendo de hambre, se me acercase alguien que, en lugar de darme pronto buen alimento, comenzase por hacerme gustar y escupir todos los venenos conocidos para demostrarme que no son el nutritivo pan. De este modo ¡me arruinaría el paladar y yo estaría en peligro de morir por falta de alimentación!

Prefiero, pues, otro criterio. Y razono así:

Nuestra doctrina moral es el alimento necesario para obrar sobrenaturalmente bien y para resolver cristianamente el problema de la vida. Considero indispensable ofrecer el pan seguro y no considero conveniente presentar los diversos sistemas equivocados. Comenzamos por acercarnos a Cristo y por aprender de El la enseñanza vital: el Evangelio en veinte siglos ha plasmado ciertamente más almas y suscitado más energías espirituales que todos los filósofos reunidos. ¿No os parece que tengo razón?

Y diré más aun. Una secreta esperanza me sonríe en el corazón. Cuando tengamos el alma bien asegurada en la ética cristiana, y sintamos su palpitación y la comprendamos en su divina fuerza interior y en su dinamismo, cada uno podrá dar una mirada, por cuenta propia, a los diversos sistemas morales, y un fenómeno imprevisible impresionará nuestra mente y nos manifestará la verdad de nuestra ética. Cada sistema de moral desarrolla y profundiza un punto y posee una pequeña parte de

verdad: el error no subsistiría sin aquel núcleo de verdad, que lo hace fascinador (y que seduce por breve tiempo al estudioso. La moral cristiana tiene en sí, sintetizadas en un admirable organismo, todas aquellas partículas de verdad, exageradas y deformadas en los distintos sistemas, y las integra, las coordina y las vivifica. Si llegamos a esta conclusión, ¡qué prueba intrínseca de la verdad de nuestra doctrina habremos alcanzado!

Por lo tanto con todos mis esfuerzos sólo pretendo hacer una *exposición*, pero — añadido — una *exposición sistemática*, que nos haga comprender la moral cristiana en su *unidad orgánica*.

En consecuencia tres son los fines que me he prefijado:

a) La *moral* cristiana es una planta, cuya raíz es el *dogma*. Quien quiere comprender aquélla, prescindiendo de éste, es un superficial. Y el mundo está lleno de superficiales que desearían conservar los preceptos del Amor del Evangelio, sacrificando su base dogmática.

El sentimentalismo, imperante aun allí donde menos se creería, ha puesto de moda la admiración por el Sermón de la Montaña, pero no por la Trinidad, la Encarnación, el Calvario y el infierno. “De las regiones de la idea y de los principios —observa enérgicamente el P. José Tissot en su clásica obra: *La vida interior simplificada y relacionada con su fundamento* — se ha descendido al bajo nivel de las emociones y de los sentidos. En la vida pública y en la privada, en la vida intelectual y en la vida moral, en la vida espiritual misma, con demasiada frecuencia se buscan emociones, se vive muy fácilmente de los sentidos. La vida tiende a animalizarse

y a no ser sino una serie de sensaciones". Las lagrimitas de los corazoncitos tiernos pretenden sustituir lo sobrenatural: la melosidad engañadora ilusiona a muchas almas y las convence de que practican la austera severidad de la Cruz, cuando no son sino víctimas inconscientes de un sentimentalismo fatuo.

Con Tissot, sincero hombre de Dios, debemos confesar en este punto la dura verdad. El mal es causado por "aquellos libros de piedad, que pululan en todas partes, y cuya ciencia consiste en mover la sensibilidad". ¡Curar el alma con emociones, cuando el mal está en la inteligencia!... ¡Verdaderamente es querer curar una enfermedad pulmonar con un poco de ungüento en el pie! Allí está todo el valor de esos libros. ¿Quién nos devolverá la medula teológica de las grandes épocas de la fe?... Es en verdad el caso de preguntarse si el florecimiento, por desgracia demasiado fecundo, de la literatura sentimental en asuntos de piedad, no es una calamidad tan desastrosa, como la literatura inmunda, que nos mancha con sus narraciones obscenas. Porque, al fin y al cabo, el libro inmundo no se dirige sino a las almas que croan en los pantanos. Pero los libros de piedad se dirigen a aquellas almas superiores a quienes Dios ha confiado la misión de elevar a los pueblos. ¿Por ventura estos libros, que menoscaban y entristecen a las almas, no producen una reacción más extendida, más terrible en la sociedad, pues no podrán ya levantarla, porque ellas mismas no se elevan?... *Son los dogmas los que forman a los pueblos*, escribió De Bonald, y es ésta una de las más profundas sentencias del profundo pensador. Si for-

man a los pueblos, forman también a los individuos. "No cesaré de decirlo, ni de creerlo, observa De Maistre, otro gran pensador; el hombre no vale sino por lo que cree. El debilitamiento de la verdad es lo que causa en los hombres la desaparición de la santidad".

Debemos tener también el valor de añadir que a veces, hasta en nuestras iglesias, se encuentra algún predicador con idéntico defecto. En algunas ocasiones no se alcanza a distinguir ciertos sermones cristianos de los discursos de un filósofo acerca de la bondad, el deber, la virtud. Explican e ilustran cosas óptimas, pero que un estoico, antiguo o moderno, podría repetir; parecen heraldos no de una moral *cristiana*, sino simplemente de una moral *humana*. El dogma y lo sobrenatural viven desterrados de estos sermones que podrían ser definidos conferencias casi filosóficas, para los estómagos débiles, abillantadas con vuelos oratorios y con escenas sentimentales.

Es necesario dejar estos métodos a las diversas *unions pour l'action morale*, brotadas en Francia y en otras partes y que con Desjardins y con Séailles dirigían a todos la invitación de unirse alrededor de un programa exclusivamente moral. El católico y el protestante, el que cree en la divinidad de Cristo y el que no cree, los admiradores de Buda o de Confucio, los adoradores de un Dios y el ateo persuadido de que el cielo está vacío, los propugnadores de la inmortalidad del alma y el positivista, deberían unirse todos acordes en un propósito único: el deber de reformarse a sí mismos, de crear la propia vida interior moderando las pasiones y cultivan-

do la propia conciencia, y de sacrificarse con abnegación al bien de los demás hombres.

No hace mucho, la corriente capitaneada por el Arzobispo luterano de Upsala el Dr. Soederblom, al grito: *For life and work*, "por la vida y la acción", realizó en Estocolmo la Conferencia para la unión de las Iglesias. Allí reinó también la misma ilusión —de una moral no fundada en el dogma, que sirva de plataforma para reunir a las diversas sectas protestantes— en las discusiones, coronadas con el discurso del Príncipe heredero de Suecia, quien entre aplausos declaró: "Esta Conferencia de *cristianismo práctico* ha demostrado del modo más terminante que no es absolutamente necesaria la unidad de la fe para crear un espíritu de buena voluntad y de recíproca comprensión entre los hombres".

No creemos en semejantes organizaciones para la acción moral y en semejante cristianismo práctico, no apoyados en la verdad y en el dogma; son *nubes sin agua*; son *plantas*, repito, que pueden parecer atrayentes, pero *privadas de raíces*; son groseras imitaciones. Nada tienen de común con la ética del Evangelio, que se eleva sobre el dogma y está inspirada en él.

b) La moral cristiana, unida al dogma, debe ser considerada también en la *unidad de sus mandamientos*.

Como en un árbol múltiples son las ramas, las hojas, las flores y los frutos, pero único es el árbol y único el soplo vital que desenvuelve la multiplicidad de sus manifestaciones, así en nuestra moral hay también muchas leyes, desde los mandamientos de Dios hasta los preceptos de la Iglesia; y no faltan utilísimos estu-

dios y explicaciones de cada uno de ellos. Sin embargo en este *Silabario* no queremos detenernos en el hecho de la multiplicidad: queremos más bien remontarnos a la unidad, que es la última razón de los diversos imperativos categóricos y de los consejos de la moral de Cristo. Al final de este libro, veremos con claridad por qué, por ejemplo, está prohibido el hurto; por qué debe condenarse aún el pensamiento deshonesto; por qué debemos evitar el escándalo y dar limosna al pobre y así sucesivamente; y cada una de estas cosas se nos manifestará en la organización sistemática de un todo, en que se comprende el *por qué* de una prohibición, o de una orden, o de un consejo.

No se confunda, pues, nuestro objeto con el programa de otros trabajos, laudabilísimos e indispensables, que consideran punto por punto y palabra por palabra las tablas de la ley de Moisés, las precripciones de la Iglesia, etc. No queremos escudriñar rama por rama, hoja por hoja, flor por flor, fruto por fruto; queremos, en cambio, penetrar en la unidad del organismo para asistir a su desarrollo y a su perenne renovación en la conservación de su principio vital.

c) Por último este *Silabario* reclama otro requisito de la unidad.

Cuando en las escuelas del catecumenado de los primeros siglos se preparaba para la conversión a un pagano y se le orientaba hacia la regeneración, no sólo se le enseñaba al catecúmeno — con el dogma — la doctrina moral de Cristo, sino que se le hacía practicar. Anteriormente al bautismo, el futuro cristiano comenzaba a

vivir nueva vida y ponía en práctica la ley ética que poco a poco se le explicaba. Esta era la mejor disposición para la conversión y la demostración más clara de la belleza de la fe. Como en nuestros días para asuntos relativos a la física y a la química entro en un laboratorio, hago un experimento, y, si el experimento resulta, tengo la seguridad de una ley que regula la naturaleza material, así también para asuntos relativos a la moral entro en el laboratorio de la vida, aplico las normas de la ética cristiana y adquiero la prueba experimental de su bondad.

En otras palabras, para comprender bien la moral cristiana, es necesario vivirla; y no sin gran sabiduría el Santo Cura de Ars señalaba el reclinatorio e invitaba a confesarse a los pecadores, que iban a él para proponerle dudas contra la religión. Purificados de sus culpas, al alba serena y alegre de una conciencia renovada, sentíanse pronto atraídos por el encanto de la moral y del Credo; y, viviendo según el nuevo programa, no dudaban más.

No basta la unidad de dogma y de moral; no basta siquiera la unidad orgánica de las diversas partes de la moral entre sí; es necesaria la unidad de la doctrina moral con la vida vivida: sólo con este método se puede afrontar con seguridad el problema, que interesa a cada uno de nosotros, a las familias, a la escuela, a la vida social, a la patria, a la religión, a nuestra eternidad.

3. — Conclusión

El joven israelita aprendía los elementos de su lengua nacional y los grandes principios reguladores de su conducta en el salmo 119. Es el salmo acróstico o alfa-

bético, que fué definido el *Abecedario* por los hijos de Israel y que, en variadas formas, desarrolla un pensamiento único: la observación de las leyes divinas.

"Bienaventurados los hombres de conducta intachable,
que viven según la ley del Señor.

Bienaventurados los que observan sus enseñanzas
y con todo el corazón, Le buscan,
y no cometen iniquidad alguna,
mas caminan por su senda.

.....
...Observaré siempre tu ley
constantemente, hasta el fin,

.....
y pondré mis delicias en tus mandamientos
por mí tan amados...

Ansío de Ti la salvación, Señor...

Tus mandamientos no los he olvidado".

Nosotros deseáramos hoy que las conciencias juveniles y las almas todas entonasen otro salmo, el salmo de la vida cristiana, cuyo eco sería más potente que las voces de los antiguos levitas y que el sonido de las trompetas de plata que acompañaban los cantos en el templo de Jerusalén. Este *Silabario* es una invitación fraterna, para que el himno se eleve y se difunda por todas partes.

RECAPITULACION.

Muchos creyentes y los mismos incrédulos sienten hoy viva necesidad de conocer y profundizar la moral cristiana. Sin embargo su exposición presenta varias dificultades, que sólo pueden superarse observando un método oportuno.

1. Las *dificultades actuales*,^a que se encuentran en el estudio de la moral cristiana, son especialmente tres:

a) La moral fácilmente es comprendida, cuando es proclamada por la *vida vivida* no cuando sólo se le medita en las frías páginas de un libro. Por desgracia, la vida que hoy nos rodea, no nos repite el himno de la ética cristiana, pues: 1.º algunos viven paganamente, sin un soplo siquiera de idealidad cristiana; 2.º otros en su vida unen en oprobiosa mezcla Cristianismo y paganismo; 3.º con frecuencia, aun en los buenos, obsérvase una impresionante incoherencia entre la moral que predicán y la vida que llevan.

b) La *filosofía* ha procurado sustituir a la moral cristiana con los *sustitutos* de sus diversos sistemas de distintos colores; los que no sólo son prácticamente ineficaces o dañinos, sino también han difundido un mundo de prejuicios relativos a la moral católica. Semejantes prejuicios, obscureciendo las inteligencias, han hecho ardua la tarea de mostrar, en su verdadera naturaleza, la moral de Cristo.

c) Por último la *ignorancia* de la moral cristiana es mucho más grave. Algunos no saben los preceptos; otros, y son muchísimos, no conocen su espíritu vivificador. Y todos creen tener una noción exacta y precisa.

2. Para remediar estas dificultades, el presente *Silabari* observará las *normas metódicas* siguientes:

a) no expondrá en particular todos los sistemas filosóficos de ética;

b) no comentará nuestra ley moral mandamiento por mandamiento:

pero en cambio:

a) se limitará a una *exposición* de la moral cristiana;

b) procurará ofrecer una exposición *sistemática* de ésta, de tal manera que aparezca con claridad:

1.º—la unidad entre la moral y el dogma, como entre la planta y las raíces;

2.º—la unidad entre los diversos mandamientos y preceptos de la moral como entre las ramas de un árbol;

3.º—la unidad que debe existir entre la doctrina moral y nuestra vida.

CAPITULO PRIMERO

EL CRISTIANISMO Y 'EL AMOR

Sin vacilación aplicaría yo al Cristianismo lo que Goethe escribía de las poesías:

Son como decorados ventanales
Las poesías. Viendo esos cristales
Desde la plaza, sólo unos oscuros
Vacíos aparecen en los muros
Y al mirarlos así la buena gente
Su artística belleza no presiente.
Mas, si una vez, por fin, pasáis la puerta
Del templo, en su interior mirad alerta.
De pronto, el cielo, el mar y mil figuras
Surgirán del cristal en las pinturas.
Dad a los ojos luz y al alma vida
De Dios simples y alegres criaturas (1).

Quien desea comprender el Cristianismo, debe *entrar* en nuestra catedral, y entonces los dogmas y los preceptos morales, que desde el exterior le eran incómprensibles y le parecían lo más extraño y lo más oscuro que imaginarse pueda, le parecerán hermosos y verdaderos. Solamente viviendo en esta catedral divina, levantada por

(1) Traducción del Sr. Pbro. Dr. Luis Bertoni Flores.

Dios, es posible intuir el *principio de unidad*, que, como reduce las diversas escenas de un ventanal decorado a un único conjunto admirable y cual prisma que recompone los diversos rayos coloreados en el único rayo solar, así une armónicamente los datos de la revelación y las normas de conducta, y todo lo vivifica con un único soplo, con una misma alma.

Este principio de unidad ha causado el embeleso sobre todo de los santos. Nuestros filósofos y nuestros teólogos lo han descrito; y mientras algunos dirigían su mirada indagadora especialmente a cada uno de los múltiples elementos, otros con una ojeada comprensiva abarcaban el espectáculo sublime, a imitación de San Francisco de Sales, que en el prefacio de su célebre *Traité de l'amour de Dieu* exclama: "*Tout est a l'amour, en l'amour, pour l'amour et d'amour en la sainte Église*. En la Iglesia de Dios todo pertenece al Amor, todo está fundado en el Amor, todo se refiere al Amor, todo habla de Amor".

Una mística moderna, la Madre María Luisa Margarita Claret de la Touche, en su *Libro del amor infinito*, ha comentado egregiamente las palabras del Obispo de Ginebra. No se trata, escribe, de un "amor enervante, sin vigor, que se apoya sólo en la sensibilidad y es incapaz de fortificar los corazones y de hacerles producir acciones magnánimas y virtudes fuertes"; se trata "*del amor de Dios, considerado en Dios mismo...* En todo tiempo se ha hablado mucho del amor. Pero ¿de qué amor? Con frecuencia de la corrupción del amor, que es el amor carnal; alguna vez de aquel reflejo del verdadero Amor, que

resplandece aún en el corazón de la criatura; raramente del grande y gratuito Amor, que Dios derrama en beneficios sobre la misma criatura; y mucho más raramente aun del Amor eterno e infinito que es la substancia de Dios y la Divinidad misma”.

Sin embargo, para que el Cristianismo se nos aparezca en toda la plenitud de su luz y podamos hallar así la verdadera alma de la moral cristiana, es necesario partir del Amor de Dios. Es decir, es necesario convenirse bien de que en el Cristianismo todo es Amor; de que el Amor es la causa universal de la creación, de la redención y de la santificación; de que el Amor, digámoslo con Dante, “mueve el cielo y las estrellas”; de que el *Credo*, según la feliz expresión de Mons. Baunard, artículo por artículo es la sucesión de las etapas por las que el Amor de Dios desciende hacia nosotros; de que la moral no es sino nuestra continua ascensión hacia Dios en alas del Amor infundido por El en nosotros; de que toda culpa no es sino una voluntaria rebelión contra el Amor.

Con esta llave de oro — el Amor divino — se abre la puerta de cada verdad revelada y de cada precepto de la ética cristiana.

1. — El dogma y el amor

Un dulce Doctor de la Iglesia, S. Francisco de Sales, en su obra antes mencionada, recuerda las enseñanzas del Amor de Dios dadas por S. Pablo, “quien las había aprendido del mismo cielo” y por los otros grandes escritores que han desarrollado este tema.

Los antiguos Padres —afirma— “sirviendo amorosamente a Dios, hablaban también divinamente de su amor... Santo Tomás ha hecho sobre él un tratado digno de Santo Tomás”. S. Buenaventura, Juan Gersón, canciller de la Universidad de París, el Card. Belarmino, Santa Catalina de Génova y Angela de Foligno, Santa Catalina de Sena y Santa Matilde, Santa Teresa y otros mil han dedicado a este argumento páginas inefablemente hermosas.

No podemos resumir aquí los grandes principios que muestran cómo en el terreno dogmático el Amor “es el alma de la doctrina católica, es su centro, es la explicación de todos los misterios de nuestra fe”. Nos contentaremos con breves indicaciones.

Ante todo, *¿quién es Dios?*

“¡Dios es Amor! Así quiere ser conocido y quiere que este conocimiento se difunda por el mundo, lo inflame y lo renueve... Su amor es El mismo”.

“Moisés, —prosigue la Madre Claret de la Touche— el gran legislador de los Hebreos, el privilegiado, quien con su dulzura y fortaleza había atraído la mirada de Dios, reconociendo en el zarzal ardiente del desierto la presencia de la Divinidad, le había preguntado su nombre y Dios le contestó desde las ardientes llamas: ¡YO SOY QUIEN SOY! Respuesta profunda, que revelaba a Dios como el Ser supremo, esencial, único, causa y principio de los seres, de estabilidad y unidad absoluta, sin posibilidad de cambio, de disminución o de crecimiento. Pero respuesta misteriosa, como todas las manifestaciones divinas del Antiguo Testamento, que no revelaba

el secreto de Dios y tenía al alma humana suspendida ante este Ser incomprensible". Se caminaba aún entre las sombras; la luz clara de la revelación estaba reservada para más tarde.

"Despuntaron por fin los días de la Redención; la segunda Persona de la Santísima Trinidad se encarnó, el Verbo divino se hizo hombre, sufrió y murió por nosotros; después de su ascensión al cielo envió al Espíritu Santo. Entonces sentimos brotar del corazón inflamado y de los labios virginales del Apóstol predilecto las palabras reveladoras: "*Deus Caritas est. ¡Dios es Amor!*".

"Dios, al ver al hombre purificado por el sublime sacrificio del Calvario, vuelto a la gracia, convertido en hijo suyo sumiso y heredero de su gloria, no tiene ya más secretos para él.

"Revelándole su nombre: "Amor", se hace conocer del todo por él. Al mismo tiempo le manifiesta todos sus misterios, el secreto de sus divinas operaciones y la razón de sus actos".

Los grandes pensadores cristianos, desde San Agustín hasta Bossuet, han señalado en este Amor de Dios la razón de todos los misterios. Ellos han ensalzado al Amor infinito, que pasa y repasa en un flujo y reflujo divino entre las tres Personas de la Santísima Trinidad; y, según Mons. Baunard que resume sus pensamientos, nos han dado esta síntesis de los demás dogmas cristianos:

"Dios ama: amar es darse: y Dios nos ha dado todo a nosotros y se ha dado El mismo, comenzando desde

nuestra existencia y la de todos los seres: de aquí *la Creación*.

“Dios ama: amar es hablar, es hacerse comprender por los amados; y de aquí *la Revelación, la Sagrada Escritura y su Ley*.

“Dios ama: amar es hacerse semejante al amado, y de aquí *la Encarnación*.

“Dios ama: amar es salvar a cualquier precio al amado, es morir por el amado: de aquí *la Redención*.

“Amar es desear permanecer continuamente con el amado: de aquí *la Eucaristía, la Presencia Real, el Altar*.

“Amar es entregarse a cada uno de los amados y de aquí *la Comunión, la Cena*.

“Por fin amar es desear hacer felices consigo y para siempre a todos los amados, y de aquí la eterna felicidad y *el Paraíso*.

“Vasta síntesis del amor, que es asimismo la de nuestra fe”.

No por nada el águila de Meaux, en su *Oraison Funèbre D'Anne de Gonzague*, relataba y comentaba, como él sabía hacerlo, esta expresión de la ilustre difunta: “Desde el día en que plugo a Dios ponerme en el corazón que *su amor es la razón de cuanto creemos*, esta verdad me persuadió mejor que todos los libros”. No por nada los Santos y todas las almas vivamente cristianas encuentran en todas las cosas una de las estrofas del Amor eterno, que las arroja en un ímpetu de reconocimiento hacia Dios.

¿Qué es la naturaleza para el creyente? ¿Qué dicen

a su corazón y a su inteligencia las hermosas montañas, los inmensos océanos y el encanto de las flores? Contesta la citada mística: "El Amor Infinito había decidido la creación del hombre para poder verse en él. Y como una joven madre prepara con amor, con sus propias manos, la cuna del niño que está por dar a luz, y se esfuerza en hacerla, no sólo dulce y cómoda, sino graciosa y alegre, así Dios, que debía ser padre y madre, preparó con amor la cuna del hombre, el universo, y se complació en adornarlo y enriquecerlo de todo lo que podía servir para la utilidad, el bien y la alegría de su criatura predilecta". Por esto Jesús le decía: "Da tu corazón a las criaturas para que ellas amen por tu intermedio y tú ames en ellas, haz que glorifiquen, exalten, amen a su Creador. Ama con el pájaro que canta, con la nube que va vagando por el espacio, con la hoja que se mece agitada por la brisa. Comunica a todos estos seres creados por el Amor un alma que conozca, un corazón que palpite". Por esto ella añadía: "Me parece que la creación es como un instrumento musical, un arpa; si nadie la toca el arpa no vibra; pero si el corazón del hombre, como un hábil artista, toca las cuerdas de esta arpa de oro, entonces se eleva un sonido armonioso: es un himno de amor, cantado por el amor en honor del Amor Infinito".

¿Qué es nuestra elevación al estado sobrenatural? Los Padres, a una voz, con mil figuras responden explicando la palabra del Apóstol de la caridad: "¡Mirad *qué amor* nos ha demostrado el Padre al hacer que pudiésemos tener el nombre de hijos de Dios y lo fuésemos en realidad!".

¿Cómo ha sido anunciado el misterio de la Encarnación y de la Redención en todo tiempo en la Iglesia, sino como el misterio de aquel Amor, que, según observación de San Pablo, sobrepasa toda ciencia?

“Así ha amado Dios al mundo, exclama el vidente de Patmos, que le ha dado su Hijo unigénito”. Y la mística de Sena, nuestra Santa Catalina, inspirándose en esta nota, levantará su voz: “Doquiera me dirijo, encuentro inefable amor... El amor hizo descender la grandeza de la Divinidad a tanta pequeñez, cuanta es la de nuestra humanidad... El amor le hizo habitar en el pesebre en medio de los animales. El amor le hizo saturar de oprobios y por amor el dulce Jesús se deleitó sumamente en llevar la cruz de muchas tribulaciones... El amor le hizo correr con decidida obediencia hasta la oprobiosa muerte en la cruz... ¿Quién lo ha mantenido fijo en la cruz? Ni los clavos, ni piedra alguna, ni la tierra, mantuvieron enhiesta a la cruz, pues no bastaban para mantener fijo al Hombre-Dios, sino el amor”. ¿No había dicho Jesús: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”?

Dante, hablando del decreto de la Redención en el canto VII del *Paraíso*, magníficamente escribió también:

Este decreto, Hermano, está oculto
A los ojos de aquél, cuyo talento
Del amor en la llama no es adulto.

Todo esto es evidente. Y no sólo Belén y Nazaret, sino también las palabras brotadas de los labios divinos de Jesús bajo los olivos de la Judea y entre las rosas de Jericó, sus milagros y sus ejemplos, y el Cenáculo, y el

Calvario, y el Altar, y la Pentecostés, y toda la historia de la Iglesia son verdades encerradas en un sepulcro para quien no considera la *Llama del Amor*. Este no comprenderá que la Iglesia es el reino del Amor; no comprenderá el Sacerdocio, o sea la falange de los ministros del Amor; no comprenderá la Comunión frecuente y cotidiana, alimento diario del Amor; no comprenderá a Paray-le-Monial y la devoción al S. Corazón y considerará a esta última como una simple devoción sentimental, cuando en realidad es la síntesis de todo el Cristianismo.

En una palabra: ¿cuál es el más hermoso acto de fe que el dogma revelado nos exige?

Ni yo, ni un teólogo, ni siquiera un santo lo ha enunciado la primera vez. Fué el Discípulo que Jesús amaba con predilección y que posó la cabeza sobre su Corazón en la última Cena, quien nos enseñó a decir: "*Nos credidimus Charitati!*... ¡Hemos creído, creemos en el Amor!".

2. — La moral del amor

Sobre semejante tallo ¿podía por ventura abrirse la flor de una moral, que no fuese la moral del Amor?

La revelación hecha al hombre del amor infinito de Dios implica como consecuencia la necesidad y el deber de volver a conducir hacia Dios el amor del hombre, porque — es siempre San Juan quien lo proclama — *el que no ama, permanece en la muerte*. Y siempre resonará el grito de las *Confesiones* de San Agustín: "¡Nos has creado para Ti, Dios mío, y nuestro corazón no

tendrá paz hasta que descanse en Ti!". Como el águila real aprisionada — para usar la comparación de Bua-thier en su libro *El sacrificio en el dogma católico y en la vida cristiana* — ensangrienta sus alas contra las rejas de su jaula, así el corazón encerrado en el egoísmo, sin los vuelos del Amor, se siente necesariamente atormentado por el remordimiento.

De la dogmática cristiana no podía brotar sino la moral de la caridad. Jesucristo —como veremos— resume su ética en un mandamiento: "*Diliges! amarás!*" No podía ser de otro modo. Cada precepto, cada mandamiento, cada norma de la ética en el cristianismo debe inspirarse en el Amor, porque cada dogma de fe tiene el mismo espíritu. Jesucristo no ha venido al mundo para anular la ley promulgada en el Sinaí e impresa, ya anteriormente, en la conciencia humana; ha venido para completarla, para perfeccionarla, para vivificarla con el Amor.

Como en el dogma, así también en la moral, éste es la razón de todo, el principio vital que nos lo explicará todo.

¿Por qué debemos adorar a Dios y a Dios sólo? ¿Por qué no debemos blasfemar su nombre y no pronunciarlo vanamente? ¿Por qué debemos consagrarle un día por semana y así sucesivamente? — por amor, porque *debemos amarlo sobre todas las cosas*.

¿Por qué debemos cumplir nuestro deber, debemos no mentir, no matar, no profanar con la impureza nuestra inteligencia y nuestro cuerpo, no robar, etc.? Porque, responde el apóstol San Juan, "*debemos amar al*

Señor no con palabras, ni con la lengua, sino con la realidad de los hechos”.

¿Por qué debemos considerar hermanos a los demás, aun a los enemigos? Y además, ¿por qué no considerándonos satisfechos con los preceptos, nos sentimos dispuestos a practicar los grandes consejos de la perfección? Una vez más debemos decirlo: por amor.

Sienkiewicz en su novela *Quo vadis?* ha retratado artísticamente la figura del tribuno romano Vinicio en la casa de Miriam. Cansado de las orgías, del vino, del canto, de las cítaras, de las guirnaldas de flores, del palacio del César, Vinicio, con el corazón inflamado de un puro amor, atraído a la senda de su conversión, se dirige a Pedro y a Pablo de Tarso y con acento rápido y conmovido implora la luz:

—¡Mirad! Me tortura la incertidumbre. Me han afirmado que vuestra doctrina destruye la vida, la felicidad, las leyes, el poder del Imperio. ¿Es verdad? Me han afirmado que sois insensatos. Instruidme... Me han dicho también: —Grecia creó la sabiduría y la belleza, Roma la fuerza; éstos, pues, ¿qué traen? — Si en vosotros está la luz, haced que un rayo brille sobre mí.

—Nosotros traemos el Amor — dijo Pedro.

Y Pablo de Tarso añadió: — Aunque conociese el lenguaje de los Angeles, sin la caridad no sé ya hablar y me vuelvo un bronce sonoro.

Así es. La síntesis del dogma es el Amor de Dios a sí mismo y al hombre. La síntesis de la moral cristiana —y todo este *Silabario* será de esto una demostración— es únicamente el amor del hombre a Dios.

RECAPITULACION

Antes de exponer la moral cristiana, es necesario comprender el principio de unidad que la vivifica y que se puede expresar con una palabra: el Amor.

1. En el cristianismo todo es amor. El dogma nos revela el Amor infinito de Dios a sí mismo y su amor a nosotros.

2. Es obvio, por lo tanto, que la moral cristiana no puede ser sino la moral del amor, o sea del amor del hombre a Dios. Para no confundir la ética de Cristo con otras doctrinas, es necesario no perder de vista este espíritu inspirador: el Amor.

CAPITULO SEGUNDO

LA ACTIVIDAD MORAL

Después de haber contemplado desde la orilla el océano del Amor en su divina belleza, debemos desafiar las aguas. También nosotros exclamamos con el poeta: "*Necesse est navigare*".

Y para no ser arrastrados por las olas, comenzamos por examinar la pequeña nave con la que podremos surcar con segura tranquilidad el gran mar de la vida. Ella se llama "la actividad moral", resultante de las diversas acciones buenas, las que, aun siendo variadísimas, concuerdan todas en su característica esencial.

Si analizamos atentamente una de estas acciones morales, de manera de no confundirla con otros actos nuestros, distinguimos en ella con precisión tres aspectos:

1.º — La acción moral puede ser considerada en lo que aparece *externamente*, en su materialidad objetiva, en cuanto *acto exterior*.

2.º — Además la podemos observar en los *principios interiores*, de los que procede, en cuanto la producen nuestras íntimas energías espirituales, intelectivas y voluntarias.

3.º — Finalmente, podemos considerar el *elemento sobrenatural* que diviniza nuestro acto moral y lo hace

cristianamente bueno y sobrenaturalmente meritorio.

El bien en sí mismo, el acto bueno, el acto cristiano: he ahí tres problemas, que se imponen a la atención y de cuya solución dependerá después nuestra navegación, o sea nuestra conducta.

I — EL BIEN

Recuerdo un episodio lleno de enseñanzas para mí.

Dictaba un curso de moral católica en un instituto superior frecuentado por numerosos estudiantes, que poseían una cultura general no del todo despreciable.

En una de las primeras lecciones, al entrar a clase, indiqué a los oyentes tomaran una hoja de papel, que no debían firmar y contestasen la siguiente pregunta: “Todos admiten que asesinar a un amigo para robarle, blasfemar de Dios, desobedecer a los padres y así sucesivamente, es un *mal*; asimismo todos reconocen que es un *bien* ayudar y socorrer al pobre, obedecer a la legítima autoridad y así sucesivamente. ¿Por qué, pues, —según el Cristianismo— algunas acciones son definidas en sí como *malas* y puestas en la categoría del mal, y otras son consideradas *buenas* y colocadas en la categoría del bien?”

Recogí las hojas que debían revelarme cómo resolvía la cuestión aquel grupo de estudiantes. Y enseguida comencé a leer en alta voz y a comentar las soluciones dadas.

Uno decía: “Una acción es buena en sí o mala, porque así la califica el Evangelio”. ¡Oh! y ¿por qué el Evangelio la califica así? ¿quizá sin ningún motivo?...

Y antes de escrito el Evangelio, ¿no se podía distinguir una acción buena de una mala?

Otra respuesta estaba redactada en estos términos: “Yo llamo bueno al acto que la Iglesia me propone; malo al que la Iglesia me prohíbe”. Pero, una vez más, ¿por qué la Iglesia me ordena o me aconseja ciertos actos y por qué me prohíbe otros?, ¿podría por ventura la Iglesia declarar lícito el homicidio y el robo? Evidentemente no; ¿y por qué?... Y también cuando prohíbe cosas en sí lícitas, como el comer carne el viernes (1), de modo que esas cosas no son prohibidas porque sean malas, sino son malas porque son prohibidas, ¿por qué motivo la Iglesia procede así?

Una tercera respuesta buscaba la solución en la voz de la conciencia: “es mi conciencia, la que me advierte lo que es bueno o es malo. Esta es la verdadera norma de la moralidad”. Y es verdad que la voz íntima de la conciencia me susurra: “asesinar al amigo es un delito; hacer bien a un pobre es un bien”; pero, ¿por qué la conciencia declara lo primero un delito y lo segundo una buena acción? ¿Tal vez por un instinto ciego e injustificado o más bien por otra razón?

Otro observaba: “Una acción es en sí buena, si es premiada con el paraíso; y mala, si castigada con el infierno”. No, exclamé, la verdad es sencillamente lo opuesto a lo afirmado aquí: una acción no es buena, porque es premiada con el paraíso, sino es recompensada

(1) Según la ley general de la Iglesia, dispensada por la misma en la República Argentina. (n. del T.).

con el paraíso, porque es en sí buena; una acción no es mala, porque es castigada con el infierno, sino es castigada con el infierno, porque en sí es mala. Y entre tanto el problema queda en pie.

Alguno apelaba al consenso universal de los pueblos: "el bien es bien y el mal es mal, porque todos lo admiten". ¡Oh! y si mañana todos con un plebiscito mundial declarasen lícitas la calumnia y la rapiña ¿estas acciones serían buenas? Y además: ¿por qué todos proclaman la inmoralidad del calumniador y del canalla?

Algún otro recurría al concepto de utilidad: "una cosa es buena si me es útil" o sino "si es útil a la patria y a la sociedad"; en caso contrario es mala. Yo objetaba: suponed que pudiese robar un millón sin caer en las redes de la justicia: poseer tal cantidad ciertamente me sería útil; ¿con esto declararé mi robo un acto bueno? Más aun: si una nación fuerte y bien aguerrida se encuentra ante una nación débil, puede ser utilísimo a la primera invadir y anexarse la otra; ¿bautizaríamos esa prepotencia con el nombre de bien?

Para callar otras respuestas curiosísimas, había una que recurría a Dios. "Es bueno lo que Dios ha querido mandarnos hacer; malo, lo que Dios nos prohíbe". El que esto escribía, aunque estuviese en lo cierto al afirmar que Dios es el dueño absoluto de todos los seres y en algún caso puede cambiar el orden de las cosas, con todo, sin pensarlo, se adhería al voluntarismo cartesiano, pues, según Descartes, la verdad de los primeros principios y la moralidad de los actos dependen de la divina voluntad, la cual habría podido establecer que el princi-

pio de contradicción fuera falso y el matricidio una virtud. ¡Ah! Todo esto repugna a nuestra razón y a nuestra conciencia moral: el matricidio es un mal, no porque está prohibido, sino está prohibido porque es un mal. Y el respeto a la madre es un bien, no sólo porque Dios lo ordena, sino más bien Dios lo ordena, porque es un bien, que, en último análisis, se funda en el orden visto y querido por Dios.

¿Cuál es, pues, la “norma de la moralidad”? ¿Cómo se resuelve este problema, llamado por algunos “el Rubicón de la ética”? ¿Acaso ante este problema debemos repetir lo que San Agustín confesaba a propósito del tiempo: “si no me preguntas, qué es el tiempo, lo sé muy bien; pero si me lo preguntas y trato de explicártelo, me confundo”? Absolutamente no.

Procuremos aclarar de manera muy elemental tres conceptos: el *Ser*, el *ser en cuanto es conocido*, el *ser en cuanto es amado*; y entonces veremos por qué un acto es en sí bueno o malo.

a) El Ser y los seres

Según el concepto cristiano, *Dios es el centro del universo*. De Dios, Ser por esencia, Ser perfectísimo, que es la plenitud del ser y tiene en sí mismo la razón de su existencia, brotan por una libre acción creadora todos los otros seres. Como de un manantial surge el agua, así de esta única fuente — Dios — deriva todo cuanto existe. Como de un único Sol descienden innumerables rayos,

así de Dios provienen todas las criaturas. Como en una única inteligencia surgen mil y mil pensamientos, así todas las cosas son ideadas por la mente divina y su voluntad decreta el paso de aquéllas a la existencia.

El origen de todos los *seres* depende, pues, del *Ser*; su posibilidad, su existencia, su naturaleza, su conservación, su desarrollo tienen relación al *Ser*; su fin último es todavía el *Ser*, Dios.

Y obsérvese. Todos los seres creados no están amontonados los unos junto a los otros en un desorden caótico. Dios es la Suprema Razón y por esto el *orden es intrínseco* a lo que El produce. Los seres deben concebirse entre sí, como las letras y las palabras de un libro, o si se prefiere, como las notas de una ópera. La variedad de las letras y de las notas, su individualidad, su disposición deben ser consideradas bajo el aspecto del único pensamiento que la inspira y la vivifica. Esas letras, esas notas, tienen relación entre sí y ¡ay de mí si perturbo su orden! Arruino el sentido de la página o la armonía de la música. Lo mismo debe decirse de los seres creados: se nos presentan en una espléndida coordinación que los une todos en Dios. Nada hay en el mundo que merezca desprecio; cada cosa tiene su función propia, pero cada cosa debe conservar su puesto. En una palabra, entre los seres hay una serie de relaciones, hay una jerarquía procedente de su naturaleza y de la función que deben llenar, y nadie tiene derecho a turbar y hollar este orden; nadie tiene derecho a trastornar estas relaciones, porque el *Absoluto*, el Necesario, la causa de las causas es Dios: nosotros sólo somos seres

dependientes, contingentes, causados, *relativos*, que venimos de El, existimos en El, vamos a El.

Este gran principio de la centralidad de Dios ha sido reconocido, proclamado e inculcado en todos los siglos cristanos. Pablo de Tarso — como he advertido en mi libro *“Alma del Humanismo y del Renacimiento”* — enseñaba su “*nihil sine voce*” y en todo ser tomaba una palabra que orientaba su alma hacia Dios; Agustín de Hipona concebía al universo como una armonía, de la que cada cosa era una nota de hosanna a la divinidad; Benito de Nurcia, conversando con su hermana Escolástica, se extasiaba con la idea de Dios; Francisco de Asís, en medio del verdor de su Umbría y los trinos de los pájaros, elevaba al cielo el *Canto del Hermoso Sol*; en las Sumas medioevales cada artículo era una piedra de esta magnífica Basílica. Poemas como la *Divina Comedia* y poemas de mármol, como el San Marcos de Venecia, el Duomo de Pisa, las Iglesias de Amiens, de Chartres y de Estrasburgo, el Duomo de Milán y el de Colonia; los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio con su programa: *Ad maiorem Dei gloriam*; toda la doctrina, en fin, y la vida y las obras grandes del cristianismo inculcan y expresan la misma idea: Dios es el centro de todo y como tal debe ser reconocido por los individuos y por la sociedad.

b) El ser en cuanto es conocido

Si esto es el ser, ¿qué es la verdad?

Sabemos que el pensamiento es lo que distingue al hombre del bruto. El bruto también es un ser, y vive y

se mueve entre los seres. Pero no conoce lo que es el ser. Sólo el pensamiento puede escudriñar la realidad, estudiar las diversas categorías de los seres, encontrar sus relaciones, su subordinación, su relación con Dios.

En esta paciente investigación, mediante la cual se forman las ciencias y se llega después a su síntesis y a la sabiduría, podemos incurrir en *error*, cuando nuestra inteligencia no aprehende la realidad como es en sí y las relaciones que en ella existen; estamos en la *verdad*, cuando nuestra razón conoce al ser como realmente es.

La verdad, por lo tanto, nos presenta al ser en cuanto es conocido. Y toda la historia de la cultura humana, los esfuerzos de los filósofos y de los pensadores y las búsquedas de los sabios nos pregonan el espléndido combate del hombre para arrancar al universo el oscuro velo que lo recubre y hacer surgir de él a Dios. Como el estudioso, que desea descifrar una inscripción, empieza por reconstruir los caracteres que la forman y luego asociando al pensamiento oculto en ella y la explica, así nuestra razón, con sus fuerzas y a la luz de la revelación, después de examinados los diversos caracteres con los cuales está escrito el libro del mundo (las diversas ciencias), trata de interpretarlos y de leer en ellos la idea impresa por Dios en los mismos (filosofía y religión).

En consecuencia, para el cristiano es ridícula una ciencia que niegue a Dios. Y cada disciplina científica, cada descubrimiento, cada progreso cultural debe bendecirse, porque en una o en otra forma, nos sirve para hacernos penetrar en lo más íntimo de los seres y para hacernos ascender hasta el Ser de los seres.

c) El ser en cuanto es amado

Pero no somos sólo pensamiento: somos también voluntad y libertad.

Conocemos los seres y sus relaciones; y luego nuestra libre actividad se desenvuelve.

Entonces ¿cuándo nuestra acción es buena?

La contestación es muy sencilla: cuando respetamos la naturaleza de los seres y sus relaciones; cuando, después de conocidas con el pensamiento esa naturaleza y sus jerarquías, obramos prácticamente de acuerdo a ese orden, entonces hacemos *el bien*. Si, por el contrario, conociendo a los seres y su conexión, pisoteamos, derribamos, violamos el orden: cometemos *el mal*.

Por ejemplo: ¿por qué el robo es un mal? Por este motivo: nuestra razón conoce a nosotros mismos y a los demás hombres; observa que hay entre los hombres relaciones de justicia que no deben violarse; quien prácticamente desconoce esas relaciones y roba, es reo de una mala acción.

¿Por qué la blasfemia es un mal? Por este motivo: la razón conoce a Dios y al hombre; ve cual es la naturaleza de Dios, el Ser perfectísimo, nuestro principio, nuestro fin y nuestro apoyo; ve cual es la naturaleza humana que depende de Dios y debe amar a su creador y bienhechor. Pero como la blasfemia prácticamente no reconoce este orden, antes bien, lo trastorna, es en sí un mal. La oración, por el contrario, es en sí un bien, porque es el reconocimiento práctico del Ser y del orden.

Repítase lo mismo de cada ley ética, sea lo que fuere. La regla, el criterio, la norma con que juzgamos la moralidad o la inmoralidad de una acción, el método práctico para discernir lo justo de lo injusto, lo lícito de lo ilícito, lo honesto de lo deshonesto es siempre la que Santo Tomás, con palabras límpidas y profundas, sintetizaba así: "Obra de modo que tu acción sea según la recta razón", la que es un reflejo, una imagen de la Razón divina: "*Sic age ut actus tuus sit secundum rectam rationem*".

Por lo cual un mal deseo consentido es un mal, porque es contra la recta razón; la obediencia a los padres, a la autoridad de la Iglesia que nos da sus *preceptos* o la autoridad del Estado que nos da leyes justas en sus *códigos*, es un bien, porque es según la recta razón. Y dígame lo mismo de cada acto que se debe o se desea realizar.

Obsérvese: para juzgar la bondad de un acto, no es suficiente considerarlo en su objetividad abstracta, sino es necesario considerarlo también en sus circunstancias concretas. Optima cosa es, por ejemplo, orar con los brazos elevados hacia el cielo; y si esto se hace en la propia habitación, donde sólo lo ve el Padre Divino, puede servir para excitar mayor devoción; pero ¿qué diríais de quien hiciese igual acción en la iglesia parroquial? Es un bien el que el estudiante se dedique a... estudiar; pero si quisiese hojear un libro, mientras está comiendo, se lo quitaríais de las manos y le daríais un cuchillo o un tenedor. Es un acto de caridad dar de comer al hambriento; pero tratándose de un convaleciente, no aun completamente repuesto del tifus, a quien el médico or-

dena una dieta rigurosa, sería un acto de estupidez ofrecerle pan o dulces, pues existiría el peligro inmediato de una recaída. Es decir, que no se puede prescindir de las circunstancias, para valorar una acción moral: ésta última debe ser considerada no sólo abstracta sino también positivamente.

Aun más. Con esto se comprende por qué algunos pueblos bárbaros o paganos, y algunos individuos se equivocan algunas veces al considerar buena una acción en sí mala. La verdad es la base de la moral; y como su inteligencia se engaña al buscar la naturaleza de las relaciones entre los seres, y asimismo no se proporciona a la verdad grabada por Dios en el orden de las cosas, se explican sus errores en cuestiones de ética. Las pasiones y la ignorancia pueden obscurecer la inteligencia humana: el hombre, en este caso, obra no según la recta razón, sino según un error. Por esto los antropófagos no merecen la defensa de Benito Croce: no juzgamos ni su conciencia, ni su responsabilidad; sólo decimos que, aunque estuviesen en perfecta buena fe, la antropofagia sería un mal derivado de una perversión de juicio.

La respuesta al problema expuesto al principio de este capítulo es, por lo tanto, limpidísima; una acción es *en sí* buena, cuando coincide con el orden de la recta razón; en cambio es *en sí* mala, cuando prácticamente no reconoce este orden. Decir *bien* es decir *racionalidad*; decir *mal* es decir *irracionalidad*. El *bien* es el respeto del orden; el *mal* es el desorden. Y obsérvese: no es la Iglesia, no el Estado, ni el individuo quienes *crean* la moral y sus principios; todos deben *reconocerlos* y *practicarlos*;

sólo así se admite en verdad — y no únicamente de palabra — la existencia de Dios y su centralidad en el universo, como ordenador de todos los seres.

Ante la evidencia de estas deducciones es superfluo insistir sobre la *obligación moral* que el hombre tiene de hacer el bien y de evitar el mal. Somos libres, es verdad, y podemos escoger entre el bien y el mal; pero el primer principio moral nos grita en nuestras conciencias que debe hacerse el bien y evitarse el mal y que tenemos el *deber* de practicar el primero y de huir el segundo. Esta obligación, este deber proceden de la misma naturaleza de las cosas. Nosotros no somos el Absoluto, como ya hemos dicho; ni tenemos el derecho de destruir el orden y la racionalidad de lo real. Cuando tontamente obramos de distinto modo, injuriamos no sólo a Dios, sino también a nuestra razón que proviene de El; y procuramos nuestra ruina y la de otros. Quien sigue el camino del orden y de la razón, está en la senda de la *moralidad* y también de la *felicidad*; quien sigue el camino del mal, se encuentra en la acera opuesta.

d) El bien y el amor

Reflexionemos ahora un instante sobre estos principios supremos de la filosofía perenne en función del concepto cristiano de Amor.

Dios es Amor, es bondad infinita; y nosotros, recordando siempre la hermosa palabra de Santo Tomás que el bien tiende a difundirse: "*bonum est diffusivum sui*", saludamos a Dios no sólo como centro de todo ser, sino

preferentemente como centro de irradiación del Amor.

Antes de existir las criaturas, El las conoce y las ama. Y este único verdadero Dios — permítaseme el uso de las expresiones de los Concilios, sobre todo del Concilio Vaticano — con absoluta libertad ha creado por su bondad y con su omnipotente virtud, no para adquirir o aumentar su felicidad, sino sólo para manifestar su perfección por medio de los bienes conferidos a las criaturas.

Cada ser, cada uno de nosotros es obra del Divino Amor. Donde hay un ser, allí palpita el Amor de Dios. El Ser y el Bien coinciden, observaban los antiguos sabios; y nosotros los cristianos podemos añadir: coinciden el Ser y el Amor. Además, como los seres no viven aislados, separados, sino coordinados entre sí; como cada uno es un grito vibrante de amor, todo su conjunto es una sinfonía sublime, en la que la voz de cada uno se une a la voz de todos en un único canto de gloria, que no hace perder absolutamente nada a la primera, y más bien la enriquece con las vibraciones del conjunto.

Dios es el verdadero Bien, el Ser Supremo, el Supremo Amor. Y precisamente porque nos ama, no puede descuidarnos, no puede desinteresarse de nosotros (como sospechaba una ridícula objeción de algunos sofistas), lo mismo que no puede no querer nuestra felicidad.

Por eso, *por su amor* hacia nosotros, *quiere* también que observemos el orden, que respetemos las leyes de la razón, que sigamos la norma del bien. Porque nos ama, nos impone los mandatos categóricos de la moral. Si nos permitiese su transgresión, no nos amaría, pues consen-

tiría nuestra caída a un precipicio. ¿Puede un Padre, un Dios permitir esto? Su Amor Divino quiere el bien de sus criaturas y por lo tanto debe inflexiblemente querer que nos conformemos a su voluntad que nos quiere buenos, perfectos y también felices. En una palabra, la ley moral y su obligación son frutos del Amor.

Podemos, pues, determinar la norma de la moralidad en términos de amor.

Nuestra acción es en sí buena, cuando seguimos la recta razón, cuando respetamos el orden, o sea cuando nuestra voluntad se conforma a la voluntad de Dios. Y siendo la voluntad de Dios voluntad de amor, nuestra acción es buena, cuando al Amor respondemos con el amor. El bien es la libre correspondencia humana al amor divino. El mal es lo contrario, o sea la negación del Amor, aun cuando no alcance a ser odio.

e) Conclusión

Comenzamos ya a explicarnos el hecho de la inmoralidad que inunda al mundo.

El hombre debería propender al Amor divino, centro del universo; Dios debería ser el centro del amor de las criaturas. Tendríamos entonces en todas partes el *bien* triunfante y al mismo tiempo tendríamos la verdadera alegría.

En cambio, como centro del universo, nosotros, en la práctica, aunque no en teoría, ponemos nuestro pequeño *yo*, el amor desordenado de nosotros mismos y de las cosas.

No puedo resistir al deseo de reproducir otros párrafos de Tissot, sacados también de su obra "*La vida interior simplificada*". Los considero una página digna de meditación:

"La vida natural, la vida espiritual, casi todo en mí es inspirado, regulado, dominado por mi satisfacción... Si penetrase en las particulares intimidades de mis pensamientos, de mis afectos y de mis acciones, ¡qué terrible examen de conciencia!... ¡Cómo vería en todo, por todo, siempre al maldito instinto de mi satisfacción egoísta suplantando más o menos a la gloria de Dios!... ¡En todo!... ¡Oh, jamás sabré hasta qué punto mi vida es un desorden!

"...El yo en todas partes delante... Dios continuamente puesto en un segundo plano o descartado. En lo que hago, en lo que me sucede, en lo que recibo o evito, el yo lo considero en primera fila. Amo por mí, detesto por mí...

"Este es también el gran mal de la sociedad. En ella todo está organizado para el hombre, no para Dios; el interés humano todo lo domina, todo lo inspira, todo lo dirige, todo lo resume. ¿Qué lugar ocupa la gloria de Dios en las familias, en las asociaciones, en los cuerpos constituídos? ¿Dónde está la idea de Dios en la industria, en el comercio, en las ciencias, en la política, en la historia, etc.? En las relaciones humanas el interés humano absorbe universalmente las ideas, los afectos, los esfuerzos; allí todo converge. La idea de Dios y de su gloria va debilitándose y disipándose. El hombre arroja a Dios.

“Tomo el ejemplo de la historia, tal vez el más sorprendente. Esta no debería ser sino el cuadro de la gloria de Dios a través de las vicisitudes humanas y de la acción divina en medio de las agitaciones humanas; y sin embargo, es sólo el cuadro descolorido de las convulsiones de la humanidad. Así todo desmiente sus orígenes y su fin. He aquí la gran herejía revolucionaria: el hombre en lugar de Dios.

“¡Qué contraste con lo que me enseña la Biblia! En la vida de los patriarcas, se siente a Dios; su Dios es todo para ellos. El domina, inspira, dirige con eficacia su vida; en su historia a cada instante se siente pasar el soplo de Dios. Lo mismo se comprueba en toda la historia del pueblo elegido: Dios es el centro de todo. Si las pasiones humanas hacen olvidar su recuerdo, los castigos lo recuerdan; y el grito que escapa de sus labios al sentirse bajo los golpes, o al implorar la victoria sobre sus enemigos, es siempre en primer lugar el honor de Dios: “Por la gloria de vuestro nombre, ¡libranos, Señor!” Y al obtener la victoria, se la festeja en todas partes, porque Dios es glorificado. Cuando Moisés, Judith, Esther quieren obtener la salvación de su pueblo, lo hacen invocando la gloria del nombre de Dios, y Dios por su gloria salva a su pueblo. ¡Qué lugar ocupa la gloria de Dios en los Salmos! Es éste el fin supremo y constante de estos cantos sublimes.

“En la edad y en los países de fe, ¡qué lugar más práctico y viviente ocupaba Dios en las costumbres de los pueblos fieles! Nada lo expresaba tan vivamente co-

mo el lenguaje popular. Donde mejor se refleja el estado del alma, es en el tono de la conversación familiar. Y ¡cómo se hablaba de Dios en los tiempos y en los lugares en que las ideas de la fe tenían su autoridad dominante! Se oía en todo momento el nombre divino pronunciado con oportunidad y verdad admirables. ¡Con qué sencillez y profundidad se decía: *gracias a Dios, bendito sea Dios, a Dios gracias, Dios mediante, con la ayuda de Dios*, etc.! Los actos privados comenzaban con la señal de la cruz, los mismos actos públicos en nombre de la Santísima Trinidad y las leyes eran decretadas en nombre de Dios. El uso de las primicias, herencia de la ley antigua que consagraba a Dios los primogénitos de todas las cosas; la autoridad paterna, la judicial y la civil que obraban como por delegación divina; el respeto a las personas, a las solemnidades y a las cosas santas; el horror y el castigo de la blasfemia y otras muchas costumbres, por desgracia tan abandonadas por nosotros, demuestran prácticamente de qué manera la idea divina ocupaba el primer lugar. Dios vivía en las ideas y en las costumbres, en los individuos y en las instituciones. La miseria humana existía indudablemente porque siempre existe; pero Dios existía aún sobre la miseria del hombre. Se sentía que El era el rey de las almas y de los cuerpos, de los individuos y de los pueblos, del tiempo y de la eternidad y que su realeza estaba encima de todo”.

Para que el bien vuelva a florecer sobre la tierra, es necesario que el Sol de Dios resplandezca y todo lo vivifique con sus rayos de amor.

II — LA ACCION BUENA

Cuéntase que sobre la tumba de un delincuente los parientes querían poner una lápida con esta inscripción: "El mal lo hizo bien, y el bien lo hizo mal".

Con frecuencia podemos aplicarnos por lo menos la segunda parte de esta inscripción tan terrible, a nosotros y también a las acciones que consideramos "buenas". No es suficiente que un acto en su objeto y en sus circunstancias sea según la razón; es necesario también que sea realizado con un buen fin. Participar generosamente en una suscripción realizada con motivo de un terremoto o de una desgracia es indudablemente según la razón, pero si el donante realiza su acto sólo para poder obtener un honor ambicionado durante mucho tiempo y jamás alcanzado, no ejecuta una buena acción: en esto no hay generosidad; hay únicamente repugnante egoísmo. Así también: cosa buena es en sí la oración; pero si ésta se redujese a un mero movimiento de labios, sin ninguna atención, sería oración sólo de nombre.

En otras palabras, después de considerar el acto moral bajo el aspecto *objetivo*, debemos ahora analizarlo bajo el *subjetivo*, según la intención o el espíritu que inspira la acción; o sea, como acostumbran a decir los filósofos, después de la *materia* debe examinarse la *forma* del acto, que constituye junto con la primera un único todo, como el *cuerpo* y el *alma* en nosotros. Evidentemente lo que más interesa en el acto, es el alma, o la intención del fin, que, como propio objeto de la voluntad,

da la forma a la acción moral; de modo que si el acto fuese en sí materialmente malo, pero quien lo realiza, de buena fe lo considerase bueno, no habría culpa. Cuando, por ejemplo, San Crispín, si es verdad lo que de él se cuenta, robaba el cuero a los ricos para hacer zapatos para los pobres, su acción era objetivamente mala, pero subjetivamente buena, suponiendo que él inculpablemente considerase lícito su modo de proceder; y si una persona erróneamente juzgase que un acto bueno es pecado y lo hiciese, sería culpable ante Dios.

Digamos, pues, una palabra acerca del *alma de la acción*, o sea acerca del fin. En esto está nuestra grandeza, pero también nuestra responsabilidad. Lo que confiere un *valor moral* a nuestra actividad es la *libertad* de elegir entre el bien y el mal, es la *intención* que está en nuestro poder. Un reloj que se descompone, una teja que cae, una inundación no son un bien o un mal moral, ni definimos esos hechos con el nombre de cosa *bueno* o de *mala*. En cambio nosotros somos buenos o malos, porque somos dueños de nuestros actos. Dios nos ha creado libres, porque quiere que decidamos amarlo con nuestra voluntaria adhesión. Por esto, si es hermoso el canto de los pájaros, infinitamente más hermoso es el canto de las almas virtuosas que aman a Dios.

Sabemos que después del pecado original esta buena voluntad es con frecuencia ardua y difícil. El primer desorden fué la fuente de los demás desórdenes, como sucede a quien se le nubla la razón y continúa pronunciando palabras inconexas. Por desgracia ésa es la historia de la humanidad: en lugar de la subordinación a

Dios, al “Bien de los bienes”, como dice San Agustín, a la Razón suprema, en una palabra al Amor divino, tenemos el desorden, la irracionalidad, la rebeldía contra el Amor infinito. Y no sólo faltamos haciendo el mal, sino también podemos de dos maneras echar a perder lo que es bueno en sí y no alcanzar a la elevación del acto moral: o realizando el bien con una intención no buena, que lo arruina, o bien limitándonos a hacer una acción buena material y mecánicamente, por pura costumbre, sin darle algo de vida.

a) El bien por el bien

Ante todo, para que se tenga una acción moralmente buena, es necesario querer y hacer *el bien por el bien*.

Es ésta la expresión precisa de S. Tomás, el cual no vacila en declarar que “para que la voluntad sea buena, se requiere que *quiera el bien*, y lo *quiera por el bien*. *Ad hoc quod voluntas sit bona, requiritur quod velit bonum et propter bonum*” (I, II, q. 19, a. 7, ad. 3). Es decir, no basta, por ejemplo, dar de comer a un pobre y cumplir el propio deber, sino es necesario hacerlo con un fin bueno. Si ayudo al indigente por un motivo vulgar, o si cumplo mi deber sólo para hacerme ver por mi superior o mi patrón, realizo una acción que es *en sí* buena, pero que tiene un *alma inspiradora* que la daña. También por esta razón el Evangelio nos intima el no juzgar a los demás: para juzgar no es suficiente limitarse a la superficie de la acción, a las apariencias exteriores, es necesario entrar en la conciencia del que la realiza, y como

sólo Dios intuye los corazones, sólo El puede apreciar el valor moral de un acto.

En otros términos, el bien perfecto — como hemos demostrado — es lo querido por el Amor de Dios, es lo exigido por su voluntad de amor; y nosotros para hacer una buena acción no sólo debemos querer y hacer lo que Dios quiere y ama, sino también quererlo y hacerlo por amor a Dios, o sea por amor al sumo Bien.

La ascética cristiana inculca con empeño el pensamiento de la presencia de Dios y la oración, precisamente porque de esa manera resulta más fácil practicar el bien por amor a Dios. Se evita el peligro de arruinar el bien con una intención inspiradora menos noble y poco elevada, cuando no con los labios, sino con la vida entera proclamamos con un Francisco de Asís: *Deus meus et omnia*, o con un Ignacio de Loyola nos proponemos hacerlo todo a la mayor gloria de Dios.

Nada hay más opuesto al cristianismo que una actividad materialmente buena, pero viciada con un alma malvada. El fariseísmo es lo que más disgustaba a Jesús, y al recorrer el Evangelio de San Mateo y leer las impetuosas e inexorables sentencias contra los “sepulcros blanqueados”, comprendemos cómo al divino Maestro no puede agradarle una acción en apariencia hermosa como el mármol blanco de un monumento, pero que en su interior encierra el cadáver y la putrefacción de miras egoístas. Podemos ayunar y distribuir limosnas, podemos multiplicar abluciones y purificaciones; podemos observar un perfecto rigorismo exterior; pero si todas estas prácticas no están vivificadas por el amor a Dios, sino por un

fin innoble, Cristo nos condena con una terrible y expresiva palabra: "Hipócrita". El quiere el ánimo y el ojo puros; quiere la sinceridad. La moral del amor no puede contentarse con una mentirosa manifestación exterior, sino pide y exige el corazón, o sea la rectitud de intención.

b) Espiritualicémonos

En segundo lugar debemos evitar otro peligro.

Compuestos de espíritu y de materia, continuamente debemos vencer la pereza y esforzarnos para volar a lo alto. La materia nos arrastra a lo bajo, como pesado lastre. Y es fácil el cansancio, es fácil caer en el precipicio del mecanismo y de la materialización.

La vida *moral* implica la *actividad* del espíritu, no la pasividad cómoda e inerte. No es verdadero admirador de Dante quien se contenta con aprender de memoria toda la *Divina Comedia* sin profundizar sus bellezas; así también el bien es mal practicado por quien lo realiza mecánicamente, sin renovarse a cada momento, sin despertar en sí las energías que le dan un soplo de vida espiritual.

Este esfuerzo vigilante de nuestro espíritu es más necesario que nunca para contener nuestras *pasiones*.

Si éstas no fueran dominadas, nos arrastrarían al precipicio, como el agua impetuosa, no encañalada en el lecho del torrente, inunda los campos y todo lo anega. Pero como esta agua inteligentemente utilizada, puede convertirse en fuerza eléctrica, en luz y en calor para

ciudades enteras, así nuestras pasiones, bien dirigidas, constituyen un poderoso auxilio. También un fogoso corcel, exclama Cathrein, guiado con maestría, puede hacernos recorrer, en brevísimo tiempo, una distancia larguísima, y no refrenado nos conduce a la perdición. "Un hombre apático no es apto para nada grande y no alcanzará a elevarse sobre una muy limitada mediocridad. Aun en el mero trabajo intelectual el hombre, que desea realizar algo hermoso, debe ser sostenido por una dosis de pasión. Quien se da al estudio con entusiasmo, trabaja con mayor energía y con mayor constancia y su inteligencia se hace más viva y más aguda. Esto acontece en todo campo. ¡Cuántas veces el hombre aparece repentinamente casi transformado, al dominarle fuertes pasiones! Entonces es más genial, más rico en ideas, más elocuente".

Es menester la actividad para esta lucha necesaria, constante y tenaz que domine las pasiones y expulse del corazón todo lo vulgar. ¡Infeliz quien procede por movimiento de inercia y *por mera costumbre!*

Debemos distinguir dos clases de costumbres.

Hay una costumbre, sinónima de repetición amorfa y sin vida, y hay una costumbre que es celeridad, facilidad, agilidad. Esta segunda procede del hábito adquirido de hacer el bien, es *virtud* y se identifica con ella; es la costumbre de los santos y de los buenos; es el fruto dejado en nuestras facultades naturales por muchos actos virtuosos realizados, como el vicio, por el contrario, es causado por los malos. No es esta costumbre la que nosotros reprobamos, sino la otra consistente en la repetición mecánica.

Por ejemplo, saber hablar un idioma por costumbre adquirida con ejercicio consciente, no es ciertamente reprovable; pero ¡ay de mí si cada vez que discurro, sólo ensartase de cualquier manera, palabras y frases sin expresar un pensamiento o un afecto! El saber componer versos e improvisar un soneto es un don no concedido a todos; por el contrario pocos, como Ovidio, pueden afirmar: "quidquid tentabam dicere, versus erat", pero si falta la inspiración no será verdadera poesía.

Desgraciadamente, repito, tendemos a materializarlo todo, aun el acto moral. ¡Es el alma, lo que se requiere! No es la pasividad, la languidez, sino la actividad, el fervor lo necesario. ¡*Renovamini!*, renovaos, nos advierte San Pablo. Y, no obstante sus errores, le hacen eco mil corrientes filosóficas y religiosas, desde el estoicismo hasta el pietismo, desde los humanistas hasta Kant y el idealismo contemporáneo. No es menester ser máquinas en movimiento, sino espíritus despiertos, que se agitan y obran no una vez por todas, sino en cada acción con toda el alma.

Examinándolo bien, la mayor parte de nuestras acciones buenas — oraciones, trabajo y deber cotidiano y así sucesivamente — amenazan ser un cuerpo sin alma; nuestras acciones hechas por costumbre, sin atención — quizá también sin la orientación inicial de la mañana, cuando en el ofrecimiento de la actividad diaria a Dios podemos dirigir las a El — se parecen algo a las del autómeta construido por Alberto Magno.

Refieren los cronistas de aquel tiempo, que el maestro de Tomás de Aquino, con largos años de paciente

trabajo, había llegado a fabricarse un autómeta, que parecía un hombre vivo y verdadero. Caminaba solo, cuando los muelles internos funcionaban; se acercaba a la puerta de calle, se sacaba el sombrero, alargaba su mano enguantada. Un día un amigo fué a visitar a Alberto Magno. Este, habiéndolo visto desde la ventana, preparó su autómeta, y, al entrar el amigo, lo mandó a su encuentro. El huésped quedó un instante sorprendido, luego se asustó. Tomó un grueso bastón que llevaba consigo y descargó un formidable golpe sobre el pobre autómeta que cayó en pedazos.

Con frecuencia nuestra vida es semejante a un autómeta. Nosotros también hablamos, rezamos, caminamos, obramos mecánicamente. No hay en nuestra laboriosidad la conciencia que vivifica, sino sólo la materialidad muerta, inconsciente e incolora. Yo también como el amigo de Alberto Magno, querría tomar un bastón y destrozar esta máquina, para despertar las almas que duermen y recordarles que *sin la contribución de nuestra actividad humana consciente y libre, no existe acto moral*. ¡No nos materialicemos! ¡Espiritualicemos más bien cada acto, cada gesto, cada palabra!

El medio mejor y más eficaz para alcanzar este resultado es el amor a Dios. El bien en sí mismo podemos compararlo a una armonía del cielo, que canta la voluntad y el amor de Dios en la realidad; la cooperación de nuestra libre voluntad es una armonía humana, que responde generosamente a la voluntad y al amor de Dios por nosotros. En el acto moral las dos armonías se conciertan, las dos voluntades coinciden, el Amor de

Dios y nuestro amor forman una sola música. Tenemos entonces la *acción humanamente honesta*, que — como luego veremos — Cristo eleva y diviniza, transformándola en *acción cristiana, sobrenaturalmente buena y meritoria*.

III — LA ACCION CRISTIANA

En la tumba de San Pablo, en Roma, léense las palabras de su Epístola a los Filipenses: “Mi vida es Cristo. *Mihi vivere Christus est*”. No era Pablo quien vivía; era Cristo quien vivía en Pablo. “Yo vivo — escribía un día a los Gálatas — pero no soy yo quien vivo; es Cristo quien vive en mí”.

Con este programa es necesario iniciar el movimiento, si se desea comprender en una sola mirada la diferencia entre la acción moral humana y la acción moral cristiana, entre la actividad natural y la actividad sobrenatural, entre el hombre honesto y el discípulo de Jesús.

Como hemos visto en el *Silabario del Cristianismo*, podemos vivir la vida de tres maneras: como animales, como hombres y como cristianos. Es decir, podemos orientarnos hacia la materialización y el embrutecimiento, pisoteando la ley moral, o hacia la espiritualización inspirada en un sistema filosófico y una ética meramente humana, o hacia la elevación sobrenatural de la vida humana. Debemos profundizar este último punto a la luz del dogma, que nos enseña el misterio de nuestra divinización y de nuestra incorporación a Cristo.

Seré elementalmente claro en este capítulo, porque

me consta que revelará una idea desconocida a muchísimos lectores que sin embargo se consideran creyentes y desconocen las bases del Cristianismo. Sígaseme con atento recogimiento, porque es una enormidad que el cristiano no sepa cuál es la característica propia de su actividad y la fisonomía especial de su vida. ¡La ignorancia religiosa de nuestros tiempos es algo, no digo espantoso, sino monstruoso!

a) La incorporación a Cristo

Era la noche del Amor divino. Pocas horas antes de una acerbísima pasión, cual sólo el exceso del amor hacia los hombres podía sugerir, Jesús instituyó el Sacramento de la Eucaristía, es decir, el Sacramento del Amor. Después, continuando un pensamiento enseñado en su predicación en otras ocasiones, manifestó explícitamente a los doce apóstoles la verdad consoladora de nuestra unión e incorporación en El.

“Permaneced en mí y yo permaneceré en vosotros. Así como el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está adherido a la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. Quien permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer. El que no permanezca en mí, será echado fuera como un sarmiento que se seca, se recoge y echa al fuego donde arderá”.

Por lo tanto, el cristiano no debe considerarse como una persona arrancada o separada de Cristo y de los demás cristianos. Así como los diversos sarmientos están

unidos entre sí y con la vid, así los discípulos de Cristo constituyen un todo único entre sí y con su Cabeza adorada. Jesús continuó explicando esa unión entre los hermanos y con Dios, y añadió: "Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros; que os améis recíprocamente como os he amado yo" y después dirigió una inefable oración al Padre, pidiendo que sus discípulos fuesen todos una misma cosa, como El y el Padre eran un mismo Dios en la unidad del Amor substancial, es decir, del Espíritu Santo: "Padre, por tu nombre, guarda a éstos que me diste, para que sean una misma cosa como lo somos nosotros... Pero no ruego solamente por éstos (los Apóstoles), sino también por aquéllos que mediante su predicación han de creer en mí: *sean todos una misma cosa, y así como tú, Padre, estás en mí y yo en ti*, así sean ellos una misma cosa en nosotros".

San Pablo no hizo sino comentar estas palabras reveladoras y explicarlas con múltiples comparaciones.

En la Epístola a los cristianos de Roma enunció el dogma de nuestra unión con Cristo con la semejanza del injerto: "hemos sido injertados en Cristo" y por esto participamos de su savia, de su vida divina, y formamos con Cristo el gran árbol de la Iglesia que se desarrollará hasta el fin del mundo y permanecerá inmortal.

En la Epístola a los fieles de Corinto, recurre al parangón del cuerpo humano: "aun siendo muchos, nosotros somos un solo cuerpo". "Así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y así como todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, forman un mismo cuerpo, así también, es de Cristo". Todos nosotros hemos

recibido el bautismo “para formar un mismo cuerpo... Sois el cuerpo de Cristo y miembros de este cuerpo”. Cada uno de nosotros, continuó el Apóstol, no debe jamás profanarse a sí mismo, pues profanaría a Cristo. Y el fin principal de su predicación era infundir en los ánimos esta idea dominante (que hoy vive desterrada de la inteligencia de muchísimos cristianos): debemos sentirnos unidos a Cristo; estamos incorporados en El; no vivimos nuestra vida, sino la Suya. El brazo es en verdad brazo y tiene su actividad, pero no debe considerarse aislado del organismo, pues vive la vida del organismo; lo mismo nosotros; tenemos, es verdad, nuestra actividad humana, pero elevada, corroborada, sobrenaturalizada por Cristo, la Cabeza del gran organismo que es su Iglesia.

En la Epístola a los creyentes de Efeso, San Pablo insistió en este concepto: Dios dió a Cristo como cabeza de su Iglesia, la que es su cuerpo y su complemento, y todos están reunidos en Cristo, en un mismo cuerpo. No contento con esto, tomó otra imagen del edificio y agregó que Cristo es la piedra angular: “sobre El elevase un edificio bien ordenado para formar un templo santo en el Señor”.

Si no conseguimos esta convicción; si nos consideramos como individuos egoísticamente divididos, como átomos separados de Cristo; si nuestra actividad es considerada sólo *como nuestra* y no *como la vida de Cristo en nosotros*, que cooperamos con El, como el brazo coopera a la vida única del organismo, llegaremos a la *moral humana*, pero no comprenderemos jamás la *moral cristiana*.

Imaginar nuestra justificación, como una atribución jurídica de los méritos de Cristo a nosotros, es un error del protestantismo — esencialmente *individualista* y por lo tanto negación absoluta del Cristianismo — que es *organismo* social. No, observa magistralmente el P. Plus en su áurea obra: *En Cristo Jesús*: “Nuestro Señor, para salvarnos, no se ha *sustituido* a nosotros, dejándonos separados de El. Nos ha hecho *solidarios* con El, uniéndose íntima y vitalmente a nosotros, de tal manera que desde entonces cuando el Padre mira a un redimido, lo ve como *alguna cosa de Jesús* y cuando mira a Jesús, lo percibe con todos los redimidos injertados en El”, incorporados en El, unidos con El. En verdad, no se trata de una unión *física*, como acaece entre las partes de un cuerpo, y ni aun de una unión meramente *moral*, como la de los miembros de una familia; pero no se trata tampoco de una unión exclusivamente *jurídica* y de una atribución externa de merecimientos. Estamos *real y místicamente* unidos con Cristo. La verdadera realidad no es *sólo* el Cristo *histórico*, que nació en Belén, murió en el Calvario, resucitó y ascendió a los cielos; es, sí, todo esto, pero es *también* el Cristo *místico*, o sea el Jesús que se encarnó, nació, vivió en este mundo y así sucesivamente, y nos une a todos a sí en el gran cuerpo que es la Iglesia militante, purgante y triunfante, que no está lejos de cada uno de nosotros, sino que vive en nosotros con su gracia divinizadora, con su vida divina.

Por la revelación conocemos este *hecho*; hoy no sabemos explicar — porque en esto está el misterio — *cómo se verifica el hecho*, a semejanza de muchos fenó-

menos naturales, cuya realidad conocemos sin alcanzar su explicación íntima. Mas no debemos olvidar jamás esta verdad dulce y consoladora, como no la olvidaban jamás los Padres en los primeros siglos del Cristianismo. Todos sus discursos se inspiraban en este supremo concepto que tendía a infundir en todos la persuasión de que el cristiano es otro Jesucristo: *Christianus alter Christus*; de que los creyentes son pequeños Jesús en flor, como decía San Ambrosio: *Christi florentes*; de que no sólo somos de Cristo, sino somos Cristo, como inculcaba Agustín: *Christi sumus* y *Christus sumus*; Cristo nos ha incorporado en sí, para que en Él seamos Cristo: *incorporans nos sibi, ut in illo Christus essemus*.

Por lo tanto no desencajemos los ojos al leer con frecuencia en las Actas de los mártires frases como ésta: “Todo el cuerpo era una llaga; pero *Cristo, que sufría en él*, demostraba que nada puede causar temor, cuando se tiene el amor del Padre”. Dejemos de celebrar, por ejemplo, un centenario de Bossuet con articulejos y publicaciones vacías, que dejan pasar inobservada esta gran idea, presente como soplo poderoso en cada obra o discurso de ese eximio orador. No nos maravillemos si “el Apóstol del Verbo Encarnado”, el Card. De Bérulle, al encontrar un niño, que con su candor le mostraba la vida de Cristo en el alma inocente, le tomaba su pequeña mano y guiándola se hacía dar una bendición que consideraba no la bendición de un niño, sino la de Jesús viiente en él. No nos maravillemos si en las *Mémoires* de Olier leemos que el P. De Condren —el grande y santo Oratoriano— “no era sino una apariencia y una corteza”

de lo que realmente era, pues “más bien era Jesucristo quien vivía en el P. De Condren, y no el P. De Condren quien vivía en sí mismo. Era semejante a una Hostia de nuestros altares: en el exterior se ven las apariencias del pan, pero el interior es Jesucristo. Así acontecía en este gran siervo de nuestro Señor, tan amado por Dios”.

Con esta idea todo lo comprenderemos. Comprenderemos el significado de nuestra elevación al estado sobrenatural y la gracia santificante, porque unidos a Cristo, nuestra vida es elevada, santificada y divinizada. Comprenderemos el dogma de la Iglesia y de la Comunión de los Santos, o sea la unión de todos los fieles con Cristo y entre sí en un mutuo intercambio y un mutuo influjo de vida sobrenatural. Comprenderemos la causa de la revelación del misterio de la Trinidad, en cuanto nos hacemos hijos adoptivos de Dios por nuestra unión con Cristo, Hijo por naturaleza del Padre; y de este modo el Hijo — que no es sólo El mismo, sino la unión de todos los hijos — nos une al Padre en el amor del Espíritu Santo. Comprenderemos la importancia del Bautismo, el sacramento que nos incorpora en Cristo y nos injerta en El, como dice San Pablo, y ya no consideraremos loco al misionero que juzga compensados todos sus sacrificios aun por un simple bautismo administrado a un niño pagano moribundo. Comprenderemos la Confesión que nos devuelve la vida y la participación en los méritos de Cristo, cuando el pecado nos convierte en miembros *muertos* en el cuerpo de Cristo. Comprenderemos el verdadero culto a la Virgen y a los Santos y lo concebiremos como un homenaje al mismo Jesús, pues

alabamos y admiramos los racimos y los pámpanos en relación a la vid: quien honra al fruto, alaba a la planta que lo produjo; muy lejos de ser nuestra devoción a la Virgen o a los Santos un acto de idolatría, es un acto de amor a Jesucristo Dios. Amaremos sobre todo la Eucaristía, mediante la cual Jesucristo se une sacramentalmente a nosotros para intensificar más y más en nosotros su vida divina, por cuanto en la hora suave de la Comunión El y nosotros, como dice Cirilo de Jerusalén, somos dos ceras fundidas, arrojadas la una sobre la otra y compenetrándose totalmente. Y al asistir a Misa no nos dejará indiferentes el acto del Sacerdote que echa en el cáliz algunas gotas de agua con el vino que se ha de consagrar; gotas que nos representan a nosotros mismos, pues, unidos a Jesús, somos transformados por Jesús y nos hacemos partícipes de la divinidad de Aquél que se ha dignado hacerse partícipe de nuestra pobre humanidad.

¡Cuán hermoso es el Cristianismo, cuando es conocido y vivido! ¿Por qué seremos tan necios que consagramos todo nuestro tiempo a las verdades humanas y descuidamos la verdad y la vida divinas?

b) La acción cristianamente buena

Veamos ahora la aplicación práctica, las derivaciones necesarias del dogma en la vida moral.

“Nosotros — escribe el Card. De Bérulle — formamos por lo tanto parte de Jesús y El es nuestro todo. Nuestro bien consiste en estar en El, en ser suyos, en existir, vivir y obrar por El, como el sarmiento existe en

la vid y de ésta obtiene vida y frutos". Nuestro yo se siente incompleto e imperfecto; pero para encontrar su complemento y su perfección no debe dirigirse a las cosas pequeñas o a los débiles hombres, sino a Cristo. Este debe ser "el espíritu de nuestro espíritu, la vida de nuestra vida, la plenitud de nuestra capacidad... Por lo tanto, no debemos obrar sino como unidos a El, dirigidos por El y sacando de El la fuerza para pensar, para hablar y para obrar".

Como maravillosamente prueba San Juan Eudes en su libro: *Le Royaume de Jésus*, la vida cristiana es sólo la continuación y el complemento de la vida de Jesús en cada uno de nosotros, de modo que Este viva en sus miembros.

He aquí, por lo demás, la elevada idea maestra del sublime librito: *De imitatione Christi*: debemos imitar a Jesucristo en nuestra conducta; conformarnos a nuestra Cabeza divina; hacer nuestros sus pensamientos, sus miras, sus afectos, su voluntad. El es el modelo que debemos imitar; y — nótese bien — no es un modelo colocado fuera de nosotros al que para reproducirlo debemos mirar de lejos, absolutamente no; está unido a nosotros; y por esto "los cristianos —añade aún S. Eudes — siendo sus miembros, hacen sus veces en la tierra, representan su persona y por lo tanto *deben hacer todo lo que hacen... como El lo haría*". Obrar cristianamente es obrar con Jesucristo y según Jesucristo, con sus mismas disposiciones, con sus mismas intenciones, con su "espíritu". Debemos armonizar nuestra vida con la suya; los

juicios acerca de nosotros, las cosas y los acontecimientos con sus juicios; nuestros sentimientos, nuestras conversaciones, nuestros actos con los suyos.

Por lo tanto para que una *acción* sea cristianamente buena se requiere:

1.º) que sea un acto moral, porque en caso contrario no sería realizado según el espíritu de Cristo; en consecuencia debe ser según la recta razón en su objeto, en las circunstancias, en la intención y en el fin. Nada hay en el acto naturalmente honesto que sea repudiado por el cristiano o no sea necesario a éste. Lo sobrenatural no destruye la naturaleza, sino la *presupone siempre*, de otro modo ¿qué cosa sería elevada y divinizada?

2.º) que quien obra esté unido a Cristo con la gracia, esté, por lo tanto, bautizado, al menos con el bautismo de deseo, y esté libre de pecados mortales, porque de otro modo la actividad buena, aun permaneciendo humanamente buena, no sería divinamente elevada y corroborada.

Existe, por lo tanto, una gran diferencia entre el caballero y el cristiano, entre la virtud filosófica y la virtud cristiana, en la cual, esencialmente, consiste la *santidad*, porque — observémoslo inmediatamente — la santidad no consiste en hacer milagros o en tener visiones, sino más bien en *santificar* nuestra actividad con la gracia de Cristo:

a) para el acto humanamente bueno es suficiente la luz y la guía de la razón; para el acto cristianamente bueno es necesaria también la revelación que nos traiga la dulce nueva de nuestra elevación al estado sobrenatural. En el primer caso, podría bastar la filosofía, en el

segundo se requiere también la fe, porque ¿cómo podría concebirse la moral cristiana, prescindiendo del dogma y del conocimiento del fin sobrenatural al cual dirigimos nuestras acciones?

b) El acto humanamente bueno tiene por principio nuestro *yo* y las fuerzas morales de nuestra naturaleza, aunque corroborado con la asistencia y la ayuda del Creador. La acción cristianamente buena tiene, en cambio, por principio nuestro *yo divinizado*, digamos así, *por la gracia santificante*; soy yo que obro, pero no soy sólo yo; con mi pequeño yo humano, Jesucristo obra en mí, en cuanto unido a El obro con El, en El y por El.

c) El acto que sólo es humanamente bueno, se realiza por el bien, y no por un bien abstracto, sino por amor natural, al menos implícito, de Aquél que es el "Bien de los bienes", Dios. El acto cristianamente bueno se realiza por Dios, nuestro fin sobrenatural, y por Jesucristo: unidos con El por la gracia, obramos por amor del Padre, en el sopro vivificante del Espíritu Santo.

d) El acto honesto sólo puede tener recompensa de orden natural. El acto cristiano realizado en gracia, se hace meritorio de vida eterna y tiene por premio una felicidad sobrenatural, de la cual luego hablaremos.

Si todo acto cristianamente bueno es también honesto, no todo acto honesto es también cristiano. Y se comprende asimismo, cómo todas las virtudes humanas pueden y deben encontrarse en los creyentes; y del mismo modo cómo hay virtudes cristianas que no sería posible encontrar en un supuesto hombre meramente honesto.

Por ejemplo, la fe, la esperanza, y la caridad sobrenaturales, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo sólo pueden hallarse en quien cree en Cristo, en la unión con El, en su revelación.

c) La acción cristiana y el amor

Desarrollaremos a continuación el concepto: la moral cristiana es la moral del Amor. Pero desde luego podemos entrever la profundidad de la enseñanza de S. Pablo al recomendar en su Epístola a los Colosenses: "Sobre todo tened el Amor, que es el vínculo de la perfección".

En efecto, en el Cristianismo la moral consiste esencialmente en el amor de los hijos unidos en Cristo al Padre y a los hermanos. Lo que nos diviniza es la gracia, es el don del amor infinito de Dios hacia nosotros; lo que nos alienta a obrar moralmente es nuestro amor hacia el Padre en Jesucristo. Los dos elementos que concurren en la actividad cristianamente buena, son por una parte *el Amor de Dios hacia nosotros* y *nuestro amor hacia Dios* por la otra. Lo divino y lo humano se unen para formar un mismo todo, aunque para analizarlos nosotros podamos examinar separadamente los dos elementos de la síntesis.

Por esto cuando se habla de escuela ignaciana, de escuela oratoriana y otras, no se debe juzgar que se trata de corrientes opuestas; ¡dejemos de crear oposiciones in-existentes entre el así llamado Séneca cristiano, el P. Rodríguez y S. Francisco de Sales! Según las necesidades de

los tiempos, los pensadores sagrados iluminan uno u otro de los dos elementos de la acción cristiana. Cuando Pelagio tiende al naturalismo y niega lo sobrenatural, San Agustín desarrolla la idea de la gracia. Cuando Lutero y Calvino niegan el libre albedrío y reducen el acto moral a la sola imputación extrínseca de la gracia de Cristo, Ignacio de Loyola, seguido por el eximio autor de la *Perfección cristiana* y por un teólogo como Molina, insiste en la formación de nuestra voluntad y en nuestra cooperación a la asistencia divina. Cuando como consecuencia del humanismo, el naturalismo trata de prevalecer, encontramos la florescencia debida al Card. De Bérulle, a San Juan Eudes, a De Condren, a Olier, a Grignon de Monfort, a Bossuet a San Francisco de Sales, a San Vicente de Paúl que subrayan la vida de Jesús en las almas cristianas, la influencia divina en nuestras acciones, la obligación de que “Jesús sea todo en cada cosa”: en las palabras, en los pensamientos y en las obras. Pero entendámonos: el benedictino que con vivo sentido litúrgico nos recuerda a cada momento nuestra incorporación en Cristo, con quien oramos y vivimos; —el oratoriano que con obras inmortales insiste en el hecho de que lo sobrenatural nos baña por todas partes y penetra hasta la más profunda intimidad del alma—; el jesuita que con la meditación, los exámenes de conciencia y los “Ejercicios espirituales” se convierte en maestro de energía, no están en oposición entre sí. San Ignacio, que en los “*Ejercicios espirituales*” examina especialmente el elemento humano del acto moral, no descuida el otro y en las *Constituciones* insiste en que el hombre

jamás olvide que es “un instrumento unido a Cristo, *instrumentum Deo conjunctum*”; como, por otra parte, San Agustín y Juan Eudes están muy lejos de tener en poca la actividad humana, aunque insistan en la necesidad de lo sobrenatural. Algunos ilustran preferentemente el amor de Dios hacia nosotros, otros nuestro amor hacia Dios; en concreto, el acto moral es la síntesis de estos dos elementos que lo constituyen.

c) Conclusión

En el Evangelio de San Juan dice Jesús: “Yo no estoy solo, está conmigo el Padre”. Todo cristiano que combate las batallas de la vida, puede repetirse: yo no estoy solo, conmigo está Jesucristo y con El están conmigo el Padre y el Espíritu Santo.

Algunos filósofos han creído que Dios y la gracia aniquilan los valores humanos, nuestra voluntad, nuestra dignidad. ¡Locuras! No sólo nada destruyen, excepto las imperfecciones y nuestras deficiencias, sino que lo elevan y corroboran todo. En el pensamiento cristiano jamás encontramos la debilidad del aislamiento; unidos a todos los hermanos de la Iglesia de ayer y hoy, a la historia pasada y presente, unidos sobre todo con Cristo por la gracia santificante y por sus dones, sentimos la fuerza divinamente poderosa que nos impulsa, nos sostiene, nos alienta; y por esto, los Santos han realizado obras que aun bajo el aspecto humano, son gigantescas: obraban animados por el poder de Cristo. Vivir con El no significa el aniquilamiento, ni la muerte, sino la resurrección y la vida.

“Vosotros, filósofos, — diremos también con Augusto Cochin en su obra *Espérances chetiennes* — vosotros no podéis comprender cómo nosotros amamos a Cristo y lo que El es para nosotros. El está siempre ante nuestros ojos con la mano sobre nuestros hombros, mientras trabajamos y mientras descansamos, en la tribuna y en la oficina, en la mesa y en el lecho. Todo cristiano consciente de su fe, vive en la presencia y en la compañía de Jesucristo. Después de esto, ¡fuera, fuera, visiones de poetas, divinidades inspiradoras, bellezas fascinadoras de la vida! ¡Fuera también voostros santos afectos! Ni la poesía, ni la pasión, ni el encanto jamás podrán igualar el amor real y tierno que nos inspira la persona de Cristo Jesús”.

¿Qué son comparados con El los personajes todos de la historia? El es el verdadero Viviente, que vive con nosotros, en nosotros y por nosotros, porque nosotros podemos vivir con El, en El y por El.

RECAPITULACION.

La actividad moral cristiana puede ser considerada:

1º bajo el aspecto objetivo, o sea en su materialidad exterior;

2º bajo el aspecto subjetivo, o sea en la forma, en el fin de la acción;

3º en el elemento sobrenatural que la diviniza.

Por lo tanto debemos estudiar:

1º el bien en sí mismo;

2º la acción buena;

3º la acción cristiana.

- *El bien.* — Para poder juzgar lo que es bien en sí y lo que es mal, o sea para conocer cuál es la norma de la moralidad, debemos aclarar tres conceptos:

a) *El concepto de ser.* Dios es el Ser supremo y de El proceden todos los seres, coordinados entre sí y tendiendo a Dios como a último fin. Este gran principio de la centralidad divina es el punto de partida también en moral.

b) *El concepto de verdad* o del ser en cuanto es conocido. Tenemos la verdad, cuando con nuestra razón aprehendemos el ser y las relaciones entre los seres.

c) *El concepto de bien* o del ser en cuanto es amado. Tenemos el bien, cuando con nuestra libre actividad obramos respetando prácticamente la naturaleza de los seres, como son conocidos por nosotros.

La norma de la moralidad, por lo tanto, es ésta: “obra de modo que tu acción sea según la recta razón”, es decir, respeta el Ser y las relaciones entre los seres manifestadas por la razón. Es buena la acción que observa esa regla, y mala la que la pisotea.

Reconsiderando estos conceptos a la luz del Amor, se observa que todo ser creado es un latido del amor de Dios hacia nosotros; y dígame lo mismo de las relaciones existentes entre los seres y de la obligación que tenemos de obrar moralmente. Si Dios es Amor, el Ser y el Bien coinciden; y la obligación moral es un fruto del Amor divino. Dios no amaría, si fuese indiferente al orden o al desorden, al bien o al mal; más aun, no sería ya Dios, pues el orden refleja su voluntad.

II - *La acción buena.* — Para tener el acto moral, no basta que la acción en sí, objetivamente considerada, sea un bien, es necesario además:

a) que sea realizada con un fin o una intención buena, o sea, es preciso que el bien sea hecho por el bien; y siendo el bien, en último análisis, la voluntad de Dios y su Amor, para obrar moralmente es menester que hagamos el bien por amor a Dios, es decir, por amor al Bien supremo;

b) que sea realizada no mecánicamente, por mera costumbre, por movimiento de inercia. Para el acto moral se requiere

la actividad del espíritu. Debemos espiritualizarnos continuamente, valiéndonos de los mecanismos en sí utilísimos, cuando los mueve y aviva un soplo de vida espiritual.

III - *La acción cristiana.* — El acto honesto no es aún el acto cristiano, el cual implica sin duda nuestra actividad moral humana, pero la diviniza con la gracia divina. Injertados en Cristo, incorporados a El, viviendo una vida sobrenatural que nos permite afirmar con San Pablo que Cristo vive en nosotros, nuestras energías humanas son divinamente elevadas y corroboradas. Obrar cristianamente es obrar según la norma del Bien, pero en unión con Cristo, santificados con su gracia, fuertes con su fuerza divina, animados con su Espíritu, que es el Espíritu Santo, Espíritu de amor.

CAPITULO TERCERO

LA LEY DEL AMOR

Se ha hecho la observación de que si es bueno tomar una rosa y deleitarse con su hermosura y su perfume, mejor es, sin embargo, dedicar los cuidados al rosal: cada primavera las rosas se multiplicarán y nos procurarán alegría y fragancia. Acaece lo mismo en la moral: no es ciertamente inútil examinar cada virtud, cada norma, cada flor de la ética cristiana, pero lo más importante es el rosal del Amor pues quien lo cultiva tiene todas las virtudes. Cuando podemos decirnos con sinceridad a nosotros mismos que amamos a Dios, podemos añadir con San Agustín: "Ama y haz lo que quieras". El amor es la perfección de la ley, advierte San Pablo; es la fuente de todo precepto; debe ser el soplo inspirador de todo acto, y en esto radica toda la moral cristiana. Lo ha enseñado Jesús en el Evangelio: *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas: éste es el primero y el mayor de los mandamientos... El segundo es semejante al primero: ama a tu prójimo como a tí mismo"*.

Para comprender el significado de estas palabras, examinemos el amor que debemos a Dios, al prójimo y a nosotros mismos.

I - EL AMOR A DIOS

Hay un grave error muy difundido en nuestros días, que conviene disipar inmediatamente.

Créese que el amor a Dios exigido por Jesús, consiste en que el *individuo* con todas las energías de su alma *humana*, con su afecto, con su inteligencia y con su acción, afirme su amor a Dios. Se trataría, por lo tanto, de un amor *individual* y *humano*.

Es un error. Si nuestro amor hacia Dios debiese consistir sólo en esto no eran necesarios el cristianismo, el orden sobrenatural y la revelación. Bastaría la razón o la conciencia del mero hombre, que ascendiendo con un simple raciocinio desde las cosas creadas al Creador, sentiría el deber de amar a Dios sobre todas las cosas. Un filósofo pagano, como un Platón o un Epicteto, más aun, toda alma naturalmente honesta podría llegar a este acto de amor natural.

a) El amor sobrenatural a Dios

El amor a Dios, de que nos habla Jesús, es algo más sublime. Es, en verdad, todo esto que acabamos de decir — pues el orden sobrenatural jamás destruye el orden natural — pero es un acto de amor hecho por nosotros *en unión con Cristo*. Incorporados en El, divinizados por su gracia, unidos a su cuerpo místico, somos vivificados por el Amor substancial que une al Padre con el Hijo y al Hijo con el Padre. Somos, por ende, *hijos* de Dios

y nuestro amor a Dios *no es el simple amor de una criatura*, sino el *acto de amor sobrenatural*, cuyo principio nos fué infundido por el Espíritu Santo, con el cual amamos a Dios, como los hijos aman al Padre. No por nada la primera palabra de la gran oración enseñada por Jesús es un acto de amor: “Padre nuestro”; *unidos a Jesús saludamos y amamos al Padre*, quien ve en nosotros no a cada individuo (como en la página de un libro no veo sólo cada letra), sino que en nosotros contempla a su Jesús que nos une, nos eleva, nos diviniza (como yo en la página a través de las letras veo el pensamiento) y es amado por nosotros con un amor ciertamente humano, pues es libre, pero transformado y sublimado por la gracia sobrenatural del Paráclito.

¿Qué es nuestro pequeño corazón respecto a Dios? ¿Qué es el latido del amor humano por el infinito? Si nuestro corazón no está unido al Corazón de Cristo con la caridad, nada es. En cambio, si *unidos a El, amamos al Padre*, entonces los dos latidos — el humano y el divino — son semejantes, aun en su infinita diferencia, a dos granos de incienso puestos en el mismo incensario. La nube que se eleva es entonces agradable al Padre y la fragancia es digna de El.

Por lo tanto, el amor sobrenatural a Dios, fundamento y alma de la moral cristiana, presupone la fe. Con la fe creemos los misterios de nuestra divinización y todas las verdades que nos han sido reveladas con relación a ésta; en una palabra, creemos en el amor de Dios hacia nosotros; *nos credidimus charitati*.

Más aun; el amor sobrenatural a Dios implica la

esperanza, porque, como veremos, ¿qué es ésta sino la propensión del alma hacia el amor a Dios, que será un día nuestra felicidad eterna?

Y con esta noción de un amor *no puramente individual, sino en unión con Cristo — y no simplemente humano, sino elevado por la gracia* — es necesario leer el Evangelio y el Nuevo Testamento, cuando San Juan afirma: “quien permanece en el Amor, permanece en Dios y Dios en él”; debemos percibir en esta expresión nuestra unión con Dios por el hábito y el acto de caridad. Cuando San Pablo habla de nuestro “amor a Dios que está en Jesucristo”, su frase no debe ser para nosotros un enigma incomprensible. Y cuando añade que en el cielo no existirán ni la fe, ni la esperanza, pues veremos y poseeremos a Dios, sino sólo la caridad, debemos comprender que el paraíso es la visión y la posesión de Dios, conquistado con la caridad en la tierra, la cual no desaparece, sino se continúa y perfecciona en el cielo en un acto eterno de amor de los hijos hacia la Santísima Trinidad.

b) Los “subrogados” del amor a Dios

Si partiésemos siempre de este concepto exacto del amor a Dios, no correríamos el riesgo de confundirlo con los *subrogados* peligrosos que se encuentran en circulación.

1) El primer *subrogado*, el más engañador, es el que substituye el amor sobrenatural a Dios con el *amor sensible*, con el sentimentalismo que tiene su origen en nuestro organismo fisiológico, con una serie de ¡oh! y de

jah!, que semejan — como diría el P. Aubry — suspiros columbinos. Hay almas que temen no amar al Señor y están convencidas de haber rezado mal, por no haber tenido el fervor *sensible*, ¡como si el amor a Dios, que reside en nuestra voluntad, debiera ser fisiológico y no espiritual!

2) El segundo *subrogado*, contra el cual nos ha puesto en guardia el mismo Jesús, hace consistir el amor a Dios en meras palabras, en dulces manifestaciones verbales: “No entrará en el reino de los cielos quien dice: Señor, Señor, sino quien hace la voluntad de mi Padre”.

Por la historia del Cristianismo sabemos que la Iglesia ha condenado el *quietismo*, con no menor energía que la empleada al reprobar el *naturalismo*. Si el naturalismo reducía la vida a la sola actividad humana sin amor a Dios, el quietismo ha querido suprimir nuestra contribución y reducir todo a la acción divina. Son dos aspectos unilaterales: son el verdadero amor sobrenatural a Dios cortado por la mitad; de un lado la actividad del hombre y del otro la gracia de Dios: dos cosas que deben estar indisolublemente unidas.

Por esto, quien cree amar a Dios, porque frecuenta la iglesia, asiste a las funciones, recita oraciones, y después no practica en su vida la ley moral, se engaña miserablemente: es un cristiano de nombre y en apariencia, no un cristiano verdadero y de hecho. Sólo se ama a Dios cumpliendo su voluntad.

Y no se cumple la voluntad del Padre sin la caridad, que es forma de toda acción nuestra sobrenaturalmente meritoria.

c) El verdadero amor a Dios.

Tenemos verdadero amor a Dios, cuando unidos a Cristo y vivificados por el Espíritu Santo amamos al Padre “con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas”.

1) *Con todo el corazón*, es decir, cuando todos los afectos del corazón tienden a El como fin y convergen a El como a su centro. Es necesario —dice el P. Grou en sus *Meditaciones sobre el amor de Dios*— que no exista en nuestro corazón división alguna, sino que todo pertenezca a Dios; “es decir, es necesario que Dios sea lo único que yo ame por sí mismo y que lo demás... lo ame en relación a Dios”. “No es amarte suficientemente, exclamaba San Agustín, amar contigo otra cosa que no sea amada por Ti”. En este sentido proseguía San Bernado: “La medida del amor debido a Dios es amarlo sin medida”. Veremos luego cómo ningún valor humano, por ejemplo el amor a nosotros mismos, a los semejantes, a las riquezas, a la gloria, etc., se destruye, ni disminuye por esto, sino todo se unifica y se subordina al amor de Dios.

2) *Con toda la mente*, o sea, nuestra inteligencia debe contemplar siempre la realidad a la luz de Dios y de su Amor.

Siendo cuanto existe creación de Dios y dependiendo de El, mi mente no conseguirá la verdadera erudición, si no encuentra la conexión entre cada cosa y Dios. Estudien la naturaleza el físico, el químico, el biólogo, el

naturalista, pero recuerden que, aun cuando por la necesidad del análisis ocurre prescindir de Dios, jamás es posible la síntesis de la ciencia sin Su amor por nosotros y el nuestro por El. El biólogo escudriña las leyes de la vida; el astrónomo admira la armonía y el orden de los astros; el filósofo indaga el universo para alcanzar los supremos principios del ser; pero todas las ciencias deben reconducirme al centro de la realidad. Para continuar con una comparación anterior, puedo prescindir momentáneamente del pensamiento que ha dado origen a una página y en ella está expresado; puedo limitarme ya a buscar el alfabeto usado, ya a estudiar el sistema de puntuación, ya a hacer un elenco de palabras, ya a descubrir las reglas gramaticales y sintácticas de aquel idioma, pero todo esto es sólo un medio para alcanzar el pensamiento y comprenderlo. Así en el gran libro del universo mi mente, mediante los innumerables ramos de las ciencias, hace indagaciones parciales que no deben concluir allí mismo, sino deben tener como principio y como término a Dios, que en la naturaleza y en la historia nos da una de las manifestaciones de su Amor. Ama a Dios con toda la mente quien busca a Dios, tanto en cualquier cosa a que dirija su mirada, como en la ciencia que cultiva.

3) *Con todas las fuerzas*, o sea, con toda nuestra voluntad y toda nuestra acción. El amor a Dios exige que se viva para El, que se obre según su voluntad y que se le sea *prácticamente fiel*, aun en las cosas pequeñas.

“Las cosas pequeñas, advertía San Agustín, son pequeñas cosas; pero ser fiel en las cosas pequeñas es una

gran cosa". Y Tissot comenta genialmente: "¿acaso Nuestro Señor no está en toda su integridad, con toda su grandeza, con toda su vida, con todas sus perfecciones adorables en una Hostia pequeña lo mismo que en una Hostia grande, en un fragmento lo mismo que en la Hostia entera? ¿No recojo los fragmentos con la misma adoración que rindo a la Hostia grande? Lo mismo acaece con la voluntad de Dios"; ésta es idéntica en el menor de los preceptos y en el mayor de los mandamientos. Cada norma de la ley moral es dictada por el Amor y debe ser seguida por amor, por esto en las pequeñas obras y en las importantes, en el humilde y oculto cumplimiento del deber cotidiano y en el acto eventual de heroísmo, siempre reina el mismo amor. *Cada acción nuestra debe, pues, ser un acto de amor a Dios.* Como dice el P. Rodríguez, en el *Sancta Sanctorum* del templo de Salomón cada cosa era de oro o recubierta de oro; lo mismo en nosotros, cada cosa debe ser o amor a Dios o realizada por amor a Dios. La oración, el trabajo, el dolor, el sacrificio, la vida, la muerte, en una palabra, todo debe convertirse en un canto de amor.

Sólo debemos hacer una distinción, según nos lo advierte Jesús en el Evangelio. En efecto:

1. — hay un *amor mandado*, y es el que *se refiere al deber*, a los mandamientos, a los preceptos. Nadie puede substraerse a este amor, sin rebelarse. Aquí tenemos *la voluntad de Dios que obliga*.

2.—Y hay un *amor aconsejado*, o sea el que *se refiere a los consejos*. "Si quieres ser perfecto", dice Jesús mirando con ojos de predilección a un alma, conságrate

a Mi con los votos de castidad, de pobreza y de obediencia. Tenemos aquí la voluntad de Dios, que no obliga, sino sólo invita con dulzura.

He aquí la doble falange de los cristianos: la de aquéllos que marchan por el camino común de la ley moral y la de los que suben a la montaña elevada. Los primeros y los segundos aman a Dios: la diferencia está en el modo más directo de la práctica del amor, aunque no siempre en la intensidad de éste, pues la intensidad del amor del cristiano que vive en el mundo puede igualar y aun superar a la del que vive en el claustro.

d) La resignación cristiana y la “santa indiferencia” de San Ignacio

Ahora podemos comprender el verdadero sentido de la doctrina moral cristiana respecto a la resignación en el dolor y del programa ignaciano acerca de la “santa indiferencia”.

Hemos visto cómo *el amor a Dios implica esencialmente que se cumpla su voluntad*, o sea que se quiera lo que El quiere. Si El nos quiere en la alegría, debemos bendecirlo con el autor de la *Imitación de Cristo*; si nos quiere en el dolor, igualmente debemos bendecirlo. ¿Qué es la resignación? ¿Acaso la insensibilidad o la indiferencia? ¡No, mil veces no! Por el contrario, cuanto más se siente y se sufre, tanto más debemos amar a Dios, conformándonos y uniformándonos con su voluntad. Sabemos que El es Padre y que, si permite el dolor, lo hace por nuestro bien: aun no comprendiendo sus se-

cretas intenciones, sabemos con certeza que es el *Padre*, quien nos envía el sufrimiento. Por esto no nos rebelamos, no nos desesperamos, y proseguimos seguros nuestro camino con un gran acto de amor a El, aunque no consigamos, ni podamos trocar en una alegría nuestra pena.

“Debemos *hacernos* indiferentes con relación a todas las cosas creadas”, prosigue San Ignacio, suscitando el coro de las recriminaciones de quienes, en nombre del “perinde ac cadaver”, lo acusan de fautor de apatía, de fatalismo musulmán, de inercia búdica, de insensibilidad estoica y de otras cosas por el estilo.

¡Necedades! Según San Ignacio, debemos amar a Dios y en esto no podemos ser indiferentes. Es nuestro fin del cual no se discute. Pero ¿de qué manera debemos amar a Dios? Y el autor de los *Ejercicios* contesta: *Haciendo lo que Dios quiere, no lo que quiero yo*. ¿Hay algo más evidente? No. Y entonces se deduce que no debemos valorar las cosas en sí mismas, como si fuesen lo Absoluto, sino sólo en relación a la voluntad de Dios: las cosas jamás tienen valor de fin, son sólo medios, variables al infinito, que pueden conducir al fin. Si Dios me quiere profesor, lo amo desempeñando bien mi cargo de profesor; si Dios me quiere labrador, lo amo cultivando bien los campos; si Dios me quiere postrado en el lecho de dolor, lo amo sufriendo; si me quiere soldado, lo amo combatiendo y así sucesivamente. Debo *hacerme* indiferente para las cosas humanas: lo que es completamente distinto de la inercia o insensibilidad. Es todo lo contrario: es el mayor grado de actividad a que puedo aspirar (y los *Ejercicios* ignacianos están completamente anima-

dos por este espíritu de enérgica actividad). El *facere nos indifferentes* exige una lucha formidable contra nosotros mismos, que debemos afrontar por amor a Dios. La resignación inerte del fatalista es negación de actividad y es mero *egoísmo*: éste dice: “no quiero afligirme y tomo las cosas como vienen”; y también “es inútil fastidiarse contra el destino”. La aceptación cristiana del beneplácito divino es la prueba más hermosa de *amor* que podemos ofrecer a Dios, porque si es fácil proclamar nuestro amor en las risueñas horas de felicidad, no es tan fácil repetirle el testimonio de nuestro amor, cuando nos pide sacrificios, lágrimas, martirios.

e) Vida activa y contemplativa

Tenemos, pues, resuelto también el otro problema: si es mejor la vida activa o la contemplativa.

No basta discutir esta cuestión en abstracto, porque entonces es evidente que la vida contemplativa es la *optima pars*, en cuanto el alma se dirige directamente a Dios, mientras la vida activa, dirigiéndose a las cosas, sólo indirectamente sube hasta Dios: es necesario discutirla en concreto.

La vida mejor para cada uno de nosotros es la que Dios quiere. La moral cristiana reprobaría a la obrera que racionase así: “estoy cansada de hacer de Marta; quiero imitar a María que ha elegido la mejor parte: por lo tanto permaneceré todo el día en la iglesia orando ante el Tabernáculo”; la reprobaría porque ser cristiano significa amar a Dios, o sea, hacer su voluntad; si Dios

quiere que una persona trabaje en un taller, ésta no ama a Dios rebelándose contra la voluntad divina, esto es, permaneciendo largas horas en la iglesia. Si Dios quiere a un hijo suyo en la febril agitación del comercio, es allí donde debe estar el hijo bueno, sin añorar los éxtasis de la contemplación. De modo que en la práctica el cristiano más perfecto es el que cumple mejor la voluntad de Dios en el estado en que la Providencia lo quiere. El bien no es bien, si no es realizado cuando conviene, como conviene, por quien conviene, es decir, según todas las circunstancias concretas que nos indica la voluntad divina.

f) Conclusión

No podría concluir mejor este Capítulo, que citando algunos versículos de la *Imitación de Cristo* (Cap. 5, L. III):

“Bendígote, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, porque te dignaste acordarte de este pobre.

“¡Oh Padre de la misericordia y Dios de todo consuelo!... bendígote y te glorifico siempre con tu Unigénito Hijo y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

“¡Oh Señor Dios, divino objeto de mi amor!... Tú eres mi gloria y la delicia de mi corazón...

“¡Gran cosa es el amor y el mayor de todos los bienes! El amor hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual. Lleva la carga sin sentirla; y trueca en dulce sabor todo lo amargo... No hay en el cielo y en la tierra nada más dulce, más fuerte, más su-

blime, más expansivo, más alegre, más perfecto, más excelente que el amor; porque el amor nació de Dios y no puede hallar paz y descanso en las cosas creadas, sino en el mismo Dios.

“El que ama, corre, vuela, exulta; es libre y nada puede detenerlo. Da todo por todo y todo lo encuentra en todo, porque descansa en un sumo Bien, del cual mana y procede todo bien. . .

“Para el amor nada es imposible. . . Fatigado, no se desalienta; libre de lazos, no se ata; amenazado no se acobarda; y como viva llama y ardiente antorcha, sube a lo alto y se remonta con seguridad. . .

“Grande clamor es en los oídos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: Dios mío, Amor mío, Tú eres todo mío y yo soy todo tuyo. Dilata mi corazón en el amor, para que aprenda a pregonar en el interior de mi corazón cuán suave es amar y derretirse y nadar en el amor. . . Cante yo cánticos de amor; sígate, Amado mío, hasta el cielo y desfallezca mi alma en tu alabanza, alegrándome por el amor. . .

“Nadie vive en amor sin dolor.

“Quien no está dispuesto a sufrirlo todo y a hacer la voluntad del Amado, no es digno de llamarse amante de Dios. Quien ama, debe abrazar voluntariamente por amor al Amado todo lo duro y amargo, y no apartarse de El por cosa contraria que acaezca”.

Desde el *Cantar de los Cantares* hasta esta página tal vez escrita en éxtasis, el himno fué entonado muchas veces. Y quizás nuestro pobre corazón ha percibido muy pocas veces, o muy débilmente, su eco. . .

II - EL AMOR AL PROJIMO

Al mandamiento del amor a Dios añade Jesús el del amor al prójimo.

Un “mandamiento *nuevo* os doy, dice el divino Maestro, amaos los unos a los otros, como yo os he amado. En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros.

Tal vez no hay en el Evangelio palabras más conocidas, pero quizá también no hay palabras menos comprendidas y menos practicadas.

Muchos objetan: ¿un mandamiento *nuevo*?! ¡De ninguna manera! Antes de Jesús, el corazón humano, en las antiguas civilizaciones, ya poseía este tesoro. Tomemos, por ejemplo, los Egipcios: en los epitafios de los grandes señores de Egipto leemos testimonios de beneficencia de este género: “He dado pan a quien tenía hambre, vestido a quien estaba desnudo, de beber a quien tenía sed”. “Entef... ha hecho justicia al llanto de los pobres; era el padre de los débiles, el asilo del huérfano”. Y en el *Libro de los muertos* encontramos máximas como éstas: “Si te enriqueces, eres sólo el administrador de los bienes de Dios; no pospongas al prójimo, que es tu semejante: sé para él como un compañero”. Parece no ser necesario abrir el Evangelio para encontrar el precepto del amor fraternal; aun los estoicos, para no mencionar ótros, nos ofrecen la misma enseñanza. Marco Aurelio se alegra, porque —afirma— “cada vez que quise socorrer a alguien, ya pobre, ya necesita-

do, jamás se me contestó que yo no tenía dinero para hacerlo". En sus *Recuerdos* concibe "todas las cosas... recíprocamente ligadas entre sí, sagrado es el lazo que las une y ninguna puede considerarse extraña a la otra. Todas están coordinadas entre sí". Y con Séneca añade que "la sociedad humana se asemeja a una bóveda, cuyas piedras, afirmándose unas en otras, producen la seguridad del conjunto... Los seres inteligentes tienen entre sí en el cuerpo colectivo, la misma relación que entre sí tienen los miembros del cuerpo en cada animal; todos deben cooperar a un fin común". Por lo tanto, nosotros no debemos odiar, porque el que odia, deja de ser una rama unida al gran árbol de la humanidad y se convierte en una rama arrancada del mismo. Debemos perdonar las injurias, no sólo porque "la mejor manera de vengarse de una injuria es no asemejarse a quien la ha inferido", sino también porque, como dice la admonestación de Antístenes "obrar bien y ser injuriado es propio de rey".

Orientados en esta dirección muchos han buscado el origen del precepto del amor al prójimo entre los antiguos Hebreos, en la India y en Atenas; se ha comparado la moral de Cristo a las de Moisés, de Buda y de Platón, y se ha llegado en algunas ocasiones a sostener la superioridad de las demás morales sobre la ética cristiana. Otros han recurrido a Schopenhauer, quien, en nombre de su pesimismo, ideó la moral de la piedad y de la simpatía, y otros hasta a los utilitaristas ingleses, cuya moral está fundada sobre el bien social. También se ha traído a colación la vida política; y el mágico grito de

“fraternidad” lanzado por la Revolución Francesa pareció tener mayor eficacia que el precepto cristiano del amor. Más aun, después de la proclamación de la “fraternité”, se intensificaron las tentativas de dejar descansar la antigua *charitas* para sustituirla con la rozagante y joven *filantropía* vestida a la última moda y victoriosa con los bailes de beneficencia y las copas de un *champagne* que burbujea, como los tiernos corazones de las damas y de sus caballeros.

Un *Silabario* no puede combatir contra teorías tomadas de la historia de las religiones, de la historia de la filosofía, de la historia política y social, antigua, moderna y contemporánea. Sólo queremos exponer la doctrina moral cristiana. Su escueta enunciación podrá persuadir una vez más a ciertos intelectuales de su ignorancia respecto al Cristianismo. Será una refutación implícita de todas las objeciones y mostrará cómo el *amor natural* del hombre por el hombre (*omne animal diligit simile sibi*) no es la caridad inculcada por Cristo, pues sólo el amor *cristiano* al prójimo tiene la misma raíz del amor a Dios y se extiende aún allá donde la filantropía no alcanza, es decir hasta el amor de los enemigos.

a) El verdadero concepto cristiano del amor al prójimo

Ante todo determinemos con precisión el verdadero concepto del amor fraterno según el cristianismo.

Un *individuo*, por ejemplo, un antiguo egipcio, veía

a otra persona que sufría: movido a compasión la socorría. ¿Era esto un acto de *caridad cristiana*? No, por cierto; en esto nada hay que se refiera al orden sobrenatural. Es un acto caritativo *humano*, que es un elemento *indispensable* en el acto de caridad cristiana, pero *no es suficiente*.

Para comprender el amor cristiano al prójimo, es necesario partir de nuestra unión con Jesucristo. Como hemos visto, no estamos separados de El; constituímos con Jesús un mismo organismo del que El es la cabeza, nosotros los miembros y el Espíritu Santo el alma. Como todo sarmiento unido a la vid, vive de la vida de ésta, así en todo cristiano unido a Cristo está presente Cristo que lo vivifica. Por esto cada cristiano es otro Jesús — *Christianus alter Christus* — Y nosotros podemos exclamar con el P. Plus — en su ágil y hermosa obra: *Jesucristo en nuestros hermanos* — “Señor, yo te encuentro a cada paso. En virtud de la maravilla de nuestra divina incorporación en tu sagrada persona, no puedo hacer un movimiento sin estar en tu presencia. Dirijo mis ojos hacia mí, allí estás Tú. Miro al prójimo, allí estás Tú. Si quiero ver, ¡por todas partes estoy rodeado de tabernáculos vivientes!”

Esta idea todo lo aclara. En la última Cena en el discurso en que precisamente explicó el “mandamiento nuevo”, Jesús tuvo cuidado de indicar su verdadera nota esencial: “que todos los que han de creer en Mí sean todos una misma cosa y así como tú, Padre, estás en Mí y yo en Tí, así sean ellos una misma cosa en nosotros... Yo en ellos; y Tú en Mí, para que sean perfectos

en la unidad". En otras palabras, somos *hijos adoptivos* de Dios, porque estamos unidos a Cristo, Hijo del Padre por naturaleza; precisamente por esto somos *hermanos* entre nosotros, porque participamos de esta divina filiación, por la cual Cristo es el "primero entre los hermanos". Nuestra fraternidad, por lo tanto está *basada sobre todo en la divinidad, y no* —como la de la Revolución Francesa— *puramente en la humanidad*. Amamos a Dios en Cristo y amamos al prójimo por amor a Dios, en cuanto *amando al hermano, en éste amamos a Cristo*.

Petronio se preguntaba horrorizado: "¿cómo puedo amar a mi esclavo?". Y en verdad, si en mi prójimo sólo viese el individuo humano, yo amaría a poquísimas personas y a muchas odiaría; pero para mí el prójimo es Jesucristo presente en él; es un estuche más o menos hermoso, lleno quizá de defectos como yo, que encierra un diamante, es decir, lleva oculto a nuestro Señor. ¿Qué importa que el estuche sea una persona antipática, un adversario, un delincuente? Como en el sarmiento no considero la leña, sino la vitalidad que se agita en él, comunicada por la vid, así en el prójimo no me detengo en el *hombre*, miro a *Cristo*. Y el acto *cris- tiano* de caridad consiste precisamente en amar al prójimo reconociendo en él a nuestro Señor, presente ya de hecho (con la gracia, si se trata de un justo); ya de derecho (si se trata de un pecador o de un infiel). Yo no socorro a Ticio, Cayo o Sempronio, sino a Jesús en Ticio, en Cayo o en Sempronio. Lo que hago, lo hago por amor a Jesús: o sea el *amor a Dios y el amor al prójimo no son dos cosas diversas o separables*, pues

“el segundo precepto es igual al primero”. Hasta no haber alcanzado esta altura, no he comprendido el precepto *cristiano* del amor. Quien la alcanza, adquiere una nueva fuerza inmensa: pues es evidente que si supiéramos que Jesús, venido de nuevo a la tierra visiblemente, tiene necesidad de ser ayudado por nosotros, nos sentiríamos dichosos de quitarnos el pan de la boca para dárselo a El; haríamos esfuerzos y prodigios para socorrerlo. El cristiano no necesita contemplar a Jesús con los ojos del cuerpo; tiene la mirada mucho más penetrante de la fe y ve a Jesús bajo los semblantes de sus hermanos, lo mismo que bajo las apariencias de la Hostia.

De este modo todo el Evangelio y el Nuevo Testamento se hacen inteligibles.

Es este mandamiento un mandamiento verdaderamente *nuevo*. Ridículo es el buscarlo en Egipto o en la India, en Grecia o en Roma, en las tumbas de los Faraones, en la doctrina de Buda, junto a las guillotinas de la Revolución Francesa, en los libros de Marco Aurelio o de Schopenhauer, o en las así llamadas fiestas de beneficencia: es *sólo* Cristo quien lo ha enseñado.

En la descripción del juicio universal, según San Mateo, Jesús afirma que en el último de los días, el Hijo del hombre, el Rey del universo aparecerá y dirá a los que estén a su diestra:

“Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y mi disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fuí peregrino y me alojásteis; estuve

desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; encarcelado y vinisteis a Mí”.

“Entonces preguntarán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer; con sed y te dimos de beber? ¿cuándo te hemos visto peregrino y te hemos recibido; desnudo y te hemos cubierto? ¿cuándo te hemos visto enfermo y encarcelado y fuimos a visitarte?”.

“Y el Rey les responderá: *En verdad os digo: cuantas veces habéis hecho algo por uno de estos hermanos míos pobres, a Mí lo habéis hecho.*

Y a los condenados, después del reproche por no haberlo socorrido y después de su asombro, “responderá diciendo: *En verdad os digo: cuantas veces no habéis hecho esto a uno de estos pequeños, no me lo habéis hecho a Mí*”.

Nuestro prójimo pobre, necesitado, dolorido es Jesucristo. Lo que se hace con el hermano se hace con Jesús. Si se persigue al hermano, Jesús se lamenta, como con Pablo en el camino de Damasco: “¿Por qué *Me* persigues?”. Si poseyendo bienes, añade San Juan, y viendo al hermano necesitado, cerramos nuestro corazón, ¿“cómo puede permanecer en nosotros el *amor a Dios*?”: quien no ama al prójimo, no ama a Cristo y por lo tanto no ama al Padre.

De esto deriva toda la predicación de caridad del Discípulo del amor y toda la historia de la caridad cristiana, desde las cadenas rotas de los esclavos hasta los asilos para el dolor opuestos a los Circos y a los Coliseos. Y si nos interesáramos en penetrar algo en las sublimes almas

de los Santos, haríamos quizás un descubrimiento: *no hay uno que haya concebido la caridad hacia el prójimo de distinto modo del expuesto: todos han amado en su prójimo a Jesucristo.*

“Con frecuencia — escribe San Jerónimo en sus *Cartas* — Fabiola recogía a los necesitados y les lavaba sus inmundas llagas venciendo toda repugnancia, porque *sabía que en las llagas de los pobres curaba las del Salvador*”.

San Benito, en su *Regla*, ordena que “todos los huéspedes sean recibidos *tamquam Christus*, como Cristo” y que al partir sean saludados con gran humildad: “*Cristo sea adorado en ellos*”. Añade que “debe tenerse ante todo y sobre todo el cuidado de los enfermos y debe servirseles, *¡como a Cristo!*”

San Bernardo rudamente se expresa así: “En vuestras relaciones con el prójimo no consideréis el hombre exterior con su envoltura del lodo; deteneos en el hombre interior, creado a imagen de Dios, redimido con la sangre de Jesucristo, templo del Espíritu Santo, tabernáculo de Jesús y destinado a la felicidad eterna”.

“Procurad *ver a Dios y a Jesucristo en el prójimo*” insiste San Ignacio. San Martín Obispo. Angela de Foligno, Isabel de Hungría, José Cottolengo, Federico Ozanam y Luis de Casoria jamás han hablado de distinto modo.

Para que no se substraiga a la acción un tiempo precioso. Vicente de Paúl llega a limitar las oraciones de sus *Hijas de la Caridad*. “Los pobres —les prescribe— sean vuestro Oficio, vuestras letanías. Son suficientes.

Abandonad todo por Dios. Procediendo así, dejáis a Dios por Dios”.

“*Hermanos* —repetía frecuentemente Camilo de Lellis, el santo fundador de los Camilos, a sus compañeros enfermeros— *considerad que los enfermos son la pupila y el corazón de Dios y que lo que hacéis a estos pobrecitos lo hacéis a Dios mismo*”. Afirmaba un testigo en el proceso de canonización. “*Camilo no sólo amaba a los enfermos, sino en cierto modo los adoraba, porque en cada pobre adoraba la persona de Cristo*”. “*Yo lo he visto —añade otro— llorar cerca de estos enfermos por su vehemente consideración de que en ellos estaba Cristo*”. Un día el Prior del Hospital Santo Spirito lo mandó llamar, estando Camilo ocupado en asear un enfermo: “*Decid a Monseñor* —contestó al mensajero— *que estoy ocupado con Jesucristo, y que al concluir esta obra de caridad iré inmediatamente*”.

Por lo demás, seamos sinceros, si la moral cristiana fuese distinta, si en nuestro prójimo sólo debiéramos ver al *hombre* ¿cómo podríamos soportarnos mutuamente, con todos los defectos de nuestro carácter más o menos amable? ¿cómo podríamos amarnos? ¿Cómo podría obtenerse de una Hermana de Caridad que pase toda su vida en las crujiás de los hospitales, no por dinero sino con el voto de pobreza? Es inútil: para explicarse a las señoras en los bailes de beneficencia, basta la consideración del *hombre*; pero una joven Hermana jamás sacrificaría en austera penitencia una vida recta y pura, si no viese a *Jesucristo* en el enfermo con frecuencia gruñón y descontentadizo.

Con esta sencilla llave en las manos podéis penetrar en las salas llamadas los capítulos del Evangelio o las maravillas de los siglos cristianos. Se reprobará el odio, porque observa San Juan en su primera Epístola, “quien dice estar en la luz y odia a su hermano, aun está en las tinieblas”; aun no ve al Salvador en su prójimo. Y Jesús insiste: “Os digo: amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os odian y rogad por los que os persiguen y calumnian, para ser hijos de vuestro Padre que está en los cielos”; “perdonad y seréis perdonados”. No os detengáis en la envoltura exterior ni en el frágil recipiente: recordad el “tesoro” oculto allí.

b) Amor humano y amor cristiano al prójimo

Si quisiésemos ahora confrontar la caridad *humana* con la caridad *cristiana*, podríamos llegar a las siguientes consecuencias.

Ante todo, no intentemos formar un juicio a la caridad, que de hecho ha existido en terreno extraño al Cristianismo.

Bien sabemos con cuánta razón San Pablo definió a los paganos: “*gentes sine affectione*; —gente sin amor”, y con cuánta exactitud esta definición puede ser aplicada al paganismo moderno con su queso de la filantropía sobre los macarrones de las fiestas de beneficencia. Sabemos muy bien cuáles fueron las delicias de la esclavitud y los horrores cometidos cada vez que se ha pisoteado el Evangelio. Y en la *fraternité* abstracta y en los eternos principios del 89 creemos casi tanto como en el

corazón del anticlericalísimo farmacéutico Homais— tan artísticamente retratado por Gustavo Flaubert— el cual, habiendo encontrado a un ciego, le aconsejó beber buen vino, buena cerveza, comer carne asada y al fin abriendo el bolsillo le dijo: ¡“Oh! ¡toma un *sou*!, (1) devuélveme dos céntimos y no olvides mis consejos: te encontrarás bien”.

Prescindamos de tales frioleras y de hechos históricos no demasiado lejanos, como el sucedido a principios de este siglo en Francia, al ser suprimidas las Congregaciones Religiosas, cuando por un motivo de... fraternidad humana se les robaron sus bienes para reunir los mil millones necesarios para las pensiones obreras. ¡Ay! los mil millones se evaporaron y después de la “liquidación” no quedó nada: el amor al prójimo en manos de la masonería francesa y de sus aliados — el socialismo y el radicalismo — se había trocado en amor al propio bolsillo.

Digamos sólo que, en la comparación entre el amor al prójimo que puede encontrarse en un sistema de moral humana y el precepto cristiano, jamás debemos fijarnos en la enunciación de la norma ética. El budista puede ordenar también el perdón de los enemigos: aparentemente puede hablar alguna vez en términos iguales a los de Cristo, pero realmente su raciocinio es éste: “Debemos suprimir el dolor. Abandonemos, por lo tanto, la actividad y todo lo que pueda turbar nuestra tranquilidad. Sumerjámonos en el Nirvana. Si te vengas de tu

(1) Moneda de cinco céntimos. (N. del T.).

enemigo, éste se vengará luego de tí, tendrás fastidios e inquietudes". En pocas palabras, la enunciación verbal de la máxima moral es idéntica, el espíritu es sencillamente opuesto; según Buda, debemos perdonar por amor a nosotros mismos, según Cristo, por amor al prójimo. ¡Juzgad si es pequeña la diferencia!

Pero aun en las formas más elevadas de la moral filosófica, aun en el desarrollo más sereno de la razón, sólo podemos encontrar un *amor al hombre por el hombre*. Es éste —repitémoslo hasta el cansancio— un elemento precioso, indispensable. La moral cristiana lo toma, lo perfecciona, lo diviniza con la gracia y con la unión a Cristo, de tal manera que nos hace amar a Jesucristo en todos nuestros hermanos.

Los jóvenes de Italia, en estos últimos años, han admirado con santo entusiasmo la figura de Pedro Jorge Frassati, fúlgido ejemplo de caridad *cristiana* hacia el prójimo. La vida escrita por la pluma, o mejor por el corazón del Padre Cojazzi, puede servir mejor que cualquier tratado para ilustrar el mandamiento de Cristo.

Quince días antes de su muerte, Pedro Jorge fué a Valsálce para hablar con el Padre Cojazzi por una familia desventurada y necesitada. Conversando del fundador de las *Conferencias de San Vicente*, admirable fruto del árbol del amor cristiano, el sacerdote recordó al joven cómo Ozanam solía festejar la Pascua. Recibida la Comunión pascual, antes de volver a su casa, iba a visitar al más pobre de sus protegidos, *para devolver a Jesús en la persona del pobre la visita recibida*.

En los párpados de Pedro Jorge Frassati brilló una

lágrima, una de aquellas lágrimas buenas que desearíamos ver en los ojos puros de nuestra juventud llamada a enjugar el llanto, a levantar al débil, a propagar el amor a Cristo.

III - EL AMOR A NOSOTROS MISMOS

Es famosa en la historia de la Iglesia la polémica desarrollada entre Bossuet y Fenelón.

El Obispo de Cambrai, en su *Livre des maximes de Saints*, sostenía que el temor del infierno o la esperanza del paraíso corrompían la pureza del amor y que no existía amor verdadero, cuando el alma no amaba a Dios exclusivamente por El mismo, sin pensar en sí. “Hay un estado habitual de amor a Dios —decía Fenelón— que es una caridad pura, sin mezcla alguna de motivos interesados. Ni el temor de los castigos, ni el deseo del premio tienen participación en este amor”. Más aun: un alma puede estar persuadida con una convicción invencible y refleja de que es reprobada por Dios y al mismo tiempo amar a Dios y ofrecerle el sacrificio absoluto de la propia felicidad eterna. La recompensa es el motivo específico y el objeto formal de otra virtud: la esperanza.

En cambio el Obispo de Meaux —y su *Traité sur les états d'oraison* desarrolla su idea— apoyándose en todos los Santos Padres, y de un modo especial en sus dos preferidos, San Bernardo y San Agustín, razonaba así: si amamos a Dios, debemos querer todo lo que El quiere

y amar todo lo que El ama; ahora bien, Dios nos ama y quiere nuestra felicidad eterna; por lo tanto el verdadero y puro amor a Dios encierra el amor a nosotros mismos, la aspiración a nuestra beatitud y el temor de perderla. "Es por lo tanto evidente que este deseo y la súplica de la felicidad futura, según el sentir de todos los santos comenzando por los Apóstoles, pertenecen a la caridad y a la caridad perfecta, a pesar de los refinamientos de los nuevos místicos". Por lo demás, Jesús en el Evangelio nos excita continuamente a pensar en la salvación de nuestra alma, a obrar bien para conquistar la vida eterna y a evitar el mal para no caer en el infierno.

Sabemos que la Iglesia intervino en la polémica y dió la razón a Bossuet, mientras Fenelón se inclinaba con humildad y acataba el juicio de la Santa Sede. Pero sabemos también que este episodio es símbolo de un conflicto, que de siglos perdura en el terreno de la moral, entre la *felicidad* y la *virtud*, entre lo *útil* y el *bien*. Estos dos conceptos han proporcionado muchísima materia de discusión a los moralistas y, alrededor de este problema, ha girado la filosofía desde Sócrates, Platón, Aristóteles hasta Hobbes y el utilitarismo inglés, desde Descartes y Leibnitz hasta Rousseau, Kant y Hegel y se ha suscitado ardiente discusión entre los mismos profanos a los debates filosóficos.

Por una parte, es innegable que existe en nosotros una tendencia irresistible a la felicidad. Los filósofos — advierte Cathrein — están de acuerdo en este punto, aunque en lo demás disientan. Elijamos algunos testimonios entre las más diferentes tendencias filosóficas. Aristóte-

les, que en todas sus investigaciones parte de hechos experimentales seguros, en el primer capítulo de su *Ética a Nicómaco*, tomó por punto de partida de toda su teoría la tendencia natural a la felicidad. Afirmó ser evidente que todos aspiran a la felicidad perfecta. Al mismo hecho aludió frecuentísimamente Platón en sus *Diálogos*, especialmente en el *Banquete*, en el *Gorgias* y en el *Político*. Cicerón en el *Hortensio* partía de la máxima absolutamente constante de la que nadie puede dudar; es decir, del deseo ardiente de ser feliz común a todos los hombres. Los mismos estoicos, por lo demás contrarios a toda satisfacción, calificaban a la felicidad como el fin ético del hombre. A éstos siguió el estoico de la edad moderna. “Ser feliz —pensaba Kant— es *necesariamente* el deseo de toda criatura racional, perfecta; consiguientemente es un motivo inevitable de su apetito”. Es inútil recordar que ha seguido la misma opinión toda la turba de los modernos eudemonistas, los que presentaban a la felicidad posible e imaginable como la suprema norma moral. También el padre del pesimismo moderno, Schopenhauer, fué de la misma opinión: “El hombre quiere incondicionalmente conservar su existencia, quiere estar absolutamente libre de dolores; quiere la mayor cantidad posible de bienestar y de todo placer de que es capaz”. El mismo Fenelón reconocía que “la inclinación natural e indeliberada a la beatitud es invencible como el amor a la vida”; y sólo añadía que en los actos deliberados puede no ser seguida, de la misma manera que no obstante la inclinación espontánea a la vida, se puede resolver deliberadamente morir.

Todos, pues, quieren ser felices; y lo *útil* es deseado por todos, aun por los filósofos que tratan de desacreditarlo para favorecer al *bien*. Sin embargo no se puede negar, por otra parte, que la conciencia moral omite las distinciones necesarias, se rehusa a hablar de acto virtuoso, cuando uno aspira a la propia utilidad y tiende a su medro personal. Más aun, muchos quedan perplejos y desconcertados en presencia de algunos muy desinteresados pensadores y escritores de nuestros días, que acusan a Cristo de haber enseñado una moral interesada, basada en el paraíso y en el infierno, y dicen: "Se condena a los usureros cuando prestan al cincuenta por ciento, pero ¿qué se debe decir del cristiano que, obrando por una felicidad *eterna*, hace préstamos a Dios al infinito por uno? El motivo utilitario del cielo o del fuego eterno altera el carácter moral de una acción y nos empuja hacia los brazos del egoísmo. Es inmoral obrar por el infierno o por el paraíso. Hay una ética más elevada, más noble, más desinteresada que repudia la avaricia de cálculos, la vulgaridad de recompensas, las tinieblas de temores, y que vive en las serenas regiones del desinterés".

Como se ve el argumento no puede ser más interesante.

a) La utilidad y el bien

Para no jugar con palabras y no caer en equivocaciones, es conveniente anteponer una observación.

Lo *útil* puede ser considerado de dos maneras: en abstracto o en concreto.

I. — En abstracto el concepto de utilidad nada dice en favor o en contra de la moral. *Es ridículo confundir la utilidad con el egoísmo*, pues en verdad se puede buscar la propia utilidad sin ser egoístas. Por ejemplo, los obreros de una gran Sociedad Anónima moderna van al taller, trabajan y sudan, no porque languidezcan de amor hacia los accionistas a quienes ni siquiera conocen, sino para tener su salario diario o semanal, o sea para su utilidad; ¿hay, por ventura, algún puritano que quiera arrojar piedras contra estos trabajadores, acusándolos de egoísmo?

La aspiración a nuestra felicidad ha sido puesta por Dios en nuestros corazones y es fuente de mil consecuencias benéficas: despierta, excita, suscita energías; estimula, sugiere, alienta iniciativas; y cuando es regulada por la moral, o sea, está subordinada a ésta, es una de las fuerzas humanas más providenciales. Y ¿qué? ¿deberemos tal vez obrar para ser infelices? Esto no sería la negación del egoísmo; sería genuino cretinismo.

II. — En concreto podemos tender a nuestra utilidad de dos maneras: o haciendo de nosotros el centro de la realidad (concepción antropocéntrica); o poniendo por centro del universo a Dios (visión teocéntrica).

En el primer caso, sí, tenemos un útil egoístico y que por esto contrasta con la moral. El egoísmo consiste en erigir el propio yo en Absoluto, en Dios y en sacrificar a los demás por nosotros. Me es útil tener un automóvil: lo robo. Me es útil violar un tratado: lo defino un pedazo de papel. En este caso se descubre la miseria intelectual y moral de la ética utilitarista. Sea que se trate

de algo útil individualmente, o también de algo útil nacional o colectivamente, jamás es reducible el concepto de moralidad al de utilidad y cuando se intenta semejante operación, se niega la moralidad. Me es útil tener un millón; pero, ¿puedo apropiármelo indebidamente, aun escapando de las redes del código penal? Me es útil oprimir a otra nación libre e independiente; pero ¿por ventura, esto es moral?

Entre otras cosas la moral debe decirme si una acción es buena o mala *antes* de que yo la realice. Si tuviesen razón los utilitaristas, yo no podría saber si un acto es bueno o malo, sino *después* de haberlo realizado, porque sólo entonces es posible juzgar de su utilidad. Por ejemplo, Alemania en 1914 invadió a Bélgica para pasar a Francia: ¿era lícito este procedimiento? Según los utilitaristas el gobierno alemán habría sido moralísimo al ordenar la invasión de Bélgica, si el éxito hubiese coronado dicha operación, pero como la invasión de Bélgica comenzó a desbaratar todo el plan preestablecido por los invasores, necesariamente deberíamos deducir hoy que aquel gobierno obró inmoralmente.

En el segundo caso, cuando colocamos a Dios como centro de la realidad no sólo teórica sino también *prácticamente*, buscar la propia utilidad, o sea, la propia felicidad, no sólo no está reñido con la moral, sino por el contrario no puede existir un acto moral que no sea útil y no nos oriente hacia la felicidad.

¿Se puede concebir a un Dios, Razón perfecta y perfecto Amor, formando un universo, en el que quien obra moralmente deba afrontar aquí abajo mil sacrificios y

batallas y después en recompensa deba ir al encuentro de su propia infelicidad? ¿Puede un Dios-Amor crearnos para hacernos infelices por su voluntad y no por nuestra culpa?

Esencialmente diferentes son la utilidad egoística y esta felicidad subsecuente a nuestro amor a Dios. La primera hace del propio yo el Absoluto; la segunda considera a Dios como fin último y a la propia felicidad como fin subordinado. La primera es la aspiración a la utilidad inmediata (aunque carente de honestidad) que pasa y se desvanece; la segunda es la utilidad identificada con la honestidad y juzgada con relación a Dios, y es la confianza de que el acto moral conduce a la alegría, a pesar de las angustias, los sacrificios y los dolores del presente. Aquélla pone la felicidad en las pequeñas cosas transitorias, ésta la pone (como veremos al hablar de la sanción de la moral) en Dios, o sea, en la visión intuitiva de Dios y en el amor a El, que constituirán la máxima perfección sobrenatural de nuestro espíritu y de nuestra personalidad.

b) Amor perfecto y amor imperfecto a Dios

Pero ¿cuáles son los principios de la moral cristiana respecto a las acciones realizadas con la aspiración a la felicidad?

Se pueden reducir a dos. Los expondremos con toda sencillez.

1. — *No realizaría un acto naturalmente honesto, ni un acto cristianamente bueno, quien hiciese el bien o evitase el mal únicamente por amor a sí mismo, excluyendo*

el amor a Dios. Por lo cual, cuando Hipólito Taine ha definido a la virtud: "un egoísmo dotado de un anteojo de larga vista", sencillamente ha incurrido en una graciosa equivocación.

2. — Para que un acto sea cristianamente bueno, debe intervenir el amor perfecto o imperfecto a Dios.

Supongamos que una persona nos ayude, nos socorra desinteresadamente, nos demuestre verdadero amor. En nuestro corazón distinguimos dos sentimientos que se entrelazan, más aun, se confunden en una sola cosa, de tal manera que sólo se distinguen entre sí en un minucioso análisis.

Es decir, nosotros estamos satisfechos por los beneficios recibidos de esa persona (y esto se refiere a *nosotros*) y sentimos gratitud hacia el benefactor (y esto se refiere a la *otra persona*, no a nosotros). Esta gratitud es amor no confundible con el provecho obtenido, que perdura aunque no tengamos ya necesidad de ayuda y nos hace amar a aquella persona en cuanto es buena en sí y buena con nosotros. Hemos conocido su bondad a través de nuestra utilidad y fué ésta la que ha despertado en nosotros el amor; pero el amor que tenemos después a esta persona no está en proporción a la cantidad de bien que nos ha hecho, sino a su bondad íntima. La amamos, por lo tanto, porque es digna en sí de ser amada y porque nos ha beneficiado.

Llamamos *imperfecto* a este amor, porque, a pesar de no ser reducible al egoísmo, ni ser inspirado por el sórdido utilitarismo, tiene sin embargo por motivo *también* la propia utilidad.

En cambio, si de este primer peldaño del amor subiésemos más alto y amásemos a aquella persona, *prescindiendo* de los beneficios recibidos y sólo por sí misma, por ser digna de ser amada, tendríamos un amor *perfecto* y de amistad.

Amar a Dios por los beneficios recibidos, por el rocío de gracias naturales y sobrenaturales que ha derramado sobre nosotros, y por el paraíso que nos prepara; amarle para agradecerle su muerte en la Cruz por nosotros y la Redención; no ofenderle porque le estamos reconocidos y también porque no queremos perder nuestra verdadera felicidad, esperando más bien recibirla de El; amarle así no es un mal; por el contrario es cosa buena, óptima; pero en este caso amamos *imperfectamente* a Dios: la acción inmoral pisotea todos estos motivos nobilísimos que el Antiguo y el Nuevo Testamento nos inculcan, nos recomiendan y nos imponen. Nuestro amor llega a ser *perfecto*, cuando —de este trampolín del reconocimiento, del *santo* temor de Dios (inconfundible con el temor servil), de la esperanza, en una palabra, del amor a Dios que implica, aunque subordinadamente, el amor justo y racional a nosotros mismos— saltamos a Dios amado únicamente por sí, por sus perfecciones infinitas.

Son dos categorías de amor en las cuales el amor perfecto incluye al imperfecto y lo supera. Yo los compararía al *sol* y a su *rayo de luz*. Con el amor imperfecto contemplamos a Dios en sus beneficios, o sea, en los rayos de su Amor; con el amor perfecto nos sumergimos en el Sol, del cual salen, es verdad, los rayos, pero

que es infinitamente más hermoso en sí mismo y es la plenitud del Amor.

Nuestra felicidad (utilidad) y nuestro amor no son términos opuestos entre sí considerados con relación a Dios, ni con relación a nosotros, ni con relación al acto moral.

Dios, por ser amor, debe querer nuestra felicidad y la quiere; y nosotros, queriendo y amando a Dios, queremos nuestra felicidad que consiste en El y en El se completa.

Si amamos a Dios, es decir, si vivimos moral y cristianamente bien, somos felices; tenemos, aun en las dificultades, la tranquila dignidad de nuestra conciencia y la certeza del provecho derivado a nuestro prójimo, del deber cumplido y del amor fraterno practicado; y en la otra vida tendremos la recompensa suprema por los esfuerzos realizados, o sea, el paraíso, en el que la *felicidad* consiste en la visión y en la posesión de Dios y *en el Amor*. Allá, en el paraíso, lo útil y el bien coinciden.

En sí mismo, el acto moral es siempre útil, como la verdadera felicidad (no la efímera, ni la pasajera) es siempre moral, pues *la utilidad* y *el bien* proceden del mismo Dios, que siendo Amor nos quiere *felices* y *buenos* y que, cuanto más olvidamos nuestro pequeño *yo* y no nos preocupamos de nosotros mismos por su amor, nos hace y nos hará tanto más felices y nos sentimos y sentiremos tanto más satisfechos. ¿Quién es más feliz que el verdadero y perfecto cristiano? Quien ama a Dios sólo por Dios, santifica al dolor que lo aflige y lo trueca en un acto de amor; y en cada alegría experimentada as-

ciende al Sol sin detenerse en su rayo, y bendice a Dios y le ama en sí mismo, encontrando en esto su máxima alegría.

c) Conclusión

En los laboratorios de biología frecuentemente se hacen experimentos con animales a los que se mata y despedaza. No le es difícil a un sabio matar un perro, un gato o un conejo; pero lo que ningún laboratorio alcanza a realizar es la operación inversa: recoger las diversas partes separadas en un todo y vivificarlas nuevamente.

Es más o menos, si no me equivoco, lo que ocurre en moral.

Los filósofos toman el acto moral vivo, uno y único, lo matan, lo desmenuzan, lo examinan trozo por trozo y frecuentemente conservan un solo trozo, arrojando los demás. Y entonces pululan los sistemas, cada uno de los cuales tiene en sus manos una parte del acto moral y se ilusiona de poseer el todo ya arruinado con anterioridad. Y unos se detienen en la *materia* del acto moral, otros en la *forma*; éstos hablan de la *utilidad* del acto bueno, aquéllos discurren acerca de lo que constituye la *moralidad* de la acción; los de aquí consideran el provecho social del acto moral, los de allá contemplan la perfección íntima causada por él en la personalidad humana. Y de división en división, van multiplicándose los aspectos, los métodos de investigación, las construcciones sistemáticas. Estas últimas, sin embargo, no pueden abrazar la acción ética en su conjunto y con su movimiento

vital: la síntesis es imposible cuando se ha perdido el alma vivificante en el proceso analítico.

Según mi opinión, el Cristianismo es más profundo, más comprensivo. No descuida ningún aspecto. La materia y la forma del acto moral, la utilidad y el bien, la naturaleza y lo sobrenatural forman un mismo todo, en el cual Dios, el amor al prójimo y nuestro bien son tres aspectos orgánicamente ligados. No se puede amar a Dios, sin amarnos a nosotros mismos y amar a los demás; no es posible alcanzar la felicidad, sino con el amor a Dios y al prójimo; no es posible apreciar a los otros, prescindiendo de Dios y de nosotros. Las verdades parciales de los demás sistemas están aquí reunidas: y no en simple resumen sino en síntesis viviente.

Este es uno de los motivos porque los sistemas de moral, aun los más elevados, han tenido escasisima eficacia en la formación de las conciencias; mientras Cristo es el gran educador de la humanidad hace veinte siglos.

RECAPITULACION.

El mismo Jesús ha sintetizado su moral en el precepto del amor: debemos amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Por esto es necesario analizar esta ley suprema de la ética cristiana estudiando el amor a Dios, el amor al prójimo y el amor a nosotros mismos.

I — *El amor a Dios.* — El verdadero amor a Dios, en el cual consiste la moral de Cristo, no es el simple amor de la criatura por el Creador, sino el amor *sobrenatural* cuyo principio nos es infundido por el Espíritu Santo, con el cual amamos a Dios como Padre. Este amor presupone aquí abajo la fe e implica la esperanza.

Por lo tanto el amor a Dios querido por Cristo:

a) no es el amor sensible, o sea, no puede ser confundido con el sentimentalismo;

b) no es un amor de meras palabras.

Por el contrario exige:

a) que se ame a Dios con todo el corazón;

b) con toda la mente;

c) con todas las fuerzas, o sea con la voluntad y con nuestras acciones.

Y se distingue:

a) en un amor mandado, que se refiere al *deber* y a los preceptos;

b) en un amor aconsejado, que se refiere a los *consejos*.

El amor a Dios implica que se haga su voluntad. De aquí derivan el verdadero concepto de la *resignación* cristiana y de la *santa indiferencia* ignaciana, y también la apreciación exacta de la vida activa y de la vida contemplativa.

II — *El amor al prójimo*. — Es un mandamiento traído por Cristo, porque no consiste *sólo* en un amor humano basado en la mera humanidad, sino en un amor humano divinizado.

Estando todos los cristianos unidos a Jesús y formando con Cristo un mismo organismo, nosotros.

a) somos todos hermanos en Cristo;

b) amamos con Cristo — y nuestro amor humano al prójimo es sublimado con su gracia sobrenatural;

c) amamos a Cristo en nuestros hermanos, y no podemos decir que amamos a Jesús, si no amamos también a nuestro prójimo.

III — *El amor a nosotros mismos*. — Hace siglos, los filósofos discuten las relaciones existentes entre la *utilidad* y el *bien*, entre la *felicidad* y la *virtud*, es decir, entre el amor a nosotros mismos y el amor a Dios y a los demás. La moral cristiana resuelve esta cuestión observando que podemos tender a nuestra felicidad de dos maneras: o amándonos sobre todas las cosas, haciendo de nuestro *yo* el centro del universo y subordinando todo a nosotros (y en este caso somos egoístas, no cristianos); o bien amando a Dios sobre todas las cosas. Es evidente que amar a Dios significa querer lo que El quiere; y como El quiere y no puede no querer nuestra felicidad, nosotros, también debemos tender a esta última, como a fin subordinado. Por lo tanto:

EL SILABARIO DE LA MORAL CRISTIANA

a) quien practicase el bien y evitase el mal *únicamente* por amor a sí mismo, excluyendo el amor a Dios, no realizaría un acto moral, cristianamente bueno;

b) quien practica el bien o evita el mal *por amor a Dios y por amor a sí mismo*, obra moralmente, pero con amor imperfecto;

c) quien practica el bien o evita el mal *sólo por amor a Dios*, obra moralmente, con amor perfecto.

CAPITULO CUARTO

EL AMOR EN EL SACRIFICIO

¿Es un sueño?

La llama del amor de Dios que inflama las almas y todas las une en una misma alma, en la generosidad eficaz del amor fraterno ¿no es por ventura un *ideal* risueño, brillante en la crédula fantasía como estrella lejana, pero en completa antítesis con la dura *realidad* de las cosas?

¡Oh! si todos tuviesen fijos la mirada y el corazón en Dios y en su Cristo; si el espíritu dominante en todo individuo y en toda iniciativa fuese de verdad el Espíritu Santo; si nadie se acercase al prójimo sin pensar que se acerca a Jesús oculto bajo esas apariencias; si la justicia y el amor no obtuviesen sólo el aplauso de la retórica y de la ingenuidad, mas fuesen practicados en la vida cotidiana; si la paz entre las naciones no balase sólo en los catorce puntos de Wilson y no fuese devorada inmediatamente por los dieciséis dientes de los financieros; si los hombres y los Estados no hiciesen competencia a la concordia proverbial que reina en perros y gatos, entonces el mundo sería verdaderamente hermoso y la vida sería verdaderamente alegre.

Mas ¡ay! es inútil que Jerónimo Savonarola predi-

que la moral cristiana en la ciudad de Lorenzo de Médici y levante sus hogueras.

El alma humana le contesta irónicamente en todo tiempo con el verso de Ovidio:

..... aliudque cupido
Mens aliud suadet: video meliora proboque,
Deteriora sequor.

(Met. VII, 19 y sig.) (1)

El Renacimiento fulgurante lo contempla burlescamente “de todas partes, desde los mármoles esculpidos, desde las telas pintadas, desde los libros publicados en Florencia y en Italia”, desde millares y millares de manifestaciones, en las que “desborda la rebelión de la carne contra el espíritu... Entre las convulsiones de sus llorones, el pobre fraile no veía el pálido rostro de Nicolás Maquiavelo que sonreía compasivamente en alguna esquina de la plaza”.

Este, en un famoso capítulo de su *Príncipe*, aun hoy murmura con astuta malicia: “Si los hombres fuesen todos buenos...” y después con severo rostro nos recuerda doquiera, en todo momento de su vida y en cada pasaje de sus obras, el deber de no perder de vista “la verdad efectiva” o sea, *lo que es*, por lo *que debería ser* y no existe.

La ética del Amor ¿es por ventura una utopía irrealizable?

El escepticismo moral así lo afirma y lanza el grito

(1) Una cosa aconseja la concupiscencia y otra la razón; veo lo bueno y lo apruebo, pero sigo lo malo.

desesperado: “¡Virtud, no eres sino un nombre vano!”... Los apocados repiten esta palabra concordante con la debilidad de su carácter y entregan sus armas. Los hombres “prácticos” con su característica gravedad recuerdan que la vida es lucha, es contraste, es choque de intereses, y que no es amor. ¡La vida no es ósculos de hermanos, sino besos de Judas, insidias, oposiciones, guerras! ¿Cómo puede el Cristianismo olvidar la realidad dura, sí, pero inexorable?

Se cuenta de Carlos V que, retirado en el ocaso de su vida en un monasterio, algunas veces se entretenía en regular los relojes; y al comprobar la imposibilidad de obtener el sincronismo siquiera de dos de ellos, exclamó: “¡Infeliz! No alcanzo a poner acordes a dos relojes y he pretendido poner acordes entre sí a los hombres!” ¿No es ésta por ventura la utopía cristiana?

La ley cristiana del Amor no teme estas objeciones. Expondremos brevemente cómo resuelve la antítesis entre lo *real* y lo *ideal*, mediante el concepto de *sacrificio* y de *formación de la propia voluntad*.

I - REALIDAD E IDEALIDAD

El Cristianismo no es ideal abstracto, por el contrario es la negación absoluta de abstracciones, mercancía hermosa en apariencia, pero engañadora, propia del humanitarismo iluminista, de la democracia moderna y de las ideologías contemporáneas. El Evangelio, precisamente por ser el libro más elevado para la solución del problema de la vida, es también el libro que nos in-

funde y cuida en nosotros en máximo grado el sentido de lo concreto. La Iglesia de Cristo jamás ha sido negocio de nata batida. Y si Jesús por una parte dice "Amad", por otra parte añade: "He venido a traer no la paz, sino la espada".

Desarrollemos la idea básica del Amor y todo se aclarará.

a) El amor y la lucha

El verdadero amor nada tiene de común con las zalamerías sentimentales que —digámoslo una vez más— tienen origen fisiológico, más que psicológico. Los padres que en verdad aman a sus hijos, no los educan exclusivamente con caricias y caramelos, cuando es necesario, los castigan y les dan una paliza; y este castigo no es la antítesis del amor, ¡es más bien verdadero amor! El cirujano que ama al enfermo no le lisonjea con palabritas suavisimas y con engañadoras ilusiones, toma el *bisturí* y corta sin misericordia. Una nación agredida y amenazada en su existencia por voraz invasor, debe defenderse en nombre del mismo precepto de la caridad, pues, si amamos a Dios y al prójimo, ¿cómo podemos permitir que un pueblo sea injustamente aplastado, inicuamente torturado y explotado? El amor a los hermanos puede ordenar la guerra con justa causa. La espada es la que da la paz a los hombres *de buena voluntad*, los únicos a quienes el canto de Navidad la augura. Un castigo necesario, una operación quirúrgica bien hecha, una guerra justa pueden ser la verdadera realización concre-

ta del precepto del amor, en cuanto no son una injuria a Cristo en nuestros hermanos, sino un esfuerzo legítimo y con frecuencia obligatorio para librar a los demás de la dificultad exterior que en nada se refiere a Cristo y, por el contrario, atenta contra el amor cristiano en la vida y en la historia.

Lo que prohíbe el Cristianismo es, por ejemplo, el castigo dado al hijo, no porque lo merece, sino porque el padre está de mal humor; es la corrección que trata al prójimo como a un enemigo que debe destruirse y no como a un hermano a quien debe curarse; es la guerra provocada por voracidad o prepotencia. Lo que prohíbe es el estado pasional de alma, por cuya culpa ya no vemos las cosas con los ojos de Cristo, sino con los ojos de nuestra ira, de nuestras malas tendencias y de los instintos brutales que en nosotros braman y aúllan. Y al mismo tiempo condena una paz sin justicia.

Es hermoso y cristiano el voto del poeta que en los *Canti di Castelveccchio* decía:

De los odios al pie que, finalmente
con los propios escombros solos quedan
plantemos el olivo (1);

pero el único olivo verdadero de la paz se distribuye el domingo de Ramos y acompaña el sereno triunfo de Jesús en la historia; en otras palabras, el verdadero amor y la verdadera paz no son sino el amor y la paz de Cristo que todos —individuos y naciones— deben apresurar, practicando la moral cristiana o sea *combatiendo*.

(1) Trad. del Sr. Pbro. Dr. Luis Bertoni Flores.

b) La vida es milicia

En el otro mundo no será así, pero aquí abajo el Amor está necesariamente ligado con la lucha, y por eso la Sagrada Escritura nos advierte: "la vida del hombre en la tierra es milicia".

En verdad, conocemos los seres y podemos conocer su coordinación y las consecuencias prácticas que de esta resultan: la *conciencia* y las tablas *del Sinaí* nos enseñan la voz de Dios, aquélla con la palabra de la razón, éstas con la de la revelación. Pero obedecer esta voz significa sacrificarse, seguirla implica con frecuencia luchas contra nosotros mismos, contra las costumbres del ambiente o contra las sugerencias de Satanás. El ideal es hermoso, pero la lucha es áspera, la pasión prepotente y las insidias atraentes son numerosas.

El niño comienza a luchar no bien llega a la edad de la razón. Miradlo ante el azucarero. La pequeña conciencia le intima: "Pequeño, no debes tocar el azúcar", pero el agua en la boca le susurra: "Alarga la mano, ¡es tan dulce el azúcar!"

Toda la vida es una repetición de esta escena. En lugar del azucarero, será un tesoro, y el empleado se detendrá y en la intimidad de su corazón se desarrollará el conflicto: "Alarga la mano... No; no robes; sé honesto".

En lugar de la dulzura del azúcar será la dulzura de cualquier otra tentación. La serpiente, como a Cleopatra, siempre se nos presenta en un vaso de flores. El rugido de la fiera, la agitación pasional, la inclinación malvada

nos empujará hacia el abismo, mientras la orden del deber resonará categórica y amenazadora dentro de nosotros.

Somos libres y podemos elegir.

No somos sólo inteligencia; de ésta procede una *voluntad*. Y ésta puede inducirnos a huir el peligro. Puede ordenar a la inteligencia que dirija su atención a uno u otro motivo de acción, que de esta manera se hará preponderante, no ya porque los motivos sean como pesas colocadas en la balanza de nuestra indecisión para determinarnos, sino, al contrario, porque nuestra libre voluntad los acepta y los usa. La voluntad decide con frecuencia sumergida en la nube y en los miasmas de la pasión, alguna vez en la serenidad del ánimo tranquilo, otra sintiendo que una mano la aferra y la arrastra; podría resistir, rebelarse, librarse; pero no siempre lo quiere. El más espantoso campo de batalla imaginable no es tanto el de las sangrientas guerras antiguas y recientes, cuanto el silencioso de nuestras conciencias. Con frecuencia es la herida, la muerte, la desolación de la derrota; alguna vez el peán de la victoria.

c) Una objeción

¿Por qué ha permitido todo esto el Amor de Dios? ¿No habría sido más hermoso, más alegre —digámoslo sinceramente— más cómodo, si le hubiésemos amado a El y a nuestros hermanos por un ímpetu natural, irresistible, necesario, sin la congoja de la lucha, sin la posibilidad de la derrota?

No se puede resolver el problema sólo con recurrir a

nuestros progenitores. Porque es absoluta verdad que si Adán y Eva no hubieran pecado, no hubiéramos sido atormentados por la insubordinación del instinto ciego contra la razón, por el placer contra el deber, por el egoísmo —en una palabra— contra el verdadero amor: la batalla habría sido ganada de una vez para siempre por quien representaba no sólo a sí mismo, sino a toda la humanidad. Es absoluta verdad que así como en una guerra, del valor de un puñado de héroes, depende un mañana de paz y de libertad para todo un pueblo o un futuro de desgracias y de males, lo mismo de la primera prueba dependía nuestro bienestar o nuestro malestar. Pero no es menos cierto que de esta manera no se resuelve el problema, sino que se le desvía. ¿Por qué, nos preguntamos todavía, el Amor infinito de Dios ha querido que el amor victorioso y meritorio del primer hombre (y, dada la derrota, el amor de todos nosotros) hacia El fuera el resultado de una batalla?

Digámoslo en seguida: la lucha no contrasta con el Amor, antes bien es *la prueba del amor*.

La tentación es una ocasión que se ofrece al ser libre para demostrar con hechos, si verdaderamente ama a Dios. Puesto en la encrucijada, el hombre —mejor— el hijo de Dios puede y debe elegir entre el camino del Amor infinito y el amor desordenado a las criaturas; entre el Padre y su egoísmo, entre el amor a Dios y el amor a sí, al placer, a la gloria, etc.

Libertas est charitas; nuestra libertad se traduce en amor, exclama la sabiduría agustiniana. Y Pascal, después de haber contemplado en sus *Pensées* lo infinita-

mente grande, “todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus reinos”; y después de haber afirmado que lo infinitamente grande no vale lo infinitamente pequeño, “el menor de los espíritus”, porque éste conoce a aquél y a sí mismo, y aquél nada conoce, añade: “Todos los cuerpos y todos los espíritus reunidos, y todas sus producciones no valen el menor movimiento de caridad: éste pertenece a un orden infinitamente más elevado”. El más humilde de los mortales al realizar *por amor* una pequeña acción se nos manifiesta muy superior al sabio. Las estrellas nada son comparadas con una conciencia libre que lucha, vence y dice a Dios: “Por tu amor he resistido, he luchado, he triunfado”.

¿Qué importa si los débiles caen, si los traidores entregan sus armas, si los cobardes abaten la bandera? ¿Acaso debe declararse una utopía el amor a la patria, porque en su ejército hay cobardes y desertores, y no sólo héroes? Y ¿por qué se debe proclamar un conflicto entre el Cristianismo y la realidad, entre la moral cristiana y la vida, sólo porque el amor de Dios no encuentra únicamente a los buenos, a los generosos y a los santos que lo realizan en sí y en el mundo, sino también encuentra a los malvados y a los cobardes que lo pisotean? Nuestra ética no es un sueño; no es una hueca abstracción; no es idealidad arrancada de la historia; ¡muy al contrario! Nadie vive de la realidad más que el cristiano; nadie más que él sabe que debe unir cielo y tierra, idealidad y realidad, amor a Dios y a la vida, según el ejemplo de Aquél que ha unido la divinidad y la

humanidad, elevando a ésta a la gloria de la divinización. Divinizar lo humano, aun reconociendo que lo humano no es lo divino y que lo real no siempre es lo ideal, es programa que merece respeto y veneración y no sonrisas burlonas.

II - EL SACRIFICIO

La palabra más elevada del amor es el sacrificio. Y es también la condición indispensable para poder conseguir la victoria en el conflicto cotidiano entre lo ideal y la realidad, entre el Amor a Dios y las distintas formas del egoísmo humano.

“Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”, ha advertido Jesús. El nos ha dado un ejemplo divino y ha podido exclamar, hablándonos de su martirio: “Nadie tiene mayor amor, que el que sacrifica su propia vida por los amigos”.

Por esto la moral cristiana, precisamente por ser *unión con Cristo e imitación de Cristo*, implica un *continuo renunciamiento* a nosotros mismos y a nuestras malas inclinaciones. *Quien desea vivir, debe comenzar a morir*. Se llega a la vida sólo a través de la oscuridad de la muerte.

a) Las objeciones

Con la enunciación ruda y franca de este programa no podían faltar las rebeliones. Y en todo terreno se han multiplicado.

La filosofía no sólo nos presenta el pseudo-epicureísmo moderno, intolerante en punto de abnegación y de sacrificio, sino también nos echa en cara, como un bofetón, las declaraciones de algunos pensadores célebres.

Hegel, por ejemplo, en su *Geschichte der Philosophie* denuncia a la común detestación “los monjes, los cuáqueros y demás gente piadosa por el estilo”, “tristes criaturas, que no constituyen pueblo, y como los piojos o las plantas parásitas no pueden existir por sí mismos, pero sí sólo sobre un cuerpo orgánico”.

Federico Nietzsche en todas sus obras desprecia la moral cristiana como “cosa lamentable” y como “comedia extrañamente dolorosa y al mismo tiempo trivial y refinada”, porque —añade— “ha llevado a aplastar a los fuertes, a inficionar las grandes esperanzas, a hacer sospechosa la felicidad que reside en la belleza, a transmutar todo lo que hay de independiente, de viril, de conquistador, de dominador en el hombre, a trocar el amor de las cosas terrenas y la dominación de las mismas en odio contra la tierra”. Es “una moral de animal gregario” que obtuvo el resultado de “desmejorar la raza europea”. Es necesario abolirla, destruirla, aniquilarla, si se quiere alcanzar las grandezas del Superhombre. Debemos escuchar no la ética cristiana, sino las voces alegres que nos vienen de la Hellas santa, de Grecia con sus cien ciudades rivales, “resonante con el ritmo de sus cánticos de gloria”, vibrante de alegría, embriagada con sus mitos y con sus cantos dionisiacos, fuerte en ilusiones.

Pocos decenios hace, estas últimas expresiones eran repetidas continuamente en la literatura.

“Entre espíritu y materia, entre alma y cuerpo, entre cielo y tierra no hay término medio: — así proclamaba Josué Carducci — el espíritu, el alma, el cielo es Jesús; la materia, el cuerpo, la tierra, Satanás. La naturaleza, el mundo, la sociedad es Satanás; el vacío, el desierto, la soledad, Jesús. Felicidad, dignidad, libertad es Satanás; esclavitud, mortificación, dolor, Jesús. Y este Jesús es tan suave que descende con el perdón y con el amor hasta entre los condenados (sic); pero con la condición de que antes el infierno esté en el universo. Esta idea de la perfección cristiana...” En ésta “todo representa la muerte, y el Dios crucificado y las osamentas y los esqueletos expuestos a la veneración en los altares han tomado el puesto de Apolo y Diana que, juveniles formas divinas, se lanzaban desde el mármol pario a los espacios de la vida”.

Por esto *In una chiesa gotica* el poeta imprecaba:

¡Adiós, numen semítico! Perenne
la muerte en tus misterios predomina.
¡Oh inaccesible rey de los espíritus!,
tus santuarios la luz del sol rechazan;
Mártir en Cruz, tú al hombre crucificas
y el aire contaminas de tristeza... (1)

Y en su furor intimaba en *Rime nuove*:

(1) Traducción del Pbro. Dr. Luis Bertoni Flores.

Terrores medioevales, misteriosos,
frutos de la barbarie y del misterio,
fantasmas sigilosos,
huid, que nace el sol y Homero canta. (1)

Entonces muchos invocaban “las primaveras helénicas” y los “númenes de Grecia” que “no conocen ocaso”; no la moral cristiana portadora de muerte. Y gritaba el poeta:

Paros y Grecia, antigüedades plácidas,
dadme el mármol y el canto.
Mármol de Paros de fulgente albura
que el verde mar destaca
como la hoz de la cansada luna
en el cielo del alba;
versos de Lesbos que susurra el aura
por las cercanas islas,
como de Apolo el gran arco de plata
cuando el cenit domina,
cubran ellos mi pecho endurecido,
por el hedor que el cristianismo exhala. (2).

Gabriel d'Annunzio, en aquellos tiempos, unía su voz anunciando la muerte del Dios enemigo de la “Vida ideal”, insultaba a la Virgen Madre “vestida de sombríos dolores”, invocaba a la “Diosa que retorna del florido mar donde naciera”, proponía por fin arrojar “en los oscuros subterráneos” del Capitolio la Cruz de aquel Galileo que “temía los pensamientos valientes y dominadores”.

Gaudeamus igitur, exclamaba burlescamente desde

(1) Traducción del Pbro. Dr. Luis Bertoni Flores.

(2) Traducción del mismo.

París el anciano y grueso Renán, feliz en su *dilettantismo* superficial. *Gaudeamus*, repetía aristocráticamente escéptico Anatole France; y por doquiera se oían lamentaciones contra “el doliente dios que no ama al sol”; eran invocaciones de una moral nueva...

Se ha exagerado — comentan hoy algunos estudiosos, buscando atenuantes y excusas; — pero si queremos ser francos — aun hoy — práctica, cuando no teóricamente — muchos consideran que la moral cristiana, con su doctrina de la mortificación, de la abnegación y del sacrificio, hiere en el corazón a nuestra personalidad, conduce a las exageraciones del ascetismo, suprime en el mundo la alegría. De aquí, la vida contemporánea que se inspira sólo en el “placer” y detesta la palabra “sacrificio”. De aquí los métodos educativos tan malos, en uso en muchísimos hogares, donde los niños no son formados en el espíritu de la abnegación, sino son satisfechos en todos sus caprichos, en todas sus pasioncillas, con una indulgencia que prepara para la sociedad débiles, privados de energía y de voluntad.

El Dios del Amor sería aplaudido entusiastamente si se limitara a decir: “¡Amad!”; pero al advertir: “¡negaos a vosotros mismos y tomad vuestra cruz!” su llamamiento hace temblar. Y no pocos mueven la cabeza negando, como si para amar no fuese indispensable sacrificarse.

b) El concepto de sacrificio

Debemos exponer un principio fundamental tan delicada y cuidadosamente inculcado por Ollé Lapruné en

sus lecciones dadas en París en la *École Normale* y recogidas más tarde en su *Prix de la vie*.

Hay dos clases de muerte: una que es *fin* de sí misma, y otra libertadora que es *medio* de vida.

En la ética cristiana "todo conduce a la vida. *Todo*, aun el sacrificio... La muerte no es la razón ni el término de cosa alguna. La muerte es un medio. La muerte suprime el obstáculo y, cuando sobreviene, rompe los lazos y nos libera.

Tu n'anéantis pas, tu délivres...

dice Lamartine, dirigiéndose a la muerte. Y dígase lo mismo de todo renunciamiento, de todo sacrificio, pues todo renunciamiento y todo sacrificio son una mortificación y una muerte al menos parcial. Todo proviene de la vida y todo se encamina a la vida. Sólo la voluntad que se aleja de la vida con el pecado se encamina a la muerte. *Peccatum generat mortem*. Esta es la verdadera muerte. Pero el renunciamiento, el sacrificio, todas estas muertes que matan el deseo, la pasión, al mismo cuerpo si es necesario, y aun al mismo espíritu, cuando es preciso, con sus mezquindades y sus soberbias, a la propia voluntad con sus pequeñeces y sus extravagancias, todas estas muertes son medios de vida".

No es posible otro método. Es ésta la ley de la vida: "Renunciar a la vida parcial, a la vida egoísta, abandonarla y perderla es encaminarse a la verdadera vida. *Mourir c'est vivre, et pour vivre il faut mourir*. La abnegación, el renunciamiento, la mortificación tienen una virtud vivificante... No es hombre quien no sabe morir.

Toda acción grande exige esfuerzos que son un principio de muerte, pues son consumo, desgaste de fuerzas vitales. Esto es verdad en todo terreno. Y no estando dispuestos a morir cuando sea necesario, ¿qué vida se lleva? ¿Qué empresa atrevida se osará afrontar? Para vivir grande, noble y generosamente es necesario abrazar a la muerte. El heroísmo aparece tan admirable sólo por la poca cuenta que hace de la vida". Por lo demás, ¿no es éste un principio tan evidente, en el mismo orden natural, que los mismos paganos alguna vez lo han aclamado e impuesto? La severa educación de la juventud en Esparta, la disciplina impuesta por Pitágoras a sus discípulos, el método de autoformación sugerido por los estoicos a sus secuaces, el honor tributado en todo tiempo en la historia a los que se sacrificaron por la patria o por un ideal, son su luminosa confirmación.

Es verdad: fuera del mundo cristiano ha florecido en todo tiempo — como exageración de la verdad que acabamos de ilustrar — un misticismo absurdo, que desde la India a Alemania, desde Buda a Boëhme, tiende al aniquilamiento de lo finito, del individuo y de sus facultades, con la absorción en Dios y en el infinito. Pero la Iglesia siempre lo ha condenado, como también se ha opuesto enérgicamente (recuérdese por ejemplo la historia del quietismo y de Molinos) a toda forma de misticismo que aniquile la *acción*. El misticismo ortodoxo, verdaderamente cristiano — como advierte Gratry — ha trabajado siempre en la glorificación de todo ser, "en el desarrollo indefinido de lo finito, mediante su unión con el Infinito".

¿Acaso se trata de anular y destruir la propia personalidad, la propia dignidad, la propia voluntad? No, ciertamente. Sólo se trata de librarnos de nuestros egoísmos, de nuestras mezquindades, de nuestras malas inclinaciones para querer lo que Dios quiere, con la verdadera libertad de hijos suyos y con la generosidad de un corazón que antes era esclavo de la pasión. Renunciar a una voluntad de muerte, para abrazar la Voluntad de Aquél que es la Vida, significa aniquilar en sí el mal y la muerte, y vivir verdadera vida.

Quizá alguien sospeche que doramos la píldora amarga, o rociamos con suave licor los bordes de la copa, pero que la realidad es distinta. Pensad en los monjes insultados por Hegel; pensad en los Padres del desierto denunciados por Carducci; ¿no eran acaso negadores de la vida y de los valores humanos?

No responderé yo; responderán los... mismos acusados.

Tomo la obra ya citada de un Cartujo publicada por Tissot: *La vida interior simplificada* y encuentro:

"Verdaderas y falsas mortificaciones. — ¡Qué penetración de discernimiento debe tener la mortificación para distinguir en mí entre el hombre y el pecador, entre la materia y el mal, a fin de destruir la muerte y salvar la vida! El punto más delicado de la mortificación es saber romper el lazo y libertar el pájaro, matar el microbio y sanar al enfermo, librar la vida de la muerte. Es verdadera toda mortificación que rompe lo que debe romperse y fortifica lo que debe fortalecerse. Las falsas mortificaciones, que no son raras, golpean sin discerni-

miento y bajo el impulso del mal llegan fatalmente a romper lo que sería necesario conservar y a conservar lo que debería romperse. En vez de crucificar en la carne los vicios y las concupiscencias, matan al hombre, dejándole sus pasiones y frecuentemente multiplicando sus vicios.

“La mano de Satanás y la de Dios. — Ningún sacrificio es querido por sí mismo. La idea del sacrificio por sí mismo es satánica, porque es homicida. En el individuo lógicamente lleva al término fatal del suicidio; en la sociedad, a las abominaciones de los sacrificios humanos. ¡Cuántas aberraciones y monstruosidades nos muestra la historia en el curso de los siglos en todos los pueblos! En todas partes el llamado por San Agustín “prae-positus mortis” siembra la muerte. Uno de sus triunfos más gratos es apoderarse de esta idea del sacrificio, una de las ideas religiosas más fundamentales y hacer de ella instrumento de muerte. Fácilmente se reconoce la marca diabólica, en que es un atentado a la dignidad y a la integridad de los miembros y de las facultades del hombre, es destructor de la vida, es homicida. Nada de lo que es divino degrada. Sin duda, Dios exige alguna vez el sacrificio de un miembro, de una facultad, de la salud, de la misma vida, pero lo exige en vista del desarrollo general. Si causa heridas, son heridas que producen la salud; si envía la muerte, es para hacer brotar la vida”.

Debo morir a mí mismo, prosigue; pero esto “no es la destrucción ni del alma, ni del cuerpo, ni de las facultades, ni de las aptitudes, ni de las aspiraciones, ni de

las actividades, ni de los instrumentos, ni de sus placeres, ni de las esperanzas, ni de la felicidad. Es más bien su purificación, mediante la destrucción de cierta glutinosidad que me apega a las cosas creadas, y de cierta independencia que me aleja de Dios. Es la liberación de mi ser mediante la ruptura de los vínculos que lo encadenan a las cosas de aquí abajo. Lo que debo romper, destruir, aniquilar, son mis lazos, no a mí; yo debo ser libertado. Y si de acuerdo con la manifestación del Precursor, hay un *yo* que debe disminuir y anularse ante Dios, para el acrecentamiento de El, este *yo* es el del egoísmo que se busca a sí mismo fuera de Dios, es el de la naturaleza que se mueve sin Dios". El Santo, por lo tanto, "es el único hombre verdadera y totalmente racional. . . Si le ha sido necesario pasar por innumerables despojos y destrucciones, siente que nada de su ser ha perecido en estos tormentos, que nada de lo que debe vivir se ha perdido. Por el contrario, su vida se ha libertado en su pureza y en su libertad, es un baño en que el cuerpo ha dejado sus inmundicias, es un crisol en el que el oro ha dejado sus escorias. Hay aquí también uno de los sellos de la verdadera santidad; sus penitencias saben inmolar lo necesario, sin comprometer nada vital. ¡Cuán higiénicas son las mortificaciones de los Santos para el alma sobre todo, y aun para el cuerpo!"

Pero se objetará, ¿y las exageraciones de los anacoretas y los ejemplos de las graves penitencias de los Santos, que nos hacen estremecer?

Respondemos, citando una vez más al mismo cartujo: "La mortificación es *un remedio*, y por esta cualidad

y como todos los remedios debe ser dosificada, medida según el estado del mal que se ha de curar y según la capacidad del alma y del cuerpo a que debe ser aplicada. *No toda mortificación conviene a toda persona, del mismo modo que un remedio no conviene a todas las enfermedades; se requiere discreción en el uso*".

Palabras de oro que demuestran una vez más cómo el sentido de lo concreto y de lo histórico se aprende de verdad en nuestros grandes maestros de moral cristiana.

¿Cómo es posible valorar el significado de los Padres del desierto, no teniendo en cuenta la función histórica por ellos cumplida? Hasta Carducci lo ha intuido, no obstante su odio a aquella religión que predica "la estulticia de la Cruz, el oprobio del mundo, la sed de la disolución, la negación de la vida". Después de haber deplorado todo esto, añade: "Y sin embargo, no lo negaré yo, estas ideas y estas representaciones fueron históricamente necesarias para abatir completamente la sórdida materialidad del Imperio y espantar a los Trimalciones de la aristocracia romana, tiranos felices del mundo; fueron necesarias para contener la materialidad salvaje de los bárbaros, para refrenar la fuerza ciega y orgullosa de los descendientes de Atila, de Genserico, de Clodoveo: con tanta carne y tanta sangre era necesario un poco de abstinencia".

Y está bien. Pero añadamos inmediatamente —quien desee la documentación brillante lea los dos volúmenes "*Les Pères du desert*", publicados no hace mucho por Juan Brémond— que las reglas del eremitorio han condenado siempre todo exceso. Decían, por ejemplo: "Los ayunos excesivos producen el mismo mal que la gula. Las

vigilias inmoderadas son tan dañinas como el dormir demasiado, y el exceso de una abstinencia indiscreta, debilitando extraordinariamente el cuerpo, lo reduce por necesidad al mismo estado en que lo pone una negligencia voluntaria. Lo que es tan cierto que con frecuencia hemos visto personas que, no habiendo sido jamás propensas a sucumbir en las luchas contra la gula, se han dejado debilitar por los ayunos excesivos a tal punto que luego la enfermedad y la debilidad han sido para ellas ocasión de recaer bajo la tiranía de la pasión que antes ya habían vencido. Hemos visto también que las vigilijs extraordinarias e indiscretas, llevadas al extremo de pasar frecuentemente toda la noche sin dormir, han llegado a derrotar a los que el sueño no había podido vencer". Y cuando se le preguntó a un Abad: si vemos a un hermano dormitando durante el Oficio ¿debemos llamarlo, para que se mantenga despierto? Aquél respondió: "Yo, si veo a un hermano que dormita, pongo su cabeza sobre mis rodillas, y le ayudo a descansar".

Por esto, pues, en lo relativo a los monjes, debemos pedir a Hegel no los compare a los piojos y a los parásitos, porque esto es sencillamente indicio de tontería. Limitémonos a los Benedictinos. La doctrina de muerte inculcada por la moral cristiana los ha convertido en los personajes más benéficos de que se gloria la historia humana. En siglos de perturbaciones y ruinas supieron escribir inmortales páginas de fe y de civilización al mismo tiempo. Convirtieron la Europa al Cristianismo, trocaron las selvas y los desiertos en campos fecundos y conservaron la antigua sabiduría. En efecto, fueron estos pre-

tendidos “piojos y parásitos” los que enseñaron la agricultura a los bárbaros, abrieron escuelas gratuitas para el pueblo y fueron maestros de ciencias y de artes y recogieron pergaminos, manuscritos y libros, salvándolos del exterminio, copiaron los clásicos e hicieron confesar a un historiador no sospechoso, a Gibbon, que contribuyeron a la literatura y a la civilización más que las dos ilustres Universidades inglesas de Oxford y de Cambridge y —podemos añadir— que el idealismo hegeliano.

La mortificación o la muerte, desde el Calvario de Jerusalén a los diversos Calvarios cristianos de cada existencia, ha causado siempre la vida; y añadimos, ha causado la alegría. Los peregrinos que impulsados por la curiosidad iban a los desiertos a visitar a los Eremitas, se sorprendían ante la impresión de serena alegría que comprobaban en aquellas colonias de monjes; y quien conoce a los hombres de Dios, sabe que su austeridad está siempre unida a su sonrisa. Es lo natural. Pues ¿qué sentimiento, sino de espiritual alegría, puede experimentar y nutrir quien se libera de las miserias del espíritu, de los horizontes limitados de su pequeño *yo* para renovarse en Dios y para emprender su libre vuelo a cada hora? Aunque la herida producida por el sacrificio sea sangrienta, la conciencia está tranquila y feliz en la noble altivez de la victoria conquistada.

c) El sacrificio cristiano

Con esta idea de que es *necesario morir para vivir* ¿hemos llegado ya al concepto exacto del *sacrificio cristiano*?

Aun no.

Ante todo el Cristianismo desarrolla la idea de que el verdadero sacrificio tiene su origen en el amor. La Cruz es amor; y aunque todos pueden hacer sacrificios para alcanzar un fin (pues no hay ideal humano que pueda conseguirse de otro modo, tanto que aun el egoísta sigue el camino del sacrificio y hasta el avaro no llena su caja de hierro sin sacrificio), el cristiano es el que se sacrifica por amor.

Pero aun no es suficiente.

Una madre pagana puede sacrificarse por amor a sus hijos; un soldado griego o romano puede morir bravamente por amor a la patria. Para tener un sacrificio *cristiano* es necesario algo más, que se añada a todo eso y lo transforme divinamente.

El pensamiento es sencillísimo.

Estamos unidos a Jesucristo y constituimos un mismo organismo con El y con nuestros hermanos. Jesús no es un ser aislado y nosotros no vivimos atomísticamente separados. Vivimos en El, por El, con El. Todo sacrificio nuestro es por tanto no sólo nuestro, sino Suyo y tiene influencia sobre todo el organismo de la Iglesia. El ha muerto para darnos la vida, y nosotros morimos con El. Sus padecimientos fueron la redención del mundo, nosotros cooperamos con El en la obra redentora.

San Pablo, con palabras a primera vista audaces, no vacilaba en escribir a los Colosenses: "Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo para su cuerpo que es la Iglesia". En verdad nada faltaba en sí a la integridad del sacrificio de Cristo, de valor infinito; pero Cristo no está solo; es cabeza de la Iglesia, del or-

ganismo del que somos miembros, que debe por la semejanza conformarse con la Cabeza, por lo tanto completamos en nosotros lo que falta al cuerpo místico de Cristo.

En la práctica: cuando me mortifico, mi acto, por la unión de caridad que tengo con Cristo, es divinizado por la gracia, y es mío, pero no de mi pequeño *yo* aislado, sino de mi verdadero *yo* que forma un mismo todo con Cristo y con la Iglesia. Por ende yo sufro, lucho, trabajo, me mortifico con Cristo. El con Su fuerza divina, me ayuda y me estimula a vencerme y a superarme a mí mismo; está en mí, mientras lucho y sigo avanzando entre esfuerzos y abnegaciones; mis sacrificios son una continuación del sacrificio del Gólgota; mis pequeñas cruces forman una misma Cruz con la Suya; y para usar otra expresión de San Pablo a los fieles de Filipos, a mí y a todos nosotros nos "ha sido concedido el don no sólo de creer en Cristo, sino también de padecer por El" Cada sollozo tiene acento divino; cada mortificación es semejante a una nota musical que escribo en la historia de la Iglesia; quien mira superficialmente las cosas considera idénticos dos *sol*, dos *la*, o sea una misma mortificación practicada por un estoico y por un cristiano; pero, aunque uno y otro hayan realizado un acto igual, el valor de la nota depende del canto en que se halla. El canto del estoico considera sólo la dignidad *humana*; el canto del cristiano la armonía de la música *divina*, que se inicia con la Pasión y prosigue en los siglos

El sacrificio del cristiano es, pues, *un acto de amor a Dios en unión con Cristo*, porque la caridad, coordinan-

do todos los actos de las virtudes infusas enlazadas con ella, da a estos actos la propia forma de amor y de mérito substancial; y es asimismo *un acto de amor a los hermanos*, en cuanto que amando a Jesús en nuestro hermano, el acto de amor a Dios y el de amor al prójimo no se diferencian específicamente, y en cuanto también por el dogma de la comunión de los Santos, toda acción buena individual repercute en todo el organismo de la Iglesia. Nuestra dignidad, lejos de ser disminuída, es de esa manera elevada sobrenaturalmente y comprende “la terrible seriedad de la vida humana”, según la frase de Bossuet.

De aquí el concepto de *reparación* a Dios por las culpas no sólo propias, sino también ajenas; de aquí la verdadera *imitación de Cristo*, que consiste en sacrificarse por los hermanos; de aquí los héroes de la caridad cristiana, que en todo tiempo han demostrado con hechos, no con frases huecas, que el “Mártir crucificado” enseña con eficacia la grandeza de alma y las fecundas generosidades de la abnegación; de aquí la salutación opuesta a la vulgar blasfemia y tan elocuente en su significación histórica: “Ave, Crux, spes unica”! La Cruz no es muerte, es la única esperanza de la vida.

d) El problema del dolor

Es inútil emplear palabras para indicar cómo la misma práctica del programa “morir para vivir” se facilita de ese modo y adquiere una fisonomía divina. Y tam-

bién es inútil insistir en la solución cristiana del *problema del dolor* que fluye de estas premisas.

Nadie comprenderá jamás este problema, si no se sitúa en los términos de unión de amor. No lo examino en un párrafo especial, porque todo mi libro lo resuelve. Cristiano es aquél que a la pregunta: ¿por qué el dolor?, contesta: "Porque en las actuales condiciones el dolor es la prueba de nuestro amor a Dios". Fácil sería amar a Dios si viviésemos siempre en un barco elegante sobre un lago de delicias, pero el verdadero modo de amar a Dios es el de ser fieles hijos suyos aun en el dolor. Por esto el cristiano no se deja fascinar por las corrientes pesimistas dispuestas a renunciar con Buda a la vida con tal de suprimir el dolor, o dispuestas a proclamar con Schopenhauer la irracionalidad de lo real, antes bien trueca el dolor en amor, sacando provecho de sus penas y convirtiendo todos los trabajos de la vida en riquezas celestiales. *Padecer con Cristo y por los hermanos*: es la verdadera visión cristiana del sufrimiento. Yo sufro; pero no soy yo quien sufre; es Cristo quien sufre en mí. La cruz que llevo sobre mis espaldas es la Suya. El me la impone y me dice: "Adelante, un año más, hasta que Yo quiera... Ninguna de tus lágrimas así santificadas cae inútilmente; mi Corazón las recoge y son provechosas para la Vida en el mundo..." Y las almas que han profundizado, que viven el cristianismo con seriedad, llegan a repetir, aun en sus más crueles martirios, las habituales palabras de Santa Liduvina en los tormentos de sus gravísimas enfermedades: "No deben compadecerse de mí; soy feliz". Cada dolor, decía Argene Fati, la santa doncella

no ha mucho muerta en Roma, se transforma en una joya en la que brilla el rayo del Amor.

e) Conclusión

En las conmovedoras Actas del martirio de Santa Perpetua y Santa Felicitas leemos que ésta última contestó al carcelero que le preguntaba cómo podría tener el valor de ser devorada por las fieras: "Dentro de mí habrá otro que sufrirá por mí, porque yo también me dispongo a morir por El".

Es ésta la palabra de tantos ignorados mártires del deber cotidiano que sufren con Cristo en el silencioso trabajo del hogar, en las exigencias de las ocupaciones, en el lecho de agonía, en la lucha de cada hora contra las tentaciones, las insidias y los malos instintos, y saben que sólo la crucifixión prepara el alegre repique anunciador de la gloria del resucitado.

El cristiano sabe que debe luchar y sacrificarse; pero no teme, siguiendo también en esto a las mártires antes mencionadas.

"Surgió el día de la victoria y las dos salieron de la prisión hacia el anfiteatro alegres y con el rostro arreglado, como que se encaminaban hacia el cielo: temblaban, es verdad: pero no de miedo, sino más bien de alegría". Primero fueron ferozmente azotadas pasando entre hileras de *venatores*, pero aun de esto "se alegraron, pues de algún modo habían participado en los sufrimientos

del Señor". Sublimes con esta disposición de alma afrontaron la muerte.

Tenemos necesidad de almas así, cristianamente fuertes, no de tarambanas, esclavos de toda pasión e incapaces de luchar. Ellas nos traerán una nueva primavera risueña anunciadora de un porvenir digno de Cristo.

III - LA FORMACION DE LA VOLUNTAD PARA EL SACRIFICIO

Duro es el programa del sacrificio; y siempre han fracasado todos los esfuerzos imaginados por la debilidad humana para convertir en graciosos y artísticos crucifijos de marfil con fondo de terciopelo la tosca Cruz del Gólgota empapada en sangre.

Por esto la educación moral consiste en el esfuerzo de vigorizar los espíritus para el sacrificio. Estamos tanto más preparados para la vida y vivimos tanto mejor cuanto más capaces somos de nobles y santas abnegaciones.

Algunos se ilusionaron de alcanzar esa formación dirigiéndose a la inteligencia humana.

Sin discutir la importancia histórica de la teoría de Sócrates que reducía la virtud a la sabiduría y la maldad a la ignorancia; sin querer seguir en la historia de la filosofía la corriente intelectualista y la voluntarista acerca de la identidad o de la distinción de la práctica y la teoría en moral, en la época moderna encontramos a Benito Spinoza, que en su escrito *De emendatione intellectus*,

buscó la solución del problema de la vida en el conocimiento adecuado de la realidad.

El autor de la *Ethica*, en nombre de la experiencia, declaró vanos y fútiles “todos los sucesos más frecuentes de la vida ordinaria”. Es necesario no colocarse —inculcaba— en lo finito, en lo contingente, en lo perecedero, en lo imperfecto. Es necesario no atarse a las riquezas, a los bienes sensibles, a los honores. Todos éstos son bienes falaces que causan infelicidad. Es indispensable llegar al más alto grado del conocimiento, al conocimiento intuitivo que, bajo el aspecto de la única substancia, todo lo explica, que comprende cómo cada cosa tiene razón de ser, cómo todo acaece necesariamente, aun aquello que llamamos el mal. Cuando se llega a esta visión de la realidad, la palabra del antiguo Heráclito: “no rías, no llores, comprende —*non ridere, non flere, sed intelligere*”— se hermosea, como un programa. Entonces nada puede turbarnos en nuestra olímpica serenidad. Y así viviremos felices.

Este panteísmo determinista de Spinoza, aunque no puede tener su refutación en este *Silabario*, la encuentra en la misma conciencia que, aun tomando lo real en su organismo, siente por una parte ser libre y por otra, aun sabiendo que todo —también el mal— es racionalizado en la historia por obra de Dios, no alcanza con esto a estar olímpicamente serena.

La verdad puede iluminarnos y ayudarnos en la vida. Y nosotros que concebimos el proceso educativo en su unidad viva, estamos muy lejos de negar que la luz de la inteligencia tiene inmensa influencia sobre la acción y

que el juicio de la razón debe preceder a la decisión de la voluntad: *Nihil volitum, quin praecognitum*, decían nuestros mayores. ¿Por ventura no sostenemos aún en el orden sobrenatural la necesidad de basar la moral en el dogma?

Con todo no basta *saber*. La vida es algo más. Con la inteligencia iluminada es necesario obrar libremente y sólo entonces se tiene la actividad moral. Sí, derrámenos luces en las inteligencias, pero debemos también conformar las voluntades y los caracteres de acuerdo a la recta razón y a la fe.

Lo saben por experiencia todos los educadores, aun los que prescinden del orden sobrenatural, y con razón Foerster, maestro hoy tan grato a la juventud, ha insistido en este punto.

Pero ¿cómo se puede formar la voluntad para el sacrificio?

Como la acción moral cristiana implica no sólo un elemento divino —la gracia— sino también el elemento humano —la adhesión y el libre concurso de nuestra voluntad— es conveniente iluminar los dos problemas para ver qué obligación nos corresponde *como hombres* y cuál *como cristianos*.

a) Medios humanos para la formación de la voluntad

Puede resumirse en pocas líneas el sencillo pensamiento desarrollado por Foerster, ya en sus lecciones en la Universidad de Zurich, ya en sus libros.

Si queremos prepararnos para la vida, para la acción y no malgastar nuestra juventud y nuestra vida toda, debemos formarnos un carácter, debemos ser dueños de nuestra voluntad; de otro modo seremos en el océano del mundo y de los acontecimientos una nave sin timón a merced de las olas. Es de inmensa importancia "para el hombre ser dueño de sí mismo en todas las profesiones y en todas las circunstancias. Es casi tan importante como aprender a caminar. Quien no sabe dominarse, es como un hombre no seguro sobre sus piernas, que no sabe donde irá a acabar, por carecer de dirección determinada en sus acciones y en sus palabras".

La ciencia y la cultura no bastan para conseguir este dominio sobre nosotros mismos de modo de poder entregarnos a una actividad provechosa y enérgica. "No basta conocer el buen camino, es necesario saber seguirlo. Tampoco es de mucha utilidad conocer la fuerza del vapor y el medio de aprovecharlo, si el mecánico no construye la máquina y la caldera. Acontece lo mismo en el bien obrar": no basta conocer las grandes cosas: "debemos adquirir también con la práctica la costumbre de suprimir los instintos rebeldes, el arte de realizar lo que hemos concebido".

¿Cuál es la única senda segura para alcanzar cumbre tan elevada? ¿Cómo se conquista el dominio de la propia voluntad de tal manera que ésta esté dispuesta a obrar sin preocupaciones y sin vileza?

Foerster, para resolver el problema, observa que sea en el bien, sea en el mal, el alma no asciende, ni desciende en un instante, procede siempre con lenta formación;

nuestro carácter no es obra de un día; es semejante a las islas madreporicas. "Con frecuencia —escribe— a setecientos metros bajo el nivel del mar surge una colonia de pólipos coralígenos y crece cada vez más, hasta que un cerrado anillo de escollos emerge de las aguas. El agua del mar no puede ya afluir allí y de este modo, poco a poco, el lago de agua salobre encerrada se convierte en lago de agua dulce que con el transcurso del tiempo se evapora. Con las plantas descompuestas, con los detritos del coral y con la arena del mar se forma un terreno, fecundo; una nuez de coco llega a la costa, los pájaros al venir dejan caer semillas de arbustos y árboles de lejanos países; cada ola y aun cada borrasca deja en la playa algo nuevo, hasta que la isla se cubre de toda especie de plantas y árboles. Aparece entonces el hombre y toma posesión de la isla hospitalaria fabricada por el pólipo de coral, un pequeño ser que tiene el aspecto de una gota de leche".

El mismo fenómeno se desarrolla con el carácter en nuestra vida individual, como también con los grandes acontecimientos de nuestra vida social. El paciente y asiduo trabajo de cada día, las pequeñas gotas, las cosas minúsculas producen más tarde cambios gigantescos que parecen improvisados a la mirada superficial, pero que en realidad fueron lentamente preparados. Los "infinitamente pequeños" adquieren en esa forma una eficacia inmensa en el mundo y en la historia. De ahí, concluye Foerster, la grandiosa importancia de la gimnasia de la voluntad. Muchísimos hombres no tienen el dominio de sí mismos, carecen de energía espiritual, no saben querer

eficazmente, porque jamás han conocido el secreto de su propia educación. Como el niño, al comenzar a caminar, no puede tomar parte en una carrera de Maratón, pero principia a dar pasitos sostenido en su andador y después, a pesar de sus múltiples caídas, despacio, fortifica sus piernas y aprende a caminar solo sin necesidad de sostén, ni peligro de caídas; así también nuestra voluntad, si la ejercitamos, si la tenemos en activa gimnasia, poco a poco se fortifica, aprende a vencerse en las cosas pequeñas y en el momento del asalto encuentra en sí la suficiente energía para la victoria. La cotidiana y pequeña gimnasia de la voluntad adquiere un gran valor, no ya considerada en sí misma, sino en cuanto se dirige al dominio del propio yo, a la liberación de la esclavitud de los impulsos de las pasiones, de los caprichos, de los nervios, de la vileza propia y ajena.

Por eso Foerster recomienda encarecidamente y describe minuciosamente diversos ejercicios de gimnasia espiritual. Por jemplo: hacemos un paseo al campo; tenemos sed; debemos resistir para no ser esclavos de nuestro paladar. No se trata de que jamás debemos beber en los paseos, sino de comprobar de vez en cuando si somos aún los amos de nuestra casa. Estamos comiendo una fruta apetitosa que nos hace agua la boca; queremos afirmar nuestra libertad en este caso; la dejamos, no porque sea un delito o una falta saborear esa fruta, sino para practicar la gimnasia de la voluntad.

Un día será un cigarrillo que dejaremos de fumar; otra una expresión brillante que nos habría traído el aplauso de los demás y que callaremos, y así sucesivamente. Y

—repetámoslo una vez más— no porque el fumar un cigarrillo o el decir una frase genial sea una falta, sino para ejercitar nuestra alma en el dominio de sí misma.

El antimoralismo podrá sonreírse compasivamente de estos ejercicios necesarios para la formación del propio *carácter*; podrá considerarlos pequeños recursos de espíritus estrechos; podrá decir a los jóvenes: “gozad vuestra primavera; rompед toda prohibición; acercad vuestros labios a toda fruta”; pero hasta el mismo Benito Croce reconocerá que “nada hay más estúpido que el antimoralismo”. Este “cree celebrar la fuerza, la salud, la libertad, y en cambio ensalza la esclavitud de las pasiones desenfrenadas, la aparente lozanía del enfermo y la fuerza del maniaco. La moralidad (no se disgusten los antimoralistas literarios) no es extravagancia de pedante, ni consuelo de impotentes; es la sangre buena contra la sangre viciada”. Somos verdaderamente libres, sólo cuando frenamos las pasiones y los instintos.

b) La moral cristiana y la formación de la voluntad

El cristianismo ha inculcado siempre esta práctica de la gimnasia de la voluntad, que en términos cristianos se llama la *virtud* y la *mortificación*.

1. Como una golondrina no hace verano, observaba Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, así un solo acto no constituye una *virtud*.

Es ésta el hábito del bien; y sólo mediante la repeti-

ción de actos por un don de Dios, podemos adquirir esta suave inclinación a realizar acciones buenas, que es tan útil y eficaz en la vida del espíritu. Si es útil aprender la salvación y si vale la pena ejercitarse para saber nadar, mucho más conviene poseer esas perfecciones propias de la actividad práctica, que nos facilitan el cumplimiento de nuestro deber y de la ley cristiana del amor, en el mar agitado de nuestra existencia, en las tempestades y en las borrascas.

No me extenderé recordando cómo los teólogos clasifican las virtudes en *teologales* y en *cardinales*, según tengan por objeto a Dios, nuestro último fin, o bien los medios para llegar a Dios. Sólo recordaré que las virtudes teologales son tres: la fe, la esperanza y la caridad y que las cardinales son cuatro: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, así llamadas —advierte Santo Tomás— porque sobre éstas se apoya y gira la vida moral, como la puerta sobre sus goznes, *cardines*. Nada agregaré acerca de la distinción de las virtudes en *adquiridas* y en *infusas*, según se trate de hábitos contraindidos con sólo las fuerzas naturales con la repetición de los mismos actos, o bien de un efecto de la gracia producido en nosotros directamente por Dios.

Lo que aquí nos interesa es nuestro esfuerzo en la adquisición de las virtudes, porque aun cuando la virtud sea infusa, es sólo un germen que debemos desarrollar, es una rosa que debe abrirse al sol con nuestra cooperación. Es una necedad creer que los Santos nos han dado el florecimiento de sus obras virtuosas únicamente porque fueron favorecidos por el cielo con socorros es-

peciales: ningún santo habría sido tal, si hubiere enterrado el talento recibido de Dios y no lo hubiese negociado con perseverante energía de voluntad.

2. Así como la virtud implica la práctica habitual del bien, así la *mortificación* consiste en la lucha habitual contra el mal.

¿Qué nos enseña el ejemplo de los Padres del desierto y de todos los Santos?

Leemos en la vida de S. Macario que, viviendo en el desierto, un día le regalaron un racimo de uva. Dueño de sí mismo y de su gula, escuchó la voz del amor fraterno, que secretamente le aconsejaba llevárselo a otro ermitaño, quien quizá lo necesitaría más que él. Así lo hizo. Y el solitario, al recibir el regalo, dió gracias a Dios y a Macario, pero, a imitación de éste, llevó el racimo a otro ermitaño, y éste a otro de modo que el racimo recorrió todas las celdas esparcidas en el desierto y muchas de ellas muy alejadas entre sí, hasta que volvió, todavía intacto, a las manos del Santo, sin que nadie supiera que éste había sido el primero en tenerlo.

Y hechos de esta naturaleza, uno más atrayente que otro, podrán citarse muchísimos.

Sólo me limitaré a advertir que estas mortificaciones asumen un colorido especial en cada santo y en cada cristiano, según su índole y la misión histórica que debían o deben cumplir.

Consideremos, por ejemplo, a Felipe Neri. "Pippo il buono", el Santo de la alegría, o, como decía superficialmente Goethe, "el santo humorista".

Uno de sus biógrafos más escrupulosos, Bacci, refiere

que “el Santo Hombre solía bailar frecuentemente ante otras personas, aun Cardenales y Prelados; y no lo hacía sólo en lugares remotos y no habitados, sino también donde suele haber mayor número de personas, como en los palacios, en las plazas y en las calles...” “Otra vez se hizo afeitar la barba de un solo lado de la cara, y con media barba se puso a bailar en público, como si hubiera conseguido una victoria sobre algo...” “Deseando un penitente suyo dejarse el copete como se acostumbraba en aquellos tiempos, el Santo no sólo no se lo permitió, sino que le ordenó el corte del mismo y para humillarlo más, le dijo que se dirigiese al capuchino Fray Félix quien le haría esa caridad. Obedeció el buen penitente y Fray Félix (quien estaba de acuerdo con el Santo) en lugar de un simple corte, le afeitó toda la cabeza y aquél todo lo soportó con muchísima paciencia”. Y obligaba a sus penitentes, aun a los ilustres, a llevar perros en brazos por las calles de Roma; mandaba al célebre historiador Baronio “a la taberna con un gran frasco que tenía más de seis picos, ordenándole se hiciera dar media pinta de vino; pero que antes hiciera lavar el frasco y que fuera a la bodega a verlo trasegar y abonara el importe con un *testón* y a veces con un escudo de oro haciéndose devolver el sobrante: al realizar éste todas estas cosas, los taberneros, creyéndose burlados, le insultaban, y con frecuencia le amenazaban con darle de bastonazos”.

Os reís y quizás os sentís tentados de conceder la razón a algunos biógrafos modernos de S. Felipe, que afirman que en nuestros días no sería puesto en los altares. ¡Ah! os equivocaríais. Estas aparentes extravagancias.

cias de loco eran medios de dominarse a sí mismo, eran mortificaciones practicadas para no convertirse en esclavo del ambiente o de la soberbia; en una palabra, era la gimnasia de la voluntad, definida por Fœrster. Y ¡qué gigante fué S. Felipe en el terreno de la educación en la Roma de su tiempo!... Los discípulos comprendían que las rarezas impuestas eran más sabias que las burlas provocadas por aquéllas; y se valían de las mismas burlas como de arma para la propia formación.

Adviértase que la misma Iglesia impone a todos los fieles el ejercicio de las mortificaciones. ¿Acaso las abstinencias y los ayunos, por ejemplo, además del obsequio ofrecido a Dios al renunciar a algo por su amor, no son una gimnasia espiritual para quien debe sostener la lucha “contra la ley de los miembros”?

“El ayuno —explica Manzoni— está ininterrumpidamente en el Antiguo Testamento. Juan, Precursor del Nuevo, lo observa y predica; y Aquél que fué la expectación y el fin del primeiro y el fundador de la ley del segundo, y la salvación de todos, Jesucristo, lo ordena, lo regula, le quita la rudeza hipócrita y la ostentación melancólica, lo rodea de imágenes sociales y consoladoras, enseña su verdadero espíritu y nos da el ejemplo con su práctica. En verdad la Iglesia no necesita otra autoridad, para explicar su conservación. Los Apóstoles son los primeros en practicarlo. El ayuno y la oración preceden a la imposición de las manos, que dió a Pablo su misión entre las gentes; y la religión, como dijo Massillón, nació en el seno del ayuno y de las abstinencias. Desde entonces, ¿cuándo puede indicarse alguna suspensión o algún

intervalo? La historia eclesiástica atestigua su continuidad en todos los tiempos y en todos los santos; y si por desgracia alguna vez se encuentra el cumplimiento literal del ayuno no acompañado por una vida cristiana, es imposible encontrar una vida cristiana no acompañada por el ayuno. Los mártires y los reyes, los obispos y los simples fieles practican esta ley y la aman: ésta está como en su casa entre los cristianos. Fructuoso, obispo de Tarragona, camino al martirio, rechazó una bebida que se le ofrecía para reanimarlo; la rechazó diciendo que no había pasado la hora del ayuno. ¿Quién no experimenta un sentimiento de respeto por una ley respetada de esta manera en el solemne momento de dolor por un hombre dispuesto a tributar a la verdad su testimonio de sangre? ¿Quién no advierte que esta misma ley había contribuido a su preparación para el sacrificio y que para morir imitando a Jesucristo había vivido imitándolo?

“Pero, prescindiendo de estos ejemplos admirables, aun en las circunstancias más comunes del cristiano, el ayuno y la abstinencia se relacionan con lo más digno y lo más puro de su vida. Obsérvese un hombre justo, fiel a sus deberes, activo en el bien, sufrido en sus dolores, firme y no impaciente, contra la injusticia, tolerante y misericordioso; y dígame si la observación de la abstinencia no está en armonía con esta conducta. San Pablo compara al cristiano con el atleta que se abstiene de todo por conquistar una corona corruptible. La agilidad y el vigor que adquiere el cuerpo, son tan evidentes, los medios tan adecuados al fin, que nadie juzga irracional ese género de vida, nadie se maravilla de él; y nosotros, edu-

cados en las ideas espirituales del Cristianismo, ¿no sabremos ver la necesidad y la hermosura de estas instituciones que tienden a mantener al alma despierta y fuerte contra las inclinaciones de la sensualidad?"

Como se observa en esta cita de Manzoni, también San Pablo habla de gimnasia. Y no habría diferencia entre las mortificaciones en el orden natural y en el orden sobrenatural, si el cristiano no las practicase en unión con Jesucristo, en el cual está incorporado y el cual se mortificó durante toda su vida, desde Belén hasta el ayuno en el desierto y la muerte en la Cruz.

Las virtudes cristianas y nuestra mortificación divinizadas por la *gracia*, hechas más eficaces por la *oración*, acompañadas por los *sacramentos*, no son menos, sino mucho más que la gimnasia humana de la voluntad. Es el elemento divino unido al elemento humano; es sobre todo un ejercicio que no podría existir en una visión antropocéntrica de la realidad y no podría ser considerado como un método de perfección de la propia personalidad y que, en cambio, está encuadrado en una visión teocéntrica y cristiana. Nos mortificamos para hacer vivir a Cristo en nosotros; nos crucificamos con El para resucitar unidos a El. En otras palabras, la característica de la virtud y de la mortificación cristianas es la educación de la voluntad humana, mediante la gracia y la formación de Cristo en nosotros.

No debemos, pues, maravillarnos de que esa formación esté unida a los sacramentos, y especialmente a tres de ellos: la Confirmación, la Comunión y la Confesión.

La Confirmación nos hace soldados del ejército cris-

tiano y nos fortalece en los sacrificios del Amor en la vida. No sin razón el nieto de Renán, Ernesto Psichari, el 8 de febrero de 1913, después de haber recibido el Sacramento de la Confirmación de manos de Mons. Gibier, Obispo de Orleans, pudo exclamar: "Monseñor, ¡me parece tener otra alma!" No sin razón Josué Borsi pudo decir al Card. Maffi que lo había confirmado después de su conversión: "Ahora soy soldado de Cristo". Es el Espíritu Santo, quien *fortalece* al hijo de Dios, signado con la señal de la Cruz y confirmado con el Crisma de la salud.

La santa Misa, memoria y renovación de la inmola-ción de la Cruz, nos recuerda cada vez la gran verdad cristiana del *Amor en el sacrificio* y aumenta nuestras energías, porque nosotros también, bajando y alejándonos del místico Calvario del altar, aprendemos a sacrificarnos por Dios y por amor a nuestros hermanos.

La Eucaristía, uniéndonos a Jesucristo, presente en la Hostia, nos transforma en El, de tal modo que la lucha puede ser reiniciada, combatida con el claro convencimiento de que Jesucristo combate en nosotros, con nosotros, por nosotros y que por ende somos fuertes con fuerza divina.

La Confesión, prescindiendo del perdón de los pecados, del que trataremos después, es también un sacramento de inmensa eficacia educativa. El confesor no es sólo juez, es además padre, maestro y médico; y la acusación de los pecados implica una serie de actos muy útiles para la formación de nuestras conciencias.

Y si además un alma elige a un sacerdote, no sólo

como confesor, sino también como *director espiritual*, facilita y favorece su formación. Mientras el confesor es el que escucha las culpas, las juzga y las absuelve, el director espiritual (que por otra parte puede ser el mismo confesor, pero puede también ser otro ministro de Dios) estudia un carácter y suavemente lo considera en la unidad de su índole a través de la multiplicidad de sus actos y de sus defectos. Entonces el director espiritual puede ser el buen guía que nos acompaña a las altas montañas y nos hace evitar los peligros y los precipicios. Las mismas mortificaciones son dirigidas por él y ordenadas a un fin particular, que podrá ser la lucha contra el defecto dominante o el esfuerzo en la conquista de una virtud.

c) Conclusión

¡Qué unidad orgánica se nos presenta ahora en el Cristianismo entre el dogma, la moral, los sacramentos, la jerarquía y la vida! El dogma de la Redención y la historia de la Pasión son el fundamento de la virtud y de la abnegación; los sacramentos son los medios para alcanzar nuestra formación sobrenatural; el sacerdote es el guía de estas ascensiones espirituales. Y en todo esto palpita y se estremece una misma alma: ¡el Amor! Por nuestro amor Jesús se ha sacrificado en la Cruz; por su amor nosotros nos sacrificamos cada día; para participar cada vez más intensamente en su Amor divino recibimos los sacramentos y nos acercamos a sus ministros. El *Amor en el sacrificio* es lo que aprendemos en la

verdad dogmática, en la enseñanza moral, en la ayuda de los Sacramentos, en el sacerdocio católico; y es la verdadera vida cristiana con sus luchas cotidianas, lo que será el tema del próximo capítulo.

RECAPITULACION.

La moral cristiana resuelve la oposición existente entre la dura realidad de la vida y la hermosa idealidad del amor mediante el concepto de sacrificio y la formación de la propia voluntad.

I. *Realidad e idealidad.* — El verdadero amor de la ley moral cristiana nada tiene de común con las melosidades sentimentales, ni con las utopías irrealizables, sino que proclama que la vida es lucha, es milicia, es continuo combate. Así como únicamente ama a la patria el soldado que por ella lucha, lo mismo ama a Dios y al prójimo quien sabe negarse a sí mismo y sabe demostrar su amor con sus obras.

Esta lucha no se opone al Amor infinito de Dios por nosotros, sino que es prueba de nuestro amor hacia El.

II. *El sacrificio.* — Para amar a Dios, es necesario negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguir a Cristo; es ésta la condición indispensable del amor en la tierra.

Para no incurrir en errores debemos recordar:

a) *El verdadero concepto de sacrificio.* — El sacrificio no consiste en la muerte por la muerte, o en el dolor por el dolor; es más bien la muerte por la vida. Debemos morir para vivir; debemos renunciar a la vida parcial y egoísta, a las pasiones, a las malas inclinaciones para conseguir una vida más elevada. Con ese criterio debemos distinguir las *verdaderas mortificaciones* de las falsas.

b) *El concepto de sacrificio cristiano.* — Este, además de la idea expuesta, implica otras dos exigencias:

1º) el sacrificio cristiano es únicamente el realizado *por amor a Dios y a los hermanos*:

2º) *en unión con Cristo.*

De este modo el problema del dolor se resuelve en problema de amor y no ofrece ya dificultades.

III. *La formación de la voluntad para el sacrificio.* — El mandamiento de negarnos a nosotros mismos por amor, aunque hermoso en sí, es duro en la práctica. Por lo tanto debemos formarnos, ejercitarnos y entrenarnos en el sacrificio. Esto se obtiene:

a) con la gimnasia espiritual de nuestra voluntad, o sea, con las mortificaciones que ayudan inmensamente a corregir y a fortalecer el *carácter*. Las abstinencias y los ayunos impuestos por la Iglesia están inspirados también en este motivo:

b) con la repetición de los actos buenos, que producen en nosotros la *virtud* adquirida;

c) con los medios sobrenaturales, como la gracia, las virtudes infusas, la oración, los sacramentos.

CAPITULO QUINTO

EN EL CAMPO DE BATALLA

La ley cristiana del Amor, la que se actúa en la virtud practicada en la vida, es un ideal que no basta soñarlo o saludarlo con tiernas lagrimitas invocadoras, sino que, como lo hemos dicho, debe ser realizado entre dificultades, entre luchas, y, por desgracia, alguna vez entre derrotas. “El mundo, el demonio, la carne” —el ambiente que nos rodea, los espíritus rebeldes, nuestro yo— todo nos arrastra lejos del Sol del Amor. Las “tentaciones” se renuevan constantemente. Para trocar en realidad el ideal divino, es necesaria una lucha continua.

La *ocasión* está siempre dispuesta a sorprendernos. Reflexionando en el pasado, vemos con cuanta frecuencia nuestro desarrollo y nuestros progresos han dependido de circunstancias mínimas, de *ocasiones* que hemos tomado como pelota al vuelo. Un momento de esfuerzo en un conflicto, os da un héroe; un instante de debilidad, un traidor. Y los combates no terminan jamás; se suceden, se turnan, se cambian, continúan incesantemente. La batalla de la vida —recuerda Lacordaire— hacía exclamar a Séneca con frecuencia: “He aquí un espectáculo digno de Dios” — *Ecce par Deo spectacu-*

lum — y a San Pablo: “Hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres”.

No podemos tener la vana pretensión de describir todos los combates que se desarrollan en la intimidad de las conciencias; sólo queremos dirigir una mirada al campo de batalla cotidiano, para convencernos de que *todo conflicto se reduce, en último análisis, a un conflicto entre el amor a Dios y el amor a lo que no es Dios.*

I - EL CRISTIANISMO Y EL EGOISMO DEL ESPIRITU

El primer combate importante, que cada hombre debe sostener, es atinadamente llamado por Gratry: “el del egoísmo del espíritu”.

Nuestra alma debería ser un santuario consagrado al Señor; en cambio, en el altar del corazón, nosotros colocamos un ídolo: nuestro pequeño *yo*. Entonces dos normas están frente a frente y a cada momento chocan entre sí: la moral cristiana ordena amar a Dios sobre todas las cosas y a todo por Dios; el egoísmo del espíritu responde: *ama tu yo sobre todas las cosas y a todo lo demás ámalo sólo por tu yo*. De aquí la soberbia, el primero de los pecados capitales; de aquí la vanagloria, el *amor propio* — como dice la ascética con una palabra maravillosa, expresión de la antítesis indicada—. Y como consecuencia de este enemigo, surge un mundo de defectos y de culpas, que son sus fatales secuelas.

a) El pequeño yo y Dios

“Vivimos en el egoísmo — exclama Graty en su obra *La connaissance de l'ame* — ¿quién puede fingir ignorarlo?... ¿Acaso puedo no ver que me prefiero a los demás, al orden, a la justicia y a la verdad, por lo tanto a Dios, y que no sólo me prefiero, a mis semejantes, sino que permito un gran sufrimiento de otro por un poco de felicidad propia? Más aun, ¿puedo negar la historia cuando me dice que algunas almas gustaban de intensificar su alegría con el dolor de los demás; cuando comprueba el hecho tan general de la sangre humana mezclada con las grandes orgías y cuando me señala no sólo a procónsules que hacían asesinar a los esclavos durante sus banquetes para placer suyo y de sus cortesanas, sino también a pueblos enteros, ebrios de alegría y de placer con el espectáculo de gladiadores que se degollaban entre sí? ¿Acaso esto no es egoísmo?

“Descienda cada uno a su propio corazón. ¿Quién no ha tenido en su vida, alguna hora de feroz pasión, en la que se habría aceptado la destrucción del género humano, para vivir a ese precio en la satisfacción de la propia concupiscencia? Todos los hombres han podido sentirse, en alguna ocasión, hermanos de Nerón, que incendió a Roma para su placer, o de Calígula, el cual deseaba que la humanidad tuviese una sola cabeza para poder cercenársela. En casi todos los corazones hay un Nerón, sino desarrollado, al menos en germen...

“Nacemos injustos, dice Pascal, porque cada uno tiende a sí mismo. Esto es contra todo orden... La

inclinación hacia sí es el principio de todo desorden, en la guerra, en la política, en la economía. Muy ciego es quien no odia en sí este amor propio y este instinto, que le lleva a colocarse sobre todo”.

“Pascal, como Platón, como Malebranche y como todos los verdaderos filósofos, ha observado que nacemos y vivimos en un estado de egoísmo absurdo y monstruoso, que consiste en querer hacer de nosotros en todo el centro, el principio y el todo”. Por esta ilusión extraña, pero potente, “casi todos los espíritus que piensan, viven aislados. Cada uno, en el centro de su esfera, no ve sino a sí mismo; los demás, a lo lejos, se le aparecen cual astros de la noche que se entrevén sin comprenderlos; y cuando en los saltos del pensamiento actual nuestro propio sol se levanta y se percibe directamente y sin nubes, en nuestro cielo se eclipsan también los débiles indicios de los soles más cercanos. Sí: nosotros somos el sol; los demás espíritus son estrellas eclipsadas por el día”.

La punta de nuestra nariz es así el centro del universo. Al amor a Dios que implica el amor al prójimo y que desearía hacer de todos un único cuerpo viviente, se substituye el egoísmo y por esto la disgregación, la dispersión, la oposición, el odio, con los diversos frutos envenenados que de él derivan.

De ahí las autoincensaciones, con las que uno se asemeja a los antiguos globos inflados con peligro de estallar.

De ahí las ambicioncillas del que desprecia la recomendación de S. Francisco de Sales: “No imites a la araña que es la imagen de los orgullosos, imita a la abeja,

símbolo de la vida humilde. La araña teje su tela a vista de todos, jamás en secreto; la hila en los jardines, de un árbol a otro, y en las casas en las ventanas, en los techos, en una palabra, a los ojos de todos; parécese en esto a los vanidosos y a los hipócritas, que todo lo hacen para ser vistos y admirados por los hombres... Las abejas son más sabias y prudentes: fabrican su miel dentro de la colmena, donde nadie puede verlas; además allí construyen muchas celditas, en las que hacen adelantar su trabajo secretamente; lo que nos representa acabadamente al alma humilde, encerrada siempre dentro de sí, no deseosa de gloria o de alabanza por sus acciones, sino cuidadosa de ocultar sus proyectos, satisfecha con que Dios vea y sepa lo que ella realiza". Por lo demás, el procedimiento es lógico: si no se obra por amor a Dios, se procura "ser vistos por los hombres", no obstante la reprobación de Jesús en el Evangelio.

Y la adoración del propio yo, centro del mundo, tomará formas variadísimas. Será el culto exagerado de la propia belleza o de la propia fuerza. Será la jactancia de poder llevar dijes y alhajas, no recordando lo que observaba también el dulce espíritu de Sales: "¿Acaso el mulo deja de ser una pobre bestia, porque esté cargado de adornos preciosos?" Serán los excesos de la moda ridícula y obscena. Serán las ansias exasperadas de gloria, honores, éxitos. Serán celos y envidias, más o menos hábilmente cubiertos con velos benignos.

El *Mercure de France* publicaba, pocos años hace, una sabrosísima anécdota.

Sarah Bernhard, aunque consagrada ya artista insu-

perable que había alcanzado la más alta celebridad, sentía profunda envidia hacia todos los que podían disputarle el primado por ella retenido. Los laureles, que Leonor Duse recogía en todo el mundo, turbaban los sueños de la gran trágica francesa, quien voluntariamente habría deseado practicar la opinión de Medea: "Yo sola y basta".

Esta envidia de oficio era tan profunda en Sarah Bernhard que muchas veces no lograba disimularla, como sucedió en 1897, al presentarse Leonor Duse por primera vez en París, en una velada de gala pro-monumento a Alejandro Dumas hijo, en el teatro de la *Renaissance*.

En aquella velada —dice el *Mercure de France*— la Duse estuvo admirable. Sarah estaba entre bastidores, espiando a través de un rasgón de la tela los movimientos del público y la vivacidad de la Duse. A cada momento estallaban entusiastas los aplausos de la sala y Sarah Bernhard se mostraba visiblemente alterada, como si una descarga de fusilería enemiga fuera dirigida contra su persona. Rodeábala un grupo de familiares, los cuales por complacerla afectaban sacudir los hombros y sonreír cada vez que la Duse era aplaudida. Uno de éstos, apartándose en cierto momento del grupo, se puso a pasear tras los telones, imitando con ridícula caricatura los gestos de la gran actriz italiana, las contracciones de su rostro, su paso algo defectuoso. Y Sarah, al verle, le aprobó con una sonrisa, sin sospechar, la infeliz, que después ella misma cojearía más aún, porque se le cortaría una pierna.

Sin embargo, al salir la Duse de la escena, Sarah la recibió entre sus brazos. Pero era por el público. Gran cantidad de personas habían subido al escenario a felicitar a la italiana: debía, pues, disimular su rencor, al menos por orgullo. Con la exageración característica de la gente de teatro, Sarah Bernhard colmaba de besos a la Duse y le decía con efusión: — *¡Divina!... ¡Ah! querida, has estado divina...*

Y Sarah estrechaba contra sí a la Duse con tanta vehemencia, que los presentes recordaban el famoso verso: “*J’embrasse mon rival, mais c’est pour l’étouffer...*”.

Nada ridiculiza tanto a los grandes hombres y a los pequeños, como este egocentrismo. Piénsese, por ejemplo, en Cola di Rienzo, lloroso porque ya no vivían los grandes de otros tiempos y su sublime justicia, desesperado porque no había nacido catorce siglos antes, convencido de ser el restaurador de Roma y de Italia, el campeón de la libertad y el redentor de la humanidad, mientras databa sus cartas en el Capitolio en el año primero de la nueva república y se ceñía la frente con seis coronas: con hojas de encina, de hiedra, de mirto, de olivo, de laurel y de plata dorada.

Piénsese en nuestro gran Petrarca, gloria de nuestra literatura. Hasta el cantor de Laura se hizo compadecer, al pretender no ser deudor de nada a sus contemporáneos, ni querer ser comparado a ninguno de éstos, rehusando a ótros la gloria de su tiempo. No gustaba — así al menos se dijo — que se le hablase de Dante y de la *Divina Comedia*; estando en Milán, al comenzar la peste, estoicamente declaró al médico que no se debía huir

de la muerte y luego se refugió en Padua y en Venecia; se irritaba contra sus críticos, diciendo: "se han atribuído el derecho de juzgarme; en verdad, no sé quien les ha dado ese derecho". Eran muecas del orgullo.

Y, ¡paciencia, si se tratase sólo de esto! El egoísmo del espíritu no sólo nos cubre de ridículo, como puede demostrarlo con ejemplos risueños quien siempre ha vivido encerrado en su aldea, sino que nos conduce también a mil disparates, más o menos graves y groseros, según las tareas confiadas a nuestra persona.

Individuos semejantes a Icaro, que pretenden volar con alas de cera; familias arruinadas con pretensiones extravagantes sugeridas por el amor propio; conciencias perdidas, que, con tal de satisfacer el propio egoísmo soberbio, han recurrido a todos los medios, aun a los más indecorosos e ilícitos; rebeliones contra la autoridad de los progenitores y desprecio de toda autoridad, cualquiera sea ésta: estas culpas y estos delitos son exigencias del ídolo imperioso y exigente, cual es nuestro yo.

Detengámonos en un caso concreto y frecuentísimo, ilustrado por Gratry: el caso del joven estudiante.

Frecuenta éste el Liceo, o las Escuelas Normales, o, si se quiere, la Universidad; o sea, *comienza* a acercar sus labios a la copa de la cultura. Pronto se embriaga. Resuelve todos los problemas. Para él no existen enigmas en el universo; no hay grandes hombres, sino de nombre. Os discute la grandeza de Dante, de Aristóteles, hasta de Cristo: os dice seriamente que ya no cree. Escudriñad su estado de alma: está verdaderamente convencido de tener mayores luces, mayor conocimiento del

hombre y de Dios, que S. Agustín, Sto. Tomás, Dante, Bossuet, Pascal, Manzoni. "Todo esto le parece oscura noche: allí nada ve; y por el testimonio de sus ojos, que, no alcanzando hasta allá, en realidad nada ven, juzga que todo el pasado es sólo noche. . . Quienquiera haya tratado con jóvenes y haya recibido sus confidencias íntimas y sinceras, sabe estas cosas. El niño se manifiesta: para él maestros, progenitores, Iglesia y tradición, grandes hombres, grandes autores y grandes siglos, todas estas autoridades nada son, no han existido; todo esto para él es sólo mentira, necedad, hipocresía, superstición, tinieblas: sólo él sabe a qué atenerse y de hecho se atiende. *A ce compte et en ce sens* —prosigue Gratre y lo citamos en francés para no ofender a nadie— *que d'hommes demeurent écoliers toute leur vie!*"

Este es el hecho. Podemos reir, pero debemos reconocer que, cuando cursábamos el liceo, no nos arredraba la tarea de resolver las diversas cuestiones filosóficas o religiosas, artísticas o literarias; para cada problema teníamos en el bolsillo una solución neta, precisa, concluyente, infalible, más aun, tan infalible que también debíamos modificarla o cambiarla cada vez que cambiábamos pañuelo; aun no dudábamos *jamás* de nuestro señor *yo*. Dudar de todos, sí: era justo, intuitivo; era el deber del hombre moderno después de Descartes y su duda metódica; lo único de que estábamos seguros, de que no sospechábamos absolutamente, era de este bendito *yo*, soberbio e ignorante, no obstante las cuatro palabras griegas o los cuatro rudimentos que nuestros infelices profesores con dificultad pegaban en nuestra memoria, como un manifiesto en los muros de una ciudad. ¡Y pensar

que nos explicaban el problema del conocimiento!... Se apasionaban haciéndonos comprender cómo Manuel Kant había renovado la revolución copernicana: ya no era el sujeto quien gira alrededor del objeto, era el objeto lo que gira alrededor de nosotros; y nos sumergíamos en nuestro *yo* en busca de las categorías *a priori* y... lo único que desconocíamos era realmente este... péximo sujeto que es nuestro ánimo con su soberbia.

No quiero considerar las desastrosas consecuencias del egoísmo de espíritu y de la substitución del amor de Dios con el amor propio. Satanás — la figura típica del orgullo — cayó precipitado en el infierno; nosotros también por el mismo pecado con frecuencia nos precipitamos en el abismo de los desengaños, de las amarguras, de las inquietudes, de las necesidades. El egocentrismo nos hace creer con mayor fuerza de las que en realidad tenemos y despreciar las dificultades que por desgracia existen. Por esto mientras celebra sus triunfos en el reino de la imaginación fantástica, todo marcha admirablemente; pero en cambio cuando desciende al terreno práctico, ¡entonces son los dolores y los desastres!

Y hasta en la más risueña de las hipótesis, aunque se llegue al triunfo del propio *yo* y a conseguir la veneración de los demás, no se alcanza la paz del alma y la alegría. Aun los pocos que han alcanzado las altas cumbres del monte de la gloria, repiten con Cordelia: "Aque-llas rocas, que parecen de diamante y que brillan a los rayos del sol, están formadas con lágrimas; sus entrañas no son sino corazones desgarrados y ensangrentados". No es el caso de recordar la confesión de un Bismarck,

quien en Friedrichsruhe en 1895 decía a sus admiradores dispuestos a festejarlo: “Señores, debo deciros que durante mi vida no he sido verdaderamente feliz ni siquiera veinticuatro horas. Mi mayor alegría la tuve al matar la primera liebre”. No es el caso de evocar la lamentación de Goethe, poco antes de morir, en sus *Gespræche mit Eckermann*: “Mi vida, en realidad, ha sido sólo pena y trabajo; puedo afirmar con seguridad que en setenta y cinco años de vida no he tenido cuatro semanas de verdadera alegría. Ha sido como el eterno rodar de una piedra, que siempre debía ser levantada”.

Por último, llega la muerte y ante ella el egocentrismo se diluye, se desvanece. Lo ha advertido hasta Pierre Loti, en uno de sus libros de viaje, al oír desde su camarote los cañonazos anunciadores de la muerte de la reina Victoria de Inglaterra, el 17 de enero de 1901, mientras el *Redoutable* se acercaba a Nagasaki.

El cañón había tronado durante todo el día. “Al anochecer, cuando el verdadero crepúsculo se añade a la penumbra de las nubes y de la lluvia, el cañón poco a poco se calma. Con largos intervalos algún cañonazo rumorea aún, prolongado por el eco. Después con la noche que llega, un silencio infinito cae sobre esta muerte: se ha doblado la página de la historia; la anciana dama orgullosa comienza su eterno descenso, tal vez a la paz, ciertamente a la ceniza y al olvido...” Y las inscripciones sepulcrales, no sólo para los grandes, sino también para los pequeños y los microcéfalos y sobre todo para éstos, podrían ser así: “Aquí yace el... o la... que creía ser el centro del universo...”

b) Una objeción

¡No!, nos parece oír. ¡Mil veces no! ¡No es necesario destruir este nuestro pequeño yo! ¡Es éste lo más necesario y lo más vital! Si no existiese el resorte de lo que la moral cristiana llama “orgullo” o “amor propio”, la historia se movería en una atmósfera gris de estúpida tranquilidad y de indolencia espiritual. Son las agitaciones de la ambición, de la envidia, de la soberbia las que sacuden al mundo. Son las orgullosas afirmaciones del propio yo, las que crean energías, despiertan entusiasmos, dan fuerzas para afrontar sacrificios, para realizar obras inmortales. Una muchedumbre de humildes sería un rebaño de bobos.

Y me parece ver a Zarathrustra avanzando “fuerte y radiante como un sol matutino”, y dirigiéndose no a la grey de miserables esclavos, sino a los elegidos en cuyas venas circula sangre divina, a las almas orgullosas alrededor de las cuales revolotea el perfume de los mares, a las naturalezas fuertes y titánicas que pueden soportar el aire de las alturas y que, dotadas de valor, no conocen pusilámines vilezas. Busca compañeros, no cadáveres, y ni siquiera rebaños o creyentes. Busca creadores como él, hombres que inscriban nuevos valores sobre nuevas tablas. Sólo a éstos dice Zarathrustra: “Os enseñaré el Superhombre... Os conjuro por mi amor y por mi esperanza: no arrojéis al héroe que está en vuestra alma; ¡creed en la santidad de la más alta esperanza!”; y entona un himno a la vida y a la hermosura, a la

exaltación de la propia individualidad, al sobrepujamiento del hombre; a una vida exuberante, lujuriente, tropical que sea continuo desarrollo, ilimitado progreso, perpetuas tendencias a nuevas afirmaciones, a ascensiones más elevadas, a conquistas más dulces; a una vida potente, hermosa, artísticamente hermosa; a la acción, a la actividad heroica, a la energía, a la *Wille zur Macht*, al deseo de dominio, a la fuerza, en una palabra al propio yo. ¡Ay de quien lo toque!

c) La humildad y el amor

El Superhombre no debe atemorizarnos. Sobre su frente lleva la señal de la lepra.

¡Oh! Reconocer que Dios, y no nuestro yo, es el centro de la realidad, ¿equivale por ventura a condenarnos a una vida de pereza espiritual y de vileza, a aniquilar las fuerzas individuales, a extinguir el deseo de conquista y de desarrollo?

No ciertamente. Nosotros también queremos la actividad y la vida. Y es el mismo Dios blasfemado, — escribía yo en otro lugar — es “el doloroso Dios que no ama al sol”, que nos ha señalado un Sol infinito de perfección y nos ha dicho: —¡Imitad! Sed perfectos como el Padre que nos sonríe desde el azul del cielo. Es nuestro Dios quien nos inculca “hacer la vida propia, como se hace una obra de arte”, pues la vida humana es como un poema, del cual cada año escribimos un canto, cada día componemos un verso; poema que debe ser magnífico y hermoso, inspirado en el soplo del amor divino.

Es nuestro Dios quien suscita el heroísmo, pues “en la moral común, según se ha observado con acierto, hay cuanto se requiere para ser héroes”; hay cuanto se requiere para dar la propia vida por la patria y por el ideal, para realizar en tiempos de miseria y de peste, como en Milán, los prodigios de Carlos Borromeo (santo que en su escudo y en su vida tuvo como palabra de orden: *humilitas*) o para zarpar con Cristóbal Colón en busca del descubrimiento de nuevos mundos...

¿Cuál es, pues, la diferencia entre el soberbio y el cristiano?

El soberbio dice: el verdadero Dios soy yo: todo depende de mí. El cristiano responde: no, no soy yo quien ha creado el mundo, me he dado la existencia y las dotes que poseo, la inteligencia, la voluntad, la actividad que me devora y me alienta. En todo esto saludo el amor de Dios por mí. Sería una humildad falsa y pueril la de no ver y no reconocer en nosotros lo que Dios nos ha dado; sería una injuria al amor de Dios; El nos ha hecho un don que no podemos despreciar, ni descuidar. Humildad es verdad; pero, al mismo tiempo, sería necesidad pretender que lo que tengo, es creación mía. “¿Qué tienes —exclama el Apóstol Pablo— que no hayas recibido? Y si es así, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?”

El soberbio dice: yo soy grande; si no tuviese fe en mis fuerzas, nada haría. El cristiano responde: yo soy un conjunto de fuerza y de debilidad, de buenas inclinaciones y de malos instintos. Si me miro a mí mismo, debo escribir mis *Confesiones* con Agustín y exclamar

con una santa, que había pedido a Dios la gracia de conocer su alma y había sido escuchada: "*Basta, Señor, basta, porque de lo contrario me acobardo*". Es insensatez no formarse conciencia de las propias deficiencias y al mismo tiempo es muy peligroso. Es verdad que tengo una voluntad preciosa de la que depende mi resolución y es también don del Amor de Dios; pero es verdad asimismo que las dificultades son múltiples y graves. Sin embargo éstas no deben aterrarme. Deposito mi confianza no en mi yo humano, sino en mi yo divinizado por la gracia, fortificado por Dios, y entonces puedo exclamar con San Pablo: "Todo lo puedo en Aquél que me conforta".

El soberbio dice: los demás existen para mí. El cristiano responde: no; los otros existen para Dios y yo los debo amar como a hermanos. ¡Cuántas deudas de gratitud tengo con mi prójimo! Soy deudor a los demás de la vida, de la civilización, de la cultura, de mil y mil cosas más.

El soberbio dice: puedo aplastar a los demás con pie inexorable y servirme de ellos como de escabel, puedo sacrificar por mí a los demás. El cristiano responde: no; no tengo derecho de sacrificar a nadie; antes debo sacrificarme yo mismo por mi prójimo. Sólo así haré algo grande para mí, para mi familia, para la patria, para la Iglesia.

Un vez más: la diferencia entre el soberbio y el cristiano no reside en la voluntad de vivir, en la audacia de la acción, en la extensión de los programas, en la solidez de los propósitos, en la generosidad de los esfuerzos.

Nadie debe ser más audaz que quien vive unido a Dios y se siente poderoso con su poder. Nadie contempla horizontes más serenos y más extensos que quien abre la ventana de su alma y no está encerrado en su egoísmo. La diferencia reside en el objeto del amor: el soberbio se ama a sí mismo; el cristiano ama a Dios y a sí mismo y al prójimo en Dios. Obrando así el cristiano no va a su aniquilamiento, antes bien va a su grandeza; no se acobarda ante ninguna empresa con tal de que Dios le llame a ella; concede un valor eterno a su vida, pues ésta es una contribución positiva a una obra, ante la cual, con más razón que el artista antiguo ante la suya, puede exclamar: *laboro æternitati*. En una palabra: la humildad es grandeza de amor y de caridad; el orgullo es egoísmo del alma.

d) La moral autónoma

Sin embargo los sacerdotes de aquel terrible ídolo, el egoísmo del alma, no se dan por vencidos. Y especialmente en nuestros días, recurren a la afirmación tantas veces repetida — desde Kant hasta los idealistas contemporáneos — de nuestra autonomía, como *conditio sine qua non* de la ética.

Sin hacer aquí una discusión filosófica y una crítica de los diversos sistemas, podemos afirmar que el pensamiento fundamental, común a todos, se puede expresar en los siguientes términos.

¿Cuál es el secreto que explica la influencia fascinadora de Manuel Kant? ¿Por qué, durante su vida, mu-

chos iban en peregrinación a Koenigsberg para verle y consultarle? ¿Por qué aun hoy la corriente idealista le saluda como padre y muchos se conmueven sobre su tumba, repitiendo las célebres palabras: “Dos cosas llenan el alma de admiración y veneración siempre nueva y creciente, cuanto más frecuente y más detenidamente la reflexión se fija en ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí”? ¿por qué el idealismo, desde el comienzo del siglo XIX hasta nuestros días, ha podido penetrar con frecuencia en las almas y ha podido pretender sintetizar toda la cultura moderna?

Lo que constituye el secreto de estos aparentes triunfos es la grandeza y la dignidad del *hombre*. El espíritu *humano* es algo grande y es artífice de su valor en sí mismo. Un sentimiento innato de la propia soberanía canta en nosotros: cada uno debe conquistarse *por sí mismo* la verdad que es digno de poseer y *todo* el mérito de las buenas acciones que es capaz de realizar. Debemos esperarlo todo *de nosotros mismos* y sólo *de nosotros mismos*: nuestra dignidad y nuestra grandeza espiritual dependen del desarrollo ininterrumpido de *nuestras* energías fecundas, de *nuestra* libre investigación intelectual, de *nuestras* sucesivas conquistas morales: *del hombre y no de Dios*. Depende de nosotros — insistirá Kant y su palabra aun hoy día es repetida — “el alto valor que la humanidad puede y debe procurarse mediante la moralidad”; y por esto “*la autonomía de la voluntad* es el único principio de todas las leyes morales y de los deberes correspondientes”.

No es Dios quien me obliga a observar la ley moral;

soy yo que me impongo esa obligación. De otro modo yo me sentiría aplastado por un peso inmenso, me sentiría envilecido por una orden tiránica, me sentiría completamente anulado por Dios y sus imposiciones. Dios, muy lejos de ser la base de la moral, sería su negación absoluta, si yo debiese obrar *conforme al deber*, sí, pero por El, y no sencillamente *por el deber*. ¡Sólo cuando obro *por puro respeto a la ley moral*, me siento grande, me siento *hombre* y no esclavo!

De este principio surge calurosa y conmovida la invocación al deber del filósofo de Koenisberg: “¡Deber! Nombre excelso y sublime, que no encierras en ti nada de lo que agrada y lisonjea, pero exiges la obediencia; que para mover la voluntad no tienes en ti ninguna amenaza que despierte aversión natural y aterre, pero sólo impones una ley, la que por sí encuentra entrada en el alma y conquista por sí, a pesar nuestro, la veneración (si no siempre la obediencia), y ante la que callan las pasiones, aun cuando continúen en secreto la lucha contra ella; ¿cuál es el origen digno de ti y dónde se encuentra la raíz de tus nobles principios, que orgullosamente rechaza todo parentesco con las pasiones y es la única fuente de aquel *único y verdadero valor que los hombres pueden darse por sí mismos?*” Y el idealismo, con Kant, contesta esta pregunta indicando nuestra personalidad *humana* y meramente *humana*.

El amor *de sí mismo*, en la forma más austera y más seductora, es de esta manera *opuesto al amor a Dios*. Y el hombre, colocado en este camino, ha llegado a proclamarse Dios. Lo transcendental y lo sobrenatural han sido

negados. En la historia de la cultura jamás se ha realizado una negación más completa y decisiva del Cristianismo.

e) El Cristianismo y nuestra autonomía

El cristiano no escucha las voces encantadoras de las sirenas idealistas, porque se dice a sí mismo: “No te ilusiones. No fantasees. No desatines. El hombre no es, ni tú tampoco eres, el centro del universo.

“En verdad tienes un pensamiento; tienes una voluntad libre; puedes desarrollar tu inteligencia y tus energías; más aun, ¡debes hacerlo! ¡Ay de ti si dejas ociosas las fuerzas que posees! Fracasaría en la vida. Pero tu misma inteligencia ¿viene de ti? Tu voluntad ¿te la has dado tú mismo? ¿Son por ventura un efecto tuyo, una creación tuya? ¿En verdad puedes afirmar seriamente la *autonomía de tu ser*?... Si Dios no te hubiese creado, si tus padres — instrumentos suyos — no te hubiesen puesto en el mundo, tu persona sería una nada y quedaría en la nada. Y mañana, no obstante todas las declamaciones de autonomía que hagas, bastará una enfermedad para mostrarte que no eres el dueño de tu existencia. Un poco más de tiempo y entonces tu cadáver en plena putrefacción enseñará a todos el inefable valor de tus soberbias afirmaciones.

“¡*La autonomía de tu pensamiento!*... No. Tu pensamiento no produce la realidad; el acto de tu pensamiento no crea los Apeninos, ¡ni siquiera una minúscula hormiga! Tú no puedes pensar lo que quieres. En nom-

bre de una pretendida autonomía no puedes pensar que dos y dos suman diez y que las estrellas no brillan. *Tú no creas la verdad; sólo la conquistas y reconoces.*

“*¡La autonomía de tu voluntad!... ¿Acaso te ilusionas en darte a ti mismo tu ley? Cada hombre no es un creador de la norma ética. Nosotros no creamos la ley moral; la reconocemos y la debemos aplicar y seguir libremente. Nuestra verdadera dignidad, nuestra verdadera grandeza no consiste en crear nosotros mismos las normas éticas, sino en aplicarlas. Yo no puedo darme a mí mismo imperativos categóricos de este género: “tú debes robar; debes matar a cualquiera que no te agrade”. Y si no lo puedo, ¿dónde está mi autonomía? No me contestes que la ley intrínseca de tu alma, te impone no ser ladrón, ni asesino; porque es ciertísimo que las leyes intrínsecas al ser, conocidas por la conciencia, nos trazan la línea de nuestra conducta; pero, una vez más, ¿acaso las has constituido tú estas leyes intrínsecas de la realidad? ¿No es acaso Dios su autor sapientísimo y amorosísimo? ¡Ay!, si Dios no existiese yo podría burlar estas leyes; éstas me ordenan: “tú debes”; y yo contestaría “yo puedo hacer lo que quiero”, más aun haría lo que quisiera, aunque más no fuera, por afirmar que nada me ata y me encadena.*

Indudablemente es necesario *cumplir el propio deber*. Y tal vez no era necesario esperar que un profesor de filosofía lo enseñara; la humanidad ya lo sabía hace muchos siglos. Y sabía también que se debe obrar conforme al deber, pero también *por el deber*. Porque ¿qué es el deber? ¿No es acaso la voluntad de Dios y no

nuestra voluntad? No basta decir que la ley del deber nos impone: "Obra de manera que la norma de tu voluntad siempre pueda valer como principio de una legislación universal"; yo me pregunto: ¿por qué mi norma puede convertirse en ley universal? Y respondo: no ya por tener en mí un principio sintético *a priori*, en una "facultad misteriosa" que "la razón humana no podrá comprender jamás" y que se llama *conciencia*; sino porque el centro de la realidad es Dios: de El dependen los seres y sus relaciones; cada individuo o la humanidad entera deben inclinarse ante estas leyes intrínsecas de la realidad, las que observadas conducen a nuestro desarrollo y a nuestra perfección; violadas conducen a la catástrofe.

Cuando la moral cristiana ordena practicar el deber no por egoísmo, sino por Dios, ¿acaso no enseña a cumplir el deber por el deber? Es cierto no es un deber determinado por mí, sino sólo reconocido por mí; es un deber proclamado por la voz de Dios y no sólo por la voz de mi yo: es además un deber, una ley que *abarca sólo una parte de la actividad moral*.

No debemos ilusionarnos en este último punto. La invocación al deber, nombre excelso y sublime, no nos lleva a la cumbre más elevada de la moral. Sobre la *moral del deber* está la *moral del amor*, aunque Kant y sus secuaces no lo hayan observado.

Tomemos un sencillo ejemplo. Los misioneros que desde Europa van a lejanas tierras a atender leprosos y se encierran en aquellos lazaretos, donde después de pocos años mueren víctimas de la caridad; y todo el inmen-

so ejército de Hermanas que sacrifican su juventud y su vida entera en las crujías de los hospitales, ¿no son acaso personas, que nos hablan de moral no con palabras, sino con hechos? Y sin embargo, según Kant y los idealistas, son personas... ¡inmorales!... No os riáis: es la realidad. Para Kant es acción moral *sólo* aquella que se cumple por el deber. Ahora bien, ¿qué *deber* de dirigirse a unas leproserías tienen aquellos misioneros? Y ¿quién de vosotros podría decir a una niña en la flor de sus años: tienes *el deber* de renunciar a tus riquezas, a tus comodidades, a tu hogar, a tu porvenir, a las alegrías de tu familia: tienes *el deber* de consagrarte enteramente a los enfermos: tienes *el deber* de pasar toda tu vida allá, en un hospital"? Los héroes de la caridad no son impulsados por el imperativo categórico del *deber*. Hay un nombre más excelso y sublime que el deber mismo: es el *amor*, en su sentido más elevado y divino, aunque sus consejos no pueden convertirse en "principio de una legislación universal". Y más aun, es el amor, como hemos visto, que hace que el deber sea cumplido, no por simple amor o puro respeto a la "ley", sino por amor al legislador.

Pero —se objetará— ¡entonces mi personalidad humana es pisoteada! ¡Entonces la dignidad del hombre queda destruída! ¡Entonces debemos sufrir una ley caprichosa, tiránica, de un Ser que no es mi ser y me manda, como el negrero manda a sus víctimas! ¡Entonces tenemos la "*heteronomía*"...!

No es verdad.

Ante todo no juguemos con frases. A algunos, al pronunciar esta palabra "*heteronomía*", les parece haber ex-

presado quien sabe qué idea admirablemente profunda, ¡como si el problema de la vida pudiera resolverse con una palabra griega italianizada o germanizada!

Según la concepción cristiana la ley moral jamás ha sido una imposición caprichosa de un Dios tirano, enemigo de la dignidad y de la grandeza del hombre. Hemos visto cómo esa ley brota de la realidad misma y es el dictamen de la razón: por esto nada tiene de extravagante o de arbitrario. Esta no proviene de un tirano, sino del Amor y cumpliéndola, *no somos esclavos, sino libres*. No es una ley que acarrea la esclavitud, es una ley libertadora; no nos encadena, sino rompe las cadenas de las pasiones y de los instintos irracionales: no aplasta, sino vivifica y ennoblece.

Acabemos de representarnos a Dios materialmente como algo externo a nosotros. San Agustín, repitiendo a San Pablo y al Evangelio, advertía: "Dios es más íntimo a nosotros que lo más íntimo de nosotros". Y también lo sobrenatural, o sea nuestra divinización no es algo extrínseco que pesa sobre nosotros y que no llega a las intimidades profundas de nuestra alma. El idealismo se divierte con imágenes espaciales, donde no se trata del espacio, tal vez para darnos una compensación a las negaciones del espacio, donde el espacio existe.

Lo que interesa observar es que la existencia, la naturaleza humana y el estado sobrenatural los conseguimos del amor de Dios y no de nuestro yo. Si por heteronomía se entiende que no nos hemos creado a nosotros mismos y que para nuestro desenvolvimiento espiritual tenemos necesidad de los demás, de los progenitores, de los maestros, de la sociedad y sobre todo de Dios, entonces

somos sus defensores y creemos que todo hombre racional lo será con nosotros. Si, por el contrario, por heteronomía se entiende la opresión de nuestra dignidad, de nuestra libertad, de nuestra grandeza espiritual, nada hay de heterónomo en el Cristianismo y en la moral cristiana.

Esta última no deja de considerar a Dios y a los demás, pero considera también nuestro *yo*. Nosotros no podemos hacer un acto moral, sino mediante *nuestra* libre actividad, *nuestro* libre consentimiento, *nuestro* libre acto de amor. Y ¿no está acaso aquí el mérito y la cooperación humana?

Somos hombres: y esta dignidad de *hombre*, esta naturaleza y el ser humano no son mérito nuestro.

Somos hijos de Dios: y esta dignidad de *hombres divinizados*, este orden sobrenatural, no es mérito nuestro.

Todo esto lo debemos al amor de Dios por nosotros.

Pero *con mérito nuestro* respondemos al amor de Dios por nosotros con nuestro amor por El. *Cooperamos* a nuestra formación desarrollando nuestras energías espirituales y nuestra personalidad moral. Esta contribución *personal* es esencial al acto moral, tanto que no tenemos moralidad, sino cuando alcanzamos el uso de la razón y obramos conscientes y libres. Dios y su gracia, en otros términos el amor de Dios por nosotros, no anulan, sino vivifican nuestro espíritu: no inutilizan nuestra actividad, sino la excitan, la ayudan y la impulsan al más alto grado de intensidad; no son la negación del sujeto, sino tienden a su más potente afirmación. ¿Por ventura no se han formado en el Cristianismo las más poderosas personalidades morales, las más nobles almas?

f) Conclusión

Enrique Ibsen compuso en su juventud un poema épico titulado significativamente: *En las alturas*. Describía un cazador, que, abandonados el valle, la madre, la prometida y el campanario de su iglesia, había subido a la montaña. Allá arriba, en la cima, había encontrado a un extranjero llegado de lejos, quien le sugestionó, le conquistó, le dominó con sus fríos y profundos ojos. Cada vez que el cazador tenía deseos de volver al valle, el extranjero le arrancaba a sus recuerdos y le retenía en lo alto. La campana de la iglesia elevaba desde el valle a las alturas su persuasiva voz que parecía una dulce invitación al retorno; pero el extranjero decía: “¡Déjala tocar! ¡El canto de la cascada tiene sonidos más armoniosos!”. El joven, dejándose convencer, todo lo olvidó para conquistar una sola cosa: su libertad.

A nosotros también, en el monte del orgullo, se nos aparece una visión seductora. Nos parece estar en lo alto, poder vivir la vida desenfrenada y hermosa en las alturas libres, y darnos la ley a nosotros mismos sin recibirla de nadie.

Pero no podemos olvidar otros montes, el monte de las Bienaventuranzas y el monte del amor, el Calvario. Y uno — tal vez para alguno de mis lectores todavía “extranjero” — nos mira en los ojos en aquellas alturas y desde aquella Cruz. Es un Dios que se ha humillado a sí mismo, y que, sacrificándose, nos salva, nos diviniza, salva y diviniza al mundo. Ningún canto de cascada tie-

ne sonido más armonioso que el llamamiento que brota de aquellos labios, mejor aun, de aquel costado abierto, del Corazón de aquel Crucificado.

II - EL CRISTIANO Y EL EGOISMO DE LOS SENTIDOS

Recuerda Josué Carducci en sus *Prose* que “los habitantes de una ciudad griega, invadidos de sagrado entusiasmo por la representación de un drama de Eurípides, deliraron tres días, durante los cuales recorrieron la ciudad, entonando los versos del coro, que celebraba el poder del amor”.

Creo que en este mundo se celebra el poder del amor no durante tres días, sino durante 365 días en el año y 366 en los años bisiestos.

¿Acaso los hombres hablan de otra cosa, piensan en otra cosa? — se pregunta Gratry en *Connaissance de l'ame*. ¿De qué habla la juventud y qué deploran los ancianos? — añade Bossuet.

Entráis a un *teatro*. Dramas, tragedias, comedias, hasta las farsas, todos están tejidos con el mismo hilo.

Váis a un *cinematógrafo*, uno de los muchos cinematógrafos que en las ciudades y en las aldeas están siempre rebosantes de ávidas multitudes. Cuando no una escena de robo, es un espectáculo más o menos inmoral el que atrae a la gente, la encadena, la subyuga.

Paseáis por una calle o entráis a un salón. La *moda*

con sus extravagancias y con sus deshonestidades; los *bailes* con sus caprichos y con sus diversas novedades; los kioskos de los vendedores de diarios, con las *revistas*, las *publicaciones* y las *novelitas*; las *conversaciones* con frases de doble sentido atestiguan siempre el mismo fenómeno. ¿Cuántos ejemplares de las novelas modernas se venderían, si no tratasen de amor y no fuesen expresiones de lujuria?... Por todas partes se presentan las incitaciones al placer, en todos los tonos, en todos los matices. Ahora todo parece lícito. La infeliz niña, que en el abril de sus años ha destruído su primavera; las pobres criaturas del pecado, que llevan sobre su rostro el estigma de la culpa; el jovencito libertino, incapaz de sonrojarse y olvidado del más elemental respeto que se debe a sí mismo y a los demás, son hechos tan frecuentes, que ya casi no nos sorprenden. Más aun, como decía Lacordaire en sus *Conférences de Notre-Dame*, un homicida es condenado por el mundo; pero el profanador de los juramentos más santos, el violador del santuario doméstico, el adúltero pasa con la frente muy alta y es reverenciado.

Dirijo mi mirada a la literatura y a la historia. Juan Boccaccio, soltero y enemigo del amor regularizado, avanza con irreflexiva alegría. Mientras Dante une el mundo sagrado y profano para espiritualizar este último, aquél descristianiza al universo entero y lo materializa. Su *Decamerone*, se ha escrito con razón, es la nueva *Comedia*, pero no la *divina*, sino la *humana Comedia*. El mundo del espíritu se va: viene el mundo cínico y malicioso de la carne; e Italia lo sigue. Desborda la disolu-

ción, que en la antigüedad tenía sus templos y sus sacerdotes; las antiguas divinidades, encarnaciones del vicio, y las antiguas infamias resucitan envueltas en los velos del arte y en el encanto de la belleza; la corrupción penetra en todas partes, aun en los Santuarios y todo lo profana: las blancas vestiduras de los Papas, las púrpuras de los Cardenales, las mitras de los Obispos, las almas de los Sacerdotes y de las Vírgenes son salpicadas con lodo entre las carcajadas obscenas de la inconciencia y los esplendores deslumbrantes de la superficialidad.

La historia se habría desarrollado de muy distinta manera, si el así llamado “poder del amor” no hubiese tenido con demasiada frecuencia las riendas en sus manos. Si Lutero no hubiera sido dominado por dicho poder, nos habría traído otra Reforma, no ciertamente la que se inspiró en el programa del “crede firmiter et pecca fortiter” y que le llevó no sólo a su matrimonio, sino al “matrimonio universal”, como decía irónicamente Erasmo. La faz actual de Europa no sería como es, si los Reformadores hubiesen sido dueños de sus sentidos y hubiesen inculcado a todos el dominio de las propias pasiones. El Mahometismo ya no existiría, si no hubiese aniquilado la ley moral, dejando libre desahogo a los instintos brutales. Y, prescindiendo de la historia, creo que nadie dudará de que la vida individual de muchísimas personas habría tenido una orientación distinta de la presente y una fisonomía diferente, si una... enfermedad de corazón no las hubiese atormentado.

El contraste entre la moral cristiana y la vida jamás se hace tan notable, como en este terreno. Un reproche,

una acusación, una condenación son lanzados, como flechas, contra la ética del Evangelio: "Vosotros — se nos dice — sois partidarios de una existencia melancólica y sombría, sin alegría y sin sol. Sois enemigos de la mujer y de la hermosura. Sois enemigos de la vida. . . Nos habláis continuamente de sacrificio, de negación, de muerte. ¡Oh! ¡dejadnos amar! ¡Nosotros queremos el amor!"

Por lo tanto, debemos estudiar otro combate. Cada uno puede encontrarlo en sí, antes aun y mayor aun que en el mundo. Y la lucha es encarnizada y feroz, especialmente porque las dos banderas llevan escritas sobre sus pliegues la misma palabra de orden: el *Amor*. Debemos escoger y decidir. *¿Dónde está el verdadero amor?*

a) La piara de Epicuro y el amor

La piara de Epicuro charla de amor, pero no ama. La palabra sagrada cubre sólo el *furioso egoísmo de los sentidos*. En éste impera y manda, sacrifica y huella, danza y sonríe no el afecto a otro ser, sino el propio placer, el propio goce, la propia satisfacción.

Jamás he encontrado entre los disolutos almas que con verdad hayan sabido amar, exclamaba un día Lacordaire en la catedral de París: "En efecto, cuando se nos habitúa a las emociones violentas, ¿cómo queréis que el *corazón*, planta tan delicada que se nutre de alguna gota de rocío caída aquí y allá desde el cielo para él; que se agita con ligero soplo, que es feliz durante largos días con el recuerdo de una palabra dicha, de una mirada

dirigida, de un aliento dado por los labios de una madre o por las manos de un amigo; el corazón, cuyo latido es tan tranquilo en su estado natural, casi insensible en razón de su misma sensibilidad, y por miedo de que se hubiese despedazado con una sola gota de amor, si Dios lo hubiera hecho menos profundo; cómo queréis, digo, que el corazón oponga sus dulces alegrías delicadas al goce grosero y exagerado del sentido depravado? Este es egoísta; el corazón generoso. Uno vive para sí; el otro fuera de sí; y entre las dos tendencias una debe prevalecer. Si el sentido depravado vence, el corazón se marchita poco a poco, ya no siente la emoción de las sencillas alegrías, no va ya hacia los demás y concluye por latir sólo para dar curso a la sangre y señalar las horas de un tiempo ignominioso, del cual la disolución precipita la fuga. Y ¿qué hay más abyecto que matar el corazón en el hombre? ¿Qué queda del hombre, cuando su corazón ya no vive?"

En la piara de Epicuro no se sabe amar. El corazón, para usar una fuerte expresión bíblica, se convierte en ceniza. "Los recursos del amor elevado — observa Gratry —, las poesías de la adolescencia prontas a abrirse, los entusiasmos de la juventud, el sentido de lo infinito, las fuerzas futuras de la razón viril, la sabiduría prometida al otoño de la vida, todo se pierde con anticipación... Este hombre se suicida".

¿Qué le importa el embrutecimiento nauseabundo, la ruina de su alma, la vileza que debe realizar para revolcarse en el fango, las enfermedades que contrae, las consecuencias de toda clase, que en la inteligencia, en la

voluntad, en el organismo son los tristes efectos de la caída? El mortal egoísmo del sentido pervertido es su Dios y su tirano: en palabras ama; en realidad quiere gozar brutal, animalescamente. Se acerca, es verdad, a otra criatura; oculta su egoísmo bajo el gesto del amor y bajo promesa de fidelidad; luego, pasada la hora de loca embriaguez, abandona, traiciona, va en busca de otras satisfacciones egoístas, ocultas siempre bajo las mentidas declaraciones de amor.

En la piara de Epicuro no se ama.

Observad a la señorita moderna a la caza de marido. ¡Uno cualquiera, con tal que venga, con tal que mañana la vida sea hermosa y agradable y se pueda gozar...! Y todas las redes extendidas, y todos los lazos puestos acá y allá y sabiamente distribuidos, y todas las debilidades queridas y alentadas, y las mismas abdicaciones del más elemental sentido de la propia dignidad y del pudor, y todos los episodios que se suceden hasta que "caiga uno en el lazo", ¡se bautizan con el nombre del amor!

Considerad al jovencito moderno, que afirma querer amar. Se embrutece en el vicio; el centro de sus sentimientos, de sus preocupaciones, de sus conversaciones es el goce egoísta. Bebe, diré también con Gratry, los mortales venenos que la naturaleza mezcla con sus alegrías culpables, sin pensar en su futura familia, pero pensando sólo en sí y en su satisfacción. ¿Qué le importan los contagios venenosos y sus consecuencias indelebles, transmisibles por herencia? Estos leprosos de la disolución, que quedan señalados con llagas vivas o con cicatrices

siempre terribles, llevan después, —con la pérvida desvergüenza del egoísmo— esta dote como presente a la virgen desposada y como herencia imprevista a los hijos. Y ¡llaman amor a todo esto! ¡Viles!

Y ¿quién puede hacernos creer que las grandes naciones (con excepción de nuestra querida y hermosa Italia) han introducido en sus leyes el divorcio en nombre del amor? La mujer, después de algunos años de matrimonio, es arrojada, como un limón exprimido; y el problema de los hijos es resuelto en cualquier modo. Mientras se murmura que el enemigo de la mujer y del amor es el Cristianismo, la voluptuosidad criminal va sin descanso en busca de nuevos cálices, en que apagar la inextinguible sed del egoísmo más abyecto.

La piara de Epicuro no sabe amar.

Si alguien no está convencido, vaya y escriba la profanada palabra del amor en las casas del desorden...

Jamás se ha amado menos que en nuestros días y jamás ha sido más rara la sonrisa de la paz y de la alegría: el egoísmo de los sentidos tiene como ineludible consecuencia la *“atroz tristeza de la carne inmunda”*. En lugar de la vida, se encuentra el abismo de la muerte. Si el autor de *Decamerone* ante el fraile enviádole por Pedro Petroni, religioso de la Cartuja, se arrepintió de su vida disipada, se conmovió, se asustó, se convirtió; otros mil y mil — aun cuando no vuelvan al Corazón del Unico que conoce el Amor y lo comunica — al fin de su vida deben reconocer en sí mismos las más graves desilusiones y el más amargo disgusto: es la derrota completa no del amor, sino del egoísmo.

b) La moral católica y el amor

Expongamos ahora los principios de la moral cristiana con exactitud, con precisión, con la tranquila serenidad de la razón y de la fe, que nada tiene de común con la turbia inquietud del sentido y de la pasión.

1.—Dios todo lo crea santamente. Y todo es racional en la organización del todo. La naturaleza tiende siempre a un fin justo, determinado y eficaz.

Por esto aun los instintos del sentido no deben considerarse en sí como un mal. El mal, como diremos, depende del abuso que podemos hacer de ellos, después de rota por la culpa original la subordinación del sentido a la razón, de tal manera que esa subordinación no es hoy una suave necesidad, sino el resultado de un esfuerzo y de una victoria personal nuestra.

Pero ¿por qué permite Dios que sintamos tan fuerte la concupiscencia de la carne? ¿por qué, aun en almas santas y nobles, abundan “las tentaciones” y la fantasía es una plaza, en la que pensamientos, imaginaciones, malos deseos se siguen y se suceden? ¿por qué hasta un San Pablo debe exclamar: “Siento en mis miembros otra ley que repugna a la ley de mi conciencia”? ¿por qué en el desierto de Calcis y en Belén vemos a un San Jerónimo, con una piedra entre sus manos, que se golpea el pecho y trata de alejar de sí los recuerdos obscenos de Roma, en parte aun pagana? ¿por qué San Benito y el Santo de Asís se arrojan desnudos sobre las espinas y ensangrientan sus carnes puras?

La razón es sencillísima. Dios ha puesto en nosotros estas inclinaciones para inducir al varón y a la mujer a la constitución de la familia. Lo que llamamos "el instinto", lo que suscita aún en la mente de la niña sueños y esperanzas, lo que hace conmover a un alma juvenil ante una cuna y la poesía de dorados rizos, es esta fuerza que impulsa a la humanidad a su conservación.

La importancia de la familia para la sociedad corresponde a los *sacrificios* que aquélla cuesta. La procreación y la educación de los hijos — fin primario y esencial de la familia — es una tarea nobilísima, y al mismo tiempo abundantísima en responsabilidades, dolores y abnegaciones. Reflexiónese un instante en la abnegación de una Madre... Podremos reírnos de una señorita cualquiera, especialmente si tiene los cabellos cortados a lo *bebé* y si se nos presenta después de laboriosa *toilette* con su rostro pintado y con afeites, pero jamás nos reímos, no podemos reírnos de una Madre. La Madre es algo grande y sagrado.

No digáis que el Cristianismo es enemigo de la mujer. Una Virgen Madre refulge en lo alto y proclama por una parte la grandeza de la maternidad y por otra la belleza de la virginidad. En verdad, para nosotros la mujer es la hija, es la hermana, es la madre; no es un ser anfibio, más o menos masculinizado, que no sabe ya qué secreto descubrir para hacerse ridícula; no es la desventurada que olvida tener un alma para vender su dignidad, si se quiere en elegante forma, pero por lo mismo más oprobiosa. En otras palabras, la verdadera mujer la bus-

camos en el hogar doméstico, no en la Diosa Razón de la Revolución francesa y en otras secuaces suyas.

2. Sin embargo podemos abusar de todo, especialmente cuando se trata de nuestros sentidos que en lugar de ser un medio tienden a convertirse en fin de sí mismos.

Como la necesidad de la alimentación es racional y necesaria para la conservación del individuo, pero produciría innumerables males si no comiésemos para vivir y viviésemos para comer, así el instinto de nuestros sentidos nos arrastra a una serie de desastres, cuando no lo consideramos como un medio — racional y necesario — para el fin altísimo de la familia y para la conservación de la sociedad, sino que por él ansiamos una satisfacción independiente de todo bien que le confiere su utilidad y su santidad. Y como el abuso de la gula desmedida, en lugar de nutrir y vivificar, conduce a la enfermedad y a la muerte, así esta admirable facultad puede desatar en nosotros un huracán o, como leemos en el libro de Job, puede avivar un fuego que todo lo consume y que quema la vida con todos sus gérmenes y raíces.

Es necesario ser muy ciegos para no admitir que el Cristianismo combate este abuso con toda razón.

“¿No habéis encontrado — pregunta Lacordaire — a alguno de esos hombres, que en la flor de la edad, honrados apenas con las señales de la virilidad, llevan ya las heridas del tiempo que, degenerados antes de haber alcanzado el total desarrollo del ser, con la frente surcada de precoces arrugas, con los ojos inseguros y hundidos, con los labios impotentes para expresar bondad, arrastran una existencia caduca bajo un sol siempre jo-

ven? ¿quién ha hecho estos cadáveres? ¿quién ha herido a este joven? ¿quién le ha robado la lozanía de sus años? ¿quién ha puesto en su rostro siglos de vergüenza? ¿Por ventura no es el sentido, enemigo de la vida del hombre? Víctima de su depravación, el infeliz ha vivido solitario, ha aspirado sólo a conmociones egoístas y a pulsaciones espantosas, que ni el hombre, ni el cielo quieren ver; y contempladle encaminándose, embriagado con el vino de la muerte y con paso desdeñoso a llevar su cuerpo a la tumba, donde sus vicios dormirán con él y deshonrarán sus cenizas hasta el último de los días”.

El egoísmo de los sentidos no se detiene en estas devastaciones. Se añaden, como ya lo hemos indicado, las depravaciones del corazón; el innoble despotismo ejercido por la pasión sobre sus víctimas; los crímenes exigidos y reclamados por el placer homicida de la voluptuosidad; y de ahí los matrimonios infelices; las familias sin hijos; las naciones despobladas, temerosas ante las casas que no conocen la sonrisa de los niños, pero sólo conocen los pequeños cálculos del egoísmo que preparan el ocaso de los pueblos.

Repito: es necesario estar locos para no aprobar la moral cristiana en sus esfuerzos para detener este torrente de fango y de perjuicios. Es necesario estar locos para no ver que sólo hay dos caminos: o las consecuencias descriptas, o la intransigencia absoluta: todo *pensamiento*, todo *sentimiento*, todo *afecto*, todo *deseo*, toda *lectura*, toda *mirada*, toda *acción* que no están en orden, deben ser rechazados inexorablemente. Ilusionarse en llegar a transacciones en este terreno, sería lo mismo que

arrojarse de lo alto de la montaña al precipio con la pretensión de detenerse dos metros antes de llegar a la cima. O se está en las alturas, o se cae a lo más hondo. Por lo demás, la realidad nos lo enseña con su aplastadora lógica.

3. Únicamente con esta intransigencia el verdadero amor nace, se abre, se desarrolla, es fecundo y se convierte en virtud.

Levántase aquí Alejandro Manzoni contra Boccaccio y frente al *Decamerone* saludamos los *Promessi Sposi* y la página inmortal del adiós a los montes de Lucía, en que se enuncia la tesis cristiana. Los altares de Dios no son la condenación del amor, son sus consagración; allí “el secreto suspiro del corazón” es “solemnemente bendecido” y el amor es “ordenado” y llamado “santo”.

¿Qué es la familia para nosotros?

Un gentil afecto que se abre como el cáliz de una flor en la primavera de una juventud buena y que se santifica con el rocío de Dios; dos almas que se entregan una a otra para siempre con la única palabra consentida por el verdadero amor, o sea con un *sí* eterno; dos corazones sabedores de que en la vida hay regocijo de fiesta y serenidad de alegría, pero no faltan sacrificios y dolores, y que para ser fieles a la severa poesía del deber se estrechan las diestras y en nombre del Señor proceden hacia el porvenir; la fecundidad de la unión con los tiernos seres, espléndida corona del amor, esto es, una casa embellecida por los verdes pámpanos y por la alegría de hijos, semejando retoños de olivo alrededor de la mesa; todo esto, aun en el orden natural, hace del matrimonio

y de la familia algo sagrado e inefablemente grande.

Después Jesús, al sellar el matrimonio con el don sobrenatural y con la aureola espiritual de Sacramento, al sublimarlo del mundo de la naturaleza al mundo de la gracia y al hacerlo símbolo de sus místicas nupcias con la Iglesia, confería a la familia una nueva y divina belleza: el Evangelio, las Epístolas de S. Pablo tan luminosas y tan límpidas, la tradición católica toda de veinte siglos nos lo recuerdan.

¿Qué es la familia para nosotros?

Enriqueta Blondel lo ha expresado, cuando en su quinta de Brusuglio mostrándole a su Alejandro que tanto la amaba, dos arbolillos plantados por ella y entrelazados entre sí, dijo en un suave susurro al poeta lombardo: "¿Ves? estos dos arbolillos representan nuestros corazones unidos". Manzoni al oír a su esposa se conmovió hasta las lágrimas y ordenó que se rodearan los dos arbolillos con un arriate que jamás olvidó. Con él toda alma noble se entenece.

¿Qué es la familia cristiana para nosotros?

Es la llamada a contribuir a la obra creadora de Dios, a formar las conciencias, a poblar el paraíso. De ella manan las aguas renovadoras de la sociedad. En ella la patria pone sus esperanzas, porque, como advierte Bismarck, la grandeza de las naciones descansa sobre las rodillas de las madres. Y sólo con la renovación de esta célula social pueden prepararse las glorias futuras de la santa Iglesia de Cristo.

Federico Ozanam en una encantadora poesía titula-

da *Les deux anges gardiens* expone sus ideas relativas a la familia: dos ángeles que en el cielo habían sido siempre amigos, piden a Dios amarse también en la tierra al lado de dos jóvenes que se juran fe de esposos. Y cuando su hogar fué alegrado por el nacimiento de la primera niña, comunicaba la noticia a Foisset de esta manera: “Habíamos rogado mucho y rogamos aún ahora, porque más que nunca necesitamos el auxilio de la protección divina. Hemos sido escuchados más allá de nuestros esperanzas. ¡Ah! ¡qué momento fué aquél en que oí el primer vagido de mi criatura, cuando vi esa criaturita tan pequeña y no obstante inmortal, que Dios confiaba a mis manos, que me traía tanto consuelo y al mismo tiempo tantas obligaciones! Le hemos dado el nombre de María que era el nombre de mi madre y en memoria de la poderosa Patrona, a cuya intercesión atribuimos este afortunado nacimiento. Ahora la madre, casi completamente restablecida, tiene el consuelo de amamantar a la niña; es un placer muy costoso, pero lleno de satisfacción. Así no perderemos las sonrisas de nuestro angelito y pronto podremos comenzar su educación. Entretanto comenzaremos de nuevo la nuestra, pues creo que el Cielo nos la ha enviado para enseñarnos muchas cosas y para hacernos mejores. ¡No puedo contemplar esta dulce figura llena de inocencia y de pureza sin percibir en ella la imagen sagrada del Creador menos velada que en nosotros! No puedo pensar en esta alma inmortal de la que deberé dar cuenta un día, sin sentirme más compenetrado de mis deberes. En efecto ¿cómo podré enseñarle lo que yo no practico primero? ¿podía Dios escoger un medio más

amable para instruirme, para corregirme, para ponerme en el camino del Cielo?”.

Sólo en la concepción cristiana el amor no es palabra vacía de sentido, no es mentira, no es turbado a cada momento por temporales y por nubes. Donde se practica la moral de Cristo, se ama. Aun al llorar juntos, el rayo de sol conforta, embellece, santifica las lágrimas humanas. Y la misma pureza juvenil, el ilibato candor del alma —y no sólo de los sentidos— está en relación al amor a la futura familia. Ninguna alma conoce la intensidad y la frescura del afecto, como la joven alma pura.

4. En este amor cristiano palpita indudablemente el amor a Dios, pero no es aún la cima del amor. Aunque se trate de un amor casto, noble, justo, subornado a Dios, aquí se va a Dios a través del amor a una criatura.

Este poder de amor puede sublimarse: pues se puede morir a los sentidos, para vivir un amor perfecto en el alma. Es el consejo evangélico de la virginidad.

En su íntima naturaleza, la virginidad implica no sólo la ausencia de toda mancha que pueda deslucir el candor: un madero no comete pecado alguno y sin embargo nadie hablará de la virginidad del madero. *Decir virginidad es decir amor, y amor perfecto a Dios*, en cuanto el alma virginal consagra con fidelidad y generosidad todo su ser, alma y cuerpo, y todas las fibras de su corazón, todo su afecto a Jesucristo.

“El hombre animal no percibe las cosas propias del Espíritu de Dios”, advierte S. Pablo. Y por lo tanto no debe sorprendernos que el mundo ni sospeche siquiera

esta reducción del concepto de virginidad al concepto de amor perfecto.

Con todo, la idea está enunciada con incomparable vigor en aquella joya de poesía inspirada, el *Cantar de los Cantares*.

“Mi Amado ha descendido a su jardín, entre los arriates de aromas, para pacer en sus huertos y recoger lirios.

“Yo soy para mi Amado y mi Amado que pace entre los lirios, es para mí...

“Poderoso, como la muerte, es el amor...

“Sus rayos son rayos de fuego; sus llamas, llamas divinas”.

La virginidad materialmente conservada de una vestal pagana y la virginidad cristiana vivificada por el Amor divino son esencialmente diferentes.

Por esto, desde los primeros decenios del Cristianismo naciente hasta nuestros días, la virginidad ha escrito en la historia de la Iglesia las más brillantes páginas de amor a Cristo y a los hermanos. El grito de Inés, el canto de Cecilia, el blanco velo de Marcelina nos lo aseguran; nos lo dicen los cándidos ejércitos virginales que San Vicente de Paúl y otras Ordenes Religiosas han esparcido en los asilos de dolor, en las crujías de los hospitales, entre los tétricos muros de la cárcel, en todas las casas que recogen huérfanos, ancianos, abandonados, necesitados. *Las almas virginales saben amar*; saben sacrificarse; afrontan las empresas más difíciles, superan los obstáculos más graves, salvan almas, benefician cuerpos, enjugan lágrimas, prestan alas a todos para los

vuelos de la fe y del amor. Para cada miseria del mundo —se ha dicho con razón— la moral cristiana ha preparado una virginidad que debía ser la madre y la hermana de la misma.

¿Qué es la vocación a la virginidad? Es una vocación a amar. Por esto la virginidad cristiana es fecunda y no se la puede concebir sin una familia: la familia infinitamente mayor e infinitamente más hermosa que la familia natural; la sagrada familia de las almas.

La Iglesia impone el amor a los jóvenes que aspiran al sacerdocio. Deben negarse a sí mismos, hacer callar el grito de los sentidos, mortificarse por amor a los hermanos.

Llega un día —ha cantado Lacordaire— en que la Iglesia toma toda esa juventud entusiasta y la postra cuerpo a tierra en sus basílicas: “y estos jóvenes recorrerán después, recorrerán todo el mundo protegidos por sus virtudes; penetrarán en el santuario de los santuarios, el de las almas; escucharán confidencias terribles; todo lo verán, todo lo sabrán; mil tempestades agitarán sus corazones. *El corazón será de fuego en la caridad, de granito en la castidad.* Y en esta señal los pueblos reconocerán al sacerdote”.

He ahí, pues, la explicación del sacerdote, del misionero católico, de las Hermanas de caridad, de toda Orden, de toda Congregación y de toda Familia religiosa, sea de las dedicadas a una intensa actividad cotidiana, sea de las consagradas a la contemplación. La virginidad y el apostolado están siempre unidos, porque la virginidad es amor. El divino encantador de las jóvenes

conciencias virginales venido a la tierra a predicar el Amor no inútilmente ha querido rodearse de lirios. El “Hijo de la Virginidad” — como lo saluda San Bernardo — que ha escogido almas virginales como Madre, como Padre putativo, como Precursor, como discípulo predilecto, ha dirigido siempre, en todo tiempo, su llamamiento a una falange de puros y de esforzados, de mirada resplandeciente de luz, dispuestos a sacrificios totales por amor a Dios y por amor al prójimo.

“Pero, se pregunta con alma de poeta César Angelini en sus *Commenti alle cose*, ¿crecen aún lirios en la tierra en la que los hijos de los hombres han renunciado a todo candor por un gusto de frágil pecado?... Cada vez que los ángeles y los santos han aparecido (¡raras veces!) entre nosotros, no han elegido por sostén para apoyarse en su andar terrestre sino al lirio. Por esto el lirio resplandece en sus diáfanas manos, en las telas inmortales de los pintores, y ¡qué sensación de eterna frescura comunica al alma y a los ojos que lo contemplan! ¡Se percibe en lontananza no sé qué brisa de Paraíso!

“Tenemos el don de dejarnos encantar por la presencia del lirio verdadero y de su imagen perfecta. Esbelto, elegante como un candelabro de plata jamás reproducido exactamente por el cincel de Benvenuto, el lirio sonríe sobre un pueblo de flores que, suspendiendo su conversación, extáticas lo festejan; porque, aunque ellas hagan galas de sus colores para la admiración de los ojos, reconocen en el blanco del lirio no ya el color, sino la luz.

Di candor lucidoso
 riluce la sua veste. (1)

“¿Podía Bianco de Sena darnos dos versos más hermosos para saludar a la criatura de divina blancura? Pero en su mismo nombre es una cosa amable. Lirio es palabra completamente agradable: tan rica es en sonidos límpidos y sutiles. Lirio es un nombre perlino, más aun, es una verdadera perla encontrada en los graciosos jardines del cielo y dejada caer como una bendición, aunque para breve estada, sobre la tierra...”

Y el poeta se dirige a los lirios y les dice: “Lirios que os alzáis límpidos y casi gloriosos en vuestra castidad gentil para advertirme con la fuerza del símbolo que el casto es el victorioso en el mundo y que sus aires son de vencedor; lirios que volvéis a florecer altos y lejanos tal vez para decirme que todo lo nacido en la tierra debe dar su flor para el cielo y para enseñarme que la carne no es la verdadera riqueza en la vida, sino una carga y que la verdadera riqueza es el espíritu que se eleva al cielo; lirios, nostalgias de inocencias perdidas, ¿por qué traéis a la memoria con mezcla de ternura y de congoja los versos de Safo: “Virginidad, virginidad, ¿dónde has huído?”

Estos versos no son la última palabra de la historia. En verdad nos circunda el fango, pero cada vez que Cristo resucita en la historia, sonríen nuevos florecimientos de lirios. No sólo la naturaleza tiene sus meses; también la Iglesia tiene los suyos, en que “en el pudor del crepúsculo” se abren los lirios de las almas virgina-

(1) Su vestidura resplandece de candor luminoso. (Nota del Tr.)

les. Mientras el sol brille en el cielo, “con la ayuda de dos gotas de rocío se desarrollarán siempre los hermosos pétalos tersos y se extasiarán y maravillarán de haber florecido tan blancos sobre una tierra tan negra. Y por ser puros los pétalos, todo el tallo será límpido y puro. El terreno circundante quedará prendado del encanto y de la embriaguez de ese fulgor resplandeciente y de esa fragancia que es pasión y vibración...”. Y el Rey del Amor siempre paseará victorioso entre los lirios.

c) Conclusión

Volvamos a leer algunos versos de la *Odisea*, en el canto décimo.

Describe Homero las aventuras de un grupo de compañeros de Ulises trocados por Circe en animales inmundos:

...En hondo valle,
 Descubrieron de Circe la morada.
 En lugar descubierto, hecho de piedra
 Bien labrada. En redor había lobos
 Montes, y leones que con drogas
 Domesticado había, así es que, mansos,
 En vez de acometer a mis amigos,
 Las largas colas meneando, alzábanse,
 Viniendo a acariciarles. Como suelen,
 Meneando la cola, a sus señores
 Acercarse los perros a su vuelta
 De algún festín, pues siempre les traen algo
 De comer; así andaban los leones,
 Y lobos de uñas fuertes halagándoles;
 Mas ellos, espantados del prodigio,
 Grande temor sintieron. A la puerta
 Del soberbio palacio de la diosa
 De rizado cabello, se pararon,
 Y la oyeron cantar muy dulcemente,
 Dentro de su mansión, donde tejía
 Una tela muy grande y primorosa,

De esas bellas, sutiles y brillantes
 Que las diosas acostumbran.
 Dirigióles entonces la palabra
 Mi querido Polites, jefe ilustre
 De mi gente, y por mí tan respetado,
 Y dijo: "Compañeros, he sentido
 Que allí dentro, tejiendo, canta alguna
 Diosa o mujer, a cuya voz suave
 El espacio resuena. Vamos pronto".
 Dijo, y todos sus voces levantaron
 Para llamarla. Circe alzóse al punto,
 Abrió las bellas puertas, invitándoles
 A entrar, como lo hicieron imprudentes
 Todos, menos Euríloco, que fuera
 Se quedó, sospechando algún engaño.
 La diosa, dentro ya, sentar les hizo
 En sillas y sitiales, y para ellos
 Amasó harina, miel, queso, y de Pramne
 Dulce vino; y mezcló drogas maléficas
 Al manjar, para que ellos de la patria
 Se olvidasen. Apenas el brebaje
 Tomaron, les tocó con su varita
 Y en las viles pocilgas encerrólos.
 La cabeza, la voz, el cuerpo y cerdas
 Tenían de los puercos; mas las mientes
 Conservaban como antes... (1)

En verdad, era inútil que nos detuviéramos en esta escena. Alrededor de nosotros la piara de Epicuro es tan numerosa que no es menester perturbar a Homero.

Abramos más bien el Evangelio: Jesús realiza su primer milagro en Caná de Galilea durante una fiesta

(1) De la *Odisea* traducida por D. Federico Baráibar y Zumárraga.

nupcial y santifica el amor de los jóvenes esposos. Jesús ama a la familia: va, la visita, le lleva alegría y salvación, en una palabra, bendice y sublima el amor. El mundo no debe ser un inmenso corral de Circe. El amor debe triunfar en las casas, como también debe sonreír en las altas cimas cubiertas de blanca nieve.

III - EL CRISTIANO Y EL ANSIA DE LAS RIQUEZAS

Se atribuye a Alejandro Magno un dicho curioso: “a una ciudad sitiada difícilmente puede penetrar una brizna de paja; pero siempre entrará un burro con un carro cargado de oro”.

La *auri sacra fames* hace estallar un nuevo conflicto. Con frecuencia el hombre titubea entre el Amor infinito de Dios y las riquezas, y muchas veces se decide por el ídolo seductor del dinero.

No nos ilusionemos. El ladronzuelo de la calle y el elegante ladrón de la Bolsa; el fullero encerrado en la cárcel y otros bribones que pasean fuera de ella, tal vez condecorados; el comerciante o el industrial que roban al por mayor y los que estafan al menudeo con la fraudulenta repetición del milagro de... Caná (pues en resumidas cuentas ellos también... convierten el agua en vino); los entretelones de ciertas quiebras, de ciertos *reclamos* periodísticos, de *cracs* imprevistos y de fortunas improvisadas; en una palabra, las innumerables violacio-

nes del séptimo mandamiento en sus más variadas formas desde la usura a la falta de honradez de una sirvienta no constituyen los únicos casos cotidianos en que se pierde la batalla.

Por no ser espíritus puros y por tener todas nuestras necesidades económicas, la tentación está siempre presente. Fácilmente nuestro corazón, casi sin reparar en ello, palpita no por el Padre que está en los cielos, sino por la cartera guardada en el bolsillo o por la caja de hierro que está en la oficina.

Sin duda Carlos Marx ha exagerado al sostener de acuerdo a su concepción materialista de la historia, que en última instancia todo hecho histórico se explica por la estructura económica vigente; y sus discípulos han exagerado aún más, hasta el ridículo, al pretender reducir la historia y la vida a una *Magenfrage*, es decir, a una pura cuestión de estómago. Esto es lo mismo que pretender reducir el poema dantesco a la tinta con que fué escrito. Con todo ¿quién puede negar que hay algo de verdad en el materialismo histórico? El poder del dinero domina, se impone, tiraniza; ante él bambolean y fluctúan, se inclinan y ceden naciones e individuos. Guerras entre pueblos y enemistades personales, actitudes políticas y conducta individual con frecuencia son influenciadas y aun determinadas de un modo especial por el ansia de dinero. Por lo demás la cuestión social que agita al mundo ¿no tiene acaso preferentemente un carácter económico?

Y entonces se presentan estos problemas: ¿cómo es posible ser cristianos prácticos? ¿por ventura para se-

guir la moral de Cristo que declara “bienaventurados los pobres”, debemos destruir la economía mundial o arruinar la industria y el comercio nacionales? Los pueblos necesitan riquezas; la pobreza significaría la negación de la civilización. La familia y los individuos deben tratar de enriquecerse; de otro modo desaparecería una fuente de progreso. ¡Oh! ¿deseáis convertir la tierra en un amplio convento?

A esta dificultad se añade una pregunta: ¿cuál es la táctica que nos prescribe el Cristianismo con relación a la riqueza?

Como se ve, el problema histórico, la cuestión social y la conducta individual parecen aliarse para hacer más arduo el combate, más difícil la respuesta.

a) El principio fundamental

Siempre debemos partir del principio fundamental: Dios es el centro de la realidad y todas las cosas dependen de El y deben subordinarse a El. Por esto no podemos trastornar el orden y poner como centro de todo al dinero. O se reconoce como Ser supremo a Dios y a su Amor infinito, o de otro modo caemos en la idolatría. “No se puede servir a Dios y a Mammón”, advierte Cristo. Y todo el espíritu de su predicación contra el abuso de las riquezas está compendiado en ese concepto.

¿Por qué queréis rechazar a Dios y haceros esclavos del oro? “Tened cuidado y absteneos de toda avaricia, porque la vida no está en la redundancia de los bienes poseídos”. El valor de un hombre no se mide por su

condición económica: sino que por el contrario “la seducción de las riquezas” con frecuencia sofoca la buena semilla de la palabra divina y la “hace infructuosa”. “Los que quieren enriquecerse, —comenta S. Pablo escribiendo a Timoteo — caen en la tentación y en el lazo del demonio y en muchos deseos inútiles y nocivos que sumergen a los hombres en la muerte y en la perdición. En efecto, la avaricia es la causa de todos los males”.

Los bienes de la tierra no son seguros: “no busquéis —pues— acumular tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla los destruyen y los ladrones los descubren y los roban. Acumulad tesoros en el cielo...” Además son bienes que un día debemos abandonar por la muerte, como recuerda la parábola.

“A un hombre rico dió su heredad muy abundante cosecha y discurría ante sí diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo sitio capaz para encerrar tanto grano? He aquí lo que haré, se dijo: derrumbaré mis graneros y construiré otros mayores, donde almacenaré todas mis cosechas y mis bienes, y diré a mi alma: ¡Oh alma mía! ya tienes bienes de repuesto para muchos años, descansa, come, bebe y date buena vida. Pero Dios le dijo: ¡Insensato! esta misma noche exigirán de tí la entrega de tu alma; y eso que has almacenado ¿para quién será? Esto es lo que sucede a quien atesora para sí y no es rico para Dios”.

He aquí, pues, la base esencial: debemos amar a Dios sobre todas las cosas, no al dinero; quien vive para el dinero, prácticamente niega a Dios y lo substituye con un ídolo de oro.

b) Lo que no enseña la moral cristiana

De este principio elemental no deben deducirse consecuencias que nada tienen de común con él.

1.—La moral de Cristo no condena la riqueza por ser riqueza. ¿Acaso no procede también de Dios? ¿Acaso no es uno de los dones que su Amor infinito ofrece a la humanidad?

El uso de la riqueza es santo, sólo el *abuso* es condenado.

Por lo tanto no debe maravillarnos que Jesús penetre en las casas de los ricos, se sienta a la mesa con ellos, tenga entre sus amigos personas adineradas. Es significativo el hecho de Zaqueo (convertido con una amable visita del Maestro), que restituye con generosidad lo robado, pero no deja toda su fortuna y sin embargo escucha esta hermosa afirmación: “El día de hoy ha sido de salvación para esta casa”. Y al instituir la Eucaristía, Jesús quiere un cenáculo ricamente adornado, preludiando la riqueza de sus templos y de las basílicas cristianas en los que se respeta el orden, *pues su riqueza está subordinada a Dios*.

Alguien se preguntará: pero ¿no parece que Cristo ha condenado no sólo el abuso, sino también el uso de la riqueza? ¿Acaso no leemos en San Lucas: “¡Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis recibido vuestra recompensa!”?

No. El *vae vobis divitibus* no es la exclusión del rico de la Iglesia, o sea del reino de los cielos; sino que es la

advertencia de los peligros ocasionados por el dinero. El afecto desordenado a los bienes poseídos surge fácilmente en nosotros y nos pone en un estado febril, advierte el Santo de Ginebra: así como el devorado por la fiebre bebe agua con ansia, así también el dinero nos comunica la fiebre de una avaricia jamás satisfecha. Además, la sed de oro sugiere medios ilícitos para procurarlo y conservarlo. Y el ansia de esa conquista y de esa defensa hace olvidar los bienes más altos y la vida moral. El alma no desapegada del oro —observa San Vicente de Paúl— semeja a una persona ligada de pies y manos a un árbol, la que no puede ni huir, ni ir en busca de socorro y con todo se cree en libertad. El dinero es con frecuencia una llave engañadora; como es dorada, todos la miran y la codician, sin saber que nos encierra en la prisión del *egoísmo*, en la que nadie piensa ya en el amor a Dios, ni se preocupa del pobre Lázaro que, cubierto de llagas, suspira inútilmente por las migajas que caen de su mesa. Unicamente por esta antítesis entre el egoísmo y el amor a Dios y a los hermanos declara Jesús: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos”. Y esto lo comprende quien reflexiona en todas las explotaciones realizadas en los siglos por los Epulones y afirma: es justo. O amamos a Dios y al prójimo y somos cristianos: o nuestro Dios es el dinero y entonces ya no lo somos.

En verdad puede ser cristiano el rico que usa de sus riquezas, inspirándose en el precepto del amor. ¿Por ventura negaríais el nombre de “cristiano” a León Harmel, quien en Val-de-bois fué el *bon père* de sus obreros

y demostró con hechos cómo la misma atmósfera industrial puede ser inmejorable con el oxígeno del amor? El rico no egoísta, que no viola el plan divino en el uso de sus riquezas, no merece escuchar la terrible sentencia de Cristo: "Tenía hambre y no me dísteis de comer..." Ama verdaderamente a Dios y al prójimo no sólo con la limosna, sino también con todas las iniciativas que la función social de la riqueza puede sugerirle en una época determinada y en las circunstancias concretas en que vive; o sea es verdaderamente cristiano.

2.—El Cristianismo no justifica la negligencia de los deberes que cada uno tiene respecto a sus necesidades económicas.

¿Podría, por ejemplo, afirmar su fidelidad al mandamiento del amor un padre de familia que no se preocupase de las necesidades de su hogar, o una madre que derrochase fuertes sumas de dinero en lujo o en cosas superfluas con el pretexto de que no deben tener el corazón apegado a la riqueza?

El verdadero precepto no es negativo, sino positivo: amar a Dios y al prójimo. El derroche del dinero, el descuido del ahorro, el criminal desinterés ante las necesidades de los suyos ¿qué son en último análisis sino... *egoísmo*, o sea negación absoluta de la moral cristiana? El que dilapida cantidades locas en el juego, el que malgasta el salario en las tabernas y el que contrae deudas por divertirse y llevar una vida de lujo desproporcionada con los propios recursos es egoísta. No buscan a Dios, sino a sí mismos: viven en el desorden.

Por el contrario, Jesucristo nos enseña a preocuparnos

de las mismas cuestiones económicas inspirándolas en el sentido del recto amor. ¿Por ventura Jesús a la vista de la inmensa muchedumbre que, atraída por su palabra divina, le había seguido al desierto exclamó: “Bienaventurados los pobres, porque pueden morir de hambre”? No, sino que pronunció su sublime exclamación: “*Misereor super turbam*” y dió de comer al pobre pueblo.

Por lo tanto, interesarse en la economía propia, en la economía doméstica, en las finanzas nacionales y en la economía social es moralmente obligatorio y es una aplicación evidente del precepto del amor. ¡Oh! ¿acaso procurar el bienestar económico del Estado, promover la legislación social, contribuir a la organización sindical cristiana en la propia Nación no es también amar al prójimo?

El trastorno de los valores es lo único excluido por el Cristianismo. Si se afirmase, por ejemplo, que todo es cuestión de estómago, la moral cristiana protestaría; pero si se dedujese como conclusión: “luego el cristiano no debe preocuparse de la economía”, se diría un desatino. Aun la *Magenfrage* se transforma para nosotros en un problema moral que debe resolverse no como podría resolverlo un irracional, no como podría resolverlo un mero economista, sino como tiene obligación de resolverlo un economista discípulo del Amor.

Estas dos palabras: *economía* y *Cristianismo* no se contradicen. Aunque la misión de Jesús haya sido de orden esencialmente espiritual y aunque sea inútil buscar en el Evangelio un tratado de economía política o un programa de reformas económicas, con todo es evidente

que la moral cristiana debe ser también el alma inspiradora del movimiento económico. Es ésta la idea maestra que la *Rerum novarum* de León XIII ilustró con su genio, con su corazón, con su autoridad de Pontífice y de Padre contra las negaciones de la escuela liberal y de la corriente socialista.

c) La pobreza de espíritu

Jesucristo reveló su doctrina respecto a la riqueza en el sermón de la Montaña con una expresión sencillísima y al mismo tiempo divinamente profunda, al proclamar *bienaventurados los pobres de espíritu*.

¿Quiénes son los “pobres de espíritu”? ¿acaso los imbeciles, como ha interpretado algún estúpido? ¡Absolutamente no! La moral cristiana nos exige compasión hacia los deficientes, pero no los propone como modelos, más aun, nos mueve a implorar entre los dones del Espíritu Santo, el de la sabiduría, de la ciencia, de la inteligencia...

Los “pobres de espíritu” son los que, posean o no riquezas, no tienen su corazón apegado a ellas: los que reconocen por lo tanto prácticamente la centralidad de Dios y no adoran al dios Dinero. Puede ser “pobre de espíritu” un millonario que usa su fortuna según el mandamiento de la caridad, no sólo beneficiando al prójimo, sino también utilizando sus capitales en obras que, como el trabajo, la industria, el comercio y la agricultura, redundan en progreso social. Y puede ser “rico de espíritu” un indigente que, no teniendo nada, está domi-

nado por la avaricia y sólo aspira al dinero, envidiando al que lo posee. Lo exigido por Jesús es el desapego del alma y del corazón de los bienes del mundo: es el propio despojo afectivo, aunque no real; es la condenación ya de la riqueza erigida en divinidad, ya de la pobreza sufrida con pesar. La primera de las Bienaventuranzas se refiere, pues, a toda persona: a los ricos y a los pobres.

Y aquí debemos distinguir entre el *mandamiento de la pobreza evangélica* impuesto a todos y el *consejo* dirigido sólo a los que tienden al estado de perfección.

d) El mandamiento de la pobreza

Todos sin excepción estamos obligados a ser “pobres de espíritu”. Nadie, aun usando del dinero, debe ser su esclavo. La norma obligatoria de la vida cristiana es: no nosotros para el dinero, sino el dinero para nosotros, para el prójimo, para Dios. Quien pisotea esta ley, niega el amor a Dios, porque lo pospone a un bien creado; — ocasiona desastres sociales que están en oposición al amor al prójimo; — se arruina a sí mismo, porque se prepara mil desengaños.

El que ha vivido para el dinero, jamás descubre tan clara la verdad de la moral cristiana, como a la hora de la muerte. Tal vez en la propia juventud había alcanzado la bendición de Dios: los negocios habían prosperado, el bienestar económico había traído la alegría al hogar y la riqueza había besado su frente. En lugar de ser agradecido al Dador de todo bien, el nuevo rico quizá se olvidó de El. Enriquecerse y alejarse de Dios ha sido siem-

pre la historia de muchos en todo siglo, pero especialmente en el nuestro. La febril actividad del mundo de los negocios absorbe todas las facultades del alma; alguna operación fructuosa, pero poco escrupulosa, celebra los funerales de los viejos preceptos ahora despreciables de la moral; el problema más importante se le encuentra enunciado cada día en las cotizaciones del algodón, de la seda, de los cereales o de la Bolsa. Las viejas oraciones de la mañana han sido reemplazadas por la mirada ávida a las oscilaciones en el precio de las acciones, al promedio de los consolidados y de los cambios, a las noticias de las quiebra y de las convocatorias. Y los años pasan así... y así llega la indisposición y la enfermedad.

Al principio la cosa no preocupa: algún día de descanso y todo pasará... Después vienen las complicaciones... Y entre una receta y otra, entre una visita del médico y cuatro palabras con un amigo, cree sentir rumor de pasos, como de alguien que se acerca a su habitación. ¿Qué es? Nada... Es la señora Muerte que se aproxima... Pero ¿cómo? ¿quién la ha llamado? ¿no respeta a los hombres de negocios? ¡Ah! ¿qué queréis? La Muerte jamás ha tenido tiempo para leer el *Galateo* de Mons. Della Casa... (1).

Entre tanto la enfermedad se agrava. El médico de cabecera y la familia sugieren una "consulta". Se telegrafía, se telefonea. Y llegan hombres de ciencia; revisan cuidadosa y amablemente, susurran sus extrañas palabras mitad griegas y mitad italianas, que a las veces

(1) *Galateo*, manual de urbanidad como nuestro *Carreño*.
(Nota del Traductor).

dan al profano la impresión de piadosos expedientes utilísimos para disfrazar la sabia ignorancia. ¿Qué queréis? Si el organismo se deshace, el "profesor", aun el más célebre, a lo más podrá manifestaros el fenómeno en términos científicos, pero ¿podéis exigir de él algo más?

Entonces, en algún instante de quietud, la señora Muerte comienza a mostrar su rostro. Al principio una lejana sospecha, una pálida idea, un rayo repentino y revelador. Pero basta para inquietar, para suscitar un temblor de angustia, de terror y de espanto... En esta conciencia se inicia y se desarrolla el drama.

¿Talleres? ¿establecimientos? ¿campos? ¿palacios? ¿quintas? ¿depósitos en los Bancos? ¿riquezas?... Todo esto ¿para qué sirve? Debe proveer al testamento, pero en el testamento se repite insistente una sola palabra: *dejo, dejo, dejo*... Y nada más.

El examen de la propia vida se impone. En esta rica habitación elegante, por la noche, cuando el sueño reparador tarda en venir, mientras alguien vela a la cabecera, imprevistamente se presenta a la mente del enfermo el cuadro de la propia vida. Después de tantos balances de fin de año o de fin de semestre, ha llegado por fin el momento de observar el balance de la propia vida. Reaparece el Dios de los primeros años inocentes. Tal vez reaparece junto a la imagen de la vieja madre, muerta rogando, y que parece que hoy quisiera reunir en actitud de oración las manos del hijo moribundo, como un día lo hiciera con las tiernas manitas del niño...

La esperanza, última diosa, pretende sonreír, pero desgraciadamente su pálida sonrisa aparece ya enga-

ñadora. Las fuerzas huyen. En el alma agitada, desconcertada, prosigue el drama. Recuerdos de culpas, protestas de débiles, obligaciones de restituciones, remordimientos tétricos, cual personajes vivientes, se presentan a la conciencia, amenazan y desaparecen. La vanidad de una existencia entera, absorbida por el dinero y sacrificada a éste, se impone a su consideración. Es el derrumbamiento de un palacio maravilloso, iluminado con ilusiones: allá, sobre las ruinas, vengadora, está ella, la señora Muerte... Y ¡ay si no llega entonces con el Ministro del perdón el aliento del Dios olvidado en los años de prosperidad y vuelto a encontrar en el ocaso amargo y desolado!...

e) El consejo evangélico de la pobreza

Al joven que le preguntaba el medio de salvar su alma, Jesús — según refiere el Evangelio de S. Mateo — respondió: “Si deseas entrar en la vida, guarda los mandamientos”. Y el joven le dijo: “Todo esto ya lo observo desde mi juventud; ¿qué más debo hacer?” Jesús añadió entonces: “*Si quieres ser perfecto*, anda, vende cuanto tienes, dalo a los pobres; y tendrás un tesoro en el cielo; y después ven y sígueme”.

A todos la moral cristiana nos impone no ser adoradores del dinero; a la falange de los que quieren subir a las altas cimas, sugiere y aconseja la renuncia real y el despojo efectivo —no sólo afectivo— de toda riqueza.

El espectáculo que Cristo nos ofrece, es verdaderamente maravilloso. En este mundo miserable, donde por

una moneda muchísimos están dispuestos a abdicar de todo sentido de honestidad y de pudor, aquella expresión del Evangelio ha bastado para suscitar ejércitos de almas, que han tomado a la Pobreza por esposa. Y desfilan en la memoria los Monjes y los Ermitaños, todas las Ordenes antiguas y modernas, las Congregaciones y las Familias religiosas. Son multitudes interminables de personas que con un ademán sorprendente dan su adiós a los bienes, a las comodidades, al oro para llevar una vida de mortificaciones y penitencias.

Era conveniente que esa escena se renovase en el transcurso de los tiempos. La pobreza evangélica es un reproche, una advertencia, un llamamiento en medio de las avideces humanas. Si su voz resuena hoy como lenguaje incomprensible para tantas almas, es porque la moral cristiana no es conocida.

Porque — adviértase bien — *la verdadera pobreza evangélica se reduce a un acto de amor a Dios y al prójimo*. No es únicamente el pobrecito de Asís quien fué llevado al Amor por la pobreza y por el Amor al más alto grado de pobreza, el mismo fenómeno se verifica en toda alma consagrada a Dios que se liga a Dios con un voto.

Quien voluntariamente se despoja de cuanto legítimamente tiene, dice al Señor con la elocuencia de su acción: “Señor, renuncio a todo por tu amor; mi acto es un acto de amor a Ti. Te quiero a Ti solo en este mundo y en el otro, porque Tú eres mi Dios y mi felicidad”. Quien es *perfecto* en la pobreza, ama a Dios sobre todas las cosas de un modo evidente; y se comprende como

deba amar también a sus hermanos más que cualquier otra persona. Su corazón no está ocupado por ternuras hacia los bienes terrestres; por esto está abierto a todos los necesitados. ¿Quién — para traer un pequeño ejemplo — ama más a su prójimo que esas vírgenes esposas de Cristo y de la pobreza, que se consumen silenciosamente en los hospitales? Y en la historia de la economía ¿cuál es el anticlerical tan ignorante que pueda anular la influencia ejercida por las Ordenes religiosas en el desarrollo social realizado con el pasaje de la economía de esclavos a la economía de siervos de la gleba y de ciudadanos libres del Municipio medioeval?

Causan risa algunos economistas que señalan al Cristianismo como fautor de una posible transformación del mundo en un inmenso convento. No. En este mundo se necesita la *prosa* y la *poesía*. Y ¡ay de nosotros si debiésemos suprimir la prosa! ¡si para comprar un poco de pan y de jamón la buena ama de casa debiese hablar en versos con los vendedores! En la cuestión de la riqueza ocurre lo mismo. Son necesarias la prosa de la economía y la hermosa poesía de la pobreza absoluta. Y ¡qué! ¿querríais destruir a Dante, porque en las vicisitudes del día no habláis componiendo tercetos? ¡Vivid tranquilos! No nacen diez Alighieri por día y nunca habrá demasiadas personas que se consagren a la pobreza evangélica y entonen la poesía del desapego al dinero. ¡Bendita sea la poesía y bendita sea la prosa! Lo importante es que ni en una, ni en otra se cometan faltas de gramática, de sintaxis o de sentido... No basta vestir un hábito para ser perfecto; y nos lo recuerdan las degene-

raciones de algunas Ordenes, como la de los *Humillados*. No debe condenarse a quien permanezca en el mundo y utilice sus haberes; sólo se exige que no caiga en ciertos errores por los que, en lugar de servirse del dinero, lo sirve a éste indecorosa e innoblemente.

f) El cristiano y la riqueza

El cristiano logra completa victoria en el combate contra el ansia de los bienes terrestres mediante su unión con Cristo.

Basta despertar en nosotros el sentido de nuestra incorporación al divino Maestro que quiso nacer en un pesebre, que quiso vivir pobremente, que eligió por apóstoles suyos a hombres privados de fortuna, para mantener siempre alerta la conciencia respecto al desapego del dinero. Basta reflexionar en que vive en nosotros aquel Jesús que socorría toda miseria y la proveía, para comprender la advertencia de la primera Epístola de S. Juan: "Si alguno tiene bienes de la tierra y ve que su hermano tiene necesidad y cierra sus entrañas ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijitos míos, amémonos no con palabras y con la lengua, sino con obras y en verdad".

Este dogma de la mística unión de Cristo con nosotros debe hacernos descubrir a Jesús en los pobres y debe caracterizar la limosna cristiana: ésta, como hemos visto, es por definición nuestro socorro no al pobre, sino a Cristo viviente en el pobre.

Es éste el pensamiento que anima los escritos de los

Padres y la vida de los Santos y que inducía a Bossuet un viernes santo a olvidar casi al Redentor para no hablar sino del pobre: “No os pido —exclamaba ante su auditorio— que contempléis alguna imagen de Jesús Crucificado; os presentaré otra imagen, imagen viva, que tiene la expresión natural de Jesús moribundo. Son los pobres... En éstos Jesús sufre, languidece y muere de hambre. En éstos Jesús es abandonado, despreciado”.

Finalmente la unión de Cristo con nosotros nos recuerda a Judas, su combate, su derrota, su traición.

A cada uno de nosotros, unidos como él a Cristo, se nos propone también el dilema: o el amor fiel a nuestro Dios, o los infames treinta dineros de plata.

No se crea que Judas haya desaparecido de la tierra. Revive en muchos cristianos que repiten su ofrecimiento: “¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?” Y el torpe convenio se renueva y aun se vende al Hijo del hombre... La única diferencia entre Judas y sus sucesores es que éstos últimos a veces están dispuestos a traicionar por menos de treinta dineros...

Pero aunque los Judas aumentasen más y más, aunque el vil negocio continuase y se difundiese, Judas —símbolo de la codicia de oro— está equivocado y nuestra moral conserva sus sagrados e imprescriptibles derechos.

IV - LAS DERROTAS

Memorable es en los fastos de la fe cristiana la victoria de Serbia contra los Turcos en 1456.

Belgrado estaba sitiada hacía ya cuatro meses y

el Sultán ordenó un último y desesperado ataque. Después de veinticuatro horas de lucha los ciudadanos cansados y desalentados estaban por capitular, cuando un humilde franciscano, levantando en alto un Crucifijo, se puso a alentar a los vacilantes y a rogar a Dios y a la Virgen. Con las palabras de San Juan de Capistrano los sitiados readquirieron sus energías y con ímpetu irresistible iniciaron un nuevo ataque contra sus enemigos que fueron desbaratados.

Debemos sostener no cuatro meses de sitio, ni un día de lucha, sino una vida entera de combate. Y aunque en nuestros labios y en nuestro corazón se mantenga siempre fresca la palabra de orden de Sobieski, quien en 1683 decía a sus soldados en Viena: "Marchemos al encuentro del enemigo con plena confianza en la protección del cielo", con todo experimentamos las dificultades del conflicto continuo y en ocasiones exasperantes.

Ya debemos afrontar una batalla campal, ya debemos vencer una minúscula escaramuza. Ya entonamos el canto de victoria, ya nos entristece la vergüenza de la derrota. Con frecuencia en un solo día se encuentran juntos triunfos y derrotas, tentaciones vencidas y culpas cometidas.

Debemos dedicar una breve reflexión a las últimas. La moral católica las llama "pecados"; y la filosofía cristiana las define: "aversio a Deo et conversio ad creaturas", es decir un alejamiento de Dios y un acercamiento a las criaturas. Por esto nosotros las consideramos como son en realidad, es decir un insulto al Amor divino en nombre del amor a los bienes perecederos y fugaces.

a) Distintas clases de derrotas

Para proceder ordenamente, conviene distinguir nuestras derrotas morales en tres categorías: los pecados mortales, los pecados veniales, las imperfecciones.

Esta distinción fué rechazada terminantemente por Lutero y por Calvino, para quienes todo pecado es *por su naturaleza* mortal. Pero exageran evidentemente. Todos comprenden la diferencia entre un hijo que mata a su padre, un hijo que desobedece en una cosa sin importancia y un hijo que contesta con un capricho inadvertido una orden imprevista. No pueden colocarse en el mismo plano el parricidio, la desobediencia y la debilidad de un carácter impulsivo, como no pueden catalogarse como iguales la muerte, una enfermedad y una ligera indisposición.

Para traer una comparación, recordaremos la graciosa anécdota ocurrida al genial periodista y humorista italiano, Luis Arnaldo Vassallo, llamado Gandolín.

Un buen día un autor inédito consiguió obligarle a escuchar la lectura de una obra voluminosa. El autor tartamudeaba terriblemente. Y Gandolín, después de haberle escuchado largo rato, le interrumpió:

—En verdad es grandiosa la idea de hacer tartamudear a todos los personajes. Creo que la obra será un éxito.

El autor indignado contestó:

—Vd. se equivoca. El que tartamudea, no son los personajes, soy yo.

—¡Oh! entonces lo siento, pero no se puede esperar nada bueno.

Pues bien, el pecado venial puede compararse razonablemente con una persona tartamuda. No es la palabra corriente y llana, es un tartamudeo; pero se encuentra todavía el sentido de lo que se dice; esto es, se encuentra todavía el significado cristiano en una vida, aunque ésta lo exprese tartamudeando. Que una persona tartamudee, es un mal; pero el mal es peor aún y esencialmente distinto, si se pronuncian las palabras sin conexión, como, según cuenta otro humorista, aconteció con dos amigos que hablaban así:

—¿Eres míope o tonto?

—Yo soy de Novara.

—Entonces ¡somos contemporáneos!

¡Ah! ¿os reís? Y sin embargo ¡cuántas veces nuestra vida aparentemente cristiana es una continua sucesión de acciones tan poco organizables entre sí, como las palabras de este curioso diálogo!...

b) El pecado mortal y el pecado venial

No me detendré en las nociones elementales del catecismo que nos enseña que el pecado mortal es una transgresión de la ley moral en *materia grave*, hecha *con plena advertencia de la mente* y *con deliberado consentimiento de la voluntad*, mientras en cambio el pecado venial es la transgresión de la ley moral en *materia leve* o también en materia en sí grave, pero sin plena advertencia o sin deliberado consentimiento. La culpa grave se

llama *mortal*, porque priva al alma de la gracia sobrenatural que es su vida, le quita los méritos y la capacidad de adquirir otros nuevos, y la hace merecedora de la muerte eterna en el infierno. La otra clase de pecados se llama *venial*, esto es, perdonable, porque no quita la gracia y puede conseguirse el perdón con el arrepentimiento y con las buenas obras, aun sin la confesión sacramental.

Lo que interesa advertir en estas nociones de ética cristiana es que con el pecado mortal nos rebelamos contra Dios y despreciamos su Amor, sacrificándolo a nuestro placer; en otras palabras, la culpa grave es la *negación del amor divino*. El pecado venial, en verdad, es un desorden y un mal, en cuya comparación todos los demás no merecen el nombre de males, pues es siempre una ofensa a Dios: es dañoso al alma, en cuanto la predispone al pecado grave, como la enfermedad aun sin quitar la vida predispone a la muerte: nos hace merecedores de penas temporales en este mundo y en el otro; con todo no excluye completamente el amor a Dios, pero es sólo un *enfriamiento en el amor*. Así como el soldado desertor ya no puede hablar de amor a la patria y en cambio el que comete una leve infracción a la disciplina militar, puede aún afirmar su amor a la patria, aunque no la ame con todo su corazón y aunque se equivoque; así también nosotros, soldados del gran ejército de la humanidad, podemos rebelarnos contra nuestro supremo Rey (pecado mortal) y podemos desmayar en el amor absoluto que El con justicia exige de nosotros (pecado venial).

En la práctica ¿cómo se distingue la culpa grave de la venial?

Subjetivamente, debemos examinar nuestra conciencia para saber si, al cometer una acción mala, teníamos el pleno conocimiento de que ésta era un pecado mortal y, esto no obstante, libremente la hemos realizado.

Objetivamente, examinando la acción en sí misma, frecuentemente no es difícil conocer la gravedad o la venialidad de una culpa. Así a todos aparece evidente que la blasfemia, el odio a Dios y su Cristo, el homicidio, la profanación del matrimonio, las abominaciones que han hecho bajar fuego del cielo sobre la tierra prevaricadora, el hurto de una cantidad importante y otras cosas por el estilo son pecados mortales. Alguna vez la misma Sagrada Escritura declara grave algún pecado. Además tenemos siempre a la Iglesia, maestra de la moral, que nos guía e ilumina también en este terreno.

De cualquier manera, para juzgar un pecado es necesario considerar la acción no en abstracto, sino en concreto, teniendo en cuenta las circunstancias y las contingencias en que se desarrolla.

Tómese, por ejemplo, el precepto de la Iglesia que ordena la asistencia a Misa los domingos y fiestas de guardar bajo pena de pecado mortal.

A primera vista puede parecer extraño que perder una Misa sea una culpa grave y sin embargo, si se examina el precepto en el conjunto de la vida cristiana, nada es más claro.

“La santificación del día del Señor — explica Manzoni en su *Moral Católica* — es uno de los mandamien-

tos dados directamente por el Señor al hombre. En verdad ningún mandamiento divino necesita apología; pero son evidentes la hermosura y la conveniencia de éste que de un modo especial consagra un día al deber más noble y más íntimo y recuerda su Creador al hombre.

“El pobre doblegado hacia la tierra, deprimido por el cansancio, inseguro del resultado de sus afanes y obligado no pocas veces a medir su trabajo por la falta de tiempo; el rico preocupado con frecuencia en la manera de pasar sus horas sin pensar en ello, rodeado de lo que constituye la felicidad según el mundo y extrañado a cada instante de no ser feliz, desengañado de los objetos de los que esperaba plena satisfacción y ansioso de otros de los que se desengañará al poseerlos; el hombre agobiado por la desventura y el hombre embriagado con prósperos éxitos; el hombre engolfado en negocios y el hombre absorto en las abstracciones de las ciencias; el poderoso, el humilde, en una palabra, todos encontramos en cada objeto un obstáculo para elevarnos a la Divinidad, una fuerza que tiende a apegarnos a las cosas para las que no fuimos creados, y a hacernos olvidar la nobleza de nuestro origen y la importancia de nuestro fin. Y la sabiduría de Dios resplandece manifiesta en ese precepto que nos desvincula de las preocupaciones terrenas para atraernos a su culto y a los pensamientos del cielo, que emplea tantos días del hombre indolente en el estudio más alto y el único necesario; que santifica el descanso del cuerpo y lo hace imagen del descanso de la eterna felicidad a que aspiramos y de la que nuestra alma se siente capaz; en ese precepto que

nos reúne en un templo, donde las oraciones comunes, recordándonos las miserias comunes y las necesidades comunes, nos hacen sentir que somos hermanos. La Iglesia, perpetua conservadora de este precepto, prescribe a sus hijos la manera más igual y más digna de observarlo. Y entre los medios escogidos ¿podía olvidar acaso el rito más necesario, el más esencialmente cristiano, el Sacrificio de Jesucristo, el Sacrificio en que se encuentran toda la fe, toda la ciencia, todas las normas, todas las esperanzas? El cristiano que se abstiene voluntariamente en ese día de ese Sacrificio ¿puede ser por ventura un *justo que vive de fe*? ¿Puede manifestar más claramente su despreocupación por el precepto divino de la santificación? ¿En su corazón no tiene evidentemente aversión al Cristianismo? ¿No ha renunciado a lo más grande, a lo más sagrado y a lo más consolador de lo revelado por la fe? ¿no ha renunciado a Jesucristo? Pretender que la Iglesia no declare prevaricador a quien se encuentra en estas disposiciones, es pretender que olvide el fin de su institución y que nos deje recaer en la atmósfera mortal del paganismo”.

c) Las imperfecciones

No deben confundirse con el pecado nuestras imperfecciones, las que por nuestra naturaleza corrompida nos orientan en verdad hacia lo humano apartándonos del amor divino, pero no son ofensas formales a Dios, en cuanto se reducen o a una simple transgresión de un consejo, o a la transgresión no culpable de un precepto.

¡Cuántos defectos nuestros, cuántos caprichos, cuántas inclinaciones, curiosidades, futilidades, cuántas palabras precipitadas, cuántas preferencias y despreocupaciones no son pecados veniales, porque no nos damos cuenta de ellos ni siquiera cuando obramos y sin embargo son imperfecciones! Los santos en su fervoroso amor a Dios trataban en toda forma de vencerlos; y nosotros no nos maravillamos de que la Bta. Capitanio dejara al morir hojas y cuadernos con sus minuciosos exámenes de conciencia dirigidos a la extirpación no de sus pecados, sino de sus imperfecciones o de que un Lacordaire llegara a usar ciertos métodos que puedan parecer exagerados a quien no tiene preocupación por su *formación espiritual*.

Narra su biógrafo, el P. Chocarne, que un día el gran orador manifestó un defecto propio al director de su convento. "Cada vez —le dijo— que me interrumpen en mis ocupaciones o siento llamar a la puerta, no sé dominarme hasta el punto de no experimentar ni un movimiento espontáneo de disgusto. Con todo desearía corregirme. Cuando lo juzguéis oportuno, entrad en mi celda a cualquier hora sin llamar y si advertís en mi rostro algún enfado, *disciplinadme*". "Sí, Padre, así lo haré". El mismo día el director para probar a su penitente penetró con brusquedad en la habitación de Lacordaire. Este rápidamente se puso de rodillas ante él. "Pero, Padre, no he observado nada". "No habéis observado mi impaciencia, respondió el culpable descubriendo sus espaldas, pero yo me he impacientado". Y se le aplicó el castigo.

Si se meditasen estos ejemplos, no comprobaríamos en

la sociedad actual ciertos *caracteres* incapaces de dominarse y nacidos para recordar a los infelices que se les acercan, que una de las obras de misericordia espiritual es la de “soportar con paciencia a las personas molestas”. Con frecuencia la infelicidad humana proviene de pequeñeces como los grandes incendios son provocados por una chispa.

d) El pecado y el amor

Si debiéramos profundizar ahora el concepto de “pecado” en la moral cristiana, no deberíamos limitarnos a ilustrar los aspectos bajo los que convendría considerarlo aún en un orden meramente natural.

Es cierto, por ejemplo, que *bajo el aspecto divino* el pecado es la rebelión contra la voluntad de Dios, es la ruptura de la racionalidad, o sea la negación del mismo Dios y tiene una gravedad proporcionada a la Divinidad ofendida; *bajo el aspecto social* el pecado es la perturbación del orden y tiene consecuencias indefinidas que perduran aún después de cometida la culpa; *bajo el aspecto humano* el pecado es la destrucción o la disminución de nuestra dignidad y es nuestra ruína.

Pero la enormidad del pecado es mucho más manifiesta, si lo consideramos teniendo presente el concepto del Amor sobrenatural de Dios hacia nosotros.

1. Hemos sido elevados a la dignidad de hijos de Dios por la gracia que Jesucristo nos ha merecido. Unidos a **Jesús, nuestra cabeza**; vivificados por el Espíritu Santo que exulta en nuestros corazones, con verdad podemos

decir al Padre la dulce palabra: *Padre nuestro*. El pecado destruye esta grandeza. Es la rebelión de los hijos contra el amor del Padre. Es la destrucción de la obra maestra del Amor infinito.

2.—Incorporados en Cristo, constituímos con El un mismo organismo y por ende, como hemos visto, no estamos separados de los demás fieles, sino que formamos con ellos un mismo cuerpo místico, en el cual así como el bien de uno es bien de todos (dogma de la Comunión de los Santos), así también el mal de uno repercute sobre todos los demás. *En último análisis el pecado es una negación del amor al prójimo.*

3.—Además el pecado es sobre todo una ofensa *al amor de Jesucristo hacia nosotros.*

Estamos unidos a Cristo y vivimos su vida. Somos miembros de Cristo. Cuando pecamos — lo proclama S. Pablo — profanamos a Jesucristo en nosotros, y de los miembros de un Hombre-Dios hacemos los miembros de un infame. Y prosigue el Apóstol: “Pero ¿no sabéis que sois el templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguno viola el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque santo es el templo de Dios y este templo sois vosotros”.

4.—¿Es necesario añadir acaso que con el pecado perjudicamos también el *amor que nos debemos a nosotros mismos*? Más adelante veremos la sanción de la culpa y las penas temporales y eternas del pecado.

Se comprende, pues, el horror del alma cristiana a la culpa; se comprende por qué forman el más hermoso elogio de S. Juan Crisóstomo no las alabanzas suscita-

das por su maravillosa elocuencia, sino las palabras del cortesano de Eudoxia a la emperatriz airada contra el Obispo de Constantinopla: "Juan Crisóstomo sólo teme el pecado mortal"; se explica el grito de la reina Blanca a su pequeño hijo Luis destinado a ser más tarde el santo Rey de Francia: "Preferiría verte muerto a verte manchado con un pecado mortal".

e) El examen de conciencia

Para permanecer fieles al amor de Dios y no dejarnos embaucar por las insidias enemigas, la ética cristiana recomienda la oración y los Sacramentos que nos hacen fuertes con fuerza divina y con la gracia; aconseja la meditación que, haciéndonos reflexionar en el amor de Dios y en la nada de las cosas, nos prepara para el buen combate, nos aveza a la práctica de la virtud, a la victoria sobre nuestras pasiones y malas inclinaciones y nos descubre las insidias enemigas; y, para abreviar, insiste sobre todo en el examen de conciencia.

La misma sabiduría pagana recomendaba esta práctica. Y Séneca en *De ira* exclamaba: "¿Hay algo más hermoso que la costumbre de examinar cada noche cómo hemos empleado el día- ¡Qué sueño tranquilo después de un buen examen de conciencia!" En sus *Cartas a Lucilio* añadía: "Si alguna vez quiero divertirme con la compañía de un loco, no necesito ir lejos: me río de mí mismo. Mi mujer tiene una loca, Arpastre, que ha perdido repentinamente la vista. Cosa increíble y sin embargo verdadera, no sabe que es ciega y repetidamente pide a su guía la lleve a otro lugar, porque la casa es dema-

siado oscura. Nos reimos de esto; con todo nos sucede lo mismo. Nadie reconoce su avaricia, su ambición. Pero los ciegos buscan un guía; nosotros erramos sin guía y decimos: No soy ambicioso, pero ¿cómo se puede vivir de distinto modo en Roma? No amo el lujo, pero la ciudad nos obliga a estos gastos... ¿Por qué engañarnos? El mal no está fuera de nosotros: está dentro, en la medula de nuestros huesos. La dificultad de curar está en que no nos creemos enfermos".

La sabiduría cristiana ha tomado este pensamiento y lo ha meditado a la luz de lo sobrenatural. Desde los Padres de la Iglesia hasta S. Ignacio de Loyola es una sucesión de recomendaciones y también de reglas que ayudan prácticamente a hacer el examen de conciencia con fruto. No podemos detenernos aquí en este problema. Sólo diremos que quizá nadie lo ha ilustrado mejor que Massillon, tan exquisito en el análisis psicológico.

En uno de sus *Sermons pour l'Avent* describe el juicio universal y en lugar de detenerse en la descripción de la escena exterior fija su mirada en "la manifestación de las conciencias". Creo que los mismos que le escucharon en la Corte de Luis XIV, tuvieron ese día un sobresalto saludable de temor.

De un lado Cristo que tanto nos ha amado, o sea, "un Salvador que os mostrará sus llagas para reprocharos vuestra ingratitud". Del otro las conciencias, cada una de las cuales será examinada.

El examen se extenderá a las diversas edades y a todas las circunstancias de la vida. Debilidades de la infan-

cia, culpas de la juventud, ambiciones y errores de una edad más madura, frialdad y endurecimiento de una ancianidad tal vez todavía voluptuosa, toda una historia de miserias que irá desarrollándose ante nuestros ojos conturbados. Ni una acción, ni un deseo, ni un pensamiento, ni una palabra serán omitidos; todo revivirá y aparecerá en su verdadera fisonomía.

Será recordada no sólo la historia exterior de nuestras costumbres, sino también la historia secreta de nuestros corazones: anhelos vergonzosos, proyectos ridículos, envidias abyectas y secretas; sentimientos viles que tal vez tratábamos de ocultar a nosotros mismos cubriéndolos con piadosos velos, odios y animosidades, intenciones perversas y viciosas, las vicisitudes todas de las pasiones saldrán imprevistamente como de una emboscada, mientras una luz clarísima iluminará el abismo de nuestro yo y el misterio de iniquidad encerrado en el corazón humano. Y entonces comprenderemos que lo menos conocido por nosotros éramos nosotros mismos.

Al examen del mal cometido sucederá el del bien no practicado: omisiones innumerables que han llenado nuestra vida, ocasiones de practicar la virtud tantas veces descuidadas, almas que habríamos podido formar y salvar y que hemos dejado perecer, indolencias, flojeadades, indiferencia, larga serie de días perdidos y sacrificados al ocio...

Y no basta. Seremos examinados respecto a las gracias de las que hemos abusado: santas inspiraciones no atendidas, sermones y buenos consejos desoídos, dolores no santificados, dones naturales que habrían debido ser gérmenes de virtudes y fueron fuentes de vicios.

Y estos pecados son los nuestros. Pero el examen no se detendrá aquí. Se extenderá también a los pecados del prójimo, causados u ocasionados por nosotros y que por ende nos serán imputados. Nos serán presentadas todas las almas, a las que hemos sido causa de pecado o de escándalo; todas las almas precipitadas al infierno por nuestros ejemplos, por nuestras conversaciones, por nuestras inmodestias; todas las almas, de las que hemos seducido su debilidad, corrompido su inocencia, pervertido su fe, conmovido su virtud, autorizado su libertinaje, confirmado su impiedad. Jesucristo, a quien pertenecían, nos las reclamará como su conquista preciosa, que injustamente le hemos arrebatado. Jesús nos exigirá el precio de su sangre.

No basta todavía. Nuestras mismas virtudes, nuestras obras santas practicadas serán sometidas a un riguroso examen: intenciones y motivos ocultos que arruinaban la acción virtuosa; obras de caridad y beneficencia hechas por ambición; oraciones rezadas sin recogimiento, sacramentos profanados, actos de piedad malbaratados, comuniones distraídas sin preparación y sin acción de gracias; vanas complacencias y búsqueda perpetua de nosotros mismos aun en las obras de Dios y de bien; el pretendido oro que se nos revelará oropel...

Y Massillón, después de esta descripción, exclamaba con S. Agustín: "¡Oh! ¡si ya desde este momento pudiese ver con mis ojos el estado de mi alma!..."

El examen de conciencia puede realizar este deseo del autor de las *Confesiones*; puede y debe ser el medio de prevenir y evitar un juicio divino tan riguroso; y nadie

se desaliente ante una lúgubre visión de un pasado de vergüenzas y caídas. La moral cristiana que por una parte nos invita a bajar al abismo de nuestras miserias, nos indica por otra en el Corazón de Cristo el abismo de Amor que perdona y redime.

La historia de las derrotas se entrelaza con la historia de las misericordias divinas.

V. - REDENCION Y VICTORIA

Los adversarios de la moral cristiana, usando el procedimiento habitual en la impostura, mientras aplauden el placer, el vicio, el oro y todas las afirmaciones del propio yo en oposición a Dios, siempre están dispuestos a despreciar a los que encuentran su ruina en la culpa y a burlarse de los cristianos que caen en algún pecado.

He aquí la gran moral que habla de alturas y de vuelos — declaman con la gravedad del desprecio irónico. Hela en la historia con Papas que se llaman Alejandro VI, con eclesiásticos semejantes a los del Renacimiento, con inmundicias que se renuevan de tiempo en tiempo. Y como si en la ética sólo importase el *hecho* y no también la *justificación* y el *valor íntimo* del mismo hecho, hablan de una moral sin religión y de una “probidad” atea.

En cambio, en la concepción del Cristianismo descripta hasta ahora, nadie se escandaliza, aunque cayeran los cedros del Líbano. Unidos a Cristo y fortificados con la gracia, debemos combatir, como hemos visto, día a día, hora por hora. Si falta nuestra cooperación a ese apoyo divino que jamás falta, caemos por tierra en la ignominia

de una derrota pequeña o grande. Ya seamos personas religiosas y consagradas a Dios, ya simples fieles, cuando en alguna ocasión triste y malhadada deponemos las armas, triunfa el enemigo.

No nos asombramos de esto, sabiendo por experiencia personal, cuan duro y continuado es el combate. Si el primer Pontífice S. Pedro negó al divino Maestro; si uno de los Apóstoles, Judas, lo vendió por treinta dineros; si alguna vez debemos llorar el avance de la corrupción en medio del pueblo fiel, no debemos deducir neciamente: "luego Cristo no está en la verdad; luego la moral cristiana es inútil". Sería como querer negar el valor de las matemáticas por los errores cometidos por quien aplica sus reglas. Antes por el contrario en todo error descubrimos una confirmación de la verdad, y así como la equivocación en una operación aritmética es tal, precisamente por haberse descuidado las reglas, así también una culpa es tal, precisamente por haberse abandonado prácticamente la norma ética. Si ésta hubiera sido observada, no habríamos tenido una derrota, sino una victoria.

Por lo demás, cada uno de nosotros, considerando no su propio yo, sino el organismo divinamente santo al cual pertenecemos, la Iglesia, exclama con el Cardenal Maffi: "Nosotros, hombres, tenemos en verdad las miserias y las debilidades impuestas por la naturaleza, que sin embargo procuramos corregir y dominar día a día; pero aun admitiendo en nosotros alguna caída, no por esto hemos cesado, ni cesamos de estar, lo decimos francamente, a la vanguardia de la doctrina, del progreso, de la virtud, de la bondad. Está inclinada la torre de Bo-

nano, y con todo es nuestra gloria; la misma *Eneida* tiene versos faltos, y con todo es la obra maestra de la épica latina; imperfecto es también el sepulcro de Julio II, y con todo penetra en él Miguel Angel y triunfa con su Moisés. Pisa perdería un milagro de arte y de estática y la maravillosa prerrogativa de su corona, si enderezasen su torre: si el clero todo, si la Iglesia toda, aun la de la tierra, fuesen santos, tal vez no resplandecerían tan evidentes a nuestros ojos los misterios de la gracia y del libre albedrío y los triunfos y la obra del Señor; pero, aun dada la inclinación a la tierra, como la inclinación de la torre, contemplad al clero, contemplad a la Iglesia que se eleva hacia el cielo y con la voz de sus campanas, como con la vida y con la doctrina de sus sacerdotes, es embeleso y admiración de cuantos las comprenden”.

La diferencia entre Cristo y los fariseos de todos los tiempos está aquí. Estos, en nombre de sus pasiones, explotan egoísticamente personas y cosas, arrastran por el fango a la criatura de Dios y después la desprecian y quieren lapidarla. Cristo, por el contrario, aun condenando la culpa, perdona al culpable, le levanta y le da, por los méritos de su Sangre purificadora, un nuevo par de alas: El es el Dios de la esperanza que se acerca al caído, le alarga su diestra y le redime.

a) La doctrina de la redención

Tal vez en ningún otro punto, como en éste, nuestras conciencias comprenden que la moral cristiana es moral de amor.

Los pecadores con sus ojos empapados en lágrimas han releído siempre en el Evangelio la parábola del buen Pastor — que deja las noventa y nueve ovejas fieles y va en busca de la ovejuela perdida — y la otra tan sencilla y al mismo tiempo tan sublime del hijo pródigo que vuelve al hogar paterno, recibido con la alegría del Padre.

Los corazones conmovidos han aprendido de los labios de Jesús que El ha venido no por los justos, sino por los pecadores, porque no son los sanos quienes necesitan del médico, sino los enfermos; han aprendido con sorpresa que en el cielo se hace mayor fiesta por el pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia.

Y a través de los siglos los capítulos evangélicos que reflejan la inefable bondad de Jesús hacia las almas pecadoras, fueron saludados siempre con espíritu agradecido.

Jesús dijo al paralítico que estuvo enfermo durante treinta y ocho años y a quien sanó con una sola palabra: “No peques más, no sea que te suceda algo peor”.

Jesús ha tomado la defensa de la mujer sorprendida en adulterio: “El que de vosotros se halle sin pecado, tire la primera piedra”, y escribía en tierra. Y cuando los acusadores conscientes de sus propias culpas se alejaron, el divino Maestro preguntó: “¿Nadie te ha condenado?” “Nadie, Señor”. “Yo tampoco te condenaré; vete en paz y en adelante no peques más”.

Magdalena se arrojó a los pies de Jesús y lloró los escándalos de su vida. El fariseo se escandalizó, pero Jesús anunció que a esta mujer le eran “perdonados muchos

pecados, porque había amado mucho". Y la quiso al pie de su Cruz al lado del candor de la Inmaculada y de la virginidad de Juan, y le concedió la precedencia en las apariciones a sus discípulos después de su resurrección.

Y será la Samaritana trocada de pecadora en una santa; será en el camino de Jericó, la ciudad de las rosas, Zaqueo, principal entre los publicanos y ladrón, que con un toque de la divina generosidad de Jesús se convierte en discípulo suyo y da la mitad de sus bienes a los pobres; será Pedro, convertido por una mirada divinamente dulce y triste, que llorará una vida entera; será en el mismo Calvario en las últimas horas y entre las amarguras de la agonía el buen ladrón que escuchará el "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Y ¿qué es el Gólgota, qué el Crucificado, sino el perdón, la redención, la "remisión de los pecados"?

Todo esto es un poema de amor; y quien no quede embelesado, jamás alcanzará a comprender la verdadera naturaleza de la moral cristiana. Todo sentimiento de desesperación es reprobado; a cada uno — aunque se trate del hombre más infame y más criminal — Jesús, el Salvador, le habla con divina ternura de perdón, de rehabilitación, de reconquista, de desquite, de esperanza; a cada uno muestra su Corazón que llama y espera.

¿Qué son los grandes hombres del mundo, los grandes capitanes, los reyes, los ilustres ministros, los sabios, los filósofos comparados con Cristo? Ninguno de ellos podría regenerar las almas, trocar los corazones, infundir en nosotros la fuerza para levantarnos e iniciar una vida nueva; ninguno podría decirnos: "tus pecados te son-

perdonados; tu pasado lo he purificado en mi Sangre; he sufrido por ti; por ti he muerto...". Sólo Jesucristo ha hecho esto y ha hablado así; sólo un Dios podía enseñar una moral que todos, ignorantes y doctos, ancianos y niños, bárbaros y pueblos civilizados pueden comprender. A cada uno de nosotros El nos ha perdonado y el que se postra ante El, no se humilla, sino por el contrario se siente consolado y entona el canto del agradecimiento al Dios del amor.

b) La Confesión y el amor

Sabemos que Jesucristo determinó a la confesión sacramental de los propios pecados como condición del perdón. ¿Por qué? Y ¿por qué sienten algunos viva repugnancia en acercarse al tribunal de la misericordia?

El motivo es sencillísimo: se la considera con los ojos de Lutero, que la definía "el tormento de las almas", no con los de la moral cristiana que no podría interpretar el sacramento de la penitencia sino a la luz del amor.

Para confesarnos bien, además del examen de conciencia, sin el cual no podríamos conocer el estado real de nuestra vida, es necesario ante todo un vivo *dolor* de las culpas cometidas con el *propósito* de no cometerlas más en el futuro.

Sabemos que Benito Spinoza en su *Ética* declara: "El arrepentimiento no es una virtud, o sea no surge de la razón; pues el que se arrepiente, es dos veces miserable, o sea es impotente. Porque antes se deja vencer por el

mal deseo, luego por la tristeza". Y el Cristianismo se le aparecía como la doctrina de la muerte inútil.

Pero sabemos también que este filósofo desconocía el catecismo. El dolor y el propósito sólo tienden a un acto de amor a Dios, cuando — como ocurre en la contrición — no incluyen el mismo amor a Dios. Con el pecado hemos preferido las cosas de la tierra, hemos negado el amor a Dios, hemos caminado hacia la muerte; con el arrepentimiento, al restablecer el orden perturbado, nos dirigimos de nuevo a Dios, le pedimos perdón del mal realizado, le aseguramos que le amaremos siempre y que nunca más traicionaremos su Amor: en una palabra, nos encaminamos a la vida. Es verdad: para la confesión basta el *acto de atrición*, o sea el dolor de las culpas inspirado en el *amor imperfecto* y no es necesaria la *contrición*, o sea, el pesar sugerido por el *amor perfecto*, pero es indispensable el amor a Dios, al menos implícito en el acto sincero de atrición.

He aquí porque *una confesión sin dolor o sin propósito*, aun hecha en la hora de la muerte, aun acompañada por una sincera acusación de las propias faltas, *jamás, en ningún caso da el perdón de los pecados*: ésta no nos orienta hacia el Amor a Dios abandonado y traicionado y nos deja dirigidos aún hacia su negación.

El *crede firmiter et pecca fortiter* de Lutero puede ser cómodo para las pasiones humanas, pero es una enormidad moral, no obstante la pretendida imputación jurídica de los méritos de Cristo mediante la sola fe. ¿Cómo podemos ser justificados, si continuamos en oposición a

Dios? ¿Cómo podemos amar a Dios, si pecamos, o sea si despreciamos su Amor?

Adviértase. Jesucristo habría podido concedernos el perdón de los pecados mediante este único acto de dolor y de propósito interno, sumo, sobrenatural; pero ha querido obligarnos a manifestar nuestros pecados al sacerdote, porque la absolución es conclusión de un juicio y además porque — entre otras cosas — vivimos en la Iglesia. No somos individuos aislados, sino más bien individuos unidos en la gran sociedad cristiana. En una concepción atomística del Cristianismo, cual fué propagada por los protestantes, se comprende que el alma quiera entenderse directamente con Dios; pero en la verdadera concepción cristiana, que está en abierta oposición con el atomismo social, era conveniente, para no mencionar otras razones, que retornáramos al amor a Dios mediante la Iglesia y sus autorizados representantes, a los que Jesús dijo: “a aquéllos a quienes perdonaréis los pecados, les serán perdonados; a aquéllos a quienes se los retuviereis, les serán retenidos”. Nos dirigimos hacia el Padre no directamente, sino por medio de Jesucristo, que vive en su Iglesia, la cual no es sino el Cristo completo, como hemos visto. No nos arrodillamos ante un hombre, nos arrodillamos ante Cristo representado por ese hombre. Como magníficamente escribe Alejandro Manzoni en su *Morale Cattolica*: “nosotros, es decir, todos los católicos, seglares y sacerdotes, comenzando por el Papa, nos arrodillamos ante un sacerdote, le contamos nuestras culpas, escuchamos sus correcciones y sus consejos, aceptamos sus castigos. Pero cuando

el sacerdote, conturbada el alma por su indignidad y por la elevación de sus funciones, ha extendido sobre nuestra cabeza sus manos consagradas; cuando, confuso al encontrarse dispensador de la Sangre de la alianza, asombrado cada vez al proferir las palabras que dan la vida, pecador ha absuelto a un pecador, al levantarnos de sus pies, sentimos no haber cometido una vileza. ¿Hábitos ido por ventura a mendigar esperanzas terrenas? ¿Hemos hablado de él? ¿Acaso hemos adoptado una postura humillante para realzarnos más soberbios, para obtener predominio sobre nuestros hermanos? No se ha tratado entre nosotros sino de una miseria común a todos y de una misericordia de la que todos necesitamos. Hemos estado a los pies de un hombre que representaba a Jesucristo, para deponer, si posible fuera, todo lo que inclina el alma a la bajeza, el yugo de las pasiones, el amor de las cosas efímeras del mundo, el temor de sus juicios; hemos estado para adquirir la cualidad de libres y de hijos predilectos de Dios”.

En este caso se verifica también la ley de la moral cristiana: es necesario morir para vivir; es necesario humillarse para volar a lo alto; es necesario aceptar *por amor* el sacrificio de nuestro orgullo y de nuestro pequeño yo, porque sólo así podemos recibir el divino ósculo del perdón.

c) El problema de la conversión

Si la índole de este *Silabario* lo permitiese, podríamos examinar aquí el problema de la conversión.

¿Qué es el convertido? ¿Acaso un pensador que a fuerza de silogismos ha llegado lógicamente a la conclusión de la verdad cristiana? Podrá también ser esto; pero no es sólo esto. La conversión puede revestir mil formas; más aun, se puede afirmar que en cada convertido asistimos a una forma especial y característica de retorno a Dios. Hay quien se encamina hacia Cristo por el camino de la filosofía; otros recorren el camino de la beneficencia, del arte, de los desengaños humanos; otro, imprevistamente, en el camino de Damasco, es derribado por la luz hasta entonces negada, y así sucesivamente. *En todas las conversiones se encuentra un mismo elemento*: el amor, aun cuando el amor haya nacido del temor o de la vergüenza de sí mismo. La llama del amor será preparada de distinta manera por la gracia divina; pero, ¡ay, si aquélla no ardiese! No por nada los que viven con el corazón apegado a las miserias y a las frivolidades, no se preparan para la conversión: están lejos del amor a Dios y de la vida del cristiano.

d) Las campanas de Pascua

Cierto día Federico Nietzsche, niño aun, paseando con su padre desde Lützen a Roecken, fué sorprendido a mitad de camino por el festivo tañido de las campanas anunciadoras de la fiesta de Pascua. "Ese tañido — escribió Nietzsche — ha resonado frecuentemente en mi corazón". Pero no comprendió el sentido de esa música de vida, de ese anuncio de resurrección.

También en nuestros días, cada vez que vuelve la so-

lemnidad pascual, la Iglesia hace sonar sus campanas para recordar a todos su precepto de "confesarse *al menos* una vez por año y de comulgar *al menos* por Pascua". Y en el actual renacimiento de fe, muchos de los que desde largos años no frecuentaban los sacramentos, vuelven al hogar del Padre, imploran su perdón y se alimentan con las carnes inmaculadas del Cordero, que penetra en nuestro corazón para transformarnos más y más en El.

¡Que nadie deje de cumplir el precepto pascual! ¡Que la confesión de Pascua no se reduzca a una simple formalidad! ¡A la primavera de la naturaleza responda la primavera de las almas! El alegre grito "*Christus Dominus resurrexit*" exprese la espléndida realidad de hijos arrepentidos que inician una nueva vida: la vida del amor cristiano. ,

RECAPITULACION

Si dirigimos la mirada a algunos de los combates principales que se desarrollan en las conciencias por la práctica de la ley moral, comprobamos que aquéllos son sólo un conflicto entre el amor a Dios y el amor a lo que no es Dios (o sea, el amor a nuestro yo, a los placeres, a las riquezas, etc.).

I - El egoísmo del espíritu. Contra el precepto de Cristo, el egoísmo del espíritu nos dice: "Ama tu yo sobre todas las cosas y a todo ámallo sólo por tu yo". Innumerables son los fenómenos de esta orientación: soberbia, envidia, ambición, ridiculeces, aspiraciones a una gloria de cualquier modo adquirida, etc. Grandes hombres como Petrarca y pequeños hombres, como todo minúsculo estudiante, son víctimas del egocentrismo que lleva a deplorables consecuencias y amargos engaños.

Adviértase: la humildad cristiana no destruye nuestro yo, ni las energías individuales, sino las considera con relación a Dios y entonces no sólo ve todas las cosas en su verdadera entidad y usa rectamente de ellas, sino que también todo lo corrobora con la fuerza divina y sobrenatural que nos hace exclamar: "Todo lo puedo en Aquél que me conforta".

La moral autónoma, hoy tan en boga, es también una forma de amor de sí mismo, opuesto al amor de Dios; en efecto:

a) olvida que ni nuestro ser, ni nuestro pensamiento, ni nuestra voluntad son el centro de la realidad;

b) olvida que nosotros no creamos la ley del deber, sino que la reconocemos y debemos aplicarla libremente;

c) olvida que sobre el deber está el amor.

II— *El egoísmo de los sentidos* — La piara de Epicuro también habla y charla de amor, más aun, acusa a la ética cristiana de ser enemiga del amor. Por desgracia la piara de Epicuro sólo conoce el furioso egoísmo de los sentidos. Es sólo la moral de Cristo la que santifica el amor, en cuanto:

a) considera al matrimonio (y a la familia) como algo sagrado en el mismo orden natural y como sacramento en el orden sobrenatural;

b) señala en la virginidad la más sublime cima del amor. En efecto la virginidad no consiste únicamente en la ausencia de culpas, sino sobre todo en que ninguna fibra del corazón vibre sino por Dios. Esto explica que las obras de caridad, ya en el terreno espiritual, ya en el terreno de las necesidades materiales, hayan estado siempre unidas con la virginidad.

III— *El ansia de las riquezas*, — Otro conflicto se desarrolla entre el amor al oro y el amor a Dios.

Es enorme error poner el fin supremo en las riquezas, las que no proporcionan la alegría, son inseguras y deben abandonarse en el instante de la muerte.

La moral cristiana no condena la riqueza, sino sólo su abuso; no justifica el descuido de los deberes que cada uno tiene respecto a sus necesidades económicas: sólo excluye el trastorno de los valores, o sea, la substitución del Dios amor por el dios dinero.

Por esto Cristo proclama bienaventurados a los pobres de espíritu, es decir, a los que no tienen el corazón apegado al

oro, sino a Dios; y llama perfectos a los que por motivo de caridad renuncian efectivamente a todo. En el primero y especialmente en el segundo caso, la pobreza evangélica — mandada o aconsejada — se reduce a un acto de amor a Dios y al prójimo.

IV— *Las derrotas.* — En estos y en otros combates entre el amor a Dios y el amor a las criaturas con frecuencia hay derrotas dolorosas, que se pueden dividir en tres clases:

a) *El pecado mortal*, o la violación de la ley moral en materia grave, hecha con plena advertencia de la mente y con deliberado consentimiento de la voluntad. El pecado mortal es *a negación del amor divino* y nos quita por esto la gracia, haciéndonos merecedores del infierno;

b) *El pecado venial*, o la violación de la ley moral en materia leve, lo que implica *un enfriamiento en el amor*,

c) *La imperfección*, que no es una ofensa formal a Dios, pero consiste o en la transgresión de un consejo, o en la violación no culpable de un precepto.

Todo pecado ofende al Amor, pues: a) es la rebelión de los hijos contra el amor al Padre; b) es una ofensa al amor de Jesús hacia nosotros; c) es una negación del amor al prójimo; y d) es también una negación del amor que nos debemos a nosotros mismos.

Los medios para evitar el pecado son muchos, especialmente la práctica de la virtud, la mortificación, la oración, los sacramentos, la meditación y el examen de conciencia.

V— *Redención y victoria.* — En el áspero combate podemos caer por nuestra culpa y únicamente el fariseísmo impostor puede indignarse a sangre fría por los así llamados “escándalos clericales”. Aun en este caso doloroso el amor de Dios hacia nosotros:

a) no nos habla de desesperación, sino de redención, de perdón, de misericordia;

b) instituyó el sacramento de la confesión;

c) exulta por la conversión del pecador.

CAPITULO SEXTO

LA MORAL CRISTIANA Y LA VIDA

La vida humana transcurre entre vuelos y caídas, entre cantos de gloria y gemidos de derrotas, entre ideales soñados, esfuerzos realizados y propósitos generosos con frecuencia quebrantados al contacto con la dura realidad. Para que jamás sea una farsa risible o una tragedia lamentable, sino por el contrario sea una alta función, ayudará considerar a la luz de la moral cristiana el valor de nuestra vida *en sí misma*, en relación *a la familia* y en relación *al Estado*.

1. — La vida

La vida considerada en sí misma es un gran tesoro, ya en el orden natural, ya en el sobrenatural. Por desgracia muchos no aprecian la importancia de su existencia y la malgastan miserablemente. Se contentan con considerar los años de ésta, prescindiendo de Dios y de su Amor, y necesariamente la vida aparece entonces como un instante fugaz, como una ola vertiginosa, como la flor que se abre, se marchita y muere. Inevitables son en este caso el pesimismo y el escepticismo; y la burlona son-

risa del que goza o el insensato gesto del suicida son sus consecuencias. Pero quien no olvida que nuestra vida no es lo Absoluto, sino que debe ser puesta siempre, en todo instante, en relación con Dios y con el Amor divino, supera los egoísmos del escéptico y del pesimista, toma el real valor divino de la vida humana y utiliza sus días con sabiduría cristiana.

2. — La vida en el orden natural

Razonemos con absoluta sencillez.

Si admitimos la existencia de Dios y por ende su centralidad en el universo, debemos admitir también, en razón de su deslumbradora evidencia, tres principios abundantes en aplicaciones prácticas.

a) Cada hombre, que viene al mundo, tiene una función particular confiada a él por Dios.

El universo es un poema, en el cual cada criatura representa una letra. Y como cada letra alfabética tiene en el libro una función especial, así también cada ser y de un modo particular cada hombre tiene señalado su deber. ¡Ay de mí, si en una página saco una letra! Si de una línea en que se lee “nuestro *Dio* es el centro de la realidad, ya sacase la “D”, resultaría “nuestro *io* es el centro de la realidad” (1).

Y si añadiese alguna letra a alguna palabra, imitaría al buen alemán que estudiaba el idioma de Dante en Florencia y que habiendo encontrado por la calle con

(1) *Dio* - Dios; *io* - yo. (N. del T.).

asombro suyo un *spazzino* con grandes anteojos, relataba el hecho diciendo que había visto a un *spazzolino con anteojos* (1). Era un sencillito *ol* añadido graciosamente, que resultaba un apéndice inútil, más aun... una apendicitis nociva.

No sólo los *Héroes* de Carlyle forman la historia; cada persona, desde Napoleón hasta la modesta ancianita de la aldea, concurre a escribir la obra de las vicisitudes humanas. Y si nadie desprecia las letras mayúsculas, — es decir, los grandes hombres — no debe descuidar tampoco a los humildes, las letras minúsculas, las comas y los puntos finales.

Dios no sería la suprema Razón, si crease un ser sin señalarle un fin determinado, una finalidad concreta en el orden total. No conocemos, es verdad, el valor de nuestra actividad con exactitud; pero el soldado que se encontraba en uno de los frentes en el último conflicto europeo, tampoco conocía el motivo y la importancia de su acción: sólo el general sabía el valor de cada movimiento y también la necesidad de algunos sacrificios, irracionales tal vez a juicio del héroe que los realizaba, pero lógicos e imprescindibles a juicio del jefe que consideraba el conjunto orgánico del avance y de la defensa de su ejército.

Es muy necesario persuadirse de esta verdad despreciada con harta frecuencia. Es necesario recordar, sobre todo en las horas difíciles de combate y de dolor, que la vida es una función que nos ha confiado el amor de

(1) *Spazzino* - barrendero; *spazzolino* - cepillo. (N. del T.).

Dios, función que no representa algo superfluo, sino algo útil al plan providencial.

b) Cada vida particular, cada función individual es una "nota" de la música universal.

Si nuestra vida tiene relación con Dios, también la tiene con nuestros semejantes. Es un hilo de un tejido, sutilísimo, si se quiere, pero ¡ay, si lo quitáis! Imitaríais el raciocinio de un grupo de amigos míos que se me acercaran y cada uno con la excusa de que un cabello es poca cosa, me arrancara uno. ¡En poco tiempo mi cabeza quedaría completamente calva, semejante a una plaza que ni siquiera tiene un monumento!

No nos encerremos en nuestro pequeño *yo* oscuro; abramos las ventanas de nuestra alma; escuchemos; oiremos la música de la historia y comprenderemos cómo nuestra débil voz también forma parte del gran coro.

La realidad es un conjunto ordenado. No es un revoltillo de seres semejantes a piezas separadas e inconexas, atomísticamente independientes. No. En la naturaleza y en la historia encontramos una unidad casi de organismo. Una gota de agua está en estrechísima relación con toda la historia del universo: existe y existe cual hoy es porque ése fué y no diverso el desenvolvimiento de la nebulosa primitiva, de la tierra, de la atmósfera, etc. Así cada uno de nosotros está ligado al todo con íntima solidaridad. Nuestra civilización tiene sus fuentes en las civilizaciones de los siglos transcurridos; nuestra vida del presente tiene sus raíces en la noche de los tiempos y la libre actividad coopera al desarrollo de los acontecimientos. Una íntima relación une a la generación actual

con las tumbas del pasado y las cunas del porvenir, y no es sólo “la nariz de Cleopatra”, indicada por Pascal, la que puede señalar nuevos rumbos a la historia, sino que toda acción nuestra ejerce una influencia más o menos profunda en el curso de los acontecimientos.

Así como cada albañil contribuye a la construcción de un palacio, así también cada hombre es un albañil del palacio de la historia, es un colaborador de la historia de su familia, de su ciudad, de su patria, del mundo en que vive.

c) El cumplimiento de esta función señalada por Dios y la contribución al bien común no es deber que podamos descuidar impunemente. No somos dueños absolutos de nuestra vida, somos sólo sus depositarios, que libremente negociamos los talentos recibidos y un día deberemos rendir cuenta de éstos.

Por esto, ante todo, es una culpa el *suicidio*, sea el de Catón que no quiso sobrevivir a la libertad de su patria, sea el de Lucrecia que no quiso sobrevivir a su vergüenza. Ningún motivo puede justificar a quien huye del campo de batalla, donde el deber le ha colocado; ningún pretexto debe disminuir el horror suscitado en nosotros por la jovencita que bebe pastillas de sublimado corrosivo, por el desesperado que se dispara un tiro de revólver, por Roberto Ardigó que a los noventa años toma una navaja de afeitar y se degüella murmurando: “¿para qué sirve la vida?”, o por cualquier Petronio sesentón que entre músicas y perfumes levanta en alto la murrina copa, bebe en ella, la destroza arrojándola violentamente contra le muro y luego alarga su brazo para

que el médico abra sus venas y muere exangüe. No. La vida no es una copa que se pueda estrellar lícitamente contra el suelo. ,

Y así como el suicidio es un delito, así también la *pérdida del tiempo* es un pecado.

“Fugit irreparabile tempus”, advertía ya Virgilio. Quien reflexione en la inmensa cantidad de horas, de días y de años malgastados por muchos con incalificable ligereza, exclama con Schiller, en una de sus *Kleine Gedichte* titulada: *Der Sæmann*: “Mira: esperanzado confías a la tierra la dorada semilla y alegre esperas en la primavera que germine. ¿Sólo vacilarás en arrojar en los surcos del tiempo buenas acciones que sabiamente sembradas florezcan con tranquilidad para la eternidad?”

La misma moral natural proclama la preciosidad del tiempo y la *obligación del trabajo*. Además los Santos del Cristianismo nos han dado en esto luminosísimos ejemplos: S. Alfonso había hecho voto de no perder jamás ni siquiera un instante; S. Felipe Neri no dejaba inutilizada ni una pequeña partecita de tiempo; S. Camilo de Lelis se detenía ante las tumbas y se preguntaba: “¿Qué harían estos muertos para la vida eterna, si pudiesen volver a la vida?” En una palabra, hay Santos protectores del trabajo, como S. Benito; hay protectores de los sastres, de los zapateros, de los periodistas, etc.; pero jamás ha existido un santo protector del ocio.

Todo esto es verdad aun bajo el aspecto del orden natural. Y todos, hasta los mismos Estoicos, han declarado a la vida así concebida, la vida que glorifica al Creador.

“¿Qué otra cosa puedo hacer yo, anciano y cojo, sino cantar la gloria de Dios? —decía Epicteto en sus *Discursos*—. Si fuese un ruiseñor, haría la parte de ruiseñor; si fuese un cisne, la parte de cisne. Soy un ser racional y debo entonar un himno a Dios. Esta es mi parte y la haré, mientras pueda; os invito a todos vosotros a cantar conmigo”.

Es ésta la expresión de la misma *razón* humana. La *revelación* la confirma y añade que nuestra vida debe ser vida no sólo a gloria de Dios, sino a gloria del Dios uno y trino, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

3. — La vida en el orden sobrenatural

El orden sobrenatural no destruye nada de lo que hemos indicado, sino por el contrario, todo lo consagra y lo sublima.

a)—La vida del cristiano es una función que el *Padre* confía al hijo.

Mientras vivimos sin pecado mortal, no siendo esclavos, ni meras criaturas, sino hijos de Dios por la gracia que eleva nuestra naturaleza humana y nos hace partícipes de la naturaleza divina, nuestra vida es un *Padre nuestro* recitado con la actividad cotidiana.

El verdadero *Padre nuestro* no es el que tantas veces mascullamos distraídamente, es el grito de amor que los hijos fieles dirigen al Padre, mientras cumplen su voluntad en la tierra. Son nuestros actos — desde las oraciones que pronunciamos hasta los sacrificios generosamente aceptados — los que glorifican al Señor y le re-

piten: *sanctificetur nomen tuum*. Son ellos los que concurren a la realización de su reino: *adveniat regnum tuum*. Mediante nuestra vida toda pronunciamos en verdad más que con los labios las sublimes palabras: *fiat voluntas tua*. Y el buen Padre nos provee el pan supersubstantial que vivifica las almas y el otro pan que nutre los cuerpos; nos perdona nuestros pecados, ordenándonos perdonar las ofensas recibidas; nos pone en guardia contra las tentaciones y el mal, o sea, contra la culpa que podría, siendo mortal, hacernos perder la gracia y de ese modo arruinar nuestra vida. Toda acción buena hecha sin la gracia no brota de un alma divinizada, por ende tiene un valor puramente humano y no merece un premio sobrenatural, en una palabra, es una acción sin amor. Nuestra vida, por el contrario, debe ser la actuación de nuestra función humana *querida por Dios y desarrollada con la gracia santificante*. A imitación del Beato De La Colombière debemos ser apóstoles del “momento presente *santificado*” y con él debemos proponernos este programa: “Aunque toda la tierra debiera sublevarse contra mí, censurarme, mofarse de mí, compadecerme, es necesario que yo haga todo lo que Dios me ordena, todo lo que Dios me inspira para su gloria”.

b)—El Padre no nos deja solos: nos une, nos incorpora a *su Hijo unigénito*, Jesucristo, y mediante “el primero entre los hermanos” nos une a todos los demás hermanos en el cuerpo místico de la Iglesia.

Entonces nuestra vida cristianamente vivida es no sólo divinamente preciosa en sí, sino también provechosa para todos. Es amor a Cristo con quien formamos

un mismo organismo; es amor al prójimo con quien comunicamos en la Comunión de los Santos; es contribución con una pequeña piedra a la catedral dedicada a la Realeza del Salvador; es apostolado; es función de amor fraterno.

Jesús está con nosotros. Reclina su cabeza sobre nuestro corazón y nos incita al deber, al sacrificio, al amor. Si caemos, nos levanta; si estamos tristes y fatigados, nos repite: "Venid a mí, vosotros todos los que estáis abatidos y fatigados y yo os aliviaré"; si sufrimos, recoge nuestras lágrimas; si trabajamos, santifica nuestra fatiga; si oramos, une nuestra oración a la suya y la ofrece al Padre. La desesperación del suicidio no cabe aquí; la pérdida del tiempo constituye un remordimiento; el sudor cotidiano se convierte en sobrenatural alegría; y la nota puesta en la música de la vida es una nota de amor.

c)—Por lo demás ¿sería posible una hipótesis diferente, si se piensa que el *Espíritu Santo* es el alma de la Iglesia y por esto el alma de nuestra alma?

Cuando en nuestros templos se canta festivamente: "Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto", no reflexionamos tal vez en que esa doxología es sólo un eco de la gloria al Señor uno y trino, gloria que se eleva de toda vida cristiana y de toda la vida de la Iglesia. Muchas veces hemos perdido el sentido de lo sobrenatural. La vida ha perdido de vista al Sol que debía iluminarla y queda sumergida en las inconsolables tinieblas de los dolores, de las lamentaciones y de las mezquinas miserias humanas. Y entonces la vida ya no es un *Gloria* a la Trinidad y no se percibe su valor.

Si Montalembert dirigiéndose un día a los jóvenes para despertarlos de su sopor y animarlos a obras egregias les decía: “Dadme vuestros veinte años, si no sabéis que hacer con ellos”, nosotros también podemos repetir el mismo llamamiento a una juventud con frecuencia floja e inconsecuente que trata a la vida, como a un cigarrillo... Cuatro espirales de humo, y después, las tumbas recogen las colillas.

No. Esto no debe tolerarse. Repitámoslo una vez más: cada uno de nosotros (este pensamiento genial es de San Francisco de Sales) puede compararse al habilísimo músico que ensordecía completamente, su oído no percibía ningún sonido. Sin embargo para contentar al príncipe prosiguió su canto acompañándose con delicada mano en su laúd. Y proseguía aunque el príncipe no le manifestara su agrado.

También nosotros somos sordos en este mundo. Es decir, no percibimos todo el significado, ni el valor de la vida; no sabemos qué influencia tendrá por voluntad de Dios es el triunfo de Cristo; no podemos comprender la sobrenatural belleza de una existencia, si se quiere humilde y oculta en sí, pero preciosa a los ojos del Señor. No importa. Nuestra vida debe ser siempre hermosa como un himno y como el sonido de un laúd tocado no por cualquier mano, sino por el Espíritu divino.

4. — La familia, la escuela y los problemas sociales

La moral cristiana resuelve con el mismo principio

los grandes problemas sociales, comenzando por el de la familia.

El individuo no existe aislado: concebirlo así es fruto de abstracción. Y tampoco vive junto a los demás, como un ser junto a otros seres iguales. La realidad concreta es muy distinta. El ser individual es miembro de una familia, como las familias son miembros del Estado, como los Estados son miembros de la gran familia humana.

El amor al prójimo no puede prescindir de esta constitución social. Y necio sería quien quisiese amar a sus padres lo mismo que a los lejanos y desconocidos beduinos, o también a su patria con el mismo amor que puede tener por el Cabo de Buena Esperanza. Por inspirarse el amor al prójimo en el amor a Dios y por expresarse la voluntad divina en la concreción de la realidad creada con sus exigencias determinadas y esenciales, resulta que no amaríamos a Dios, si no amásemos la familia, la patria y el Estado.

En una unidad harmónica de visión y de consecuencias prácticas, la familia (así como la patria y el Estado) debe concebirse también en función del concepto de amor.

El matrimonio no es un contrato cualquiera hecho por intereses vulgares, sino un pacto de amor y precisamente por esto bajo el mismo aspecto natural es indisoluble. El verdadero amor no es "un contrato con vencimiento a plazo fijo", sino que es eterno y únicamente conoce estas palabras: "Tú sólo y para siempre". Dos corazones que en un momento solemne de su vida se unen con un santo vínculo, del cual depende la trasmisión de la vida y la conservación del linaje humano, no se amarían, si no se jurasen mutuamente un amor eterno. ¿Qué amor sería

el suyo, si se dijese: “sí, nos amaremos sólo dos años?” Las pasiones creadoras del divorcio son la negación del amor; son escueto egoísmo y son por ende la ruina de la familia y de los pueblos. El matrimonio indisoluble — y monogámico — es el único que pone en práctica el concepto de amor en la formación de la nueva familia; el único que de dos seres hace casi una sola personalidad mediante el mutuo afecto y — cuando los esposos comprenden el valor de su unión — puede hacerlos capaces de compadecerse en las necesidades, en las debilidades, en las enfermedades, en las desgracias; el único que considera a la familia con relación al fruto del amor, los hijos, y que mediante la ley del amor hace posible su educación.

Cristo — como hemos dicho — lejos de repudiar este amor santo, lo ha santificado con la gracia y con la grandeza de un Sacramento. La familia cristiana está enteramente penetrada de amor, en ella el amor es la fuente, la atmósfera, el vínculo, el fin. La primera manifestación de la caridad hacia el prójimo debe encontrarse en la familia; en los esposos entre sí, entre los padres y los hijos, entre los hijos y los padres.

Si se observa bien, todo pecado cometido en una familia es una violación del amor. Desde la infidelidad a la promesa jurada, al egoísmo brutal que profana al sacramento recibido; desde el descuido o la falta en la educación de la prole, a cualquier insubordinación de los hijos contra el padre o la madre, no es posible imaginar una culpa en el ambiente familiar, que no sea contra el amor. Y la famosa pretendida antítesis entre libertad y autoridad desaparece al soplo del amor: la corrección y

el castigo, cuando no están abandonados al ímpetu pasional del momento, sino son inspirados y guiados por la razón, por el corazón y por el propósito de "formar a Cristo" (como dice San Pablo) en las almas de los hijos, no son una autoridad que aplasta y mata, sino más bien son una autoridad que liberta y vivifica.

Deberían desarrollarse idénticos conceptos respecto a las relaciones entre *maestro y alumno*, entre *patrones y obreros*, entre *soberanos y súbditos*.

En la concepción cristiana todo se hermosea con el amor. Así las mismas relaciones entre el patrón y los trabajadores que de él dependen, no son reguladas por un simple criterio de justicia. Aun a las mismas exigencias de la justicia debe responderse en nombre del amor fraterno cuyo fruto es la equidad. Aun las mismas formas económicas que han ido desarrollándose desde la economía de esclavos al capitalismo actual y que siempre se transformarán, aunque sea gradualmente, no son sino un verdadero y progresivo perfeccionamiento del amor. Sin esta idea fundamental ni es posible tampoco una solución de la cuestión social, no ya en el sentido de que basta al gran problema una declaración de principios ideales, sino en el sentido de que la misma realidad económica debe ser realización del divino precepto de la caridad.

5. — El Estado

El cristiano debe considera también al Estado con idéntico criterio. No sólo la Iglesia, organismo espiritual,

vivificado por el Espíritu Santo, es “la sociedad de las almas llamadas al amor”: el Estado también lo es.

¿Qué significa “el Estado”? Significa que ninguno de nosotros ha sido creado para vivir *egoísticamente* por su cuenta y que Dios nos ha creado de modo que nos sea naturalmente necesario estar reunidos en la sociedad familiar y en la sociedad del Estado. Nuestra voluntad no constituye el Estado, aunque sin fundamento lo afirma Rousseau; y no debemos ver en el Estado algo formado por nosotros y que depende de nuestro arbitrio individual. No: debemos ver en el Estado la voluntad de Dios y precisamente por esto debemos respetar, venerar y obedecer la majestad del Estado. Haciendo esto, *amamos a Dios*.

Añadimos: *amamos también al prójimo*. ¿Acaso no es verdadero y obligatorio amor al prójimo la actividad de los que gobiernan, no cuando proclaman paganamente con Luis XIV: “El Estado soy yo”, sino cuando con todo su esfuerzo tienden al bien común que es precisamente el fin del Estado? Y ¿no es verdadero y obligatorio amor a los hermanos la disciplina del ciudadano, su sumisión a la autoridad, el respeto a las leyes, su cooperación voluntaria y cotidiana a la prosperidad del Estado y el sacrificio de sí mismo hasta la completa inmolación de la vida cuando es necesario? Procediendo así, el cristiano no hace más que cumplir con su deber, y no sería cristiano, si obrase de distinto modo, pues conculcaría el precepto de la caridad.

Por esto el Estado ha tenido siempre para nosotros un carácter ético y la Iglesia ha condenado las teorías li-

berales del Estado agnóstico, del Estado neutro, del Estado que asegura no tener una moral, como si ante ese monstruoso Estado no fuese lógico el ciudadano que coloca a la autoridad del Estado entre las cosas despreciables.

El carácter ético del Estado no implica absolutamente que el Estado cree una moral propia. Así como la vida individual tiene un valor ético, no en cuanto cada uno de nosotros se forma una norma de conducta a su talante, sino en cuanto observamos la moral; así también el Estado tiene un valor moral, no en cuanto elabora un nuevo decálogo en que, por ejemplo, se diga: "desprecia a tu padre y a tu madre; mata; roba", etc., sino en cuanto se reconoce en su constitución esencial como algo que depende no del arbitrio humano, sino de Dios ordenador y legislador; en cuanto en su actividad se inspira en el bien general de los súbditos y en cuanto respeta y hace respetar las normas éticas, únicas que pueden conducirlo a su verdadera grandeza.

De aquí se deduce la indisolubilidad entre el cristiano y el buen ciudadano: es un binomio en que uno de los términos implica al otro. De aquí también el absurdo de un cristiano que no ame a su patria. De aquí la ridiculez de una hueca y perjudicial abstracción de utopías humanitarias que propugnan el sueño de una humanidad sin patrias, sueño que puede darse la mano con el de un Estado sin familias o de un organismo sin distinción de miembros. Esto no obstante, las necesidades cada día más límpidas, persuasivas, fatales de unir a los pueblos con vínculos cada vez más estrechos de fraternidad y de

intereses comunes para garantizarles, con la paz, la prosperidad; el lógico desarrollo de nuevos vínculos internacionales que de los primeros núcleos más homogéneos irán abrazando sucesivamente por conexión espiritual a otros pueblos, a otras tierras, a otras fuerzas, conducirán un día a una futura unión orgánica de Estados, cada uno de los cuales no se inspirará más únicamente en el propio egoísmo, sino que cooperará al bienestar de todos. Debe prepararse ese día con todas las energías y con todos los sacrificios, pero sólo será posible con la vida, el respeto o el desarrollo de las unidades nacionales.

6. — Conclusión

En las tumbas de los antiguos Faraones se encontraron granos de trigo que arrojados en buena tierra han producido espigas después de tantos siglos.

La moral cristiana se asemeja a estos granos de trigo. La han ocultado en los lóbregos hipogeos del olvido y del desprecio; y los *individuos*, las *familias*, los *colegios*, los *talleres*, los *Estados* han comido el pan del *egoísmo*. Derivan de esto innumerables perjuicios en la vida individual y familiar, en la educación, en la economía, en la vida civil de las naciones. Los suicidios y los divorcios, la limitación de la prole y la falta de formación espiritual, la lucha de clases y el conflicto entre los pueblos indican los deplorables efectos del abandono del Cristianismo.

Para recoger el antiguo grano de trigo que siempre

conserva palpitación de vida, debemos dirigiarnos al sepulcro de Cristo que ha tenido encerrada a la víctima del Amor. Sólo el pan de la caridad puede ser la salvación de la humanidad; sólo este pan puede ser transformado en el alimento sobrenatural de vida eterna.

RECAPITULACION

La vida es una función y tiene un valor divino; ya sea la considere en sí misma, ya en relación a la familia, ya en relación al Estado.

a) *En si misma*, la vida de cada uno tiene un objeto determinado que constituye una nota en la música del universo, que debe cantar el amor a Dios y a los hermanos y debe ser un himno de gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por esto es un delito *el suicidio*; es una culpa *la pérdida del tiempo*; es un deber *el trabajo*.

b) *En relación a la familia*, la moral cristiana propugna la concepción de la vida como amor, ya afirmando la unidad y la indisolubilidad del matrimonio y prohibiendo el divorcio, ya ordenando el afecto entre los cónyuges y el amor de los hijos a los padres.

c) *El mismo Estado* es para la moral cristiana la sociedad de las almas llamadas al amor. Respetando y obedeciendo a la majestad del Estado *amamos a Dios* que no nos ha creado para vivir egoísticamente, sino que ha querido que fuese necesario constituir el Estado; además *amamos al prójimo* trabajando y tendiendo al bien común, sea con la actividad de los que gobiernan, sea con la colaboración decidida y obsecuente del ciudadano. De aquí también el deber del cristiano de amar a su patria.

CAPITULO SEPTIMO

LA MORAL CRISTIANA Y LA MUERTE

Célebre entre los admiradores del teatro selecto es la tragedia de Leonidas Andreieff: *La vida del hombre*.

Sus cinco cuadros nos representan los momentos más significativos de la vida: no de la vida de un hombre determinado que lleva sobre su rostro el tormento de sus propias pasiones, sino del hombre en general que nace, espera, alcanza, pierde lo conquistado y muere.

Oímos el grito proferido por la madre desgarrada al nacer el hombre. De la obscuridad surge entonces una figura gris: ésta sostiene una antorcha que en ese momento enciende. De la noche del no-ser ha brotado una luz: arde la *brief candle* de Shakespeare. Y durante toda la tragedia la antorcha se consume lentamente.

Primero resplandece brillante en medio de los bailes de la juventud; luego brilla todavía clara en medio de las esperanzas, de los desengaños, de los contrastes, de la fortuna que llega, de la riqueza que se esfuma, de la fama que se marchita, del talento que se eclipsa, de la desaparición de los parientes. La antorcha se consume siempre más. Llega el día en que, mientras los recuerdos lanzan a su rededor cual fantasmas descarnados, la an-

torcha oscila y se extingue: “¡Silencio! — dice la figura gris — ¡el hombre ha muerto!”

¿Es ésta en verdad la realidad?

Sí y no.

“Si el grano de trigo no cae en la tierra y no muere, no dará fruto — dice Jesús en el Evangelio — si en cambio muere, dará mucho fruto”. La moral cristiana no sólo enseña a vivir, sino que *también enseña a morir*. Y nos hace contemplar la muerte no sólo a la luz de una antorcha que se consume, ni a la llamita tenue de una vela bendita que proyecta su pálido rayo sobre el grano de trigo que se marchita, sino a la luz del sol radiante del Amor que besa la dorada espiga destinada a ser transubstanciada en Cristo.

Platón, ante la figura heroicamente hermosa y digna de Sócrates que muere en la cárcel, susurraba: “La filosofía es la meditación de la muerte”. Ante la cruz de Cristo divinamente grande nuestra moral repite una vez más que es necesario morir para vivir, es necesario saber morir *cristianamente* para pasar a una nueva, feliz y eterna vida.

1. — El Cristianismo y la muerte

El Cristianismo considera a la misma muerte en función del concepto de amor.

A primera vista, esto parece imposible y absurdo.

La muerte, decía Aristóteles, es espantosa, horrenda, terrible. La destrucción de nuestro organismo; la separación del alma de su cuerpo; el abandono de todo lo que nos es querido, de las personas a las que nos ligan

vínculos de sangre y de afecto, de la tierra que nos ha visto nacer, de todas las cosas que nos rodean; la negra incertidumbre del más allá; todo esto no puede dejar de suscitar en nosotros un temblor de espanto y de repulsión. ¿Cómo, pues, puede hablarse de la muerte en relación al Amor?

Y sin embargo, basta reflexionar un instante para que cambie la escena.

No habríamos debido morir. El Amor infinito de Dios no nos había destinado a los horrores de la muerte. La culpa del primer hombre, la *rebelión al Amor* introdujo la muerte en el mundo. Y si es triste y horrible la muerte, lo es encuanto se relaciona con la negación del Amor.

Aun en el orden natural, cada vez que la muerte no desprecia al amor, sino que por el contrario en cualquier dosis, en cualquier grado, en cualquier modo lo afirma, se transfigura, toma un nuevo aspecto: es con frecuencia la "muerte hermosa". Si una madre se sacrifica y muere por su hijo; si un soldado cae en el campo de batalla por su patria; si un sabio encuentra su tumba en el laboratorio de sus investigaciones, advertimos que un rayo de amor — aunque sólo sea humanamente bueno — trueca la faz de la triste megera en fulgente y lúcido rostro de gloria.

Pero esto acaece especialmente, y debería acaecer a cada creyente, en el orden sobrenatural. En esto Francisco de Asís expresa la verdad de la ética cristiana, con su sublime frase: "Hermana Muerte", dando a la muerte un apelativo de amor.

La moral cristiana vivida y practicada por los santos y por sus fieles seguidores nos convence *con hechos* de la transformación realizada en la muerte por el Amor infinito de Dios.

“Eran los últimos días de Santa Teresa — cuenta el P. De Ribera—. Al ver penetrar en su celda el Santísimo Sacramento, se transformó completamente. Aunque tiempo atrás se sentía profundamente abatida y una postración mortal le impedía hacer el menor movimiento, con todo incorporándose de pronto se sentó en el lecho sin que nadie la sostuviera. Pareció querer abalanzarse al encuentro de la Hostia que venía, y fué necesario tenerla. El rostro se le hermoseó y aparecía encendido como el rostro de un ángel; habían desaparecido las mismas arrugas y demás señales de vejez y de enfermedad. Brotó entonces de su corazón el grito de fe, de esperanza, de amor; uno de los más conmovedores que se hayan emitido en la tierra: “¡Señor! ¡era tiempo de vernos!”. Luego cerró sus ojos; expiró; y vió al Señor”.

Una hija de la gran mística Santa Teresa en el lecho de su agonía exclamaba: “¡Oh dulce muerte! ¿Quién ha osado afirmar que eres amarga y triste? No hay alegría comparable a la que tu causas. ¡Oh Jesús mío! ¡qué injusta calumnia tratar de amarga a la muerte! ¡Es ésta la puerta por la que se entra a gozar de Ti! ¡Cómo se comprende, querido Maestro, que has pasado Tú por ella y le has quitado toda la amargura!”.

Santa Gertrudis cayó desde gran altura y exclamó con alegría: “¡Dulce Señor mío! ¡qué felicidad la mía, si esta caída hubiese abreviado el camino para llegar a Ti!”

S. Juan de la Cruz, antes de su muerte, hizo llamar a varios músicos a su pobre celda del convento hospitalario para que festejasen con armonías de júbilo su vuelo hacia Dios.

El Padre Ravignan contestó al médico que le anunciaba su futuro restablecimiento: “¡Oh! ¿por qué no me habláis de la muerte? ¡Es tan bello morir para poder ver a Dios!”

Lacordaire se extinguió murmurando: “¡Dios mío, abridme, abridme!”.

Camilo Féron-Vrau, antes de cerrar sus ojos para siempre, miró a su confesor, le sonrió y susurró: “¡Al cielo! ¡Al cielo!”.

Hace poco, moría en Roma Julio Salvadori, poeta de la hermosura de Dios y profesor de la Universidad Católica del Sagrado Corazón. La víspera de su muerte dijo al hermano que le asistía: “Mañana me vestirás con mi traje más hermoso, porque comenzará mi fiesta”.

Millares de Santos repiten con Suárez moribundo: “Jamás habría pensado que es tan dulce morir”.

S. Carlos Borromeo pasó un día delante de un cuadro que representaba a la muerte armada de una guadaña. Llamó a un pintor y le ordenó trocase la guadaña en una llave de oro. ¿Por ventura no abre la muerte el paraíso al buen cristiano?

“Itroibo ad altare Dei”, dijo al subir las gradas del patíbulo el B. Natalio Pinot, una de las víctimas del Terror el 21 de febrero de 1794 y revestido de sus vestiduras sacerdotales, teniendo por altar la guillotina, comenzaba su sacrificio con las mismas palabras de la Misa.

No sin razón el Cura de Ars se lamentaba con frecuencia diciendo: “¿Por qué no se escribe un libro sobre los consuelos de la muerte?”

Es éste el voto que surge espontáneo al leer el plácido y sereno ocaso de los Santos. Si alguien tomase sus biografías y entresacase la descripción de su muerte, compondría una obra que sería para muchos una revelación. Limitémonos a dos cuadros: la muerte de S. Francisco y la de Santa Teresita de Lisieux.

“Al alba del 2 de octubre, un viernes —escribe María Sticco en una de las mejores vidas modernas del Santo de Asís— después de haber pasado S. Francisco una noche de congojas, sentóse sobre su jergón, se hizo llevar un poco de pan, lo bendijo, ordenó lo partiesen en tantas partes cuantos eran los presentes, y luego distribuyó un trozo a cada uno en recuerdo de la última cena de Jesús, significando que él también a imitación del Maestro amaba a los suyos hasta el fin y habría estado dispuesto a morir por ellos, y como si deseara transmitirles sensiblemente algo suyo. Ya todo estaba consumado. El sábado empeoró y hacia la noche, sintiéndose morir, entonó el salmo que comienza: “*Voce mea ad Dominum clamavi...* Elevo mi voz al Señor...” y prosiguió en su canto hasta que la Hermana Muerte le apagó la voz”.

La Santita de Lisieux había comprendido que su “vocación” era “el Amor”. Se había ofrecido como víctima de amor a Dios implorando “el martirio del corazón y del cuerpo”, y fué escuchada. “No satisfecha con cubrir con rosas las llagas de su Crucifijo —observa con ra-

zón el P. Mateo— consiguió ocultar perfectamente los desgarramientos de su alma, las torturadoras penas de su espíritu y los largos y vivos dolores de su última enfermedad bajo el velo encantador de sus sonrisas, de su dulzura y de su alegría. Es decir, tuvo el divino pudor de la belleza de su martirio de amor”.

“¿Sufre mucho?...”, le preguntaban las buenas religiosas.

“Sí, pero ¡lo he deseado tanto!... Todo sufriendo me es dulce”.

Pasaban los meses y el martirio era cada vez más torturador. “La marea del dolor —cuenta una religiosa del Monasterio— se elevaba cada vez más; la debilidad se hizo tan notable que la santa enferma no podía hacer sola el menor movimiento. Oír hablar aun quedamente le ocasionaba insoportable sufriendo; la fiebre y la opresión no le permitían pronunciar ni una sola palabra sin suma fatiga. Pero ni aun en este estado la sonrisa abandonó sus labios. Si una nube rozaba su frente, era la del temor de aumentar incomodidades a nuestras hermanas. Hasta la antevíspera de su muerte quiso pasar la noche sin que nadie la velara, y la enfermera que, no obstante sus instancias, se levantaba varias veces por la noche para atenderla, en una de sus visitas la encontró con las manos juntas y con los ojos levantados hacia el cielo.

—Pero ¿qué hace así? — le preguntó — Debería procurar dormir.

—No puedo, hermana mía, sufro mucho. Y entonces rezo.

—Y ¿qué le dice a Jesús?

—No le digo nada. ¡Yo le amo!

En julio de 1897 la muerte pareció inminente. Un joven sacerdote llegado a Lisieux para celebrar piadosamente su primera Misa en el Monasterio tuvo la suerte de llevar el Viático a la pequeña gran Santa. Las buenas Religiosas cubrieron con flores del campo y *con rosas* deshojadas el piso del claustro por donde debía pasar Jesús. El corazón de la enferma recibió a su Amado y quiso que Sor María de la Eucaristía — una religiosa cuya melodiosa voz tenía vibraciones celestiales — cantase:

Dadme mi ansiado bien, dulce Señor;
.....Morir de amor.

Algunos días después, la pequeña víctima de Jesús empeoró y le fué administrada la Extrema Unción.

Pero la muerte tardó todavía dos meses. Sólo el 30 de septiembre de 1897 debía despuntar la aurora del día eterno.

A la mañana Sor Teresa, mirando una estatua de María, susurró: “El aire de la tierra me falta, ¿cuándo podré respirar el del Cielo?”.

A las cuatro y medio se manifestaron los síntomas de la última agonía.

De acuerdo con la costumbre de las casas carmelitas la Comunidad se reunió alrededor de la moribunda. La vió entrar en su celda y agradecida la recibió con su angelical y amable sonrisa. Luego, absorta completamente en el Amor y atormentada por su acerbo dolor, inició el

último combate, estrechando en sus debilitadas manos el Crucifijo.

Todo su cuerpo se estremecía. El rostro estaba bañada de abundante sudor. Y cuando la campana del Monasterio anunció el Angelus, su mirada se posó en la Virgen Inmaculada.

La muerte no llegaba aún. A las siete y minutos con suave voz murmuró: “¡Ah! ¡no, no querría sufrir menos!”. Fijando después sus tiernos ojos en el Crucifijo exclamó: “¡Oh! ¡yo le amo!... ¡Oh mi Señor!... ¡yo... te... amo!”.

“Fueron sus últimas palabras. Acababa de pronunciarlas, cuando con gran sorpresa se abandonó de golpe con la cabeza doblada sobre la derecha, en la actitud de las vírgenes mártires que se ofrecían al filo de la espada o mejor como una víctima de amor que espera recibir del divino Arquero el dardo inflamado con que desea morir. De improviso se levantó, como si una misteriosa voz la llamase; abrió los ojos y su mirada irradiando celestial paz e indecible felicidad se fijó un tanto arriba de la imagen de María. Esta mirada se prolongó por espacio de un *Credo*; después su alma feliz, presa del Aguila divina, voló a los cielos”.

2. — La importancia de la hora suprema

Estas breves y pálidas referencias de muertes de Santos podrían inspirar una duda a algunas almas: — Pero, ¿cómo? ¿La moral cristiana no enciende, acaso, junto al lecho del moribundo la antorcha del terror, de los últi-

mos juicios, del infierno y del fuego eterno? ¡No sabíamos que los sudores de la muerte debiesen ser iluminados por la luz del Amor!

Esta duda es una necedad. ¿Acaso puede concebir nuestra ética un terror que sea fin a sí mismo? El "timor Domini", verdadero principio de una sabiduría frecuentemente descuidada en la actividad cotidiana y entre las disipaciones de la vida y sólo inicialmente recordada al término de ésta, no tiene otra inspiración y otra finalidad que el Amor. ¿Por qué el remordimiento en el lecho de las últimas agonías? ¿por qué el sagrado y riguroso deber de los parientes y amigos de no traicionar al alma que está por presentarse a Dios y de advertirle el grave peligro? ¿por qué el arrepentimiento de las culpas cometidas, al fin de la vida?... Todo esto es exigido por el Amor — por el amor a Dios y por el amor al hermano que nos abandona.

La muerte "es el momento del cual depende la eternidad". ¡Necio es quien lo profana y lo desperdicia! Es la hora suprema, en que aun el pecador más obstinado puede reparar un pasado de miseria y de fango. Es la hora de las divinas misericordias. Es la hora del Amor.

El Crucificado besado por el agonizante le susurra: "¡Hijito, mira mis brazos! Están abiertos para acogerte, para estrecharte contra mi corazón... ¡Mira mi corazón atravesado: refúgiate en su herida: ven al ósculo del perdón y del Amor! ¡Ten piedad de ti mismo! ¡Salva tu alma! ¡Ama a Dios, siquiera en estos últimos instantes que se de conceden!" Y ¿no es éste el dulce llamamiento del Amor?

Pero no nos detengamos en la ovejita perdida buscada ansiosamente por el buen Pastor antes de su muerte. Veamos más bien cómo quiere la moral católica que muera el buen cristiano.

3. — Cómo muere un cristiano

Ante todo, el dolor precede generalmente a la muerte. Sera la enfermedad, serán los sacrificios de un campo de batalla, serán continuas y cada vez más graves indisposiciones de salud, los que anuncien la proximidad del fin.

El cristiano, incorporado a Jesús, santifica todos estos dolores. No sólo se confiesa para estar seguro de la *gracia* divina en su corazón; no sólo se une repetidamente al Cuerpo adorable de Cristo en su Sacramento; sino — como dice Bossuet — se une — “también al espíritu y al Corazón de Jesús, entrando en todos los designios de Dios con humilde sumisión y adhesión, dispone de su ser y de su vida como lo hizo el gran Sacerdote (en el Calvario), es sacerdote con El en su muerte y consuma en los últimos momentos el sacrificio al que fué consagrado en el bautismo y que debía continuar en todos los instantes de la vida”.

Aunque en los tormentos de los dolores de su existencia alguna vez no ha divinizado sus lágrimas, cumple íntegro su deber en el lecho de muerte. Sufre con Jesús, en Jesús y por Jesús; acepta la voluntad del Padre, aun pidiendo con el Maestro: “Padre, si es posible,

aparta de mí este cáliz; no obstante, cúmplase tu voluntad y no la mía"; ofrece su vida y sus sufrimientos en unión con los dolores de la Pasión y de la Cruz.

"¡Qué ofrecimiento más completo! — exclama Bosuet—. Todo el hombre toma parte en él: el cuerpo y el alma son inmolados por la fe con una inmolación penetrante, dolorosa, absolutamente semejante a la de Jesús. *El lecho del moribundo es en verdad un altar* y la muerte es una Misa en que el cristiano ofrece su vida unida a la Víctima inmaculada".

Es éste el modo de *sufrir cristianamente*, mucho más noble que el padecimiento sufrida como lo puede sufrir *un bruto* o lo puede soportar *un estoico*. En pocas palabras: *el sufrimiento cristiano debe ser un acto de amor a Dios*.

Como se ve, este acto de amor presupone la fe en lo sobrenatural y en la revelación; exige la esperanza del Cielo; implica el arrepentimiento de las culpas cometidas. La muerte así contemplada a la luz del Amor pierde mucho de sus rigores; la mirada no se posa tanto en la tumba no lejana que espera la perecedera envoltura, sino en Cristo que aguarda al espíritu inmortal: el último aliento es el paso no a la región llamada por Dante inconsolada, sino al Amor de Dios, y el día de la muerte, según la exacta expresión litúrgica, se convierte en el *dies natalis*.

Además — añade Buathier en su precioso libro *El sacrificio en el dogma católico* — si el enfermo conoce bien las cosas de Dios, "alarga sus intenciones; y como Jesús desde la Cruz, como el sacerdote desde el altar,

con el pensamiento abraza a las almas rescatadas, ofrece la vida por cada una de ellas, por el aumento y el advenimiento del reino de los cielos, por la extensión de los límites de la Iglesia, por la santificación de los justos, la conversión de los pecadores y la glorificación de Dios y de su Cristo”.

Así la misma Hermana Muerte se nos aparece revestida con la hermosura del *amor a los hermanos*. Si cada padre cristiano, si cada madre cristiana ofreciesen en el lecho de su agonía sus sufrimientos y su holocausto por su familia; si cada ciudadano moribundo rogase por su patria; si el que ha contemplado los horizontes del apostolado dijese en secreto al Señor: “Todo lo que sufro, sea por las almas y por el triunfo de tu Reino”; en una palabra, si cada cristiano procurase el verdadero cumplimiento del precepto de la caridad, *la misma muerte sería también un acto de amor a Dios y de amor al prójimo*. Y el encuentro con Jesús representaría no una espantosa incógnita, sino un confiado vuelo hacia el Rey del Amor.

4. — Conclusión

“Para quien ha amado durante toda su vida, la muerte es el ósculo y la perfección de la caridad”.

Estas palabras de Severina de Maistre resumen todas las enseñanzas de la moral católica respecto a la muerte.

Desgraciadamente hoy no se muere así, porque no se vive cristianamente y porque se prefiere meditar la muerte de Sócrates a la muerte de Cristo. Esa indudablemente fué la muerte de un héroe, pero — el mismo Rousseau

lo observa — de un hombre; ésta es la muerte de un Dios. El cristiano nada desprecia de la fuerza de ánimo sugerida e impuesta por la razón; únicamente la eleva al orden sobrenatural con la gracia en unión con Cristo; y hoy aun el más humilde aldeano, aun la ancianita analfabeta sabe hermohear divinamente el fin de su vida.

Si un cristiano práctico leyere este *Silabario*, le invito a preparar la hora futura de su partida de este mundo.

Y si este pequeño libro llegare a las manos de alguien alejado de Dios hace largos años que aun no ha cedido al llamado del Amor divino, desearía que meditase conmigo una página del Preboste Adalberto Catena, venerable sacerdote que asistió a Alejandro Manzoni en sus últimos momentos.

En uno de sus memorables discursos pronunciados en la Iglesia de San Fidel de Milán el Preboste Catena con conmovido acento decía:

“Recordadlo: no tenéis la libertad de morir como mejor os agrade. Habéis renunciado a esta engañadora libertad, para omitir otras razones, cuantas veces habéis reconocido a la sociedad de la que habéis recibido el nombre. Os han visto arrodillados ante el altar de Cristo y sobre vuestras manos entrelazadas un día muy alegre para vosotros han visto posarse los extremos de la estola sacerdotal; os han visto presenciar el sacrificio en los días del Señor y llevar a la frente la mano de vuestro niño para signarlo con la señal de la cruz... Con eso repetíais constantemente: es ésta la madre en cuyo regazo descansaré un día mi dolorida cabeza. Y precisamente ella, la madre, quiere para sí esos momentos; ella

que conoce el precio de un alma, ve llegar todo lo presente ante la eternidad, no considera alguna liviandad de hoy, alguna necia negación, sino que interpreta el primer voto, el verdadero deseo de nuestra vida... aunque después haya sido ahogado... Lo sabéis: esta obligación siempre existía, pero se acentúa cuando bajan las sombras de los montes, cuando cae la noche, la noche sin mañana. Y entonces la Iglesia con voz aun más solemne os indica el arreglo de vuestra vida, os quiere revestidos con la vestidura nupcial, porque viene el Esposo... Quiere deciros: queda aún el crepúsculo del día; quiere deciros: se concluye el tiempo de merecer; quiere deciros: la voluntad está por fijarse inmutablemente o en el bien o en el mal; quiere deciros: no habrá posibilidad de mayor purificación, la meta será alcanzada para siempre. He aquí el título de la obligación especialísima: una inmensa necesidad moral y un infinito que se ha de conquistar.

“Y por lo tanto al menos ahora miradlo a Cristo; y por lo tanto al menos sea el último el instante de ese deber que era le deber de tantas ocasiones manifiestas, de una vida otrora floreciente, que ahora se dobla y declina. Por esto la Iglesia, inflamada en la caridad de Cristo, no se resigna fácilmente a la pérdida de los suyos y, árbitra entre dos mundos, vuelca en aquella hora sus tesoros, desgarras sus entrañas, con su poder perdona las penas, rehabilita, da la vida aun al indigno, para que la efigie presentada al ósculo del moribundo levante su bendecidora diestra, cúmulo de toda misericordia...”

“En la cima del Janículo desde donde la mirada se

extiende sobre las dos Romas, la antigua y la moderna, habían acudido al umbral de su humilde claustro los religiosos al ver a dos personas que lentamente subían a la cumbre. Uno era el cantor de Jerusalén: “He subido aquí, —decía— no sólo en busca de estas auras purísimas, sino también para comenzar desde estas alturas y en coloquios con estos Padres mi conversación con el cielo”. ¿En qué se resiente la dignidad del poeta y del hombre? Al declararle el médico su impotencia ante el mal que avanzaba, Torcuato lo abraza, alza sus manos al cielo, llama al otro médico, al de su alma.

“¿Veis esta calma, esta ecuanimidad ante la muerte? ¿Os parece que esto es afeminarse? Al día siguiente Tasso baja a la iglesia del convento, levanta su descarnado rostro hacia el Cristo Eucarístico y allí, cerca del Cordero que se inmola cada día, pide su tumba con su nombre esculpido en una sencilla piedra y se sumerge en pensamientos divinos. Al recibir el amplio perdón del Sumo Pontífice, exclama: “¡He aquí el carro triunfal en que creí ser coronado, no con el laurel de poeta en el Capitolio, sino con el de la gloria entre los bienaventurados del Cielo!” ¿Es excesiva esta confianza en el tesoro de Cristo?

“En los últimos días de abril de ese año Torcuato entre un fraile y el Crucifijo percibía la lenta salmodia de los dos orientes y al pronunciar las palabras: *In manus tuas, Domine*, sin concluir la frase, expiraba. ¡Ejemplo digno de ser meditado!”

RECAPITULACION.

La moral cristiana considera a la misma muerte en función del concepto de amor.

La rebelión al Amor, o sea, el pecado de los progenitores introdujo la muerte en el mundo; Cristo ilumina nuestro paso a la eternidad con la luz del amor.

La muerte señala el último llamamiento del Amor de Dios a nuestro amor; y por ende el pecador, más que nunca en esos supremos momentos de los que depende la eternidad, debe sentir el deber de convertirse; y el buen cristiano santifica sus dolores en unión con Cristo con resignación a la voluntad divina, amando de ese modo a Dios y ofreciendo sus sufrimientos por el bien del prójimo.

CAPITULO OCTAVO

MORAL Y SANCION

El pensamiento de la muerte, si se prescinde del amor a Dios, puede proyectar oscura y siniestra sombra sobre toda existencia terrestre. Por esto el antiguo proverbio de la India, después de haber observado que la mitad de los años de una vida humana transcurre en el sueño, la mitad de la otra mitad en la inconsciencia de la infancia y de la ancianidad y el resto en el trabajo, en las enfermedades, en las separaciones y en los dolores, preguntaba: "¿Cómo pueden los hombres encontrar paz en una vida que se asemeja al sonido de una ola?" Y el poeta pesimista Lenau exclamaba:

Humano corazón, ¿qué es el placer
Aquí abajo? Un instante que, al nacer
Como un enigma, apenas aparece
Vuela y no torna más. (1).

El alma de verdad del pesimismo está precisamente en tomar con precisión y con intensidad la nada de todos los valores humanos, cuando se considera lo relativo separado de lo Absoluto, cuando se mira al tiempo sin la

(1) Trad. del Sr. Pbro. Dr. Luis Bertoni Flores.

conexión que tiene con la eternidad y cuando se ve al hombre a una luz que no es la de Dios.

La escena se transforma, si, como hemos dicho, el Amor divino ilumina a la vida y a la muerte y si todo se contempla y se vive como un rayo de este único Sol. Entonces la realidad humana no es más una leve sombra que se desvanece, sino que adquiere un valor eterno.

Sólo quien comprende la conexión entre el Amor de Dios y el acto humano, entre la acción en su apariencia exterior y la acción en su alma vivificadora, entre el tiempo que pasa y la eternidad que permanece, puede plantear y más aun puede resolver el verdadero problema de la sanción en la moral cristiana.

Una vez más: debemos considerar toda cuestión de ética en función del concepto de Amor.

1. — La triple sanción

Ante todo es un error garrafal creer que la sanción de la virtud o del vicio, del acto bueno o del acto malo, — según la moral cristiana — deba relegarse sólo al más allá o que el más allá no tenga unión orgánica con la vida de aquí abajo.

Absolutamente no.

a) Estando el hombre ordenado a Dios y debiendo vivir según la ley del Amor a Dios, cada vez que traiciona su deber o que las bagatelas lo fascinan, encuentra en sí mismo la primera sanción. "Omnis animus inordinatus poena sui ipsius", observa San Agustín en sus *Confesiones* y en toda la literatura patristica y ascética

abundan páginas relativas al *remordimiento*. Lo que hay de verdad en la ética estoica, lo reconoce y proclama siempre el Cristianismo. Cuando el estoicismo antiguo y el moderno enseñan “*virtus pretium sui*” y “*vitium poena sui*”, cuando recuerda que a cada acción humana es inmanente una sanción, repite lo que el Antiguo y el Nuevo Testamento proclaman y la experiencia de cada uno puede confirmar. La propia *dignidad*, elevada, deprimida o destruida, o en otros términos, *el verdadero e iluminado amor de nosotros mismos*, tiene conexión con nuestra libertad de obrar. Quien ama las cosas grandes, se siente grande; quien ama a Dios, es transformado y divinizado por Dios; quien, por el contrario, peca, se degrada y el gusano roedor de la conciencia le amonesta y le atormenta.

Sin embargo este premio o este castigo inmanentes no deben interpretarse como un simple “sentimiento” que pueda descuidarse o despreciarse impunemente, sino que debe reducirse al Amor de Dios hacia nosotros. La alegría de la conciencia o su íntimo tormento son fruto de nuestra voluntad que acepta o rechaza el amor de Dios y proclaman en nosotros este mismo Amor. Las mismas consecuencias amargas que alguna vez nos provienen de una culpa, y sobre todo la conciencia desgarrada por los remordimientos, tienen idéntico significado. Con razón, al Innominado que exclamaba: “¡Dios, Dios, Dios! ¡Si lo viese! ¡Si lo sintiese! ¿Dónde está este Dios?”, el buen Cardenal Federico contestaba: “¿Lo preguntas tú? ¿Tú? Y ¿quién lo tiene más cerca? ¿No le sientes en el corazón que te oprime, te agita, no te deja en paz, te atrae, te

hace presentir una esperanza de quietud, de consuelo que será completa, inmensa en cuanto le reconozcas?" Con razón el autor de la Imitación de Cristo susurra a nuestro oído: "Estar con Jesús es un dulce paraíso": el paraíso y el infierno no comienzan con el instante de la muerte, sino aquí en la tierra con nuestra acción. "Tengo el infierno en el corazón", decía también el Innominado; "tengo el paraíso en el alma", afirma el justo.

Y no se trata de metáforas. Porque, ¿cuál es la verdadera esencia del infierno, sino la separación de Dios y de su Amor? ¿Qué será el cielo, sino nuestra unión con Dios en la visión beatífica y en el Amor eterno? Es verdad: la flor completamente abierta no es igual a la semilla de que proviene, con todo está orgánicamente unida con la misma semilla: la felicidad o la infelicidad eternas no son sino el completo desarrollo de la realidad actual.

b) No siendo nosotros átomos dispersos, sino, al contrario, constituyendo un mismo organismo místico en Cristo, es evidente que toda culpa nuestra repercute en todos los hermanos, lo mismo que todo acto virtuoso influye benéficamente en ellos. *Hay aún en esta tierra una sanción no sólo individual, sino también social.* Y con esta expresión aludo no tanto a los honores tributados al buen ciudadano o a las penas infligidas al deshonesto, sino más bien a los resultados de nuestras acciones. Así como es innegable, según Isabel Leseur, que "quien se eleva, eleva consigo a todo el mundo", así también es inevitable que toda culpa sea la primera chispa provocadora de un incendio destructor.

Y también en esto, cuando con los positivistas y los utilitarios se ilustra la sanción social que acompaña al bien y al mal, se afirma una gran verdad recordada siempre por el Cristianismo al inculcar *el sentido de la responsabilidad* que debe iluminarnos en el combate cotidiano. Pero repitamos una vez más que por el Amor debemos tener alerta en nosotros ese conocimiento. El *amor a nuestro prójimo* ilumina este punto esencial de la ética y esta especial sanción suya. Al Caín que dijese: "¿soy acaso el guardián de mi hermano? y ¿qué me importa del bienestar o del perjuicio de los demás?", el Cristianismo le recuerda que somos responsables no sólo de nuestras acciones, sino también de las consecuencias de éstas, las que para ser valoradas seriamente, deben ser examinadas no sólo en sí y en su intrínseca malicia o bondad, sino también en su relación con los otros. Encender un fósforo para fumar un cigarrillo puede ser un delito, si nos encontramos cerca de un poco de dinamita...

c) Hay una tercera sanción, ligada no ya al amor, que debemos tener y cultivar, a nosotros y al prójimo, sino al *amor a Dios*, el cual se manifiesta *inicialmente* en esta vida con las dos sanciones *imperfectas*, que hemos descrito, y se desarrolla después en la sanción completa de la eternidad, que se llama *paraíso, infierno, purgatorio* y que ahora estudiaremos también en relación al Amor.

2. — El paraíso y el amor

Advirtamos inmediatamente que sería pretensión absurda querer encaminarnos

por los floridos
senderos de la esperanza
hacia la eterna pradera
que los deseos supera, (1).

si no nos sostiene el Amor.

Dios nos ha creado por amor; por amor nos ha elevado al orden sobrenatural y nos ha unido a El con la gracia y con la caridad; por amor quiere que no estemos separados de El, ni en ésta, ni en la otra vida. Por ende el paraíso *de parte de Dios* no es sino su Amor a nosotros y el premio de nuestro amor a El.

De nuestra parte, en este período de prueba — que Dios ha querido concedernos porque nos ama, o sea, porque con un gesto exquisitamente hermoso de amor ha querido que cooperásemos en la adquisición de la felicidad — conquistamos el paraíso con el amor que profesamos a Dios, observando por amor la ley moral, amándole sobre todas las cosas y amando a nuestro prójimo por su amor; y el grado del premio será proporcionado al grado de nuestro amor.

En sí mismo, ¿qué es el paraíso? Consiste en la visión de Dios ya no *per speculum et in aenigmate*, sino cara a

(1) Trad. del Sr. Pbro. Dr. Luis Bertoni Flores.

cara y en el amor que nos unirá a El por toda la eternidad.

El paraíso, como expresa la Santa de Sena, será nuestra inmersión en el mar de la Trinidad. Jesucristo nos une a El en esta vida y constituimos un mismo cuerpo místico con el *Hijo*, convirtiéndonos así, por esta incorporación, en hijos adoptivos de Dios. Unidos a Cristo conoceremos al *Padre* y le amaremos, no ya con un conocimiento y un amor meramente humanos, sino con el conocimiento del Verbo y con el Amor del *Espíritu Santo*.

Santa Catalina en el piadoso fervor de su alma en fiesta rogaba: “¡Oh poderosa y eterna Trinidad! ¡Oh dulcísima e inefable Caridad! ¿Quién no se inflamará con tanto amor? ¿Qué corazón podrá no consumirse por Ti? ¡Oh abismo de caridad! ¡Estás tan perdidamente apegado a tus criaturas, que pareces no poder vivir sin ellas! ¡Con todo eres nuestro Dios! Tú no necesitas de nosotros. Nuestro bien nada añade a tu grandeza, pues eres inmutable. ¡Nuestro mal no podría acrecentarte daño alguno a Ti, que eres la soberana y eterna Bondad!... ¿Quién te atrae a Ti, Dios infinito, hacia mí, pequeña criatura? ¡Nadie más que Tú mismo, fuego de amor! Sólo el Amor te impelió siempre y te impele aún a tener misericordia de tus criaturas, colmándolas de gracias infinitas y de dones sin medida. ¡Oh Bondad superior a toda bondad, Tú sola eres sumamente buena!”.

La felicidad eterna consiste en esta posesión segura y perenne del Ser que es todo el Ser y por esto satisface

todo deseo, en la visión intuitiva que nos revelará los secretos de la Caridad infinita, y en el amor infinito de Dios.

Desear el paraíso significa, pues, aspirar al Amor que corona la vida cristiana y que, por ser eterno e inmortal en sí mismo, será premio eterno e inmortal también para nosotros. El *cupio dissolvi* de S. Pablo; el grito de Catalina de Sena: “como el ciervo desea el agua de la fuente, así mi alma desea salir de la tenebrosa cárcel del cuerpo para verte en verdad”; el grito de S. Felipe Neri que toma el capelo cardenalicio enviándole por el Papa y lanzándolo en alto repite: “¡paraíso! ¡paraíso!”, son voces de amor, que no niegan los valores humanos, que más bien los utilizan y desenvuelven, pero que no reponen en éstos el corazón como si en la tierra tuviesen morada permanente: más aun, miran al Cielo y de cielo llenan la tierra. Habrá cristianos imperfectos, que pensarán en el Amor eterno del paraíso como en una felicidad; habrá cristianos perfectos, que dirigirán preferentemente su mirada al Dios del Amor, pero para unos y otros el paraíso es sólo el triunfo del Amor.

3. — El purgatorio y el amor

Pero entonces ¿qué implica el paraíso?

Implica el amor a Dios con todo el corazón, con toda la inteligencia, con todas las fuerzas. Quien no tiene la pureza del amor, o sea, quien muere teniendo aún alguna satisfacción que dar o también algún amor a

las criaturas o a las culpas, no puede entrar en el paraíso.

Para comprender mejor *la purificación total del ser humano*, que — según la frase de S. Pablo a los Colosenses — nos hace dignos de entrar a formar parte de la compañía de los santos en la luz y nos transporta al reino del Hijo del Amor, sería necesario resumir las obras de S. Francisco de Sales o la *Subida al Carmelo* de S. Juan de la Cruz.

Mientras, aun estando libres del pecado mortal, no hayamos pasado por la noche oscura de la mortificación de los apetitos humanos, de la abnegación de los placeres humanos y de los afectos a las criaturas; mientras la expiación del pecado venial o de las penas por las culpas perdonadas — sean graves o leves — no haya hecho desaparecer completamente las manchas de lo terreno, no nos es posible entrar en el cielo. El paraíso es amor a Dios; si amamos desordenadamente a las criaturas, o sea, si aun subsiste en nosotros algún minúsculo idolillo, si todavía debemos alguna satisfacción a la justicia divina, Dios no nos une a El en la gloria.

Es ésta la razón del purgatorio. El amor de Dios lo ha creado para purificar a las almas de todo otro amor y de toda mancha y hacerlas capaces de la visión y de la posesión del Amor infinito. Y nosotros, no separados de esas almas, sino unidos a ellas en Cristo, podemos apresurar su absoluta purificación interior con los sufragios de la caridad. La oración en favor de las almas del purgatorio no es sino una forma del amor al prójimo para gloria del amor de Dios.

4. — El infierno y el amor

Alguien se asombrará al oír hablar ahora del infierno en función del concepto de Amor. Pero no se maravilló el poeta-teólogo, nuestro Dante, en sus tercetos:

Por mí se va tras la ciudad doliente,
Por mí se va al eterno sufrimiento,
Por mí se va con la maldita gente.

Movió a mi Autor el justiciero aliento;
Hízome la Divina Gobernanza,
El *Primo Amor*: el Alto Pensamiento.

Antes de mí, no hubo jamás crianza,
Sino lo eterno; yo por siempre duro:
¡Abandona al entrar toda esperanza! (1)

Para comprender el pensamiento de Dante, es útil hacer una reflexión.

Analicemos el estado de alma de los que no quieren concebir un infierno eterno, o sea, que quieren reemplazarlo con el purgatorio. Si se observa bien, esta pretensión oculta el más brutal y el más descarado egoísmo.

En efecto, podría enunciarse así: "Yo pecador, no quiero amar a Dios ahora, en este período de prueba en que debería mostrar con mi vida moral mi amor hacia El; a El prefiero la carne, el oro, mi yo y otras cosas por el estilo. Hasta la muerte, hasta el último instante quiero

(1) De la *Divina Comedia*, traducida por el Sr. Teniente General D. Bartolomé Mitre.

conservar esta orientación espiritual. Más adelante, cuando con el término de mi existencia terrenal no pueda gozar ya de estos bienes, entonces... ¡entonces Dios sería injusto, si no me concediese su amor! ¿Por qué debe tenerme separado de El por toda la eternidad? ¿Por qué debe hacerme sufrir por siempre? Para aquel entonces cambiaré de parecer. Me dirigiré a Dios cuando no pueda desear otra cosa. Pero entendámonos: si entonces yo pudiese gozar aún, como ahora, prescindiría de Dios..."

Por ende el contraste entre Dios y el réprobo se manifiesta en esta forma. Por una parte tenemos el Amor infinito; tenemos a Jesucristo que nos ha amado hasta encarnarse y morir por nosotros; tenemos tal profusión de amor y de gracias que Dios puede preguntarse con toda razón: "¿qué más pude hacer por mi viña y no lo he hecho?"; tenemos una continua insistencia de Dios sobre el pecador hasta el último aliento; por otra parte, tenemos la repulsa voluntaria, culpable, obstinada del Amor a Dios.

El tiempo de prueba concluye con la muerte. Hasta la separación del alma del cuerpo, Dios llama al hijo rebelde y le advierte que de él depende una eternidad. Y el hijo rechaza el llamamiento del Primer Amor.

¿Acaso la justicia no exige un castigo proporcionado a la culpa? Y ¿cómo se puede negar que la culpa en este caso es de gravedad infinita, por ser infinitos el Amor insultado y la estúpida rebelión?

De aquí *la pena de daño* en la que consiste esencialmente el infierno, o sea, *la separación perenne del Amor*

y el odio a Dios; de aquí también *la pena de sentido*, en cuanto el condenado se abracará en las llamas, verdaderas y reales, que le recordarán el fuego del Amor divino rechazado; de aquí la exactísima definición, que Santa Catalina de Génova daba de Satanás: “el que no ama, ni puede amar”.

5. — Conclusión

La ley moral tendrá así su sanción perfecta en el Amor conquistado o perdido por siempre. Y en el último de los días, en el juicio universal, la sanción será proclamada, no únicamente para cada individuo, sino para toda la humanidad.

El mundo será destruído. Los bienes de la tierra, que se antepusieron al Amor a Dios, aparecerán en su nada. El impío — según el libro de la Sabiduría — dirá:

“¿De qué nos sirvió la soberbia? y la ambición de las riquezas ¿qué bien nos ha traído?

“Todo esto ha pasado como sombra y como corredor mensajero.

“Como nave que atraviesa el agua fluctuante, no deja rastro de su paso, ni puede hallarse en las olas el surco de su quilla;

“y como el ave que vuela en el aire, no deja indicios de su camino...

“Así también nosotros, puestos en el mundo, hemos dejado de existir y no hemos tenido para exhibir ni siquiera una señal de virtud, antes por el contrario, nos hemos consumido en nuestra maldad.

.....

“Los justos en cambio viven eternamente y su premio está en el Señor”.

Dos ejércitos estarán entonces frente a frente: el ejército del Amor y el ejército del odio. En el cielo aparecerá el símbolo eterno del Amor: la Cruz. Vendrá Jesucristo y dirá el *venite, benedicti*, a los hijos del Amor, a los que han amado a Dios sobre todas las cosas y en el prójimo le han visto y reconocido: “tenía hambre y me disteis de comer; tenía sed y me disteis de beber... Cada vez que habéis hecho esto con el último de los pobres, a Mí lo habéis hecho”.

Este día serán reparadas todas las ofensas al Amor. El *ite, maledicti, in ignem aeternum*, será el triunfo del Amor que se pretendió desconocer, despreciar y destruir. Así concluirán las vicisitudes de un mundo, donde se deja el Amor a Dios a la libre elección del hombre y comenzarán los siglos futuros.

La simple exposición de la moral cristiana basta para disipar, cual nube al soplo del viento, las trilladas y retrilladas objeciones acerca de la injusticia de Dios, del utilitarismo y del egoísmo de nuestra ética o de la degradación de la dignidad humana por el paraíso y el infierno. Son acusaciones que morirían en los labios, si se profundizase en el conocimiento del Cristianismo. Jamás se extinguirá el grito con el que Santa Catalina de Sena cerraba una carta suya a la reina Juana de Nápoles: “¡Oh dulce Jesús! ¡oh Jesús amor!”. Así debe terminar nuestra vida. Así también terminará la historia.

RECAPITULACION

Hay una sanción inmanente a todo acto bueno o malo, aun aquí en la tierra, y consiste en la íntima alegría por el bien realizado o en el remordimiento por el mal cometido; hay además en este mundo una sanción no sólo individual, sino también social. Esta doble sanción responde al amor que debemos tenernos a nosotros mismos y a nuestro prójimo, y es más o menos imperfecta.

Hay una sanción perfecta que está ligada con el Amor debido por nosotros a Dios y que se alcanza en la otra vida con el paraíso, el purgatorio y el infierno.

El *paraíso* es el triunfo del amor.

El *purgatorio* es la purificación de todo lo que contrasta con el amor a Dios, y los sufragios por las almas del purgatorio son una nobilísima forma de amor al prójimo.

El *infierno* en la pena de daño consiste en la separación definitiva del Amor a Dios; en la pena de sentido es un fuego verdadero que castiga las llamas de las pasiones extinguidas.

El día del juicio universal, la sanción de la ley moral será proclamada no sólo para cada individuo, sino para toda la humanidad. Estarán frente a frente el ejército del Amor y el ejército del odio. Triunfará la señal del Amor, la Cruz.

CONCLUSION

Acude a la memoria del que, después de haber contemplado nuestra ética en su espíritu animador y después de haber sentido sus íntimas palpitaciones, vuelve a pensar en los diversos sistemas filosóficos que han querido trazar a la humanidad una norma de vida, la observación de Alejandro Manzoni en su *Moral Católica*: “Es un hecho por desgracia demasiado verdadero que después del Cristianismo algunos filósofos se han afanado aún en querer substituir su Moral por otra. Semejantes a quien encontrándose con una muchedumbre sedienta y sabiendo estar cerca de un gran río se detuviese en fabricar con procedimientos químicos algunas gotitas de un agua que no apagara la sed, han procurado encontrar una razón suprema y una teoría completa de la moral *absolutamente distinta de la teología*. Al encontrarse con alguna importante verdad moral no han recordado que ésta les había sido enseñada y era un fragmento o una consecuencia del catecismo; no han advertido que sólo han alargado el camino para llegar a la misma y que en lugar de haber descubierto una ley nueva han despojado de su sanción una ley ya promulgada”.

En todo sistema de moral hay verdaderamente un punto luminoso, un rayo de verdad y éste atrae, fascina, seduce a las inteligencias atropelladas. Así, por ejemplo,

a los escépticos que niegan la seriedad de la vida les responderá el *vanitas vanitatum* de Salomón, es decir, la afirmación de que las cosas de la tierra, *separadas del Absoluto* nada son y nos inmergen en las ondas del relativismo, del “dilettantismo”, del pesimismo.

Cuando el concepto de *lo útil* trata de destruir el concepto del *bien*, tenemos también algo de verdad que el utilitarismo ilustra con todos sus esfuerzos: la virtud produce en efecto la felicidad de los individuos y de los pueblos.

Kant, que con riguroso exclusivismo se detiene en el *deber* y excluye toda idea de utilidad, no hace otra cosa que proclamar que el valor moral del acto no debe ser juzgado en la exterioridad, sino en la intimidad de su espíritu.

Nietzsche, que ensalza al Superhombre, expresa a su modo la profunda necesidad, que experimentamos, de elevarnos sobre nuestra miseria y nuestras deficiencias y de aspirar a la divinización.

Hegel y los idealistas para quienes el individuo no es sino un momento del Todo, subrayan el grave error de una visión atomística del universo y por ende de la orientación egoísta del individuo.

Para decirlo con el poeta lombardo, son todos “fragmentos” de verdad mezclados con exageraciones y despropósitos. No debe olvidarse la ventaja que el estudioso puede obtener de su meditación: en efecto, conviene hacer atravesar un prisma de cristal por un rayo de sol para descomponerlo en muchos colores distintos que de otro modo nuestros ojos no pueden percibir. Más aun, la

futura *historia de la moral* deberá escribirse precisamente no ya con el criterio negativo de la confutación, sino con las serenas preocupaciones de una crítica constructiva que recoja pacientemente todos los rayos de luz, organice sistemáticamente todos los fragmentos de verdad y al fin muestre cómo la moral divina del Amor sintetiza todos los resultados de las ideologías humanas e infinitamente los supera.

Pero la historia de la moral, que nos dará el porvenir, no será sólo un examen filosófico de sistemas: necesariamente será *la historia del Amor en los siglos cristianos*.

Como Jesucristo, diferenciándose de los pensadores — no se ha limitado a enunciar una doctrina admirada por muchos, pero practicada por pocos — sino también ha instituído una sociedad que hace casi dos mil años se inspira en su moral, es evidente que para comprender la moral del Amor debe considerársela no tanto en las fórmulas abstractas, cuanto en la realidad de la vida vivida.

Este pequeño libro no podría tener más conclusión que un esbozo, un sumario, un índice de un próximo *Silabario de historia de la Iglesia*, que indique cómo la vida del Cristianismo es la historia del Amor y que quien no lo entiende así, está destinado a no penetrar jamás en la esencia de nuestra religión.

El dogma nos ha cantado el Amor; todos los preceptos de la moral los hemos visto vivificados por el Amor; el cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, no es, ni puede ser sino el triunfo del Amor en el tiempo, que prepara las victorias del mismo en los años eternos.

1. — Dos métodos históricos

Digamos inmediatamente que se pueden seguir dos métodos en el estudio de la historia del Cristianismo.

En general, se considera a este último *en sus manifestaciones exteriores* y entonces dividimos los siglos cristianos en épocas y cada época en hechos y en vicisitudes. Tenemos así el Cristianismo en la época de los bárbaros, el Cristianismo en la edad de hierro, el Cristianismo en la Edad Media, durante el Humanismo y el Renacimiento, en el período de la Reforma, del Iluminismo, de la Enciclopedia, de la Revolución francesa, del siglo décimonono, de los primeros decenios del siglo veinte.

Sin embargo, no es ésta la verdadera historia, como yo no conocería aún la historia de una persona, si me contentase con recoger un mundo de fotografías del párvulo en la cuna, del pequeño en pañales, del niño, del joven y así sucesivamente; ni tampoco la conocería, si reuniese en escrupulosa crónica toda la narración de los actos y de las vicisitudes del mismo individuo. Tendría así un material óptimo, precioso, necesario, pero mientras no llegue a penetrar en el alma y en el corazón de esa persona y todavía ignore la única fuente interior de la que han surgido todas las actitudes externas en las diversas situaciones de hecho, no tendrá ante mí una persona conocida, sino un enigma misterioso que debo descifrar.

No puede comprenderse la verdadera historia del Cristianismo, si no se penetra en su vida profunda. Jesús

está unido a sus discípulos y este místico organismo animado por el Espíritu Santo se desarrolla en los tiempos. Más que entretenerse en los fenómenos externos, conviene descender a la sobrenatural fuente vivificadora, que une a todas las almas en Cristo, las hace vivir una vida divina y hace llegar a cada una la savia vital.

En suma, queremos la historia del Cristianismo *en su íntima unidad*, no únicamente en la multiplicidad de las manifestaciones exteriores. Partiendo de aquélla, se aclaran también éstas: no se confunde la vida de Cristo en la Iglesia con las culpas y los errores de quien, aunque sea bautizado o, si se quiere, sacerdote u obispo o Papa, no vive la vida cristiana; no se despedaza en mil partes la unidad orgánica de la vid con sus numerosos sarmientos, que, a través de los siglos, prosigue con ininterrumpida continuidad produciendo pámpanos y frutos de incesante riqueza.

2. — El amor de Dios y la historia del Cristianismo

Si colocados no fuera del Cristianismo, sino en el mismo Cristianismo, conocedores de la Unión de Cristo con todos los fieles y de la humanidad con Dios, queremos trazar el desarrollo de esta planta majestuosa cuyas raíces se arraigan en la antigüedad, podemos describir su historia del siguiente modo.

a) — En el principio era el Amor. Y sólo por amor Dios ha creado el universo y ha elevado al hombre a la dignidad de la divinización.

Pero el hombre no respondió al Amor con el amor, sino que con el pecado original inició la serie de sus rebeliones contra el amor de Dios.

Las civilizaciones paganas representan el esfuerzo del hombre para vivir según la ley de los diversos egoísmos, no según la ley del amor divino. La misma idolatría consiste sólo en considerar como centro del mundo a las criaturas que eran proclamadas divinidades en lugar de Dios. Sólo el pueblo elegido conservaba la visión clara del mal cometido, de la reparación necesaria, del Mesías esperado, en una palabra, del Amor de Dios que habría unido así los corazones de los hombres.

b)—En la plenitud de los tiempos apareció entre nosotros el Dios Salvador nuestro en su benignidad y en la humanidad: y, como Dios es caridad, *vivió una vida de amor*. La escena de la Encarnación, el pesebre de Belén, las oraciones de la vida privada, los prodigios de la vida pública, el Cenáculo eucarístico, el Huerto de los Olivos, la columna de la flagelación, la corona de espinas, la Cruz del Calvario, las palabras de la agonía fueron un divino canto de amor.

Compendió su doctrina en una palabra: "¡Amarás!" Amar a Dios sobre todas las cosas; amar al prójimo por amor a Dios; rogar a Dios llamándole con el dulce nombre del amor, o sea, "Padre nuestro"; existir y vivir todos en el Amor, el Amor del Hijo encarnado que nos une a Sí, el Amor del Espíritu Santo que nos santifica, el Amor del Padre que con el Hijo y el Espíritu está unido a nosotros; vivir de Amor en la tierra para pre-

pararnos una eternidad de Amor inefable; he ahí la doctrina de Cristo.

c)—Resucitó de la muerte, porque el Amor no teme piedras sepulcrales; envió al Espíritu Paráclito sobre el grupo de sus elegidos, o sea, sobre los apóstoles del amor. Llamas de fuego, símbolo de este Amor sobrenatural, transformaron a la pequeña Iglesia naciente; y del Cenáculo salieron todos para hacer resonar hasta en los extremos confines de la tierra el anuncio del Amor de Dios hacia nosotros y el llamamiento a los hombres para que todos amen a Dios.

“El Amor de Dios — exclama en su epístola a los Romanos Pablo de Tarso, defensor del principio universal del Amor contra los derechos egoístas del hebraísmo — está difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros...” Y hablando a los cristianos de Corinto dice: “Aunque hablase el lenguaje de los hombres y de los ángeles, si no tengo el Amor, no soy sino un bronce que resuena y un címbalo retumbante. Y si tuviese el don de profecía y conociese todos los misterios y todas las ciencias, y tuviese toda la fe necesaria para poder transportar las montañas, si no tuviese el Amor, nada soy. Y aunque distribuyese todos mis bienes para alimentar a los pobres y abandonase mi cuerpo para ser devorado por las llamas, si no tengo el Amor, de nada me sirve... Haced todo en el Amor... Y si alguno de vosotros no ama al Señor, ¡sea anatemal... ¡Mi amor a todos vosotros, en Cristo Jesús!”. Y en la epístola a los Romanos escribe: “Dios hace resplandecer su Amor por nosotros, pues, siendo aún peca-

dores, Cristo murió por nosotros... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?... No: todo esto lo superamos por Aquél que nos ha amado. Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni el presente, ni el futuro, ni la fuerza, ni la altura, ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del Amor de Dios, que está en Cristo Jesús, nuestro Señor”.

Cada palabra del Apóstol de las gentes es una palabra de amor, sea que explique el misterio de nuestra incorporación a Cristo, sea que envíe a Filemón el esclavo Onésimo huído de su casa. Y San Juan urge en sus Epístolas: “Amados, el Amor procede de Dios y quien ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama, no ha aprendido a conocer a Dios, pues Dios es Amor. El amor de Dios hacia nosotros se ha manifestado de este modo: Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que por medio de El tuviésemos la vida. Y su amor se conoce en esto: no somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino Dios es el que nos ha amado a nosotros y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados...”

“Amados, si Dios nos ha amado a nosotros de este modo, nosotros también debemos amarnos los unos a los otros... Si nos amamos mutuamente, Dios habita en nosotros...” “Este es el anuncio que habéis escuchado desde el principio: que nos amemos los unos a los otros, y no hagamos como Caín... Nosotros, porque amamos a nuestros hermanos, sabemos que hemos pasa-

do de la muerte a la vida. Quien no ama, permanece en la muerte... En esto hemos aprendido a conocer el Amor: Jesús dió su vida por nosotros, y nosotros también debemos dar la vida por nuestros hermanos... Es éste el mandamiento que hemos recibido de El: quien ama a Dios, debe amar también a su hermano”.

d) — Por primera vez se propagaban esos acentos por todas partes. Cuando los labios de los Apóstoles pronunciaban el dulce nombre de “hermano”, los corazones intuían algo nuevo en el mundo, con lo que no podían compararse ni el arte, ni el pensamiento de Atenas, ni las águilas de Roma. Y comenzó la lucha: de un lado el reducido ejército del Amor; del otro todas las fuerzas humanas rebeladas contra Dios y consagradas a su egoísmo. El encuentro era inevitable: y fueron tres siglos de persecución con sus innumerables Mártires.

“Contemplad — exclama el P. Monsabré — los rosales cortados antes de ofrecer sus flores. — ¡Os saludamos, amados inocentes, primicias de la humanidad perseguida! ¡Os saludamos, pequeños queridos, que en este mundo sólo conocísteis a Cristo y a vuestras madres, en cuyos brazos moristeis por Cristo!

“Contemplad los inmaculados lirios. — ¡Os saludamos, oh vírgenes, amantes fieles del mejor y más santo de los esposos! ¡Os saludamos, admirables hijos, que a la vestidura de la castidad añadísteis el real manto empurpurado con vuestra sangre!

“Contemplad los fecundos olivos. — ¡Os saludamos, incomparables mujeres, cuyo amor materno fué vencido por el sumo de los amores!

“Contemplad los humildes arbolitos. — ¡Os saludamos, esclavos! ¡Os saludamos, hombres del pueblo! ¡Os saludamos hombres que salisteis de la nada, de la obscuridad y de la abyección y habéis ascendido hasta la sublime confesión de la fe!

“Contemplad las soberbias palmeras. — ¡Os saludamos, nobles! ¡Os saludamos, patricios! ¡Os saludamos, príncipes de este mundo, que voluntariamente descendisteis de la gloria al oprobio y de las delicias a los dolores!

“Contemplad los cedros del Líbano. — También los cedros han caído. — ¡Os saludamos, Sacerdotes! ¡Os saludamos, Pontífices! ¡Os saludamos, apóstoles de la buena nueva, los más elevados en la luz y los primeros en la muerte!”.

Esta falange de mártires ha vencido. La palabra de orden de cada uno de esos héroes es la que brotó de los labios de la virgen Inés: “Amo Christum!” Los hijos del Amor vencían muriendo. Inútilmente las Catacumbas multiplicaban sus sepulcros. Así como en Jerusalén después de tres días resonaba el anuncio de la resurrección, así también en Roma después de tres siglos el Amor salía victorioso de los corredores subterráneos; en el cielo el emblema del Amor — la Cruz — aparecía a Constantino y en él estaba escrito: *In hoc signo vinces*. La victoria es segura en el Amor.

e) — Comenzó entonces el segundo combate con mayor encarnizamiento y los *Herejes* ocuparon el lugar de los perseguidores.

La historia de las herejías demuestra con luz meridiana la verdad siguiente: puesto que el dogma es la sín-

tesis del Amor de Dios hacia nosotros, toda herejía es una negación de amor. Desde los gnósticos que querían substituir la revelación del Amor eterno con una filosofía inútil y engañadora, hasta los montanistas que opusieron su insensato rigor a la bondad de Cristo; desde los arrianos que al destruir la divinidad del Verbo negaban el misterio de amor de la Encarnación de Dios, hasta los pelagianos que refutaban o falsificaban el amor infinito de Dios manifestando en nuestra elevación al orden sobrenatural; desde los monofisitas y monotelitas hasta los jansenistas de los últimos siglos, encontramos siempre este fenómeno: *el hereje no cree en el Amor.*

f)—*Los Padres de la Iglesia* nos presentan el espectáculo opuesto. Para examinarlos y comprenderlos verdaderamente, se necesita la clave del Amor. Para comprender a S. Agustín, es necesario definirlo el Padre de la gracia, o sea, del amor de Dios que nos eleva a la dignidad de hijos suyos. Para comprender la elocuencia de S. Juan Crisóstomo, es necesario tomar su frase: “el corazón de Pablo es el corazón de Cristo” para aplicársela a él. Y cuando, habiendo hecho los Godos enorme número de prisioneros después de la derrota de Valente, San Ambrosio quiso ayudar a los infelices convertidos en esclavos y no sólo dispuso a favor de éstos de sus bienes, sino también trocó en barras de oro los tesoros de los templos, envió diputaciones de ciudadanos a los bárbaros y obtuvo el rescate de muchos y cuando ante el reproche de los microcéfalos respondió: “Es mejor que los altares estén adornados con almas vivas, que con va-

“sos preciosos”, el gran Obispo de Milán no hacía sino repetir con la acción su enseñanza de amor.

g)—Más tarde los *bárbaros*, flagelo de las tierras cristianas, sembraron doquiera la ruina y la muerte.

Las espantosas invasiones de esas hordas salvajes, las ciudades destruídas, los habitantes asesinados o reducidos a la esclavitud, los incendios y los estragos hicieron inflamar más y más la antigua llama en la Iglesia.

El amor de Cristo afrontó a los feroces conquistadores, los convirtió, los transformó. San León Magno frente a Atila y toda la serie de Obispos, desde S. Eusperio a S. Lupo, desde S. Germán a S. Aurelio, desde S. Egnano a S. Germiniano, que desafiaron las iras de los bárbaros, no eran sino los símbolos del Amor cristiano que venció a la violencia brutal. En San Remigio, que en la catedral de Reims confiere el bautismo a Clodoveo; en nobles y egregias damas, como Clotilde y Teodolinda, que tanto hicieron por la conversión de reyes y pueblos; en todos los generosos que contribuyeron a la regeneración del bárbaro mundo invasor, saludamos al Amor. Y la *tregua de Dios*, el *derecho de asilo*, las órdenes de *Caballería* y otras cien instituciones nacidas en siglos de odio y de prepotencia, en que era necesario educar a las fieras humanas en la caridad de Cristo, fueron inspiraciones del amor cristiano.

h)—Toda la *historia de las Misiones*, desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta nuestros días, se resume en una palabra: el Amor. San Gregorio Magno que envió cuarenta monjes a Inglaterra para convertir a sus pueblos, no envió sólo cuarenta hombres, sino que

con ellos envió también el Amor. Y aun hoy, cada vez que un Misionero llega al centro del Africa o a una aldea de China llevando una cruz, sólo encontramos la explicación de su heroísmo en este secreto siempre antiguo y siempre nuevo. En nuestras iglesias, por la noche, brilla siempre una lámpara delante del Tabernáculo; en el mundo, entre las tinieblas de la barbarie, estos corazones de apóstoles, semejantes a lámparas vivientes encendidas por el Espíritu Santo, difunden rayos de luz y de salvación.

i)—En dos siglos después de Cristo no puede encontrarse algo verdaderamente cristiano, que no se reduzca al amor a Dios y a los hermanos. La *virginidad* fué y es un grito de amor. Los *anacoretas* y los *monjes* en los desiertos y en los claustros con sus maceraciones y con sus oraciones alimentaron la llama del Amor. Y si, por ejemplo, los hijos de San Benito realizaron prodigios; si los monasterios de Montecasino en Italia, de Fulda en Alemania, de S. Galo en Suiza, de Aniano en Francia, fueron oasis de fe y de civilización, débese al Amor que ardía en sus almas y les hacía apreciar, conservar y desarrollar los mismos valores humanos.

j)—Se explica entonces toda la obra de caridad individual y social que ha caracterizado siempre al Cristianismo. Se comprende también el verdadero y único método cristiano.

Así, por ejemplo, para la redención de los *esclavos* la Iglesia no ha recurrido al arma de la rebelión y del odio de clases, sino al principio de la caridad.

Con el dogma de la igualdad de todos los hombres en los deberes morales y religiosos respecto a Dios transfor-

mó virtualmente la esclavitud: el amor no tuvo ya ante sí una cosa, sino una persona, un alma redimida con la sangre de Cristo; su autoridad sobre el esclavo era, por ende, limitada; su matanza, prohibida; la santidad, la monogamia, la indisolubilidad del matrimonio de los esclavos, reconocida; su trato, mitigado. Una revolución interior fué la levadura de la regeneración civil que debía ser su consecuencia natural; fué la causa de numerosas iniciativas privadas y públicas para la redención cristiana de los esclavos desde los actos de espontánea liberación en masa de parte de los amos, al rescate por la beneficencia y la obligación de libertarlos voluntariamente contraída por los clérigos; desde la venta de los bienes y de los adornos, de las iglesias, a la fundación de Ordenes religiosas para redimirlos; desde las dignidades eclesiásticas y civiles conferidas a los esclavos, a la obra emancipadora universal del Papa Gregorio Magno, preparada y seguida por más de doscientas decisiones autorizadas de Concilios, de Pontífices y del Derecho Canónico.

Y cuando las oblaciones de los fieles, y las donaciones de tierras y casas formaron un gran patrimonio eclesiástico, la Iglesia, poniendo en práctica su doctrina de la función social de la propiedad, inició un nuevo período de redención de las clases humildes.

Implantó la enfiteusis, o sea, el dominio útil de casas, campos, granjas y bosques concedido por la Iglesia a particulares, ya por un tiempo determinado, ya generalmente a perpetuidad, mediante un exiguo canon anual. Y de este modo muchos trabajadores llegaron a ser propietarios e iniciaron su fortuna. Implantó los censos,

por los que la Iglesia cedía a particulares casas, granjas y campos mediante el módico desembolso de una parte del precio fijado, dejando en su poder el resto del precio con la obligación de pagar los frutos. Con este medio una persona podía poseer, adquirir varios lotes, trabajarlos, fertilizarlos y obtener óptimos beneficios.

De ahí derivaron también nuevas costumbres civiles, que daban al pobre derecho de recoger frutos, leña y carbón, de segar para heno, sacar piedra y además el derecho de pastoreo, de sembrar terrenos no cultivados, de cultivar pequeñas parcelas, etc.

Pero como la Iglesia no podía imponer a todos los propietarios estas reformas sociales por ella practicadas, recurrió a otro medio de redención económica con la asociación del capital y del trabajo, haciendo surgir los arrendamientos y las aparcerías, en que el propietario contribuía con la propiedad, las casas, el ganado, el capital, la maquinaria, los anticipos de gastos, y los trabajadores con el trabajo, dividiéndose después los frutos por mitades.

Ni olvidó tampoco a los artesanos, haciendo triunfar con éstos el principio de la organización y suscitando las Corporaciones de artes y oficios animadas por el soplo del Cristianismo.

No podemos indicar aquí, ni en compendio, lo que han producido los principios cristianos del Amor en el orden social en veinte siglos de historia.

Todas las instituciones de caridad nacidas en todo tiempo, inspiradas y creadas por la religión, que substituyeron a los antiguos Circos, Coliseos y Anfiteatros;

los hospitales, las inclusas, los asilos de huérfanos, los institutos para ancianos, ciegos, sordomudos, dementes, abandonados, para toda clase de dolor y desventura; los que, como Vicente de Paúl, Camilo de Lelis y Cottolengo, han promovido millares de obras benéficas destinadas al alivio de los humildes y de los infelices; las mismas instituciones económicas y sociales, desde los Pósitos Píos y los Montepíos hasta las modernas obras de asistencia y nuestras organizaciones profesionales de trabajadores nacidas en diversos países; todo esto proclama la fecundidad del Amor cristiano y nos hace comprender la importancia esencial que conserva para el porvenir.

k)—Con toda evidencia aparece que el Cristianismo es la epopeya del Amor. Y proclama *Santos* a los que más han amado a Dios, más se han sacrificado por el prójimo; a los que todo lo han hecho por amor y han transformado su existencia en un himno de amor. Cada santo tiene su fisonomía especial: no hay en el cielo de la santidad dos figuras idénticas; pero el alma es la misma y la comunica ese elemento divino común a todos. Más aun: uno de los medios eficaces para escribir la historia de la Iglesia podría ser éste: seguir durante los siglos la historia de los santos, quienes viviendo en su tiempo han aplicado en grado heroico la moral del Amor.

1)—Por lo demás, si alguien prefiere otro método, podría dirigir su mirada a cada siglo en particular.

Tomemos el siglo XII iniciado por S. Francisco, el Santo que tal vez más ha amado a Jesucristo, y por Santo Domingo de Guzmán, otro Serafín de amor. En él Tomás de Aquino alcanzará al Amor en alas del pensa-

miento, robustas como alas de águila; y no sólo su vida, su muerte y su comentario del *Cantar de los Cantares* escrito en el lecho de su agonía, serán un misterio para quien le considere un frío intelectual, sino también su mismo inmortal sistema no será intuído en su alma por quien prescinda del Amor que iluminaba su mente soberana. Buenaventura de Bagnorea, el Doctor seráfico, señalará en el mismo Amor el camino de la inteligencia para llegar a Dios. Desde los monasterios de Alemania responde el saludo de Santa Gertrudis y de las dos Matildes al Corazón de Cristo y resonarán maravillosos y vibrantes cantos de amor, como siempre fueron los acentos de los místicos, hermosos como basílicas, cuyas agujas entonces lanzadas al azul del cielo proclamaban el amor de los hombres a Dios. Dante cierra este siglo con su poema del Amor. El poeta de nuestra tierra sube con progresiva ascensión a lo alto, “donde siempre mora el Amor”. Lo guía S. Bernardo, el eximio cantor del Amor divino, quien le había entusiasmado con su delicado y suave poema, con el comentario del *Cantar* y le sugirió el final de la *Divina Comedia*. “Elevaremos los ojos al primer Amor”, al “Amor que mueve al sol y a las demás estrellas!”

m)—En los siglos cristianos, cuando el Amor se afirma y todo lo abraza, encontramos períodos de propagación, glorias de conquistas espirituales, serenos horizontes de paraíso. Cuando el Amor se debilita y se extingue, tenemos lúgubres ocasos y desolados inviernos.

Los Papas y los obispos que se encaminaban al martirio perdonando, bendiciendo y amando, hacían florecer

a su paso frescas rosas primaverales y cándidos lirios. Pero en las épocas en que, mientras la mano izquierda empuñaba el báculo, la derecha blandía una espada, encontramos la infamia de la simonía y del concubinato y la lucha por las investiduras.

El Humanismo y el Renacimiento prepararon la cuna de la Reforma, porque el amor de las cosas humanas y de la humana grandeza hizo olvidar demasiado a Dios y al Amor sobrenatural. Sin embargo no debe creerse que ése sea únicamente el tiempo de Alejandro VI; no: fué también la época de las *Compañías del divino Amor* y de los Santos más inflamados de amor a Cristo y a los hermanos.

Contra Lutero Dios suscitó a Ignacio de Loyola, quien a la estúpida teoría de la justificación mediante la sola fe opuso la solemne afirmación del deber de tender a Dios con toda nuestra actividad; y esta nota activa no sólo inspiró sus *Ejercicios Espirituales*, sino también animó a la Compañía de sus valerosos hijos.

Contra Calvino, negador del amor de Dios, quien se forjaba un Dios feroz con las necias fantasmagorías de la predestinación, se alzó Francisco de Sales con su *Traité de l'amour de Dieu* para iluminar con dulzura la misericordia, la bondad y la facilidad del amor divino.

Y alrededor de ellos se alzó toda una pléyade de almas grandes. Se alzó el Borromeo, quien demostraba el amor del buen Pastor por su ovejuela, a la que curaba de la ignorancia religiosa y de la moral relajada, aliviaba en las necesidades ocasionadas por la miseria y asistía en los estragos de la peste. Se alzaron Felipe Neri con su

amor a la juventud y Camilo de Lelis con su amor a los enfermos; se alzaron los Somascos, los Teatinos, los Escolapios, los Barnabitas que se consagraban al pueblo, a los huérfanos, al culto divino, a la juventud estudiosa, a las escuelas populares y así sucesivamente; eran éstos los verdaderos reformadores, que basaban su construcción en el Amor. Entre tanto Juan de la Cruz y Teresa de Avila entonaban un himno al Amor, que en verdad jamás morirá.

Y surgió otro hereje, o sea, otro enemigo del Amor; surgieron Jansenio y sus sombríos secuaces, que quisieron presentar a Dios como perennemente irritado contra los hombres, severo en escudriñar sus menores culpas, rigidísimo en el castigo, implacable en el rechazo de las gracias e imaginaron un Jesús con cerrados y amenazadores puños. No importa. La nación, donde el jansenismo hizo sus avances más rápidos, fué la tierra de María Margarita y del P. de la Colombiére; fué la tierra, donde Jesús mostró su Corazón, diciendo: "He aquí el Corazón que tanto ha amado" y donde imploró amor, donde Alejandro Manzoni debía volver a encontrar su perdida fe para convertirse luego en el cantor de la Moral Católica.

El Iluminismo y la Enciclopedia prepararon la Revolución francesa y mientras funcionaba la guillotina, los monos del amor *cristiano* gritaron: *libertad, igualdad, fraternidad*. El Humanitarismo quería ocupar el lugar del Cristianismo; la *Aufklärung*, el Progreso, la Civilización, la Cultura moderna, la Razón pretendían ofuscar con sus esplendores las llamas del Amor de Cristo. El

siglo XIX procuró continuar la obra sofocadora del Amor cristiano con todas las armas — desde la historia a la ciencia, desde la literatura y las artes a la filosofía, desde la democracia anticlerical a la prepotencia de los gobiernos—. Pero ¡ay! El resultado está admirablemente descrito por Juan Papini en el soberbio capítulo que cierra su *Historia de Cristo*.

“En ningún tiempo, de cuantos recordamos — afirma — la abyección ha sido tan abyecta y el ardor tan ardiente. La tierra es un Infierno iluminado por la condescendencia del sol”. Ha estallado el conflicto europeo; y del fango en que se habían sumergido, los hombres se levantaron “frenéticos y desfigurados para arrojar al bermejo hervor de la sangre con la esperanza de purificarse”. Inútilmente. “El amor bestial de cada hombre por sí mismo, de cada casta por sí misma, de cada pueblo por sí solo, es aún más ciego y gigante después de los años en los que el odio cubrió la tierra con fuego, con humo, con fosas y con osamentas. El amor a sí mismo ha centuplicado el odio después de la hecatombe universal y común: odio de los humildes contra los poderosos, de los descontentos contra los inquietos, de los asalariados ensoberbecidos contra los patrones sometidos, de los grupos ambiciosos contra los grupos decadentes, de las razas hegemónicas contra las razas vasallas, de los pueblos subyugados contra los pueblos subyugadores... La especie humana que se retorció en el delirio de cien fiebres, en los últimos años se ha enloquecido. Todo el mundo resuena con el fragor de los escombros que se derrumban; las columnas están hundidas en el fango y las mis-

mas montañas lanzan de sus cimas aludes de pedrisco que nivela malignamente la superficie de la tierra. También los hombres que habían permanecido intactos en la paz de la ignorancia, han sido arrancados violentamente de sus valles de pastura para arrastrarlos al rabioso tumultuar de las ciudades a emporcarse y sufrir. Por doquier un caos de convulsión, un alboroto sin objeto, un hormigueo que inficiona el aire pesado, un malestar descontento de todo hasta del mismo descontento. Los hombres en la siniestra embriaguez de todos los venenos son consumidos por el ansia de dañar a sus hermanos en sufrimiento, y con tal de salir de esta pasión bastarda buscan en toda forma la muerte. Las drogas alucinadoras y afrodisíacas; las voluptuosidades que destruyen y no sacian, el alcohol, el juego, las armas terminan diariamente con millares de los que no fueron diezmados...

“Nunca como ahora hemos sentido la sed abrasadora de salvación espiritual”. ¡Tenemos necesidad del Amor! Y las conciencias angustiadas, temerosas y ansiosas saludan hoy todo lo que anuncia la futura resurrección. Nadie querría postrarse ante la Diosa Razón; al contrario las muchedumbres se dirigen a la Inmaculada de Lourdes. Una agitación sobrenatural sacude al mundo entero al aparecer una pequeña alma, como Teresa de Lisieux, que vive de amor y muere de amor. Las voces anunciadoras del retorno a la unidad de la Iglesia en brazos del Amor van multiplicándose en las distintas Confesiones protestantes. El movimiento misional se intensifica cada vez más; y en Roma desde lo alto del Vaticano Pío XI entre los aplausos del mundo ensalza la Realeza de

Cristo. Los pueblos de la tierra se encaminan en piadosa peregrinación hacia El, el Vicario del Dios de la caridad como al único que tiene palabras de vida eterna. A El, después de las desilusiones sufridas y los desengaños encontrados, muchos dirigen una vez más sus anhelosas miradas. Cuando, en una hora histórica de renovación, las puertas de S. Pedro se abren de par en par después de varios decenios y sale el blanco Pontífice con la Hostia del Amor, individuos y naciones olvidan un pasado de orgullo, de miserias y de rebeliones, y se dirigen a un futuro que señalará las glorias de Cristo Rey.

Es ésta la moral cristiana vivida; es éste el Cristianismo que en sus dogmas, en su ética, en su historia se nos manifiesta siempre Amor. Y no sin profunda significación en nuestra Italia una Universidad Católica al inaugurar su vida y su actividad, proponiéndose sintetizar todo el saber e inspirado con alma cristiana, ha creído deber suyo escribir con caracteres de oro en el frontispicio de su portada el nombre del Sagrado Corazón, o sea, del Amor. Este nombre es un ideal, una esperanza, un programa.

3. — Conclusión

Quizá alguien, después de esta visión, se preguntará cómo veinte siglos de moral cristiana han dejado en las conciencias y en los pueblos tantos odios y tantas bajezas.

Pero la objeción es superficial. El Cristianismo ha sugerido, suscitado y promovido numerosas conquistas no sólo en las instituciones sociales y en la vida civil, sino también en todo terreno; pero debe observarse al

mismo tiempo que la moral del Amor no es un combate que pueda librarse una vez por todas. Cada hombre que viene al mundo, cada pueblo que se forma, tiene que plantear, estudiar y resolver su problema. Cada persona y cada nación tiene sus luchas cotidianas que se renuevan continuamente bajo nuevas formas y que hemos tratado de presentar en este *Silabario* en su realidad. En moral no somos cristianos una vez por siempre: mientras vivimos en la tierra, debemos conservarnos tales y ser cada día mejores cristianos. La educación de los individuos y de los pueblos tiende precisamente a fortificar las almas para este combate cotidiano sostenido con la gracia divina, que por una parte se constituye en asilo nuestro y por otra es nuestro mérito y nuestra gloria.

No basta, por ende, haber nacido en tierra santificada por la sangre de los mártires y regada con las virtudes de los santos. No basta haber recibido el bautismo y haber sido incorporados a Cristo y a la Iglesia. Si no viviésemos cristianamente, eso sería para nosotros un título de ignominia y de reprobación. Es necesario seguir en la vida la moral de Cristo y de su Iglesia: “esa moral —concluiré con Manzoni— la única que pudo hacernos conocer cómo somos en realidad y que del mismo conocimiento de los males humanamente irremediables pudo hacer brotar esperanzas; esa moral que todos desearían fuese practicada por los demás, que practicada por todos conduciría a la sociedad humana al más alto grado de perfección y de felicidad que pueda conseguirse en esta tierra; esa moral a la que el mismo mundo no pudo negar un perpetuo testimonio de admiración y de aplauso”.

RECAPITULACION

La moral cristiana:

a) sintetiza todos los fragmentos de verdad que se encuentran dispersos en los diversos sistemas filosóficos y los completa;

b) no es como las demás teorías morales, una doctrina puramente especulativa sino que ha tenido una influencia inmensa en la historia de casi dos milenios que puede ser definida la *historia del Amor*. Nada, como la historia de la Iglesia, confirma la divina verdad y la sobrenatural eficacia de la ética enseñada por Nuestro Señor Jesucristo.

F I N



I N D I C E

PROLOGO A ESTA TRADUCCION	Pág.	I
PREFACIO	"	1
INTRODUCCION	"	5
1. - Dificultades actuales en el estudio de la moral cristiana	"	9
2. - Normas metódicas	"	21
3. - Conclusión	"	29
Recapitulación	"	30
CAPITULO I: EL CRISTIANISMO Y EL AMOR	"	32
1. - El dogma y el amor	"	34
2. - La moral del amor	"	40
Recapitulación	"	43
CAPITULO II: LA ACTIVIDAD MORAL	"	44
I. - El bien	"	45
a) El Ser y los seres	"	48
b) El Ser en cuanto es conocido	"	50
c) El Ser en cuanto es amado	"	52
d) El bien y el amor	"	55
e) Conclusión	"	57
II. - La acción buena	"	61
a) El bien por el bien	"	63
b) Espiritualicémonos	"	65
III. - La acción cristiana	"	69
a) La incorporación a Cristo	"	70
b) La acción cristianamente buena	"	76
c) La acción cristiana y el amor	"	80
d) Conclusión	"	82
Recapitulación	"	83
CAPITULO III: LA LEY DEL AMOR	"	86
I. - El amor a Dios	"	87
a) El amor sobrenatural a Dios	"	87
b) Los "subrogados" del amor a Dios	"	89
c) El verdadero amor a Dios	"	91

d) La resignación cristiana y la "santa indiferencia" de San Ignacio	Pág. 94
e) Vida activa y contemplativa	" 96
f) Conclusión	" 97
II. - El amor al prójimo	" 99
a) El verdadero concepto cristiano del amor al prójimo..	" 101
b) Amor humano y amor cristiano al prójimo	" 108
III. - El amor a nosotros mismos...	" 111
a) La utilidad y el bien	" 114
b) Amor perfecto y amor imperfecto a Dios	" 117
c) Conclusión	" 121
Recapitulación	" 122
CAPITULO IV: EL AMOR EN EL SACRIFICIO ...	" 125
I. - Realidad e idealidad	" 127
a) El amor y la lucha	" 128
b) La vida es milicia	" 130
c) Una objeción	" 131
II. - El sacrificio	" 134
a) Las objeciones	" 134
b) El concepto de sacrificio..	" 138
c) El sacrificio cristiano	" 146
d) El problema del dolor	" 149
e) Conclusión	" 151
III. - La formación de la voluntad para el sacrificio	" 152
a) Medios humanos para la formación de la voluntad	" 154
b) La moral cristiana y la formación de la voluntad	" 158
c) Conclusión	" 166
Recapitulación	" 167
CAPITULO V: EN EL CAMPO DE BATALLA...	" 169
I. - El cristiano y el egoísmo del espíritu	" 170
a) El pequeño yo y Dios	" 171
b) Una objeción	" 180
c) La humildad y el amor....	" 181
d) La moral autónoma	" 184
e) El Cristianismo y nuestra autonomía	" 187

f) Conclusión	Pág. 193
II. - El cristiano y el egoísmo de los sentidos	” 194
a) La piara de Epicuro y el amor	” 197
b) La moral católica y el amor	” 201
c) Conclusión	” 213
III. - El cristiano y el ansia de las riquezas	” 215
a) El principio fundamental ..	” 217
b) Lo que no enseña la moral cristiana	” 219
c) La pobreza de espíritu	” 223
d) El mandamiento de la pobreza	” 224
e) El consejo evangélico de la pobreza	” 227
f) El cristiano y la riqueza ...	” 230
IV. - Las derrotas	” 231
a) Distintas clases de derrotas..	” 233
b) El pecado mortal y el pecado venial	” 234
c) Las imperfecciones	” 238
d) El pecado y el amor	” 240
e) El examen de conciencia...	” 242
V. - Redención y victoria	” 246
a) La doctrina de la redención ..	” 248
b) La confesión y el amor...	” 251
c) El problema de la conversión ..	” 254
d) Las campanas de Pascua..	” 255
Recapitulación	” 256
CAPITULO VI: LA MORAL CRISTIANA Y LA VIDA	” 259
1. - La vida	” 259
2. - La vida en el orden natural...	” 260
3. - La vida en el orden sobreantural ..	” 265
4. - La familia, la escuela y los problemas sociales	” 268
5. - El Estado	” 271
6. - Conclusión	” 274
Recapitulación	” 275
CAPITULO VII: LA MORAL CRISTIANA Y LA MUERTE	” 276
1. - El Cristianismo y la muerte...	” 277

2.- La importancia de la hora su- prema	Pág. 284
3.- Cómo muere un cristiano	" 286
4.- Conclusión	" 288
Recapitulación	" 292
CAPITULO VIII: MORAL Y SANCION	" 293
1.- La triple sanción	" 293
2.- El paraíso y el amor	" 298
3.- El purgatorio y el amor	" 300
4.- El infierno y el amor	" 302
5.- Conclusión	" 304
Recapitulación	" 306
CONCLUSION	" 307
1.- Dos métodos históricos	" 310
2.- El amor de Dios y la historia del Cristianismo	" 311
3.- Conclusión	" 328
Recapitulación	" 330

